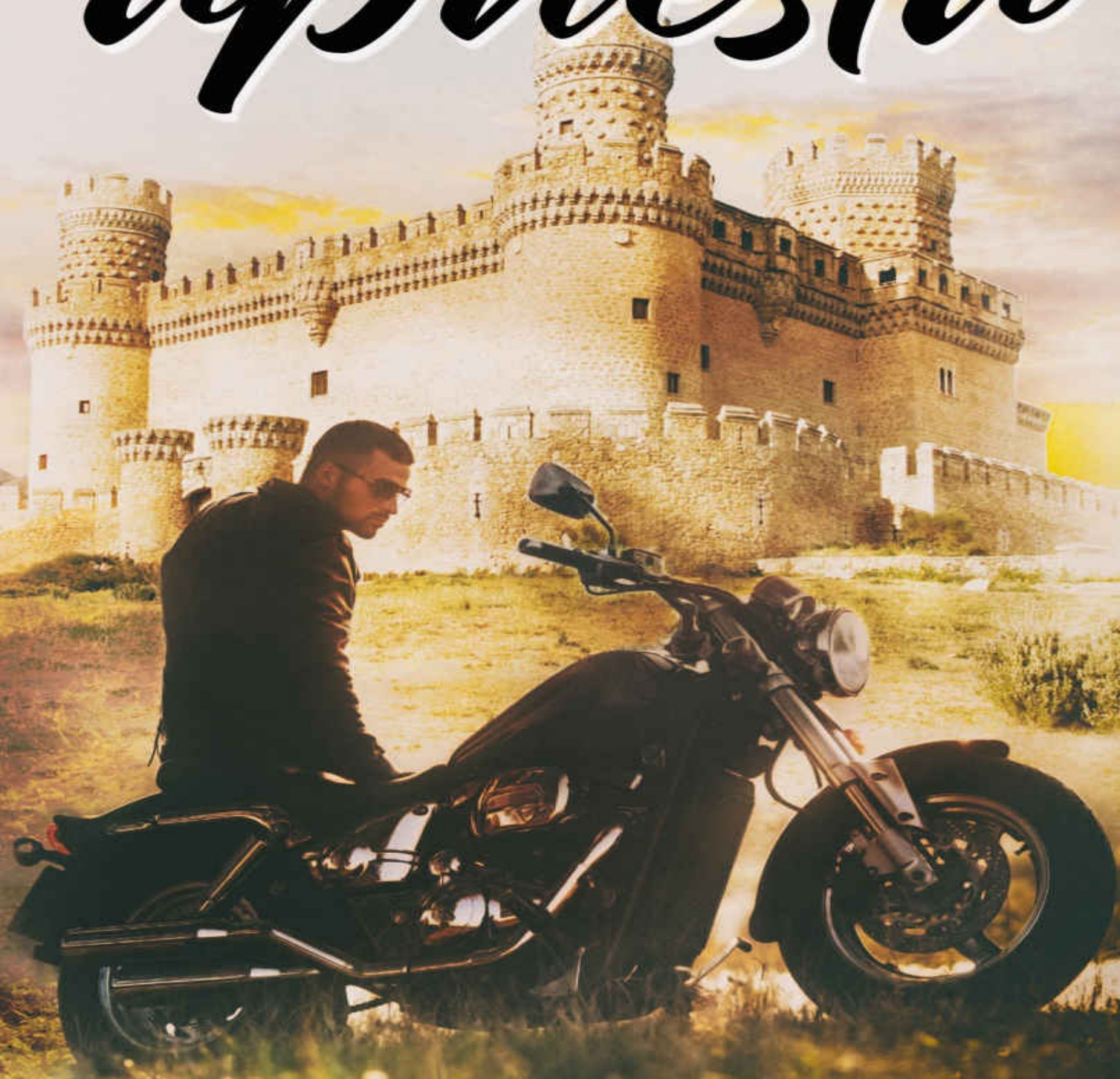


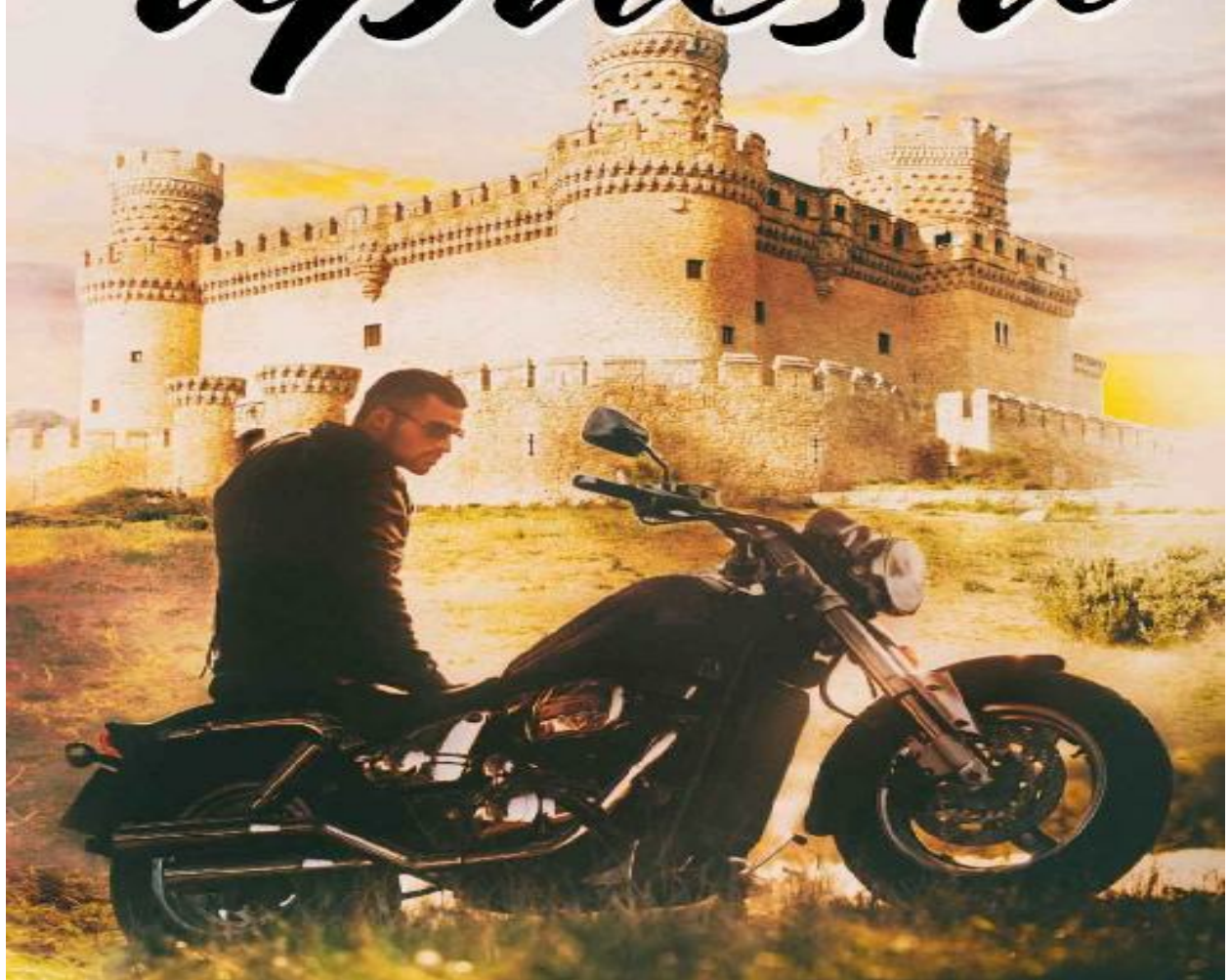
Sabina Rogado

La apuesta



Sabina Rogado

La apuesta



La apuesta

Sabina Rogado

©Autora: Sabina Rogado

©Noviembre 2018

Email: sabinarogado@gmail.com

Diseño de portada: Alexia Jorques

La novela LA APUESTA es una historia inventada, cualquier parecido con los personajes, o con cualquier tipo de coincidencia es fruto de la casualidad.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de la autora, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier tipo de procedimiento.

A mis queridos tíos Pedro y Nines, gracias por darme la oportunidad de criarme en un paraje único y especial... Sois muy importantes en mi vida ¡ya lo sabéis!! Os quiero.

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[CAPÍTULO 40](#)

[CAPITULO 41](#)

[CAPÍTULO 42](#)

[CAPÍTULO 43](#)

[CAPÍTULO 44](#)

[CAPÍTULO 45](#)

[CAPÍTULO 46](#)

[CAPÍTULO 47](#)

[CAPÍTULO 48](#)

[EPÍLOGO](#)

[OTROS TÍTULOS](#)

AGRADECIMIENTOS

¿Por dónde empezar? Pues bien, empezaré por los que seguís ahí apoyándome, cuidándome, leyéndome... Sigo soñando despierta y todo es gracias a vosotr@s. Cada vez que alguien me dice que por favor no pare de escribir pienso en lo afortunada que soy, porque realmente disfruto haciéndolo, saber además, que hay lector@s que disfrutan con mis escritos me parece simplemente ALUCINANTE, y nunca me cansaré de daros las gracias.

También quiero agradecer a Laura Duque Jaenes el apoyo constante que me da. Gracias por ayudarme a corregir LA APUESTA, para mí has sido todo un descubrimiento. Y como ya te he dicho en alguna ocasión TE QUIERO EN MI VIDA. Tú fuiste la que empezaste a hablarme de lectoras cero, una cosa llevó a la otra y te convertiste en una de ellas... y en algo más.

Y para terminar me gustaría hablaros de lo que siento con esta nueva publicación.

LA APUESTA es otra de las novelas guardadas en el cajón. La escribí en el año 2014 y por fin me he decidido a publicarla. Deciros que la considero mi niña bonita y es así por varias razones.

La primera de ellas porque es la que más he tardado en escribir hasta ahora, también la más larga. Estuve siete meses dedicada a ella en exclusivo y los recuerdos son increíbles. Disfrute tanto escribiéndola...

Además, aunque la historia es inventada, el pueblo y el chalet en el que se desarrolla, esta preciosa historia, existe. Allí pasé veranos enteros, y cada vez que tengo la oportunidad vuelvo (aunque sean pasados los años).

Y por último porque, al igual que con TE QUIERO EN MI VIDA, nació gracias a un sueño que tuve, inspirándome en él hasta lograr terminarla.

Bien, pues os deseo de todo corazón que os sumerjáis en esta apasionante historia y que os guste por lo menos un poquito. Si una vez leída queréis poneros en contacto conmigo vía Facebook, Messenger etc... estaré encantada de responderos.

*¡¡Mil gracias por darle una oportunidad a lo que escribo
con tanto amor!!!*

CAPÍTULO 1

Como cada mañana Érika, después de ducharse, se envolvió en su albornoz. Después fue hasta la cocina minúscula, que contenía lo necesariamente indispensable, y pulsó el botón de la cafetera sin moverse del sitio. Unos minutos más tarde estaba sentada sobre el sillón del salón con las piernas estiradas sobre la mesa, y con una taza de café entre las manos. Disfrutando de una de las pocas rutinas que le gustaban, mientras cerraba los ojos y simplemente se dejaba llevar por su mente, hacia algún recuerdo agradable del pasado, tal y como el psicólogo le había aconsejado. Tratando de no olvidarse de la persona que una vez fue. Era de vital importancia para ella, y sobre todo para su maltrecho y herido corazón.

Volvió a la realidad en cuanto escuchó la cerradura al abrirse, y miró hacia la puerta para averiguar si sería su madre o su hermana.

La persona que entró a continuación tendría unos cincuenta años. Morena, ojos marrones, algo rellenita, y con multitud de arrugas por el rostro, evidenciaba lo mucho que había envejecido en tan poco tiempo a consecuencia de verse obligada a ver a su hija en aquel estado de completa derrota.

La mujer cerró la puerta a sus espaldas y la miró con una pena infinita, comprobando cómo su hija se limitaba a alzar la mirada y la saludaba con un amago de sonrisa. Todo lo que parecía ser capaz de hacer. Después se metió las llaves en el interior del bolso y avanzó hasta ella con una maravillosa sonrisa, aparentando que estaba bien.

—Hola cariño —le dijo dándole un beso en la mejilla—. ¿Cómo estás?

—Bien —respondió sin ánimo.

—Me alegro porque he venido para decirte algo...

Antes de que pudiese continuar, siquiera, la joven muchacha la interrumpió con un:

—No.

—Pero...

—No me apetece —se limitó a decir al saber lo que vendría a continuación.

—Ni siquiera me has dejado terminar —protestó la madre con gesto contrariado y cansado.

—Lo siento mamá pero sea lo que sea no me apetece. Hoy no quiero salir.

Su madre la miró durante unos segundos, suspiró ruidosamente, y se dejó caer sobre el sillón con un gesto de derrota. Eso sí, si pensaba que no lo iba a seguir intentando, como hacía cada día, se equivocaba.

¡Vaya si lo hacía!

—¿Hoy no quieres salir? —Contraatacó Aine mirándola con determinación antes de continuar—: O mejor dicho, ¿te acuerdas de la última vez que lo hiciste esta semana?

Érika apartó la mirada hacia la ventana y se llevó la taza de café hasta la boca en un claro gesto de que no continuara. Mostrando lo poco que le interesaba ese tema en concreto.

Algo a lo que su madre no estaba dispuesta en absoluto.

—Cariño... —comenzó a decir de forma calmada, con una paciencia que se empezaba a agotar después de tantos meses sin que fuese capaz de reaccionar.

Pero la joven muchacha la volvió a interrumpir. Volvió la vista hacia su madre, y se limitó a decir mirándola con una mirada de advertencia para que no continuase:

—Mamá no insistas.

—¡Claro que lo haré! —exclamó de pronto debido a la impotencia. Perdiendo la paciencia por primera vez en todo aquel tiempo—. ¿Cómo crees que me voy a permitir no insistir cuando te veo cada día peor? Mira cariño, no debería decirte esto, pero creo que ya es suficiente. Has tenido tiempo de reflexionar en lo que pasó, y también has tenido tiempo de saber qué es lo que quieres hacer a partir de ahora. Y quiero que te quede claro que no voy a consentir que sigas desperdiciando tu juventud por un hecho que deberías haber superado. Lo pasado, pasado está. Se acabó. Ya no hay vuelta atrás.

Érika miró a su madre asombrada. No daba crédito a lo que estaba escuchando, y por primera vez se fijó en lo mucho que había envejecido. Percatándose de que los ojos se le humedecían. Dándose cuenta del flaco favor que les estaba haciendo por la absurda idea de querer encerrarse en su apartamento para siempre.

Pero... ¿qué otra cosa podía hacer?

—No es tan fácil mamá.

—¿Y quién ha dicho que lo sería?

Se levantó del sillón y fue hasta la cocina para servirse un café. Seguidamente volvió sobre sus pasos y terminó sentada frente a su hija, mirándola con una calma que no sentía, lo dignamente que podía. Atreviéndose

a ser clara por primera vez.

¡Ya era hora!

—Mira hija, debes saber que no puedes continuar así, o mejor dicho, no podemos continuar así...

—¿Qué tratas de decirme?

—¿Acaso te has parado a pensar, que en algún momento no podremos pagar el alquiler de este apartamento? Debes tomar una decisión cariño. Aunque sea difícil, pero no puedes seguir aquí.

Al verse acorralada dijo de forma precipitada:

—Me iré a vivir contigo.

Aine cerró los ojos preocupada.

—Estabas deseando independizarte, y ahora resulta que quieres volver a casa con el rabo entre las piernas por no ser capaz de afrontar de una vez tus problemas. ¡Vamos Érika! ¿A quién tratas de engañar? ¿Acaso ya no recuerdas la felicidad que te supuso poder vivir aquí sola? ¿Ya no te acuerdas cuando me dijiste que te sentías orgullosa de ti misma por lograr tu sueño?

—Eso fue antes de...

—¡Calla! No vuelvas a lo sucedido aquel día. ¿Cuándo vas a pasar página? Olvídate de una vez. O inténtalo. Solamente te pido eso cariño.

Aine dejó la taza de café a medio beber sobre la mesa y cogió las manos de su hija entre las suyas. La mirada de auténtica súplica la hizo saber lo egoísta que en verdad había llegado a ser por no haber sido capaz de ponerse en el lugar de su familia. Comprendiendo, demasiado tarde, que por supuesto ellos también eran una parte afectada.

¡Quizás demasiado!

A medida que se daba cuenta de ello, el vacío que sentía alojado en su interior pareció agrandarse.

¿Cómo había sido tan necia como para no darse cuenta de lo mucho que estaban sufriendo por ella? Y reconoció que había resultado demasiado fácil dejarse envolver por aquellos brazos, que la habían permitido enclaustrarse bajo el techo de su casa, pensando que aquello sería algo temporal. Limitándose a pensar únicamente en ella para olvidarse de las personas más importantes de su vida.

¡Su madre y sus hermanos!

Pero ahora, la cuestión más difícil, sería la de querer afrontar la situación. Una situación que pasaba simplemente por empezar de nuevo a salir a la calle y buscar un trabajo. Porque lo que estaba claro es que su madre tenía

razón en cuanto a lo mucho que le había costado realizar el sueño de independizarse. Preguntándose:

“¿Acaso voy a consentir que desbarate todos mis planes?”

Seguramente sería lo que él hubiese querido y por ello, al pensarlo, fue verdaderamente consciente de que precisamente por eso debería empezar a levantarse y volver a vivir.

¿Cómo había sido posible que no se hubiese dado cuenta antes? ¿Tan ciega había estado? Comprendiendo que no estaba dispuesta, bajo ningún concepto, a permitir que pudiese llegar a pensar que se había salido con la suya.

Las lágrimas amargas que corrían entonces, por la cara de su madre, fueron las consecuentes de que por primera vez, en aquel tiempo, sintiese las fuerzas irrefutables de querer salir de la situación en la que se encontraba. ¿Qué más daba que no fuese fácil? Se lo debía a ella misma, y lo más importante, se lo debía a ellos.

—No llores mamá.

—Siento haberme derrumbado delante de ti hija... —susurraba sorbiéndose la nariz avergonzada— pero es que esta situación nos está desbordando y te juro que ya no sabemos qué hacer para hacerte entrar en razón.

—Estoy siendo una egoísta, ¿verdad?

Ambas se miraron con los ojos anegados en lágrimas.

—Por supuesto que no cariño —susurró a la vez que acariciaba su cara con una ternura infinita—, lo que has sido es muy valiente, pero todo tiene su punto y final y esto ya no tiene sentido.

—Creo que tienes razón mamá.

—Claro que la tengo —aseguró. Y sin apartar los ojos de los de ella dijo con verdadero odio—: No permitas que ese cabrón te arruine la vida hija. Olvídate de aquel día, levántate, y vuelve a caminar. Todos estaremos aquí para ayudarte cariño.

—Lo sé mamá.

Ambas se fundieron en un largo abrazo, entre sollozos entrecortados, solo que esta vez eran sollozos esperanzadores.

Algo que parecía improbable cuando, apenas una hora antes, había llegado con la idea de que todo seguiría igual.

CAPÍTULO 2

—¿Cómo quieres hacerlo?

Érika miró a su hermana, envuelta en un estado de nerviosismo absoluto, a medida que se centraba en permanecer tranquila. El caos se estaba apoderando de su cuerpo y de repente le costaba respirar. ¡Incluso se le pasó la idea de que no lograría salir a la calle sola!

Alana miró a la madre a su vez, con gesto compungido, antes de volver la atención hacia su hermana. Observando, claramente, el trance por el que estaba pasando en esos duros momentos.

—Puedes hacerlo hermanita —le decía aproximándose hasta ella para envolverla en un abrazo protector— tranquila. Estamos aquí, ¿vale?

—Vale —logró susurrar con la voz emocionada, haciendo acopio de valor para no echarse simplemente a llorar. Algo que sería tan sumamente fácil...

Alana se apartó en ese preciso instante para que no resultase más difícil de lo que ya lo estaba siendo, y dio un paso hacia atrás.

La madre de ambas en cambio se limitó a permanecer quieta, en mitad del salón, mirando a sus hijas a través de unos ojos húmedos con el corazón en la mano. Esperaba el posible desenlace, y aunque el optimismo brillaba por su ausencia, se aferraba a la esperanzadora idea de que fuese posible de una vez por todas. Su cara era el reflejo del alma y Érika se dio cuenta. Encontrando las suficientes fuerzas para saber que debía hacerlo ¡ya! las consecuencias, después, las valoraría cuando se quedara sola.

Antes de hablar expulsó el aire de los pulmones en un deseo de seguir controlando la difícil situación, y no al revés, como había sido hasta ahora. Cerró los ojos y al cabo de unos segundos los volvió a abrir diciendo:

—Esperar aquí unos minutos hasta que yo baje, después hacerlo vosotras por si os necesito, pero a menos que no lo pida, no os acerquéis a mí ¿vale?

Las dos mujeres asintieron con la cabeza.

—Bueno pues... ¡allá voy!

Fue hasta uno de los cajones de la cocina y de su interior sacó el monedero. A continuación cogió unas monedas y lo volvió a dejar en su sitio bajo la atenta mirada de su madre y de su hermana que, sin casi darse cuenta, habían avanzado la una hacia la otra para terminar cogidas de la mano.

—No debe de ser tan difícil salir a comprar el periódico un domingo por la mañana, ¿no? —dijo con una mueca al no lograr sonreír, aunque era lo que habría querido.

Sin más, dispuesta a no prolongar aquella pesadilla en la que estaba envuelta, desvió la mirada hacia la puerta de la calle y comenzó a dar pasos hacia ella de forma lenta e insegura pero... siendo capaz de hacerlo. Dándose cuenta de que estaba sudando.

Un instante después, las dos mujeres que se habían quedado en el interior de aquel apartamento, profirieron un grito eufórico al escuchar la puerta cerrarse.

¡Acababa de dar el primer paso! Ahora tendrían que esperar a ver el resultado.

Érika apoyó el peso del cuerpo sobre la puerta, nada más salir, y comenzó a sentir unos escalofríos terroríficos. Viéndose en la obligación de agarrarse al marco para no caer debido a los temblores alojados sobre las piernas.

Abrió los ojos lentamente y comenzó a sentir las lágrimas corriendo sobre sus mejillas. La sensación de ahogo la empezaba a dejar en un estado de auténtica indefensión a pesar de que estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano para respirar con normalidad. Algo imposible debido al nerviosismo y a la ansiedad que no la dejaban pensar. Bloqueándola de manera precipitada y notando que se desbordada por los acontecimientos.

“¿A quién trato de engañar? Esto es ridículo”, pensaba atormentándose.

Seguidamente, en un acto de cobardía, estiró la mano con lentitud en dirección al pulsador del timbre y sintió el tacto del botón a través de su dedo índice. Llegando a la conclusión de que estaría salvada en cuanto lo apretase. Era tan simple...

¡No pudo hacerlo! La Érika de siempre, la que durante tanto tiempo había estado escondida, parecía querer salir a la superficie y quería hacerlo a lo grande. Dándole ánimos para que continuase con lo que se había propuesto sin rendirse a la primera de cambio.

¿Cómo era posible que estuviera dispuesta a hacerlo antes de empezar?
¿Qué clase de cobarde era?

Pero entonces, y de forma sorprendente, la Érika insegura recobró el control de la situación. Volvió a alargar la mano hasta el timbre a la vez que

tenía la clara intención de terminar con aquella absurdez. Necesitaba algo a lo que agarrarse, mintiéndose ella misma, para tener la excusa de continuar con la mierda de vida que llevaba dentro... Tales pensamientos la hicieron volver a dudar, comprendiendo que las lágrimas habían cambiado, para convertirse en lágrimas de verdadera frustración, al ser derrotada por ella misma.

Saber que se había convertido en su propia enemiga no era fácil de asimilar, y la dura realidad fue la que le infundió fuerzas para llevarse, esta vez, la mano hacia el lugar de la herida con la decisión reflejada en su cara. Apretó con fuerza, desesperadamente, e imploró porque volviera a sangrar y así tener la excusa de refugiarse en la que se había convertido en su cárcel. Pero al levantar el jersey hacia arriba la evidencia le pasó factura y la desarmó.

La herida hacía mucho que se había curado, y sobre el abdomen lo único que quedaba, y quedaría para siempre, era una simple cicatriz. ¡Nada más!

E incompresiblemente la visión de la verdad provocó que algo cambiara en su interior, llegando a tener la certeza de que había estado a punto de rendirse sin luchar, y recordó la mirada esperanzadora de su madre cuando le dijo, gracias a la conversación de la mañana anterior, que ese día iba a procurar salir a comprar el periódico ella sola.

En ese instante algo empezó a cambiar. Se bajó el jersey decidida y comprobó que su corazón comenzaba a bajar el ritmo. Tanto que llegó a sentir la maravillosa sensación de que respiraba con casi total normalidad.

El siguiente paso fue, dejar de agarrarse a la puerta para poner a prueba sus piernas, dudando de que la sostuvieran.

¡Algo que por supuesto ocurrió! Subiéndole la autoestima deshecha, lo cual necesitaba tanto como el comer, a medida que se preparada para llevar a cabo la meta que se había impuesto. Levantó la vista hacia el lugar en el que se encontraba el ascensor y de forma automática comenzó a dar paso tras paso hasta lograr llegar a su objetivo. Una vez allí pulsó el botón y un amago de sonrisa se dejó ver durante una décima de segundo a través de una cara aterrada y confusa.

Un nuevo grito, eufórico, se escuchó detrás de aquellas paredes al poder descubrir, por la mirilla, cómo Érika se adentraba en el ascensor.

¡Lo había conseguido!

Salió a la calle y, en contra de cualquier pronóstico, lo primero que hizo

fue quedarse en mitad de la acera sin abrir el paraguas. Simplemente sintiendo las gotas de lluvia empapándola, a gran velocidad, pero sin que pareciera importarle en absoluto, es más, lo que parecía a simple vista era que de verdad estaba disfrutando del simple hecho de quedarse plantada. Dejándose llevar por los sentidos que la envolvían, oliendo la tierra mojada, y escuchando las campanas de una iglesia a lo lejos como si fuera un verdadero placer.

Después de lo que pareció una eternidad, sin inmutarse de nada, alzó la vista hacia el cielo y la maravillosa lluvia cayó sobre su cara. Permaneciendo ajena a la incredulidad de las pocas personas que a esas horas estaban por allí, y que por supuesto no entendían lo que aquella chica hacía. Siguiendo con sus caminos y olvidándose de ella con rapidez, ajustando los paraguas en un intento de mojarse lo menos posible.

Érika abrió los ojos después de un tiempo considerable. Estaba realmente empapada. Tanto que debía de tener hasta la ropa interior mojada, lo que provocó que volviera a temblar... solo que esta vez de frío.

Un nuevo amago de sonrisa volvió a aparecer en su rostro.

¿Qué más daba que terminara cogiendo una pulmonía? No importaba. Lo que verdaderamente tenía interés ahora, tras casi siete meses enclaustrada, era la maravillosa sensación de que volvía a sentir.

¡Uauuuuuuuu!

Volvió en sí y apartó un mechón de pelo que le caía sobre los ojos de forma triunfal. Echó un vistazo al quiosco de prensa, situado apenas a unos metros, y de repente empezó a correr en esa dirección. Resultándole igual de placentero.

—Estás empapada —le dijo el quiosquero en cuanto la vio. Preguntándose dónde habría estado todo ese tiempo.

El positivismo de la muchacha se esfumó con una rapidez sorprendente en cuanto percibió el rechazo que le producía que un hombre se dirigiera a ella. No importaba quien fuera. La fobia a cualquiera del sexo masculino se extendía a todos y cada uno de ellos. La única excepción era su hermano. Nadie más. Terminando con el rostro ceniciento y llevándose, instintivamente, la mano hasta el costado en un gesto de auténtica protección.

Por supuesto que el quiosquero se dio cuenta de su reacción y se preguntó lo raro que le parecía que aquella chica en concreto actuase de aquella forma. ¿Le habría ocurrido algo malo para que actuara así?

—¿Puedo ayudarte?

—Hmmm...

Otra vez se dio cuenta de lo difícil que le estaba resultando estar allí. Ni siquiera le mantenía la mirada.

Y decidió intervenir a su favor.

—Coge lo que quieras. Invita la casa.

Érika alzó la mirada y dejó que viera el dolor que transmitían sus ojos.

—Ni sé ni me importa el por qué no he vuelto a verte por aquí, pero sea lo que sea espero que te recuperes pronto.

—Gracias —titubeó nerviosa.

Cogió el periódico de forma apresurada y sacó rápidamente unas monedas del bolsillo.

—No, ya he dicho que invita la casa. Eso sí, con la condición de que vuelva a verte por aquí pronto, y a poder ser con la maravillosa sonrisa que tienes ¿eh?

Érika se mordió el labio para no echarse a llorar.

—Esa chica ya no existe —susurró.

—Te equivocas —le contestó el hombre mayor, dándose cuenta de lo mucho que había echado en falta las conversaciones sin importancia con aquella chiquilla desde que se mudara allí—. Alguien como tú Érika no debe permitir que eso suceda.

La cara de sorpresa habló por ella.

—¿Se acuerda de cómo me llamo?

—A diferencia de ti, sí que pienso que la Érika agradable y simpática de siempre está ahí dentro, en algún lugar. Solo debes buscarla. Y por supuesto que me acuerdo de tu nombre. No hay muchas jovencitas que se interesen en dar los buenos días siempre.

El quiosquero se alegró al verla sonreír.

—¿Lo ves? Tienes una sonrisa que no deberías ocultar. Piensa en ello.

—Gracias.

Dobló el periódico y lo metió bajo la gabardina para protegerlo de la intensa lluvia que seguía cayendo.

—Gracias a ti Érika por haber conseguido alegrarme el día. Ya decía yo que no te hubieses ido sin haberte despedido.

Volvió a sonreír y se dio la vuelta. A continuación salió disparada hasta el portal de su casa, y se dio cuenta de lo que verdaderamente había logrado ese domingo del mes de mayo.

¡Una auténtica proeza!

La maravillosa sonrisa de la Érika de siempre fue devuelta a través del espejo del ascensor a medida que subía planta a planta. Mientras eso ocurría, unas lágrimas, esta vez de alivio, volvían a empapar sus mejillas. La sensación de encontrarse en el buen camino era obvia.

Ese día decidieron, de forma unánime, comer las tres juntas. Se lo habían ganado después de que hubiese sido capaz de salir a comprar el periódico ella sola. Convirtiendo el triunfo en un trofeo para las tres. Aquel gesto suponía un gran paso hacia adelante. Posiblemente el más difícil e importante.

¡Los demás ya irían saliendo! Alegrándose profundamente de lo mucho que tenían que celebrar...

—Lo sé cariño —decía en esos momentos Alana a su marido con cara de resignación a través del teléfono—, y lo siento. Pero deberás quedarte con los niños y dejar esa partida para otro día. ¿O acaso pretendes insinuar que esa maldita partida de cartas es mejor, que el que tu cuñada haya conseguido salir sola a la calle?

Tras unos segundos se volvió a escuchar la voz de ella:

—Te compensaré cariño, esta noche cocinaré yo.

Alana colgó y no le dio opción a protestar, mientras que su hermana la miraba con cara de envidia, reconociendo que le gustaría tener ese poder sobre cualquier hombre, igual que hacía ella con el bueno de su cuñado. Alegrándose de la buena pareja que hacían, y de lo compenetrados que llegaban a estar, a pesar de tener tres hijos pequeños con lo que ello conllevaba.

—No se enfadará por quedarte, ¿verdad?

—¡Qué va! Total sólo llevaba esperando por esa partida un mes...

—¡Qué mala eres!

—¿Mala? Le vendrá bien quedarse con los tres para que se dé cuenta de la lata que dan. Cuando llegue a casa me pondrá en un pedestal y se le olvidará el enfado.

—Si tú lo dices...

—Aunque tendré que limpiar a fondo. Esas serán las consecuencias.

El repartidor de comida china no tardó ni veinte minutos en llegar. Se

sentaron alrededor de la mesa, envueltas entre el aroma delicioso de los rollitos de primavera y los tallarines con gambas, y se olvidaron del caos que muy posiblemente estaría produciéndose en el otro lado de la ciudad, cuando los niños supieran que se iban a quedar por unas horas a solas con el bueno de su padre, el cual no sabía decir la palabra no.

Pasadas un par de horas, y después de las conversaciones divertidas que tuvieron lugar en aquel minúsculo salón, a consecuencia del estado de satisfacción de todas ellas, decidieron que lo mejor sería dejarla a solas para que realmente fuera consciente del logro tan sumamente importante que había conseguido.

—Hasta mañana cariño.

—Hasta mañana mamá —y la besó en la mejilla.

—Adiós hermanita. Y ya lo sabes, para atrás ni para coger impulso.

—Lo intentaré.

Cerró la puerta con llave, una vez que se hubieron marchado, y solo entonces fue verdaderamente consciente de su estado de ánimo, y claro, no tardó en volver a plasmar el semblante serio y apático de siempre. No podía continuar fingiendo. La verdad de que había estado a punto de sufrir una fuerte crisis de ansiedad había sido evidente. Algo para lo que no estaba preparada.

¿Y si se estaban precipitando por el simple hecho de dar un minúsculo paso hacia adelante? Había que admitir que había logrado pisar la calle completamente sola pero, ¿sería suficiente?

—¡Mierda! —dijo en voz alta al empezar a dolerle la cabeza debido a todo el vaivén de emociones.

Fue hasta el armario en el que guardaba las pastillas, cogió un analgésico, y posó la mirada en la caja de las que había dejado de tomar, hacía un par de meses, siguiendo las instrucciones de su médico para no crearse una dependencia que a la larga sería peor. Pasándole por la cabeza la disparatada idea de tomarse una y dejar de pensar en lo que no quería.

Algo tan fácil y tan al alcance de la mano...

—¡Mierda! —volvió a repetir con énfasis, cerrando el armario de un portazo.

Fue hasta el grifo y llenó un vaso de agua. Se tomó el analgésico y procuró olvidarse de las otras pastillas que parecían querer llamarla por su nombre. Centrándose en lo que de verdad era bueno para ella.

¡Necesitaba ocupar la mente!

Echó un vistazo rápido y centró la atención en el periódico tirado sobre la mesa de cualquier manera. Se había olvidado de él y de lo que realmente significaba. Aquellas hojas bien podían ser el principio de su salvación. Sin ninguna duda era el consecuente del gran paso acontecido sin que llegase a creérselo, así que estaría bien echarle un vistazo para después guardarlo junto con sus cosas.

Lo cogió y se sentó en el taburete de la cocina. Pasó la primera página y comenzó a ojearlo sin prisa y sin pausa.

Noticias...

Sucesos...

Cotilleos...

Y de repente...

¡Y de repente, un simple y corto anuncio, que iba a ser el causante de cambiar su vida inesperadamente! Un anuncio en el que se ofrecía trabajo, durante un mes, como profesora de inglés en un campamento de verano para niños en España.

¡A miles de kilómetros de allí...!

“¿Y por qué no? Quizás sea lo que me hace falta para terminar de superar esto”.

El anuncio ofrecía un salario decente, con los gastos de manutención incluidos, dentro de un paraje único en la sierra de Madrid. El único requisito era saber perfectamente español e inglés. Algo que Érika cumplía al cien por cien, ya que su padre fue criado por una mujer española y por lo tanto en casa sabían el idioma, que ahora tan bien le vendría, además del hecho añadido de que tenía la carrera de magisterio. Haciéndose a la idea que aquella podría ser una gran oportunidad para alejarse de allí y tratar de recomponerse. No debía rechazarla.

Se levantó del taburete y terminó sentada, esta vez, frente a la pantalla del ordenador con la decisión de enviar, urgentemente, su currículum antes de que hubiese una mínima posibilidad de echarse para atrás.

“Total, no me van a llamar”, pensaba siguiendo el impulso de querer contestar a ese anuncio, sin pensar en las posibles consecuencias, en el caso de que lo hicieran.

¡Algo tan remotamente imposible...!

Tecléo con rapidez su contraseña, adjuntó el archivo que le interesaba, y puso el correo electrónico al que debería llegar su currículum.

Después simplemente arrastró el ratón hasta la ventana de enviar y lo pulsó.

¡Fin del asunto!

El lunes por la mañana, al encender el ordenador, pudo ver que en la bandeja de entrada tenía un mensaje sin leer.

¡Uno de tantos!

En ningún momento a Érika se le pudo pasar por la cabeza que aquel correo electrónico era para anunciarle que había sido seleccionada para el puesto de profesora de inglés en un país desconocido... dentro de siete días. Y claro, Érika estuvo a punto de caerse de la silla, gracias a la impresión que se acababa de llevar. Convencida de que se había precipitado, a la vez que en su interior se le hacía un nudo en el estómago, al ser realmente consciente de la locura en la que se había metido... ella solita.

“¿En qué coño estaba pensando?”

CAPÍTULO 3

—¡Mamá! ¡Mamá! —gritaba Alana como una loca sin poder apartar la vista de la mujer que bajaba del taxi frente a la tienda de flores.

Al escuchar la voz alterada de su hija, Aine dejó las orquídeas sobre la mesa, y salió de prisa limpiándose las manos sobre el delantal que llevaba.

—¿Qué pasa? —preguntaba en ese momento algo preocupada mirándola sin pestañear.

—¿Que qué pasa? ¡Mira eso! —exclamó incrédula señalando la cristalera que daba a la calle.

Aine desvió la vista hacia el lugar que le indicaba pero en un principio no vio nada, preguntándose qué era lo que podía haber visto su hija para que de pronto se encontrara tan exaltada. Miró hacia los lados que le permitía el cristal pero tan solo veía la rutina de todos los días; encogiéndose de hombros.

—¡El taxi mamá! ¡Mira el taxi!

Fue cuando pudo ver a Érika bajarse del coche como si nada, lo que ocasionó que la incrédula mujer tuviese que sujetarse a lo primero que pilló para no caerse de la impresión.

—¡Dios santo!

Unos segundos más tarde se escuchaba el sonido de la puerta al abrirse.

—Hola —fue lo que dijo a modo de saludo.

Aine y Alana corrieron a su encuentro, todavía en estado de cataclismo, con la idea equivocada de que tenía que haber sucedido algo muy grave para que hubiese sido capaz de coger un taxi y presentarse en la tienda de su madre, pero... ¿de qué se podría tratar?

—¿Estás bien cariño?

—Pues... no lo sé —contestó nerviosa mirando cuanto la rodeaba— la tienda está preciosa mamá.

—Gracias hija, pero no creo que te hayas decidido a venir para decirme eso, ¿no?

—Creo que necesito un poco de agua.

Se dirigió hacia uno de los cuartos y se llenó un vaso bajo la atenta mirada de ambas, que la seguían allá donde iba.

—¿Y bien? —preguntó con sutileza esta vez su hermana.

—He encontrado un trabajo.

Las dos abrieron los ojos, sorprendidas, y creyeron en la posibilidad de que no hubiesen escuchado bien.

—¿Cómo dices?! —preguntaron a la par.

—Ayer vi un anuncio en el periódico, solicitando una profesora de inglés por un mes, y decidí enviar el currículum.

Aine y Alana retrocedieron hasta las sillas que había, y simplemente se dejaron caer. Aquello era demasiado bueno para que fuese verdad... permaneciendo calladas y sobre todo atentas. Muy, muy atentas debido a la insólita escena.

—Lo hice siguiendo un impulso después del logro de poder salir. Creí que sería imposible que me contestaran, y resulta que no solo es que sí lo han hecho, sino que además solicitan mi incorporación inmediata.

Al ver que ninguna decía nada preguntó:

—Bueno, ¿es que no vais a decir nada?

La primera en despertar del sueño fue su hermana.

—Pero... ¿para cuándo sería?

—Empezaría dentro de una semana —contestó comenzando a frotarse las manos nerviosa.

Algo que por supuesto preocupó a las mujeres. Bien sabían que aquel simple gesto era el primer síntoma que evidenciaba una posible crisis nerviosa.

—Ven cariño, siéntate a nuestro lado.

Érika lo hizo y rápidamente sintió cómo la cogían de la mano en un intento de tranquilizarla.

—Creo que lo único que importa ahora es saber si realmente estás preparada para hacerlo, y sobre todo si realmente quieres, ¿no crees?

La respuesta de Érika las destrozó:

—Mamá, yo ya nunca voy a estar preparada para nada...

—Pero ¿qué dices? Por supuesto que lo vas a estar. —Le dijo con seguridad antes de añadir—: El que estés aquí lo corrobora, ¿no te das cuenta del paso tan grande que has vuelto a dar?

—¿Qué paso? —preguntó enfadada consigo misma empezando a sentir que el corazón se le aceleraba— cuando he pedido un taxi por teléfono he exigido que debía de ser mujer, después he tardado en salir a la calle casi una hora.

—Pero estás aquí, —le decía esta vez Alana mediante un susurro— y

eso debería bastarte cariño.

—Pero... —quiso decir desbordada por cuanto bullía en su interior.

—¡Pero nada! Quizás esta oferta de trabajo sea lo que necesites para empezar otra vez ¿no crees? si el psicólogo no pone objeciones yo tampoco lo haré, tú tienes la última palabra. Piénsalo bien cielo, estoy convencida que peor ya no te puede ir.

—Mamá tiene razón, además, si no te gusta o no te convence siempre te puedes echar atrás.

Érika miró con atención a una y a otra antes de decir:

—Hay algo que todavía no os he dicho.

—¿Y qué es hija? —preguntó su madre como si nada.

—El trabajo es en España.

—¿Qué?!

De repente fue como si una bomba nuclear hubiese caído en mitad de la floristería, poniéndolo todo patas arriba, y por supuesto dejando tanto a la madre como a la hermana en un caos absoluto.

Tanto fue así que Érika, la cual esperaba ansiosa para que le quitaran tan absurda idea de la cabeza, tuvo que intervenir debido al prolongado silencio que hubo a continuación. Tomando las riendas de la situación tal y como había ocurrido siempre antes de la agresión.

¡Sin ser consciente de que daba un nuevo e importantísimo paso hacia adelante!

—¿Por qué no decís nada? Si me he atrevido a venir hasta aquí precisamente es porque creo que esta noticia no la podía dar por teléfono.

Al ver como seguían calladas alzó la voz.

—¡Vamos! ¿Queréis decir algo de una buena vez? Tampoco es tan grave el asunto para haberos quedado sin palabras... ¿o sí?

Su madre, después de escucharla, abrió la boca con determinación, y lo hizo con el único objetivo de hacerla ver que aquello que estaba contando era un auténtico disparate, y que por supuesto haría cuando estuviese en sus manos, para impedir aquella absurdez.

¿De veras se le había pasado por la cabeza aceptar ese trabajo? ¿Es que tanto encierro al final había terminado por volverla loca del todo?

La voz de Alana se escuchó entonces, interrumpiendo a su madre, para simplemente decir:

—¿Y por qué no?

—¿Cómo que por qué no? —preguntó Aine a su vez dirigiéndose hacia

ella con cara de no poder creer lo que acababa de escuchar. Enfrentándose a su hija con una incredulidad desbordante— ¿Cómo puedes decir algo así cuando ni siquiera es capaz de salir de casa después de casi siete meses?

La discusión comenzó a subir de tono de manera rápida y contundente, olvidándose de la persona protagonista. Ignorándola como si aquel asunto no fuese con ella.

—Mamá, sí que ha sido capaz de salir, ¿no lo ves? Todavía no puedo asimilarlo pero la verdad es que ayer salió sola, y hoy lo ha vuelto a hacer. Y como tú muy bien acabas de decir peor ya no puede estar.

—Pero eso ha sido antes de saber que el trabajo es en España...

—¿Y qué más da? Si no le convence se puede venir al día siguiente — insinuó, a decir verdad sin mucha convicción.

Érika comenzó a cabrearse al ver como la seguían ignorando como si en realidad fuese una cría y por lo tanto no pudiese decidir por sí misma. Mirando a una y a otra sin dar crédito a lo que veía y sobre todo seguía escuchando.

—No puedes estar hablando en serio Alana. ¿De verdad crees que retomar el día a día lejos de casa la va a ayudar?

—Sí, sí que lo creo.

—Pues te equivocas y por supuesto que no irá.

—Mamá —intervino Érika por primera vez.

No le sirvió de nada. Ni siquiera le prestaron atención a lo que ella tuviese que decir.

—Al menos sepamos toda la información antes de decir no —continuó como si nada su hermana.

—Alana —volvió a intervenir Érika levantando un poco la voz debido a la indiferencia de ambas.

Nada, ellas seguían a lo suyo.

—¿Qué información quieres saber? Por muy bonito que lo pinten, y por mucho que pueda ser una experiencia inolvidable, ese puesto está destinado para otra persona. No para tu hermana.

—Si tú lo dices...

—Por supuesto que lo digo —contraatacó convencida.

Érika trató de mantener la calma ante la dantesca situación, rodeada de flores, y decidió intervenir de una vez. El tema de la disputa era su vida y ella no podía permanecer impasible. Así que, con una tranquilidad asombrosa, se levantó de la silla y se terminó plantando frente a las dos. Cruzándose de

brazos y con un gesto contrariado en su cara. Sorprendiéndose gratamente una vez que se dio cuenta de que había dejado de frotarse las manos.

Un detalle demasiado importante como para obviarlo. Quizás por ese motivo se infundió de valor y preguntó enojada:

—¿Habéis terminado?

El tono empleado fue suficiente para que se percataran de lo que parecían haber olvidado. Giraron sus cabezas y la miraron expectantes después de comprender, demasiado tarde, que se habían precipitado de mala manera decidiendo por ella.

Algo que por supuesto la Érika de antaño no hubiese consentido.

—¿Desde cuándo decidís lo que me conviene o no? —preguntó cabreada, viéndose con las suficientes fuerzas para querer afrontar la situación.

Algo completamente impensable hacía tan solo un día. ¡Avanzando hacia adelante con pasos cortos pero seguros!

—Entiendo que os preocupéis. Me enfadaría si no lo hicierais, pero de ahí a querer decidir por mí va un trecho.

Alana no se lo podía creer y la observó con admiración. Sorprendida de lo que tenía delante de sus ojos.

¿Realmente la antigua Érika intentaba luchar con uñas y dientes para volver a la superficie?

El orgullo y sobre todo la testarudez de ambas mujeres, atreviéndose a meter donde no debían, parecía que finalmente les aportaría un beneficio que nunca hubiesen imaginado. Y Alana estaba encantada de lo que estaba sucediendo.

—Ahora mismo estoy hecha un flan. Nadie mejor que yo sabe las limitaciones que tengo y en cambio he sido capaz de salir de casa y venir a veros. El logro de lo que he conseguido me da fuerzas y lo que es mejor, me da esperanzas. Tantas que, ¿sabéis qué?

—¿Qué hija?

La mujer mayor permaneció con el corazón encogido esperando la respuesta.

¿Y si cometía el disparate de aceptar el trabajo que la alejaría de casa? No, no podía ni pasárselo por la cabeza. La importancia de estar rodeada de la familia era la mejor terapia (aunque no hubiese dado todavía los frutos esperados).

—Mamá quiero intentarlo. Os lo debo. Me lo debo, —aclaró entre

lágrimas, echando la vista atrás para ser consecuente del infierno vivido, al mismo tiempo que se daba cuenta de los logros acontecidos. Llegando a la importancia de empezar a creer que sí que podría conseguirlo.

—¿Estás segura? —le preguntó su madre con un hilo de voz.

—No.

—Pero entonces...

—Como ya te he dicho nunca seré capaz de volver a estar segura de nada mamá pero siento que es ahora o nunca. El destino ha querido que ese anuncio cayera en mis manos y creo que significa algo bueno. No tengo ninguna duda.

Aine discrepaba.

—¿Hablas en serio?

—No lo sé pero no pierdo nada —trató de convencerse a sí misma—. Si algo sale mal volveré en el primer vuelo que salga de vuelta y me encerraré nuevamente. ¿Qué puedo perder si aquí y ahora lo tengo todo perdido?

A continuación fue Alana la que se decidió a pronunciarse. Y lo hizo con un entusiasmo que le sirvió para transportarla a un escenario idílico.

—Un mes en el país al que todo el mundo quiere ir y donde un sol espléndido te estará esperando. ¿Y dices que encima cobrarás? Eres una persona afortunada hermanita. No hay nada que pensar. Hazlo.

Parecía fácil. Demasiado fácil incluso, pero aquellas palabras no la reconfortaron lo que a ella le hubiese gustado. Llegando a pensar en la posibilidad de que se estaba precipitando.

—¿Qué sabes de esa oferta de trabajo? —preguntó su madre para saber a lo que atenerse. Aferrada a la idea de que por su parte no se lo iba a poner nada fácil. Convencida de que no le haría ningún bien.

¡Y bastantes problemas tenían como para añadir otro!

—Es en la sierra de Madrid dentro de un chalet con todas las comodidades —empezó a decir informándolas—. Allí llegarán niños de entre seis y quince años procedentes de municipios cercanos. Por lo visto llevan cuatro años haciendo esos campamentos de verano con extraordinarios resultados.

—¿Todo el verano?

—Sí. La duración máxima es un mes y después cambian los niños y algún monitor.

—¿Dónde se alojan los trabajadores? —preguntó Aine dejando entrever que estaba interesada, y sin por supuesto atreverse a incluirla. Convencida de

que aquel episodio quedaría en nada en cuanto lo pensase mejor.

Aferrándose a esa esperanza.

—Es uno de los detalles que casi me ha hecho decidirme mamá. En caso de que vaya no tendré que salir del complejo si no quiero. Estaré rodeada de niños, del matrimonio propietario, y según me han dicho por teléfono de algún monitor. Dos o tres como mucho. Y tengo que reconocer que me ha resultado bastante tranquilizador.

—Lo que yo digo —intervino Alana divertida—, unas vacaciones en toda regla. Sí señor.

Érika sonrió tímidamente.

—La verdad es que no pinta nada mal y María me ha transmitido una confianza plena, aunque no lo creáis.

—¿María? ¿Quién es María? —preguntó su madre desconfiada.

—La propietaria del chalet. Parece una mujer encantadora.

—No sé hija —intervino Aine cada vez menos convencida—. Si te digo la verdad no veo nada claro este asunto.

—Pues yo sí que lo veo claro hermanita. Alguna clase de inglés y después... sol, piscina, siesta, sin prisa para cenar...

—Parece que sabes mucho de un país que no conoces, ¿no?

—El que no haya ido nunca no significa que no tenga amigas que sí que lo han hecho, y hablan maravillas.

Aine, al comprobar que aquello parecía tomar forma y se le escapaba de las manos, quiso zanjar el asunto de una vez. Convencida de que se quedaría en una simple anécdota, y en el caso de que no lo fuera, no dudaría en ponérselo difícil. Empezando por decirle:

—Demuéstrame estos días que puedes hacer una vida más o menos normal y te prometo que en el caso de que quieras hacerlo te apoyaré cien por cien. ¿Qué te parece cariño?

—Bien mamá. Me parece bien.

Alana captó la intención de su madre y supo, de antemano, que su hermana no podría complacerla. No sin su ayuda. Por ese motivo dio un paso hacia adelante, para tender su mano, haciéndole más llevadero seguir al mando de la maravillosa aventura que tenía a su alcance. Empecinada en la sorprendente oportunidad que tenía de empezar de cero.

—Entonces empecemos ahora mismo. Necesitarás ropa de verano y un par de bikinis. ¿Nos vamos de compras?

Pensar en un bikini, con la tromba de agua que estaba cayendo fuera,

hizo que por un segundo una nueva ilusión cruzara su cara.

¡Sorprendente!

Y se olvidó de la ansiedad que le debería haber provocado la idea de tener que salir a la calle, para en cambio dejarse llevar por el entusiasmo de Alana.

Por el contrario, la que se quedó dentro de la floristería suspiró con pesar, viéndolas marchar, convencida del descalabro que les iba a suponer aquel tremendo disparate.

Dio media vuelta y volvió con las orquídeas olvidadas en el interior.

—¿Quieres relajarte de una vez? Mira este bikini tan bonito. Te quedaría estupendo.

—No quiero ningún bikini. Estaré mucho mejor con un bañador — protestó Érika mirándolo por encima con desinterés.

Llevaban mucho rato en la tienda de ropa y la tortura a la que se estaba sometiendo, ella misma, empezaba a pasarle factura. Centrándose en respirar con normalidad pero sin conseguirlo.

—Aquel hombre me está mirando —dijo en voz baja quedándose petrificada sobre el suelo.

—¿Y qué? Mira ahora me está mirando a mí, ¿crees que por eso tenemos que llamar a la policía? —la regañó—. ¡Pues claro que te mira! ¡Cualquier hombre joven que no lo haga es porque no está bien!

—No me gusta que lo hagan.

—Pues tendrás que empezar a vivir con ello. Eres muy guapa Érika, y mirar no es malo.

—Para mí sí.

—Anda, déjate de tonterías y vayamos a los probadores —sentenció segura antes de que echara a perder lo que estaba consiguiendo.

La cogió de la mano y la arrastró consigo sin darle la oportunidad de salir corriendo. Y mientras lo hacía pensaba en lo increíble de la situación.

“Si me llegan a decir que iba a irme de compras con Érika no me lo hubiese creído ni loca”, en cambio allí estaban.

Volvió a mirarla, por el rabillo del ojo, atenta a cualquier revés que pudiera surgir tras llevar cuarenta minutos en el centro comercial. Dispuesta a que tirara de ella en caso necesario si terminaba derrumbándose con uno de sus temidos ataques de ansiedad. Aunque su positividad le decía que la antigua

Érika continuaba dispuesta a tomar el control de su pésima vida.

El recuerdo de la joven que un día fue a Alana le bastó para saber que el viaje a España sería su salvación.

¡No había vuelta atrás!

Salieron de la tienda de ropa y entraron en una perfumería en la que estuvieron otros quince minutos. La idea de Alana parecía descabellada, pero tenía el propósito de presionarla hasta el límite. Necesitaba comprobar si realmente estaba preparada para el paso que iba a dar, y por supuesto estaría a su lado cuando le dijera que no podía más.

¡Estaba aguantando como una jabata!

Cuando entraron en una tienda de lencería Érika no pudo continuar. Lo intentó, lo reintentó pero se vino abajo. Echándose simplemente a llorar y sin saber, a ciencia cierta, si era provocado por el agotamiento, por un ataque de ansiedad, o porque quería estrellar el bolso contra la cabeza de su hermana.

¿Acaso no se daba cuenta del terrible esfuerzo que estaba haciendo? Y en vez de canalizar los sentimientos que no sabía manejar, se paró, en mitad de la tienda, y dio rienda suelta a las sensaciones vividas desde la mañana en la que salió a comprar el periódico.

Parecía que había pasado una eternidad y nada más lejos de la realidad...

Una Alana atenta, en el instante en que la vio, acabó con la tortura rápidamente. Estaba preparada para actuar. Pagó lo que se iban a llevar, cogió las bolsas, y se apresuró a llevarla fuera del centro comercial para coger un taxi.

Veinticinco minutos después la dejaba en el interior de su apartamento sin por supuesto olvidarse de decirle lo orgullosa que estaba de ella. A continuación, y por expresa petición de su hermana, se marchó, dejándola sola.

Era el momento de que supiera lo que realmente había conseguido, y estaba convencida de que sería capaz de hacerlo.

Esa misma noche recibió la llamada de su hermano mayor, el cual no había tardado mucho en ser informado de las últimas noticias.

¿La llamaría con el propósito de que recapacitara?

Y no pudo evitar cierto rechazo al intuir que su madre habría sido la encargada de darle la noticia. También estaba segura de que habría recurrido al chantaje emocional que sabía le provocaría el único hombre al que no solo escucharía, sino que además obedecería. Su hermano era mucho más que eso y sabía que, en el caso de que se lo pidiera, no se movería de Dublín.

—¿Ya te has enterado?

—Las noticias vuelan —contestó Brian sonriendo al otro lado del teléfono—. Acaba de llamarme mamá poniendo el grito en el cielo por lo que te estás planteando.

—¿Directo al grano eh?

—No te creas hermanita...

A continuación un largo silencio se apoderó de la línea.

—Brian —pronunció rompiendo el silencio, indecisa. ¿Y ahora qué? Sabía perfectamente lo que él iba a decirle pero... algo en su interior parecía revelarse. Armándose de valor para hablarle con determinación. Sabía que podía hacerlo—, sé que nada de esta locura suena bien pero necesito un cambio radical en mi vida.

Al no escuchar ninguna interrupción prosiguió:

—Creo que es la oportunidad que estaba esperando, y además creo que no puede sucederme nada peor de lo que estoy viviendo encerrada en casa. Llámame loca si quieres pero me da la sensación de que es ahora o nunca.

Nada. Completo silencio en la línea telefónica.

—¿Brian? —terminó por preguntar ante la duda de si se habría cortado.

—Estoy aquí.

Aquella simple respuesta la reconfortó por entero.

—¿Cuánto más vas a esperar para quitarme la idea de la cabeza?

La respuesta no tardó en llegar, y lo hizo con absoluta franqueza y sinceridad.

—Te equivocas hermanita. No lo voy a hacer.

Érika dio un respingo. Abrió la boca, incrédula, y preguntó:

—¿Cómo?

—Estoy totalmente convencido de que tienes razón. Antes de llamarte he hablado con Alana. Me lo ha explicado de diferente forma que mamá y de verdad que me he quedado alucinado cuando me ha dicho que habíais ido de compras. ¿Te haces a la idea de lo que realmente supone lo que has hecho hermanita?

—Yo...

—Me basta lo que he escuchado para saber de qué lado estoy —la interrumpió con la característica voz que a su hermana le encantaba—. Lo siento por mamá.

—¿Estás seguro de que debo hacerlo?

La inseguridad de sus palabras Brian las captó al vuelo.

—No solo estoy seguro sino que estoy convencido.

El resoplido de ella se escuchó perfectamente.

—Pues debo decirte que ahora que hasta tú me apoyas me siento más insegura. Pensé que no me dejaríais hacerlo.

—No somos quiénes para no dejarte hacer Érika, eso ya deberías saberlo.

Un nudo en el estómago la contrarió. Las dudas se cernían sobre su ser, irremediadamente, e incluso deseó que Brian hubiese hecho caso a su madre en vez de a su hermana.

—¿Crees que seré capaz de coger ese avión? —dudó otra vez. Necesitaba agarrarse a cualquier tabla de salvación. La sensación de estar equivocándose se agrandaba a pasos agigantados.

La respuesta de Brian no se hizo esperar.

—Lo creo Érika, ¿y sabes por qué?

Las lágrimas no la dejaron hablar.

—Porque al fin te has dado cuenta de que no puedes seguir con la vida que llevas, —y para quitar hierro al asunto dijo—: además, así tendré la excusa de irte a ver un fin de semana. ¿Qué te parece?

—Te quiero hermanito.

—Y yo a ti. Prepara esa maleta y hazlo. En caso de que no salga bien no vas a estar sola. Nunca lo estarás.

Le bastó un segundo para terminar de convencerse. La conversación había conseguido sanar un poco de su alma maltrecha. E ilusionada por lo que estaba por venir dijo simplemente:

—Lo haré Brian, si cuando esté allí decido que me he equivocado siempre puedo volver, ¿no?

—Esa es la Érika que conocemos. Cuídate hermanita.

—Te quiero.

Una semana después...

—Mamá, no nos estaremos confundiendo, ¿verdad? —preguntaba una Alana casi histérica viendo a su hermana diciéndoles adiós después de pasar por el detector de metales.

—Espero que no hija, aunque yo sigo pensando lo mismo.

—¡Joder mamá! No me lo hagas más difícil de lo que ya es.

—Haberlo pensado tú y tu hermano antes de animarla a seguir con esta locura —explotó envuelta en un nerviosismo intratable, sin apartar la mirada del lugar en el que había visto a su hija por última vez.

¡Ya no había marcha atrás!

Y así fue cómo, el avión con destino a Madrid, emprendió el vuelo una hora y cuarenta minutos después.

CAPÍTULO 4

El vuelo transcurrió casi con normalidad, sin ningún incidente, después de solicitar a la azafata que la cambiara de asiento. ¿El motivo? A su lado se sentó un hombre y la cara de ella cambió. Afortunadamente había asientos vacíos y la mujer a la que le pidió ayuda actuó rápidamente. Resolviendo el problema sin inmutarse. Extrañándole su comportamiento puesto que cualquier otra en su lugar habría estado encantada de viajar al lado de un hombre tan atractivo. En fin, se limitó a cumplir el deseo explícito de aquella muchacha, y no le pudo pasar inadvertida la mirada atormentada que tenía.

—¿Todo bien? —Le preguntó la azafata una vez que pudieron quitarse los cinturones de seguridad—. Le he traído una tila por si le apetece tomarla.

La había estado observando y le llamó bastante la atención el estado de nerviosismo en el que parecía estar.

¿Sería la primera vez que volaba en un avión?

—Sí, sí —dijo avergonzada. Cogió el vaso que le ofrecía agradecida y dijo—: gracias.

—Si necesita algo estaré por aquí, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

A continuación trató de respirar pausadamente y se enfadó debido en gran parte al ridículo que estaba haciendo. Se llevó el vaso a la boca y tragó parte del líquido caliente. Desechando la idea de que ya era tarde para arrepentirse del paso nefasto que había dado.

¡No lo consiguió! Estaba inmersa en un mar de dudas, tantas que la necesidad de abrir el bolso la pudo. Cogió las pastillas que tanta falta le hacían y sacó el blíster. Depositó una en la mano, se la fue a llevar a la boca... y una voz interna pareció advertirla:

“Si tomas solo una de esas estás perdida”

—¡Joder!

Terminó de beber la tila y tiró la pastilla en el interior del vaso, lo dejó en la bandeja, y trató de olvidar lo que había estado a punto de hacer. Seguidamente cerró los ojos y simplemente dejó la mente en blanco, siendo capaz de hacerlo a medida que los latidos del corazón iban pausándose poco a poco.

Hugo aparcó su moto, en frente de la puerta principal del aeropuerto, y se quitó el casco. Hacía un calor horroroso y eso que todavía no eran ni las diez de la mañana. Lo dejó dentro del manillar, y a continuación sacó del interior del bolsillo, de la cazadora de cuero, el folio con la foto impresa que María le había dado hacía apenas media hora.

Miró aquella imagen durante unos segundos, y no pudo evitar una mueca socarrona ante lo que sabía vendría después. Un hecho que lo involucraría tanto a él, como a su amigo y compañero Héctor, porque una nueva temporada daría comienzo en breve.

Tales pensamientos lo llevaron a pensar a quién de los dos le tocaría esta vez...

Miró algo distraído el reloj y se limitó a esperar a que la chica de la foto hiciese acto de presencia. Y mientras esto ocurría recordó la noche que había pasado entre los muslos ardientes de su última conquista. Una camarera nueva del garito al que siempre iba y que terminó rendida a sus pies, insinuándose provocativamente, hasta casi suplicarle que la llevara a su piso para tomar la penúltima copa.

“Aquello no podía estar sucediendo” pensaba una Érika al borde de un ataque de nervios tras darse cuenta, después de una hora esperando, que le habían extraviado la maleta.

Y con cara de resignación se dirigió hacia el mostrador de reclamaciones para dar los datos del lugar en el que iba a estar. Esperando la pertinente fila, malhumorada, pero con el deber de hacerlo. No le quedaba otro remedio sí quería que se la enviaran cuando apareciera.

¡Menuda suerte la suya!

Una vez cumplimentados los trámites del papeleo metió la cartera en el bolso y lo agarró con fuerza. Lo único que faltaba era que lo perdiera o se lo robaran, y emprendió la marcha por el pasillo mientras miraba los paneles informativos. Tratando de buscar la salida, haciéndose a la idea de que todo parecía ir de mal en peor, y eso que ni había comenzado la vivencia en suelo español.

Avanzó hacia la salida envuelta en un cabreo monumental.

Hugo se empezaba a impacientar. Llevaba allí plantado más de una hora, y para colmo estaba levantando las miradas furiosas de los taxistas porque estaba ocupando uno de los sitios reservados.

Le daba igual, limitándose a pasar absolutamente de todos y cada uno de ellos, preguntándose si la chica a la que había ido a buscar no habría salido por alguna otra puerta. La espera le resultaba una ardua tarea que no le gustaba nada. Además, estaba rompiendo una de sus reglas de oro, la más importante de todas:

¡No esperar por ninguna mujer! Y no solo la estaba rompiendo, sino que además tendría que seguir haciéndolo. Se lo había prometido a la buena de María. Una mujer que parecía conocerlo como si lo hubiera parido.

Dejó aquellos pensamientos a un lado cuando por fin las puertas automáticas se abrieron de nuevo, observando de mala gana a un grupo de personas salir a la calle. Entonces, al fijarse bien, pudo ver a la chica que estaba esperando.

Soltó inconscientemente un suspiro de alivio. La espera había llegado a su fin y se decidió a mirarla a su antojo.

“¿Qué hacía?”, se preguntó algo extrañado. Observando cómo se quedaba parada, sorprendiéndose por la indumentaria que llevaba.

“¿Acaso no sabe que aquí hace 40 grados? Vaya tía más rara”.

Érika cruzó las puertas del aeropuerto, que daban a la calle, y tuvo que pararse. La bola de fuego que la recibió fue indescriptible, rompiendo a sudar bajo las ropas inapropiadas que llevaba (como muy bien se había encargado Alana de reprocharle). Trató de hacerse a la idea del cambio tan radical de temperatura entre un país y otro, y recordó que apenas unas horas antes sí que necesitaba de toda esa ropa, de su gabardina, y hasta de un paraguas.

Parecía imposible que estuviese a punto de desfallecer a consecuencia de notar que se derretía literalmente, y para colmo, si no era bastante con lo que tenía encima, se daba cuenta que debía ser el hazmerreír de aquella gente en chanclas y ropa veraniega, los cuales no dejaban de mirarla con gesto incrédulo, mientras comenzaba a sentir las gotas de sudor empapando su nuca.

¡Empezando a desfallecer!

Con rapidez se desabrochó la gabardina y se la quitó, a continuación la dobló como pudo, y la apretujó con todas sus fuerzas dentro del bolso sin importarle que se pudiera arrugar. Centrándose únicamente en seguir

respirando aquel aire asfixiante. Se desabrochó un par de botones de la camisa y se remangó las mangas.

Todo bajo la atenta y burlona mirada del hombre que se había vuelto a subir a la moto, sin dejar de observarla en ningún momento, y desde luego sin poder evitar reírse de la escena tan insólita que se encontraba a escasos metros de él. Permitiéndole analizarla en profundidad.

Chica atractiva de unos veinte pocos años...

Pelo ondulado oscuro...

Media melena...

Ojos también oscuros...

Un metro casi setenta...

Delgada...

Con rasgos suaves además de delicados...

Y con lo que a su entender parecía una mirada un tanto atormentada...

¿Por qué? ¿Quizás por haber dejado en su país algún tipo de novio? Si era así ya se encargarían, uno de los dos, de hacerla olvidar aquel detalle sin importancia. Sabía por experiencia lo fácil que les había resultado “olvidar a sus novios” a las anteriores chicas dispuestas a vivir la experiencia de sus vidas en todos los aspectos posibles.

¡Desde luego que se encontraban en el lugar adecuado!

Después de aquel análisis completo, y después de lo que parecía una eternidad, finalmente la vio ponerse en marcha dirigiéndose a la parada de taxis. Lo que aprovechó para dejarse notar.

¡Un detalle que a él le encantaba!

Arrancó la moto y aceleró ruidosamente para llamar su atención. Mirándola un tanto vacilón, y por supuesto con la absoluta certeza de que así lo haría.

¡Algo que no sucedió!

Hugo la vio pasar de largo y se molestó porque ni tan siquiera lo miró. Bueno, ni a él ni a su querida moto. Nada. Como si fuesen invisibles. Lo que propició, sin ella saberlo, un terrible malestar sobre el ego masculino para nada acostumbrado a ese tipo de situaciones. Provocando un gesto contrariado que se reflejara en su cara, a medida que decía en tono serio:

—¿Érika?

La chica escuchó su nombre y no pudo evitar dar un respingo. Lo siguiente que hizo fue llevarse la mano hasta el costado, en un acto reflejo, y echó la vista atrás para averiguar si efectivamente se estaban dirigiendo a ella

en concreto.

Entonces vio a un hombre sobre la moto, que debía de haber sido la causante del horroroso ruido que se había adentrado en las profundidades de sus castigados oídos, y lo miró con gesto malhumorado, tal y como él hacía a su vez, al tiempo que comenzaba a abrir el bolso en busca de algo.

—Eres Érika, ¿verdad? —volvió a preguntar cabreado porque ni se molestaba en contestar. Viéndola empeñada en buscar algo que debía de ser realmente importante. Creyendo, erróneamente, que podría tratarse de la dirección a la que iba.

Y añadió al ver que no llevaba equipaje:

—No te preocupes, yo te llevaré.

A Érika sus palabras le sonaron a amenaza. Poniéndose histérica.

El resultado fue que el bolso terminó en el suelo.

“Mierda”, pensó agachándose apresuradamente en busca de lo que se acababa de convertir en una absoluta y frenética lucha. Necesitaba lo que tenía escondido en el interior, era de vital importancia.

Y tan concentrada estaba que ni se fijó en la cara del hombre que la miraba perplejo. Examinando cada uno de los gestos, que delataban su nerviosismo, sin entender a qué eran debidos exactamente.

Vaya anómala situación...

—Pero, ¿qué buscas? —preguntó Hugo curioso, empezando a perder la calma—. Ya te he dicho que te llevaré. Sube a la moto.

Érika cogió lo que encontró en el fondo del bolso y actuó rápidamente. Estaba convencida de estar en peligro. Así que se limitó a decir con énfasis a la vez que sacaba la mano con aquel objeto:

—¡Yo nunca subo a la moto de un extraño!

A Hugo no le dio tiempo a decir que él no era un extraño, sino que sería su compañero de trabajo durante aquel mes de julio. Y no le dio tiempo porque, de repente, aquella loca le roció la cara con un spray de autodefensa. Sintiendo cómo un dolor agudo lo atravesaba. Penetrándole en el interior de los ojos, la boca, y las fosas nasales, mientras hacía lo humanamente posible para no dejar que la moto cayera sobre el suelo. Después empezó a gritar fuera de sí:

—¡¡¡Hija de puta!!! ¡¡¡Me cago en tu puta madre!!!

Érika, al borde del colapso, actuó con una rapidez sorprendente y comenzó a correr como una loca hasta la fila de taxis. Allí miró uno a uno hasta encontrar lo que estaba buscando.

¡Una mujer!

Subió apresurada y le dio la dirección a la que iba. Un segundo después apoyó la cabeza sobre el asiento y, sin mirar atrás, trató de respirar haciéndose a la idea de que no saldría de su lugar de trabajo en todo el mes.

¡Teniendo la certeza de que en aquel lugar que sólo conocía por fotos estaría a salvo de motoristas engreídos y peligrosos!

El trágico momento vivido en el aeropuerto quedó en un segundo plano y empezó a disfrutar del paisaje que se le ofrecía. Maravillándose de las vistas.

El espectacular embalse que se deslumbraba desde la distancia, ahora lo tenía a escasos metros, respirando la tranquilidad y la paz que irradiaba aquel maravilloso lugar con el pequeño pueblecito a los lejos, y desde el que se podía divisar de fondo la gran montaña que lo rodeaba. Parecía que allí se acababa el mundo. Como si no existiese nada más detrás de aquel paraje lleno de enormes rocas que parecían tocar el espectacular cielo. Enamorándose del lugar nada más verlo, y provocando en ella una paz que no había vuelto a sentir en aquellos interminables meses.

Sonrió de manera natural y, fue incapaz de resistirse al impulso de bajar la ventanilla para oler cualquier aroma que tuviese que ver con aquel paraje idílico, disfrutando ajena a la cara de malestar de la taxista en cuanto comenzó a entrar el sofocante calor en el interior del vehículo. Algo que ni siquiera notó, deleitándose con unas vacas pastando tranquilamente dentro de un cercado.

La sonrisa que reflejaba su cara ensanchó su maltrecha autoestima.

A continuación admiró la estrecha carretera que la condujo hasta el interior de aquel encantador pueblo. Entonces abrió los ojos como platos ante el magnífico castillo medieval situado a la derecha.

¡Quedándose literalmente sin palabras por tanta belleza!

Y se olvidó del suceso tan extraño de hacía un rato...

Cruzaron el pueblo, en tan solo tres minutos, para esta vez coger otra carretera más estrecha y con multitud de baches. Permaneciendo con la vista, esta vez a la izquierda, al ver y escuchar el río que seguía su curso a través de las rocas, envuelto entre una variedad extensa de árboles, arbustos, y plantas de todo tipo. Una vista realmente espectacular para los afortunados dueños de las pocas casas que se veían.

Deseó ser uno de ellos.

El taxi bajó de velocidad y giró a la derecha. Un camino pequeño y empedrado parecía esperarle. Adentrándose en él para a escasos metros pararse definitivamente. El camino se acababa de forma brusca ante la montaña rocosa que parecía alzarse hasta el mismo cielo.

—Hemos llegado. Este es el número exacto.

Érika volvió en sí y despertó de lo que parecía un sueño idílico. Abrió el bolso, echó mano de su monedero, y vio el bote de spray. Lo empujó a un lado y dio las gracias a su amigo policía porque esa mañana estuviera en el detector de metales del aeropuerto de Dublín, porque sin él no podría haber introducido aquel objeto dentro del interior del avión.

—¿Cuánto es?

—56,40 euros.

Sacó un billete de cincuenta y otro de diez, se los entregó en la mano, y sin esperar el cambio se bajó.

—Gracias.

—Gracias a ti —respondió la hábil taxista antes de dar marcha atrás para sencillamente desaparecer por el mismo lugar que había venido.

Érika se quedó entonces sola en mitad de aquel silencio que parecía envolverla. No le importó. Fijándose bien y llenando los pulmones de ese aire tan limpio, a medida que se acercaba hasta el gran portón de la inmensa finca, rodeada de arizónicas de tres metros de altura. Se acercó al telefonillo con videocámara y apretó el botón, algo nerviosa e insegura. Limitándose a esperar una contestación que tardaba en llegar.

“Qué raro”, pensó ante el enorme silencio que parecía haber al otro lado de la puerta, “esta casa debería estar llena del griterío de los niños”.

Volvió a pulsar el botón durante más tiempo y comenzó a ponerse nerviosa, sudando de forma exagerada, sin que nadie diese señales de vida.

¿Y ahora qué?

Por la cabeza le pasaron un sinfín de posibilidades acerca de tan singular situación. Se dejó caer sobre el suelo y simplemente esperó. Arrepintiéndose de no haber comprado una botella de agua fresca.

¡El calor era asfixiante!

Veinte minutos después, y cuando ya creía que se habían olvidado de ella, le pareció escuchar algo. Se levantó rápidamente del suelo y prestó atención a aquel ruido que parecía escucharse a lo lejos.

“¿Sería María o su marido?”

Y a medida que aquel ruido se iba acercando no pudo evitar que un escalofrío de terror recorriera su cuerpo, de la cabeza a los pies, con el convencimiento de que lo que se acercaba no era ni más ni menos que...

¡Una moto!

De repente, y presa de un pánico absoluto, comprobó cómo lo que parecía un lugar idílico se transformaba a gran velocidad en una horrible pesadilla, dando lugar a que mirase hacia uno y otro lado, de forma desesperada, en busca de cualquier escondite para desaparecer. Ya sabía que era absurdo lo que se le pasaba por la cabeza pero prefería esconderse.

¡Por si acaso!

No le dio tiempo. Justo en ese instante, lo que parecía una moto de gran cilindrada, avanzaba hacia ella de manera peligrosa.

¡Realmente peligrosa! Llegando incluso a temer por su vida al ver que sus presagios eran acertados. Reconociendo la moto y también al motorista a pesar de que llevaba el casco puesto.

Instintivamente empezó a retroceder con la incertidumbre de que sus piernas no serían capaces de sostenerla durante mucho tiempo...

El motorista puso la pata de cabra, se bajó a escasos centímetros de ella, se quitó el casco, y la miró con un semblante enfurecido y completamente fuera de sí. Comenzando a gritar como un loco:

—¡¡¡Tú...!!! —Empezó a decir apuntándola con el dedo— ¿qué clase de loca eres para hacer lo que has hecho? ¡¡¡Casi me dejas ciego!!!

Érika no pudo escuchar más allá de lo que su cuerpo le decía, retrocediendo en el tiempo a la brutal agresión, al tiempo que esperaba que su mente se aislara de tanto dolor. Necesitaba dejar de pensar, y sobre todo lo que necesitaba era dejar de sentir. Y bajó la mirada en estado de shock.

—¡Maldita loca! —seguía gritando Hugo a escasos centímetros de su cuerpo ante la impasibilidad de ella. ¿Por qué no lo miraba? Parecía no importarle nada de lo que había provocado, y aquello ocasionó que se pusiera como un basilisco— pero ¿de qué coño vas joder?!

La situación era tan tensa que ni siquiera habían oído un par de coches acercándose.

—Hugo, Hugo... —llamaba la dueña del chalet a la vez que corría a su encuentro. Interponiéndose en medio de lo que parecía una discusión— ¿qué ocurre aquí?

Hugo escupió a voz en grito:

—Pregúntale a esta loca.

—¡Schsss! Los niños están en los coches —le regañó con autoridad—, haz el favor de hablar más bajo.

Los hombres de los coches bajaron de ellos y se acercaron.

—¿Qué pasa aquí?

Hugo miró a Juan, el marido de María, y logró calmarse algo.

—Pues es lo que me gustaría saber a mí. He ido al aeropuerto como me dijiste para darle las llaves a esta loca, ¿y sabes lo que se le ha ocurrido hacer? No me ha dado tiempo ni a presentarme porque sin mediar palabra me ha rociado la cara con un spray de pimienta.

—¿Qué?! —preguntaron los tres adultos sin dar crédito a lo que estaban escuchando.

—¡La muy puta casi me deja ciego! Me han tenido que llevar al botiquín del aeropuerto para lavármelos bien con suero.

María prestó atención a la chica desconocida, que parecía no estar allí, y trató de saber qué hacer a continuación. No podía tolerar que alguien que reaccionaba así se quedara en su casa rodeada de los primeros seis niños que pasarían el mes en aquel lugar.

—Hola Érika, yo soy María —intervino presentándose con gesto serio.

La chica alzó la mirada lentamente y la mujer pudo ver el dolor que guardaba en su interior. Y supo, sin ningún tipo de duda, que la reacción desmesurada hacia Hugo tendría un por qué. También supo lo que haría a continuación. Normalmente su instinto no se equivocaba, y esta vez le decía que debería ayudar a la pobre muchacha que permanecía con el corazón encogido. Dándole la oportunidad a que se explicara antes de que se dejaran llevar hacia conclusiones erróneas.

Pero la chica no dijo nada, en cambio se limitó a mirarla, con una súplica alarmante que hablaba por sí sola, dando a entender que necesitaba ayuda.

María captó el mensaje y dejó las protestas de Hugo a un lado.

¡Algo no andaba bien!

—¿Qué ocurre niña? —le preguntó preocupada.

Érika miró a la mujer que hablaba...

Después miró a los dos hombres desconocidos...

Y por último miró al motorista encargado de que estuviese en medio de una fuerte crisis de ansiedad...

¡Entonces cerró los ojos y se desmayó!

CAPÍTULO 5

El primero en actuar, bajo cualquier tipo de pronóstico, fue precisamente Hugo al ser el que estaba más cerca. Avanzó un paso y la cogió en brazos en cuanto se dio cuenta de que apoyaba la espalda sobre el muro y se empezaba a caer. Actuando con la rapidez de un rayo, mientras dejaba a un lado el cabreo monumental que tenía.

¡Eso sí... de momento!

—Rápido —le apremió María mirando hacia los coches— llévala a la cabaña azul y no la dejes sola.

—Pero... —quiso protestar.

—En cuanto me haga cargo de los niños iré para allá —fue lo que dijo antes de darse la vuelta para poner punto y final a las posibles protestas—. Héctor, Juan, venid conmigo. Hay mucho que hacer.

Un Hugo incrédulo vio como todos empezaban a hacer cosas y lo dejaban solo con aquel panorama. Y encima no pudo pasar por alto la mirada burlona que Héctor le echó. Y él no estaba, precisamente, para ese tipo de burlas después de lo sucedido.

¿Por qué María le había impuesto ese castigo? Lo único que él quería era alejarse de aquella loca que no debía de estar en sus cabales, y en cambio ahí estaba. Haciendo de guardián.

“Buffffffff”.

Bueno, lo mejor sería acatar la orden y acabar lo antes posible. Sí. Sería lo mejor. Después se olvidaría de ella. Así que sacó la llave del bolsillo y la metió en la cerradura, abrió la puerta, y entró en la tranquilidad del espectacular chalet. Poniéndose en marcha y siguiendo el camino de tierra. A continuación giró a la derecha donde cuatro cabañas de madera estaban perfectamente alineadas entre sí, con una distancia considerable las unas de las otras. Todas ellas con un jardín cuidado con mimo, y todas ellas con un porche pequeño muy acogedor.

Hugo entró en la cabaña que María le había indicado y pudo suspirar tranquilo, dejándola sin miramientos sobre la cama. No quería tener ningún contacto con ella. El cabreo monumental seguía instalado sobre su persona, y lo único que le apetecía era perderla de vista. Algo que de momento no podía hacer, a menos hasta que María se hiciera cargo de la situación.

A continuación dejó el bolso sobre la mesa y se limitó a sentarse en el sillón que estaba alejado. Por nada del mundo volvería acercarse a la chica que le había demostrado con creces que debía de estar mal de la cabeza. Olvidándose de ella con la misma rapidez con la que él había actuado al verla desmayarse.

Doce minutos después Érika conseguía volver en sí. Abrió los ojos muy despacio y miró la desconocida habitación. Siendo capaz de admirar el tenue papel de pared en tonos azulados y en contraste con el blanco del techo y de los muebles. Alegrándose la vista y sintiéndose en el mismo cielo envuelta en aquel gusto exquisito.

“¿Dónde estaba?”, se preguntó incorporándose sobre los codos para poder seguir ojeando aquella acogedora habitación sin preocupaciones de ningún tipo... o era lo que creía.

Una puerta blanca que debía llevar al baño, una rústica jofaina con la palancana a juego en el rincón, unas cortinas abiertas que dejaban ver tan fantásticas vistas... y un calor sofocante que la situó en el lugar exacto en el que se encontraba.

Recordando las penurias vividas desde que pisara el país nuevo.

“Oh Dios mío”, y perdió el color de la cara. Acordándose de la moto que casi la atropella, además de la cara enfurecida de aquel chico que la siguió desde el aeropuerto. Recordó también que la había llamado por su nombre, lo que solo podía significar que María lo había mandado en su busca.

Y aquello suponía otro motivo para volver a hacer el ridículo. No tuvo la sangre fría de pensarlo. Odiándose a sí misma por haber actuado como una loca sin esperar a que la otra parte se hubiese manifestado.

¡Menos mal que ese episodio había terminado y no lo volvería a ver!

Se giró al otro lado y pudo ver un amplio armario también en color blanco con un espejo central. Un espejo que le proporcionaba el ángulo de la habitación que todavía no había visto, comprobando lo que parecía una butaca tapizada con la misma tela que las cortinas y la colcha además de:

¡No!

¡No podía ser!

Al darse cuenta de lo que realmente estaba viendo se quedó petrificada en el sitio. ¿No sería que estaba teniendo una pesadilla? Porque desde luego era lo que parecía, notando aquellos ojos fríos como el hielo sobre su persona.

Lo que provocó que se encogiera sobre sí misma en un gesto de completa indefensión.

Todo bajo la mirada impasible de un Hugo que deseaba estar en cualquier otro lugar menos en el que estaba.

¿Hasta cuándo tendría que estar allí?

Miró por cuarta vez el reloj y se preguntó cuánto tiempo faltaría para que se apiadaran de él y lo relevaran. La actitud de ella desde luego distaba mucho de ser la que esperaba, y encima los ojos los seguía teniendo en carne viva gracias al aerosol que le echó, como si aquel malestar no quisiera abandonarlo nunca.

—¿Quién es usted y qué hace aquí? —preguntó Érika con un hilo de voz, armándose de un valor que no tenía. Reuniendo fuerzas en el caso de que tuviera que enfrentarse a él.

Hugo resopló indignado.

—Después de casi quemarme los ojos creo que por lo menos podrías tutearme ¿no? —le dijo mirándola con unos ojos verdes que daban miedo.

Érika entonces hizo un barrido por la habitación hasta lograr ver lo que estaba buscando.

¡Su bolso!

—¡Ah no! ¡Nada de eso! —exclamó un Hugo colérico leyéndole el pensamiento.

Endemoniado se levantó de la butaca y lo cogió entre las manos, después se acercó hasta la cama, de dos zancadas, y la taladró a través de unos ojos terroríficos antes de decir de manera amenazadora:

—¿Pero es que después de lo que has hecho quieres volver a intentarlo? ¿Qué clase de mujer tarada eres?

—Por favor... no se acerque —suplicó una Érika aterrada que se volvía a llevar la mano hasta el costado, de manera indefensa, tratando de respirar. Algo que nuevamente le empezaba a costar.

La sorpresa de Hugo lo pilló desprevenido. Lo que hizo que diese un paso atrás. Instintivamente.

—No me acercaré si es lo que quieres pero exijo una explicación —contestó con el convencimiento de que cuanto más lejos estuviera de ella mejor sería.

Definitivamente le faltaba un tornillo.

Érika ni siquiera se dio cuenta de que había empezado a frotarse las manos, lo que provocaría, seguramente, que volviera a perder los papeles con

otro ataque de ansiedad. Y como el agobio de no poder respirar la estaba matando, dijo a través de un susurro casi inaudible.

—Me falta el aire.

El hombre miró su cara, desconcertado, y se dio cuenta de lo pálida que volvía a estar.

¡Solo faltaba que se volviera a desmayar!

Sin mediar palabra se acercó a la mesilla en la que estaba el mando del aire acondicionado y en segundos el ambiente se volvió más fresco. Un detalle que Érika agradeció, notando aquel aire frío sobre sus mejillas, pero sin dejar de mirarlo asustada. Muy asustada. Algo que se veía con una claridad sorprendente.

¿Qué coño le pasaba?

—¿Mejor? —fue cuanto dijo.

—Sí, gracias —logró decir.

Hugo tiró el mando sobre la cama y no dudó en volver al ataque... Eso sí, se quedó a una distancia prudencial puesto que no era tonto y notaba su temor.

“Pero si hasta estaba temblando”

Aun así no tuvo compasión.

—¿Y bien? ¿Es que no vas a decir nada? —contraatacó a la vez que miraba aquella mano que no dejaba de tocarse la zona del costado.

—¿Esta es mi habitación? —preguntó al cabo de un tenso silencio.

Hugo puso los ojos en blanco ante esa pregunta.

—Sí. Lo que no sé es por cuanto tiempo después de lo que has hecho.

—Pues entonces márchate de aquí —exigió tuteándolo por primera vez —. Yo nunca invito a extraños, y menos si es en mi habitación.

Hugo se quedó paralizado.

¿Era cierto lo que acababa de escuchar? Porque lo que parecía era una petición en toda regla para que se marchara. Y claro, no pudo evitar perder las formas ante aquella puta engreída.

“¿Quién se cree que es? Me deja casi ciego, la cojo en brazos para que no se estampe contra el suelo, después me obligan a traerla a la cabaña azul, y ella...”

Y ella simplemente lo estaba echando.

“¿A qué demonios está jugando?”

Olvidándose de la reacción desmesurada de ella. No le importaba.

—¡Mira tú...! —exclamó alzando la voz, y plantándose frente a ella con

los músculos de la cara contraídos a causa de la tensión—, más te vale que cambies tu actitud conmigo bonita, porque si al final llegas a quedarte ¡¡¡voy a hacerte la vida imposible!!!

—¡Hugo!

La voz de María se escuchó. Acababa de entrar en el interior de la cabaña y había escuchado las duras palabras.

Él se limitó a mirar a su jefa, cabreado como un demonio, y con el único propósito de marcharse de allí para dejar de estar en el mismo lugar que aquella maldita chica.

Antes de marcharse volvió la vista hacia ella y dejó que interpretara lo que su cara decía con una claridad sorprendente.

Fue una clara advertencia para que ni se le ocurriera acercarse a él.

—Me voy. Gracias por librarme de este calvario.

Un tremendo portazo se escuchó a continuación.

—Vaya, vaya, ¿cabreado? —se mofó Héctor.

A Hugo no le gustó nada el tono de su amigo, y en ese momento debería de saber que no estaba para bromas de ningún tipo.

Se paró, miró en todas direcciones por si había niños cerca, y gruñó:

—¡No me jodas Héctor!

Y continuó andando. No tenía ganas de charla.

—Va a ser divertido... —dijo a través de una carcajada pero sin terminar la frase. Le parecía increíble que no supiera de lo que estaba hablando.

Y supo lo que Hugo iba a hacer a continuación.

¡No se equivocó! Entonces Héctor borró la mueca socarrona al verle pararse y retroceder sobre sus propios pasos. El gesto contrariado y malhumorado lo decía todo.

—¿Qué es lo que va a ser divertido? —soltó amenazador, dejando bien claro que en el estado en el que se encontraba no le importaría partirle la cara.

—Te toca a ti —se limitó a decir ante la creencia de que le entendería rápidamente.

—¿Qué coño significa que me toca a mí?

—Pues eso. Cuando caigas hablaremos. —Dijo tan tranquilo, zanjando el asunto.

¡Qué divertido iba a resultar esta vez!

Dio media vuelta y se marchó, dejando a Hugo a cuadros. No entendía a lo que se estaba refiriendo. Y decidió pasar olímpicamente de aquel asunto que no entendía y siguió con su camino. Subió a la moto y se empezó a alejar de aquel sitio con el único propósito de poner, tierra de por medio, para perder de vista a la mujer que había empezado a odiar sin conocerla. Deseando en su fuero interno que cuando regresara, después de que se calmara, ella ya se hubiese ido.

Apretó el puño del acelerador, con rabia, y simplemente desapareció envuelto en un ruido completamente atronador.

—Érika, hace un rato he recibido la llamada angustiada de tu madre —le decía María una vez que se quedaron solas.

—¿Qué? —preguntó al tiempo que volvía a perder el color de la cara. Acordándose de que se había olvidado de llamarla.

“Deben de estar como locas de preocupación por mi poca cabeza”. Pensó levantándose de la cama apurada, comenzando a buscar en el interior del bolso el teléfono móvil para encenderlo.

Algo que no había hecho desde que lo apagara siguiendo las indicaciones de la azafata del avión.

—Tranquilízate, le he dicho que habías llegado bien.

—Gracias María.

Dejó el teléfono a un lado, ahora que sabía que estarían algo tranquilas, y pospuso la llamada puesto que su futuro inmediato estaba en menos de aquella mujer. No sería de extrañar que la despidiera a raíz del comportamiento que había tenido.

Le debía una explicación pero no sabía si estaba preparada para darla.

—¿Le ha dicho lo que me ha sucedido? —preguntó angustiada.

—Ya te dije en mi conversación contigo que me tutearas, ¿ya no te acuerdas?

—Sí.

—Pues quiero que lo hagas, y no. Por supuesto que no le he dicho nada de tu desmayo niña. Lo que si hemos hecho ha sido tener una larga charla.

—¡Oh no! —No pudo evitar decir, dirigiéndose a la butaca desde la que ese hombre la había mirado con unos ojos fríos como el hielo, dejándose caer sobre ella antes de añadir—: ¿Y qué es lo que te ha dicho exactamente?

—No la he dejado que me contara mucho, la verdad.

—¿Y eso por qué? —preguntó sorprendida.

—Porque en el caso de que lo quieras deberás ser tú la que lo haga. Solamente sé que hasta hace poco más de una semana no salías de casa, y que puede que esta sea la oportunidad que necesitas para querer reanudar tu vida.

Érika suspiró.

—La cuestión ahora no es lo que yo necesite. —Agachó la cabeza avergonzada y susurró—: La cuestión ahora es saber si voy a quedarme o si me vuelvo al aeropuerto ahora mismo.

La respuesta de María la sorprendió.

—¡Por supuesto que vas a quedarte! Sea lo que sea por lo que estás pasando debe de ser lo suficientemente duro para terminar actuando como lo has hecho, y por el momento eso a mí me vale.

Érika se vio con el deber de protestar tras la generosidad de aquella mujer, creyendo que se lo debía.

—Pero, ¿y los niños?

—¿Qué pasa con los niños?

—No me conoces de nada y a primera vista lo que debo de parecer es una completa loca.

—La conversación con tu madre me ha hecho ver el paso tan importante que has dado y lo orgullosa que está de ti. También me ha dicho lo mucho que te gustan los niños y por el momento, como ya te he dicho, me basta. Voy a tenderte la mano para lo que necesites durante tu estancia aquí niña.

Una tímida sonrisa se dejó ver en la bonita cara de Érika. Y tuvo la certeza de que estaba en el lugar idóneo, aunque solo fuera por conocer a María. También tuvo la seguridad de que lograría abrirse a ella en un futuro no muy lejano.

—Si supieras lo mucho que esto significa para mí...

—Lo sabré a su debido tiempo, estoy convencida de ello. Solo te pido que cuando lo hagas estés segura.

—Vale.

—Anda ven aquí. Se ve a la legua que lo que de verdad necesitas ahora mismo es un abrazo, y aunque no soy tu madre sé cómo hacerlo.

Érika se levantó con una rapidez sorprendente y se dejó abrazar con una ternura infinita. Reconfortándose en su abrazo, que tanto necesitaba, y creando un vínculo especial por ambas partes.

—Anda, llama a tu madre, después te presentaré a la gente y te enseñaré las instalaciones ¿vale?

—Vale.

—Te esperaré en el huerto. No tiene pérdida.

Dejó de abrazarla y le dio un beso. Después se marchó.

La conversación con su madre, en aquel sitio mágico, logró animarla. Tanto que se olvidó de preguntarse quién podría ser aquel hombre que la había amenazado con hacerle la vida imposible en el caso de que se quedara. Y es que tenía la absoluta certeza de que tan solo se trataba de alguien encargado de ir a buscarla.

¡Fin de la historia!

¿Para qué perder el tiempo pensando en el comportamiento agresivo que tuvo hacia él? No merecía la pena. Abrió la puerta que daba al exterior antes de... quedarse sin palabras por lo que veía.

—¡Madre mía!

Lo primero que vio fue el bonito chalet al fondo rodeado de plantas y de flores. Justo en el medio una piscina grande que hizo que sintiese la necesidad de tirarse de cabeza para refrescarse. Aquel calor insufrible la estaba matando... a continuación miró a la izquierda. El lugar en el que una pista de tenis hacía las delicias de un par de niños, escuchando los gritos felices de ambos. Seguidamente pudo ver las cabañas cuidadas al detalle, y supo que todo era obra del gusto exquisito de María. Viéndola en el interior de un huerto, enorme, cogiendo lo que parecía desde la distancia calabacines.

Caminó hacia allí sin poder apartar la mirada de la impresionante montaña, a medida que se le pegaba la blusa a la espalda empapada de sudor.

—Hola.

María dejó los calabacines en la cesta y la recibió con una sonrisa.

—¿Por qué no te cambias de ropa? Te vas a asfixiar con la que llevas puesta.

—No puedo. Han perdido mi maleta y puede que tarden un par de días en recuperarla según me dijeron.

—No te preocupes. Ester puede prestarte algo hasta que recuperes tus cosas.

—¿Quién es Ester? —Quiso saber.

—Una de tus compañeras. Bueno ¿qué te parece mi casa?

—Me parece un lugar sorprendente y acogedor. Pero sobre todo me parece un lugar tranquilizador.

—Lo es, ya verás lo mucho que vas a disfrutar de tu estancia aquí. No te va a dar tiempo a aburrirte.

—¿Puedo ayudarte?

—Claro niña. Cojamos unos cuantos pimientos que es lo que queda y después te enseñaré la casa.

Érika se agachó encantada, y comenzó a arrancar los pimientos rojos envuelta en un estado de ánimo esperanzador. Dándose cuenta de que quería ser parte de todo lo tuviese que ver con la ayuda a esa gran mujer. Intuyendo que sería la mejor terapia que había tenido hasta ahora.

La entrada principal a la casa se hacía mediante una escalera que daba a parar a la primera planta. Desde allí, un conjunto de losas alineadas, parecían llevar a lo que seguramente sería una gran terraza, solo que ellas giraron hacia la izquierda. Entrando en el interior de la casa donde el aire acondicionado las alivió por completo.

Érika, sin perder detalle, siguió a María hasta una cocina rústica en tonos marrones, y vio a un hombre algo mayor y a una chica que debía tener más o menos su edad. Ambos trabajaban en conjunto para almacenar la gran cantidad de alimentos que había sobre una larga mesa con una compenetración impresionante. Lo que la hizo pensar que aquella chica debería de haber trabajado allí con anterioridad.

—Juan, Ester, os presento a Érika. Ella es la nueva profesora de inglés.

Su marido dejó la cesta con los huevos, recién cogidos sobre la mesa, y se acercó con la intención de saludarla.

—Hola Érika, ¿estás mejor?

La primera respuesta de la chica sorprendió a los tres. Percatándose de que daba un paso hacia atrás al ver a aquel hombre acercándose. Lo que dio lugar a que Juan se quedara quieto para a continuación extender la mano y así saludarla cortésmente.

—Sí gracias —fue capaz de decir mediante un gesto incómodo, pero sin darle la mano.

Ester decidió intervenir al darse cuenta de la situación tan embarazosa que se acababa de producir.

¿También la rechazaría a ella? Lo averiguaría rápidamente.

Se acercó despacio hasta la que sería su nueva compañera y, antes de decir nada, la estrechó entre sus brazos para abrazarla. Una acción que dejó a

Érika de lo más sorprendida.

Aceptando esa muestra de cariño.

—Hola. Yo soy Ester y tendrás que acostumbrarte a mis abrazos —informó con una gran sonrisa, notando como ella se relajaba después de lo que fuera lo que la hubiese asustado—, has de saber que en ese aspecto soy muy pesada.

—¿Pesada tú? Y que lo digas... —habló Héctor, entrando con una caja que debía de pesar una barbaridad.

A Ester no le pasó por alto el respingo que dio en cuanto escuchó y vio a Héctor. Y como todavía la estrechaba entre los brazos le susurró al oído:

—Tranquila. No pasa nada. —La soltó sin apartarse de su lado y dijo—: Este es Héctor, la persona encargada de mantener ocupados a los niños.

Héctor dejó la caja sobre el suelo, con la intención de acercarse a darle dos besos, pero una Ester hábil estuvo rápida. Evitando cualquier actitud forzada.

—¡No! Déjate de besos. Piensa que viene de un país poco acostumbrado a esta clase de recibimientos tan efusivos. ¿No has visto su cara cuando la he abrazado?

Él se limitó a encoger los hombros pensando en lo poco que iba a tardar en cambiar de costumbres.

—Vale —se limitó a decir antes de dar media vuelta y simplemente desaparecer por la puerta.

Justo en ese instante María y Ester se miraron de manera cómplice durante un segundo. Y ambas tuvieron la seguridad, sin hablarlo, de que había algo en el pasado de aquella muchacha que le hacía temer a cualquier hombre que se acercara. Los gestos de rechazo fueron tan evidentes, además de incómodos, que no dejaban la menor duda. Actuando en consecuencia para dar normalidad al asunto y dejar que se tranquilizara.

—Vamos niña, te seguiré enseñando la casa. ¡Ah! han perdido su maleta en el aeropuerto, ¿podrías dejarle algo de ropa?

—Claro. Cuando terminéis búscame, ¿vale?

—Gracias.

—No me las des, cuenta conmigo para lo que necesites —le respondió guiñándole un ojo.

—Vale.

Érika respondió con una sonrisa de agradecimiento y siguió a María. Haciéndose a la idea que sería muy fácil hacerse amiga de su nueva

compañera.

—¿Has visto eso? —Le preguntaba Juan a Ester una vez que se quedaron solos—. Le ha costado un triunfo ser capaz de mirarme.

—Como para no verlo... Hay algo en la vida de esa chica que la debe haber hecho desconfiar de todos vosotros. Menudo salto ha pegado cuando ha visto a Héctor.

—Pues no sabes lo que le ha hecho a Hugo.

—¿A Hugo?

—Le pedí que fuera al aeropuerto para que le diera las llaves puesto que nosotros seguramente llegaríamos después, y no me preguntes cómo, pero por lo visto al acercarse a ella cogió un spray de defensa y se lo echó en la cara.

—¿Qué?

—Lo que estás oyendo. Cuando hemos llegado estaba como un loco enfrentándose a ella para supongo pedirle una explicación.

—¿Y qué ha pasado? —Lo interrumpió sin creérselo.

—Ha terminado desmayándose y con Hugo cabreado hasta el punto de tener que coger la moto y marcharse.

—Ya me parecía raro que no me hubiese saludado cuando me he cruzado con él al venir.

—Pues ya sabes el porqué.

—Pobrecita, ¿qué le habrá pasado para que actúe así?

—A saber.

Un salón con chimenea, dos habitaciones, un baño, la cocina, y un cuarto con juguetes que hacía de clase era cuanto había en la primera planta. A continuación subieron a través de las escaleras, que salían del salón hasta la planta de arriba, y donde había tres inmensas habitaciones con diez literas en total y tres cuartos de baño. Pero lo que realmente le llamó la atención fue una ventana de forma circular desde la cual se podían admirar las fabulosas vistas de la montaña. Quedándose hipnotizada sin poder dejar de mirar.

—Bonito, ¿verdad?

—Desde luego.

—Todos los que han pasado por aquí coinciden en que es lo mejor de todo.

—Estoy totalmente de acuerdo —contestaba una sorprendida Érika que

seguía mirando alucinada las vistas.

—Ven, todavía hay más.

—¿Más?

—Por supuesto niña. He dejado lo mejor para el final. ¿Quieres verlo?

—Claro que quiero —dijo siguiendo sus pasos hacia abajo.

Entraron de nuevo en la cocina, esta vez vacía, y María abrió la puerta que daba al exterior, allí un espacio de unos doscientos metros parecía estar esperándolas.

Una barbacoa, una mesa de pingpong, un futbolín, muchas más plantas aquí y allá, y todo bajo la sombra protectora de un par de pinos gigantescos. Una sombra que se agradecía mientras que inspiraba aquel olor sumamente agradable para cada uno de los sentidos.

¡Relajándose del todo!

—¿Sabes qué? Cuando pienso que ya no puede haber algo mejor vas tú y sigues enseñándome esta maravilla.

—Todavía no he terminado.

—Quiero verlo —rió mirando a la mujer que cada vez le inspiraba más confianza.

—Ven por aquí niña.

Empezó a andar bordeando el chalet por detrás, adentrándose en una zona por completo silenciosa y mágica, limitándose a seguirla. Comenzando a bajar unas estrechas escaleras empedradas desde las que se empezaron a apreciar los árboles frutales que quería mostrarle. Unos árboles que desconocía pero que rebosaban de frutas, lo que la ayudó a diferenciarlos.

Limones, naranjas, ciruelas, manzanas... aquello sí que era digno de ver, quedándose literalmente con la boca abierta a la vez que se acercaba, sin poder evitarlo, hasta uno de ellos.

Arrancó una manzana y se la llevó a la boca para darle un mordisco.

—Perdón —se disculpó de pronto al darse cuenta de lo que acababa de hacer, masticando aquella fruta deliciosa—. No he podido evitarlo.

—En el tiempo que estés aquí —le decía María sonriente—, esta será tu casa así que me gustaría que la sintieras como tal. Esa es la regla de oro para que todo marche como la seda.

Érika la miró, y al igual que no pudo resistir la tentación de coger aquella manzana, sin permiso, actuó de idéntica manera sintiendo el irrefrenable impulso de querer abrazarla. Que fue lo que hizo. Recordando que ella, en un tiempo atrás, también había sido cariñosa.

—No tengo palabras para agradecerte lo cómoda que me estás dejando estar en tu casa.

—No, no. Nada de eso. Como te acabo de decir también es la tuya. Punto y final. Vamos que todavía no he terminado y se me acumula el trabajo.

El nuevo acercamiento a María la alegró infinitamente. Más tarde bajaron las escaleras y llegaron a la piscina, viendo a Ester y a Héctor con los seis niños dentro del agua.

—Niños esta es vuestra profesora de inglés. Se llama Érika.

Un:

—Hola Érika —se escuchó al unísono.

—Hola chicos —les saludó con la mano emocionada.

—Después te dirán sus nombres, vamos.

Volvieron a subir por las escaleras principales y, esta vez sí, fueron hasta lo que ella intuyó que era una terraza. Descubriendo que no se había equivocado. Una gran mesa con un montón de sillas, un par de columpios de jardín, y varias hamacas dispersas por la amplia terraza, se disponían para ser usadas.

—Aquí cenamos todas las noches, te va a encantar.

—Seguro que sí.

—Bueno, pues esto es todo. Ahora lo único que falta es que firmes el contrato. Como ya te dije tus clases serán de tres horas diarias mañana y tarde. Deberás ayudar con los niños cada vez que se te pida y el tiempo restante lo puedes emplear en lo que tú quieras. Bañarte, quedarte en tu cabaña, ver la televisión, lo que desees. Y librarás dos fines de semana porque nos tenemos que alternar. ¿Alguna duda?

—No.

—Bien. Después te daré el contrato —le dijo mirando la hora del reloj —, tengo que irme. Voy a ayudar a Juan con la comida.

—Te acompaño.

—No tienes por qué hacerlo.

—Si esta es mi casa, como me acabas de decir, colaboraré en lo que pueda.

—Me parece bien pero antes haz el favor de decirle a Ester que te deje algo de ropa y cámbiate ¿vale?, me da calor solo verte —rió.

—De acuerdo.

María se marchó a la cocina y Érika se quedó admirando la montaña unos segundos antes de bajar.

Y es que necesitaba estar sola, un momento, para reflexionar en cómo se encontraba, a esas alturas, su estado de ánimo.

Se dirigió hasta uno de los columpios. Se sentó y después cerró los ojos.

La paz y la tranquilidad que la envolvieron la hicieron saber que no se había equivocado.

¡Estaba en el lugar adecuado! Y lo que era mejor, todavía no lo entendía pero la verdad era que no había salido corriendo al ver a Juan y a Héctor. Logrando reconocer que acababa de dar un nuevo paso hacia adelante.

¡Y menudo paso!

Abrió los ojos, miró nuevamente lo que la rodeaba, y suspiró tranquila.

“No dejaría aquel lugar, durante su estancia allí, por nada del mundo”, pensó. Se puso en pie y fue en busca de Ester. Olvidándose, completamente, del hecho de que pudiera cruzarse con alguno de los dos hombres.

Podría soportarlo.

Una hora después, sin estar a gusto con la indumentaria que Ester le había dejado (al considerar que mostraba más de lo que deseaba), una Érika preciosa entró en la cocina. El lugar en el que un Héctor, que estaba encargado de lavar la ensalada, se quedó mirándola de arriba abajo admirando las piernas que el corto pantalón le permitía, alegrándole la vista, para después advertir cómo se le pegaba la camiseta que parecía una talla más pequeña sobre sus pechos. Deseando por un momento que le hubiese tocado a él.

Por fortuna, una hábil María se dio cuenta, y sin contemplaciones se plantó en medio. Advirtiéndole sin palabras, consiguiendo que siguiera a lo suyo.

—¿Puedo ayudar? —preguntó a María apartándose del chico todo lo que le permitió la amplia cocina.

—Pon la mesa. Comeremos aquí.

La tranquilidad que reinaba en la cocina rápidamente se transformó en lo contrario, justo en el instante en que Juan, acompañado de los niños, entraban entre un revuelo ensordecedor. Tanto que silenció el ruido del motor de la moto que en ese preciso instante era guardada en el interior del garaje.

—Presentaros a Érika chicos.

—Hola me llamo Noelia y tengo 12 años.

—Yo soy Judith y tengo 11 años.

—Yo soy hermano de Noelia, me llamo Miguel y tengo 10 años.

—Hola, soy Pablo y tengo 5 años.

—Y yo César y tengo 10 años.

—¡Jo! Yo siempre soy la última —protestaba la menor—, me llamo Irene y tengo 5 años.

—Muy bien chicos, ahora ayudad a poner la mesa.

Uno a uno, sin rechistar, obedecieron a María entusiasmados mientras que una Érika feliz se dejaba envolver entre el griterío que a ella en particular le daba vida. Llegando incluso a ser capaz de disfrutar a pesar de la cercanía de los dos hombres.

¡Alucinando en colores porque fuese posible!

—Abre los armarios hasta que encuentres lo que buscas. —Le aconsejó María antes de volver a la cazuela para remover las lentejas.

—Vale. Eso haré.

Abrió un par de ellos antes de encontrar los vasos, y al hacerlo, la puerta del armario la tapó de hombros hacia arriba propiciando a que no viera a la persona que entraba en la cocina en ese preciso instante.

Una persona a la que estaba convencida no volvería a ver.

—Hola chicos.

Aquel simple saludo obró el poder de que se desataran las emociones en el interior de la amplia estancia.

Las primeras de ellas a consecuencia de los gritos exaltados de los tres primeros niños que se habían presentado (Noelia, Judith y Miguel) al ver a Hugo. Abalanzándose directamente hacia los brazos que él abría, y que ellos bien conocían. Era el segundo año que acudían a aquel particular campamento de verano.

Y las segundas se escondían tras la puerta del armario, aún abierta, porque creyó saber a quién pertenecía esa voz. Rezando en su fuero más interno para que se estuviera equivocando.

E irremediablemente a su mente acudieron las imágenes de lo sucedido desde que salió del aeropuerto hasta que terminó desmayándose... mientras que comenzaba a faltarle el aire, y cómo no, sin que tardara en llevarse la mano a la zona del costado en un gesto de nerviosismo absoluto.

—Cómo me alegro de veros —les decía Hugo removiendo el pelo de Miguel cariñosamente. Mostrando una sonrisa plena de alegría tal y como era frecuente en él.

—Estábamos deseando que acabara el cole —añadió Noelia sin separarse de él.

—Y sobre todo tenemos ganas de empezar recoger moras, subir a la montaña, ir a por la leche y los huevos...

—¡Eh, eh! ¡Un momento que acabo de llegar! —Les decía Hugo entre carcajadas, dándose cuenta de la energía de los niños. Admitiendo lo mucho que le gustaba su trabajo.

—Anda —les interrumpió una María sonriente—, a seguir poniendo la mesa que ya sabéis que cada cosa en su momento.

Los niños se apartaron con desgana y fue entonces cuando alzó la vista, percatándose del espectacular cuerpo que tenía en frente, sin que pudiera apartar la mirada de aquellas bonitas piernas. Después, (igual que le pasara a Héctor) prestó atención a lo muy ajustada que llevaba la camiseta. Recreándose la vista con sumo placer antes de sentir el codazo de Héctor en plenas costillas.

—Vaya suerte tienen algunos... —le dijo en voz baja para que solo él lo oyera.

—¿Qué? —preguntó sin entenderle pero sin dejar de mirar a...

“¿A quién? ¿Quién era aquella chica? Porque desde luego la que no podía ser era la loca de antes. María la habría echado después de lo que hizo. Eso estaba más que claro... ¿o no?”, pensaba un Hugo que se empezaba a impacientar a marchas forzadas. Deseando poner cara a la que parecía empeñada en seguir escondiéndose.

Porque eso hacía, ¿no?

“Joder. No puede ser. Esto tiene que ser una broma pesada” Advirtió con estupor ante el gesto, ya conocido, de llevarse la mano precisamente ¡ahí!

Hugo seguía con sus cavilaciones a la vez que Érika permanecía inmóvil. No sabía cómo demonios reaccionar. ¡Pensando exactamente lo mismo que él! Y rezó para que aquella nefasta coincidencia no se produjera.

“No puede ser él. ¡Por favor que no sea él!”

—¿Me das los vasos? —preguntó Noelia extrañada de que tardara tanto.

—Sí... sí... claro —titubeó nerviosa. Se los dio y se quedó con uno en la mano aprovechando para, con la otra, cerrar la puerta del armario.

Sus peores presagios se cumplieron. Reconociendo in situ la mirada fría que le dedicaba en exclusiva.

La tensa situación hizo que el vaso que sostenía se le resbalaba. Haciéndose añicos contra el suelo delante de la atenta mirada de los mayores allí presentes.

Después de lo que pareció una eternidad el primero en reaccionar fue

Hugo. Se acercó a María con un cabreo de mil demonios y dijo:

—¿Qué hace todavía aquí?

Lo preguntó en voz baja, no quería que los niños le escucharan, cosa que Érika sí hizo. Y no había que ser muy lista para saber que lo que exigía era una explicación del por qué seguía allí, dejando bien claro, por el tono despectivo, que no la quería cerca.

—Érika se queda —soltó María zanjando el asunto. Luego cogió el cepillo y el recogedor y se limitó a quitar los cristales rotos.

A Hugo no le gustó nada que lo dejara con la palabra en la boca, lo que propició a que el cabreo de antes volviera, multiplicándose por mil.

—No me lo puedo creer, esto no puede estar sucediendo —escupió sin poder contenerse.

—¡Hugo! ¡Siéntate a comer! —exclamó entonces Juan. Metiéndose por medio antes de que dijera alguna palabra mal sonante, tratando de poner un poco de cordura en una situación tan delicada, aunque entendiera el enfado de él. Era absolutamente coherente, pero debía de cortar una conversación que desde luego no pintaba nada bien—. Después hablaremos, ¿te parece? Este no es el lugar adecuado para hacerlo.

El resoplido que echó fue escuchado por los presentes, niños incluidos, pero finalmente dio su brazo a torcer, y sin volver a mirarla, ignorándola deliberadamente, se dirigió a una de las sillas y se sentó.

¡No habló con ningún adulto en ningún momento!

Una vez que terminó se limitó a recoger su plato, lo metió en el lavavajillas, y se marchó por donde había venido.

A los cinco minutos se escuchó el rugido de la moto según se alejaba.

—Vamos niños, al cuarto de juegos hasta que os podáis bañar. Hoy no habrá clases.

—¡Bien! —gritaron entusiasmados, levantándose de las sillas para echar a correr hacia el lugar que les habían indicado.

La cocina se vio envuelta en un silencio sepulcral. La situación tan embarazosa los había dejado algo preocupados, y es que la reacción de Hugo era poco común. Tanto que hasta María empezó a sopesar si no se habría equivocado por no haber hablado antes con él. Sintióse culpable.

Parecía que seguía molesto y que no estaba dispuesto a entrar en razón, comportándose como un auténtico crío.

No intervendría. Esperaba que el sentido común pudiese asentar las cosas entre ellos. Al fin y al cabo antes o después tendrían que hablar así que

ella se mantendría al margen.

¡Allá ellos con sus problemas!

Mientras, Juan pensaba igual que su mujer. No intervendría. Ahora bien, lo que sí tenía claro era que él habría actuado igual que Hugo. Poniéndose de su parte convencido.

Ester en cambio no hacía otra cosa que mirar a aquella chica con la intención de descifrar lo que fuera que tenía en la cabeza. La certeza de que todo tendría un por qué cada vez se multiplicaba...

¿Por qué vio en Hugo una amenaza para terminar haciendo lo que hizo?

¿Por qué dio un paso atrás cuando Juan quiso acercarse para saludarla?

¿Por qué terminó temblando entre sus brazos al escuchar y ver a Héctor?

Allí estaba el quid de la cuestión, y hasta que no lograra esas respuestas, no podría ponerse en su lugar. Optando por quedarse, en zona neutral, a menos durante el tiempo que necesitaría para averiguarlo y saber a qué atenerse.

Y Héctor...

Héctor simplemente se relamía de gusto, pensando en lo divertido que iba a resultar todo aquello, llegando incluso a creer, por primera vez, que conseguiría ganarle en lo que habían empezado con mucho gusto hacía dos años. Dos años en los cuales, a fecha de hoy, ¡no había sucedido nunca! Dándose casi por ganador en parte a los hechos acontecidos entre ellos.

CAPÍTULO 6

Empezaba a anochecer cuando, una Érika abatida y cansada, entraba en su cabaña tras las emociones del increíble día. Cerró la puerta tras de sí y se dejó caer sobre el suelo. Sentándose durante un tiempo indeterminado para aclarar las ideas después de todo lo que había sucedido. Echando la vista atrás y sorprendiéndose gratamente por lo que había conseguido.

¡Parecía increíble!

El día había resultado mejor de lo esperado, reconociendo que de no ser por la metedura de pata con Hugo, se podría decir que mucho mejor de lo esperado. Sopesando valiente la idea de que, gracias a que no había regresado todavía, bien podría ser la causa de que siguiese resultando demasiado fácil. Empezando por no importarle la presencia de los otros hombres. Ya se cuidaba ella de alejarse lo que podía creyendo que no se notaba..., y ellos, en ningún instante, tras las presentaciones, se le habían acercado.

¿Quizás María supo ver más allá y les había dicho que no lo hicieran?

Fuera lo que fuera a ella le servía para estar tranquila en un lugar desconocido rodeada de algún hombre.

Obviamente aquel paso parecía impensable, en cambio allí estaba. Alucinada de que la Érika de siempre quisiera salir de las tinieblas, pero con la sensación conocida de que no había sido justa. Y aunque no quería ahondar mucho en lo que de verdad la inquietaba, tenía que ser honesta. La responsabilidad de aclarar el malentendido con Hugo no le dejaba saborear el logro de lo conseguido. Sentía que no podía posponer un encuentro que no sabía cómo afrontar. Admitiendo que le debía una disculpa.

El gran problema venía después:

¿Cómo hacerlo?

Además, en el caso de que encontrara las fuerzas suficientes para acercarse, no le serviría de nada.

¿Cómo pedirle perdón a alguien que no estaba dispuesto a escuchar?

Las palabras tan duras que le terminó diciendo, acerca de que le haría la vida imposible si se quedaba, se habían quedado grabadas en su cabeza. Y aunque sabía que no estaba siendo justa con él, por dejarle creer que realmente era una loca, entendió que por el bien de todos debería (no sabía de qué manera), subsanar el ambiente que había provocado sin tener una mínima

idea de que él simplemente había hecho lo que le pedían.

¡Ir a buscarla para darle las llaves!

Saber que hubiese vuelto a rociar su cara con el spray, en el caso de que hubiese tenido acceso a su bolso cuando lo encontró, en la misma habitación que ella, la avergonzaba terriblemente. Llegando a admitir que contribuyó a que se pusiera hecho una fiera con toda la razón del mundo.

“Oh Dios”.

El corazón empezó a latirle, de manera incontrolada, en cuanto escuchó una moto.

¿Sería él?

Pegó un brinco y se levantó envuelta entre un nerviosismo y un pánico absoluto. Creyendo que el corazón le terminaría explotando.

Y aunque sabía lo que tenía que hacer le resultaba demasiado complicado.

“Sal ahí fuera de una maldita vez y empieza a hacer algo bien”, se dijo enfadada con la intención de darse fuerzas y terminar con aquella ridícula situación. Empeñada en seguir adelante para centrarse en lo único que de verdad importaba.

Olvidarse de él y de los demás lo antes posible. Algo que no podría hacer hasta que dejara su conciencia tranquila, estaba claro.

Por ello, con los nervios a flor de piel, logró encontrar las fuerzas suficientes. Abrió la puerta, se quedó de pie en el porche, y miró hacia el lugar en el que él aparcaba la moto. Viéndole bajar y quitarse el casco.

La reacción de él, al verla, no se hizo esperar. La fulminó con la mirada en lo que volvió a ser un aviso para que ni se acercara, seguidamente, y tan tranquilo, se dio la vuelta y comenzó a subir las escaleras.

Los gritos de alegría de los niños llegaron hasta sus oídos, mientras ella permanecía, como un pasmarote, tras el desplante que él le acababa de hacer.

Pero claro, ¿qué se esperaba?

El horroroso calor que hacía terminó de amargarla, dando al traste con los logros del día, al tiempo que escuchaba a los ocupantes de la casa reunidos en torno a la terraza jugando a algún juego de mesa.

Y se quedó escuchando las risas, algo envidiosa, porque quería unirse a ellos.

—¡Mierda! —exclamó enfadada aceptando la realidad. No sería capaz de hacerlo con Hugo presente.

Volvió a entrar en la cabaña y quiso quitar importancia a lo que sí la

tenía. No lo consiguió.

¿A quién quería engañar?

No tardó en ocurrírsele una idea para relajarse. Necesitaba hacerlo o el dolor que amenazaba su cabeza se intensificaría y no estaba dispuesta a darle el gusto.

¡Ni hablar!

No había puesto el aire acondicionado y el calor la sofocaba así que fue hasta la cómoda, sudando a chorros, y abrió el cajón. Cogió el bikini minúsculo que Ester le había dejado y lo observó con desgana. En realidad lo que le había pedido era un bañador pero por lo visto ella no usaba de “eso”, tal cual. Se lo puso en el baño y, como ya sabía, se sintió incómoda por el simple hecho de querer aferrarse a la idea de no mostrar la cicatriz a nadie.

¡Nunca!

Salió de la cabaña con una toalla enorme envuelta en el cuerpo y se dio prisa. Si no quería que la viese nadie era el momento propicio para darse un relajante baño en la piscina. Se acercó y echó un vistazo alrededor, comprobando que efectivamente estaba sola. Se sumergió lentamente, sin hacer ruido, y siguió escuchando las carcajadas que provenían de arriba.

Se lo estaban pasando a lo grande.

Apartó ese pensamiento y comenzó a nadar sigilosamente. El contacto de la piel ardiente con el agua fresca fue una auténtica delicia que le sirvió para su cometido.

Despejar la mente y ser capaz de disfrutar de un baño estupendo.

—Vamos niños a la cama.

—Pero si es muy pronto... —se quejaba Noelia seguida de un montón de mohines.

Querían echar otra partida.

—De pronto nada. Además, mañana os levantareis temprano para poder ir a recoger moras. El que no quiera acostarse no irá.

Una fila de niños obedecieron sin rechistar, a la vez que subían hasta la planta de arriba para lavarse los dientes y ponerse el pijama, acompañados de Ester.

A los quince minutos bajó y enchufó el aparato vigila bebés en un enchufe de la terraza para escucharles en caso de que necesitasen algo. Cuando terminó se sentó en el columpio, junto a Hugo, en el instante en que

María llegaba con una cafetera recién hecha, vasos, hielos y azúcar. Dando lugar a la rutina que todos disfrutaban por igual.

¡La hora del café!

—Con hielo, ¿no chicos?

—Sí María —decía Héctor—, por cierto ¿Érika no viene?

Hugo no pasó por alto la mirada burlona dirigida a él expresamente, revolviéndose incómodo sobre el asiento del columpio ante el sonido de ese nombre.

—¿Por qué me miras? Si de mí dependiera esa loca ya estaría de vuelta en su país, bien lejos de aquí.

—¡Vamos Hugo! —exclamó María saliendo en su defensa—, ¿acaso no eres capaz de intuir lo que los demás hacemos? Porque...

—¡Ah no! ¡Por ahí sí que no! —saltó como un rayo—. A ver si resulta que he sido yo el que al final he terminado inventándome lo que esa desequilibrada me hizo.

—Pero...

—Pero nada María. Tus motivos tendrás para haberla dejado quedarse, pero por lo que más quieras, no intercedas por ella delante de mí. No me importa en absoluto si le ocurre algo que pueda justificar su comportamiento ni ahora ni nunca. ¿Queda claro? Así que os agradecería que mientras yo esté ni la nombréis.

La reacción de él volvía a ser desproporcionada, aun así decidieron dejarla pasar y simplemente esperaron. Ellos no eran nadie para inmiscuirse en un tema que ni les iba ni les venía.

—¿Veis lo que habéis conseguido? —protestó todavía cabreado y de malos modos antes de añadir—: me habéis fastidiado el café. Me voy a mi cabaña.

—Buenas noches —le dijo entonces María tratando de comprender la cabezonería del chico.

Porque para ella solo se trataba de eso.

—¡Espera! —exclamó Héctor levantándose de la silla.

Y le siguió los pasos hasta el borde de las escaleras con una mueca socarrona. Una mueca que por supuesto Hugo no pudo pasar por alto, preguntando demasiado alto:

—¿Qué cojones te traes entre manos?

—No me puedo creer que todavía no hayas caído...

—Mira Héctor, no estoy para gilipolces después del día que llevo

gracias a ¡ésa!

Su amigo lo miró con sorna aun a sabiendas de que cuando estaba así era mejor no provocarle, pero es que se lo seguía poniendo en bandeja.

Efectivamente no sabía de lo que estaba hablando.

—Ya te he dicho antes que te toca.

—¡Me cago en la hostia puta! ¡Otra vez con lo mismo! ¿Se puede saber qué es lo que me toca?

Y entonces fue cuando abrió la boca para decir simplemente:

—¿Tanto te ha afectado esa chica para que consiga que te olvides de nuestra apuesta?

—¡Joder! —terminó exclamando con cara de póker ante lo que consideraba la peor de las suertes, en ese caso en concreto.

—Pero si tanto te afecta como parece puedes tirar la toalla.

—¡Ni muerto!

—Ya decía yo, bueno he de reconocer que esta vez sí que va a ser divertido. ¿Cuándo vas a empezar a camelártela? ¿Quizás cuando le quites ese spray que lleva en el bolso?

Antes de que el puñetazo llegara a su cara dio un paso atrás y se alejó en dirección a la seguridad de la terraza. Y lo hizo entre una sonora carcajada que desde luego a Hugo no le hizo la menor gracia. Arrepintiéndose de la maldita apuesta que habían comenzado hacía dos años, y según la cual iban alternándose con el propósito de llevarse a la cama a las jóvenes que llegaban de otros países, y que estaban más que dispuestas a lo que ellos querían ofrecerles.

Maldiciéndose una y mil veces porque efectivamente, tal como le acababa de informar Héctor...

¡Le tocaba a él!

—Joder, esto no me puede estar pasando.

Terminó de bajar las escaleras, ofuscado, y cuando iba a girar para ir hasta su cabaña algo le llamó la atención.

¿Quién se estaba bañando?

Miró hacia la piscina y pudo comprobar cómo, la chica a la que no quería ni ver, nadaba con destreza sin que se percatara de que la había descubierto. Resultándole obvio que había esperado a que nadie la viese para meterse dentro de la piscina. También parecía obvio que lo que debía pretender era pasar desapercibida puesto no quería integrarse con normalidad en el grupo. A la vista estaba. Consiguiendo que un Hugo, cada vez más

convencido, supiera que de verdad le faltaba un tornillo. Y él necesitaba encontrar un mínimo aliciente que le hiciera saber que sí que podría seguir adelante con la puta apuesta que de pronto, y en contra de todo pronóstico, se le acababa de poner en su contra. Llegando incluso a pensar lo mucho que le gustaría tirar la toalla aunque para ello tuviese que soportar las bromas de Héctor.

¡Lo que fuera con tal de no acercarse a esa loca!

Pero claro, ¿quién en su sano juicio estaría preparado para soportar la prepotencia de su amigo si realmente se rendía?

“En menudo lío me he metido”, pensó un hombre al que le empezaban a superar las circunstancias. Descubriendo que hiciera lo que hiciera saldría escaldado en esta ocasión.

—Maldita sea.

Volvió a mirar hacia la chica, que seguía nadando ajena a la lucha interna que se estaba produciendo en su interior, y tuvo el convencimiento de que la odiaba. Mucho además. Soltando un impropio mientras se acercaba a la piscina sin que supiera bien con qué propósito exactamente.

¿Camelarla hasta conseguir llevarla a su cama en un tiempo récord y olvidarse cuanto antes de ella? ¿O por el contrario hacerle la vida imposible tal y como le dijo?

¿Qué hacer?

Al llegar al borde se quedó parado, inmerso en una guerra interna, sopesando las posibilidades y las posibles consecuencias, a la vez que ella se volvía a sumergir sin que se hubiese percatado todavía de su presencia.

Fue entonces cuando supo que todo dependería de lo que se produjera a continuación. Observándola sacar la cabeza del agua para respirar, y observando, complacido, la cara de terror que puso en cuanto lo vio.

¡Alegrándose por ese hecho y tomándose como una revancha!

La reacción de Érika no tardó en producirse y volvió a ser desproporcionada. Comenzando a nadar en sentido contrario, en cuanto le vio, haciéndolo lo deprisa que le permitían los brazos y las piernas, en una necesidad desesperada por mantener las distancias.

Olvidándose de lo que había pensado, hacía un momento, concerniente a la disculpa que le debía para en su lugar tratar de llegar a la escalerilla del lado opuesto.

En su mente tenía dos únicos propósitos. El primero taparse con la toalla, y el segundo alejarse hasta la seguridad de su cabaña. Aquel hombre la

intimidaba con una simple mirada y sabía que no podría enfrentarse a él.

“¡Oh Demonios! ¿Qué está haciendo?”

Érika se descompuso ante la realidad porque de momento ni lo uno ni lo otro, y es que él pareció leerle el pensamiento y la esperaba en el otro lado. Comprendiendo que tenía todas las de ganar. A Hugo le bastaba con cruzar de un lado a otro hasta que se cansara. Daba igual el empeño que ella pusiera para evitar la posibilidad de que pudiese ver su cicatriz.

Obviando el incomprensible hecho de que estaba sola con un hombre. Algo que no ocurría desde antes de la brutal agresión, al tener la certeza de que nunca podría hacerlo, aparte de con Brian.

—¿A qué coño estás jugando? —soltó Hugo de pronto viéndola nadar hacia el lado contrario.

El tono empleado la dejó paralizada. Ni siquiera encontró fuerzas para contestarle, y por supuesto no encontró las fuerzas necesarias para posponer lo que era inevitable.

Un hecho que a Hugo lo enfureció hasta límites insospechados, cruzándose de brazos con un gesto que lo dijo todo, permaneciendo quieto y con los músculos del cuerpo contraídos a causa de la tensión que le provocaba aquella chica odiosa. Esperando a que hablara y así tuviese una excusa para que, dijera lo que dijera, mandarla a la mierda.

Lo que nunca se esperó fue lo que ella dijo a continuación:

—¿Podrías acercarme la toalla por favor? —susurró.

—¿Qué? —preguntó Hugo sin estar seguro de lo que había dicho.

La voz, sumamente baja que empleó, lo único que le transmitió fue la idea de que parecía avergonzada.

¿Por qué?

A Érika no le quedó otra opción que armarse de valor y volver a preguntar:

—¿Serías tan amable de traerme la toalla por favor?

—¿Amable yo contigo después de lo que me has hecho? —respondió con otra pregunta y con una mirada rencorosa, incapaz de creer la absurda petición—. Si quieres la toalla ve tú a buscarla, ¿acaso crees que soy tu criado? Lo que me faltaba.

Érika vio a través de aquellos ojos verdosos la ira que sentía y deseó estar en cualquier otro lugar, y no frente a aquel hombre al que empezaba a sacar de quicio, sin pretenderlo, notando horrorizada el cansancio y el agotamiento por mantenerse a flote.

No le quedó otro remedio que claudicar y acercarse a la escalerilla en la que él seguía esperándola. Eso sí, se quedó encaramada a ellas, en busca de alguna excusa a la que agarrarse, con tal de no salir.

Y Hugo encontró la ocasión de vengarse. Aprovecharía la oportunidad que se le ofrecía para hacer algo que, por lo poco que había visto, no soportaba. Se lo merecía. Entonces dio un paso adelante y se apoyó sobre las escaleras, poniéndose en cuclillas, para estrechar el cerco.

Hugo estaba, tan cabreado, que en ningún momento se percató del terror que aquel simple gesto ocasionó en una chica que comenzaba a temblar bajo el agua.

—¡No te acerques! —exclamó de pronto mediante un chillido histérico.

Se quedó descolocado. Abrió los ojos sorprendido, debido a la sorpresa, y percibió la desesperación en su cara.

Rápidamente se puso en pie y retrocedió un paso.

—Como ya te dije no me acercaré si no quieres, es más, estaré encantado de no hacerlo.

Se giró envuelto en una profunda ira y sopesó que lo mejor, sin ninguna duda, sería ignorarla durante aquel largo mes. Un mes que se iba a convertir en un auténtico calvario. Tanto que llegó a plantearse abandonar aquella remuneración económica con tal de perder de vista, y de una vez por todas a... ¡ésa!

—¡Espera! —escuchó de pronto a sus espaldas.

¿Y ahora qué? ¿Le iba a pedir otra vez la toalla? Y se paró sin saber muy bien el por qué.

Al ver que él se detenía a Érika le bastó para apresurarse a salir de la piscina. Cogió la toalla, se la puso alrededor del cuerpo, y después se acercó con pasos dubitativos hasta donde él esperaba con cara de pocos amigos.

¡Dejando una distancia abismal entre ambos!

—¿Qué coño quieres ahora? Acabas de decirme por segunda vez que no me acerque. Aclárate de una puta vez.

—Yo... —La manera de hablarle la dejó bloqueada, y aunque quiso, no le salieron las palabras. Quedándose con la mirada avergonzada fija en el suelo.

Y claro, un Hugo terminado de superar por las circunstancias, explotó sin control:

—¡¿Tú qué?! Déjate de tonterías y di lo que tengas que decir. Estoy harto de esta situación que has provocado desde el momento en que nos hemos

visto, y quisiera zanjar el asunto para el resto de lo que te quede aquí. Es más, ahora soy yo el que te exijo que ni te acerques. ¡Y puedes estar segura de que no estoy bromeando!

Érika se llevó la mano al costado a medida que él alzaba la voz cada vez un poco más, sintiendo una verdadera amenaza, y comenzando a costarle respirar. Algo que a él no le pasó desapercibido, pero que dadas las circunstancias, tampoco era que le importara.

“¿Qué más le daba a él su manera de actuar? Allá ella con sus putos problemas”, pensó sin poder evitar mirar aquel gesto que ya le resultaba conocido, molestándose por ese hecho en particular al intrigarle a pesar de no desearlo.

Y quizás por ese motivo decidió poner punto y final. Volvió a girarse y sencillamente comenzó a andar hacia su cabaña, dejándola sola, inmersa en un ataque de ansiedad, sin volver la vista atrás en ningún momento.

Esa misma noche, un rato después de los acontecimientos entre ellos, una Érika algo tranquila logró acostarse con el pensamiento de que, aquel chico en particular, tenía motivos de sobra para mostrarse así de enfadado. Llevaba toda la razón.

“Bueno, por lo menos ahora el problema ya está solucionado. Ni me acercaré a él ni por supuesto él a mí. Bien claro me lo ha dejado”.

Solo que dentro de su corazón algo le decía que en realidad no deberían de quedar las cosas así. Él se merecía una disculpa que quedó silenciada entre sus labios sin poder hacer otra cosa que mirar el suelo, mostrando a la chica temerosa y desconfiada en la que se había convertido.

Mientras tanto, en la cabaña verde, Hugo se revolvía en la cama una y otra vez sin poder conciliar el sueño. ¿El motivo? Pues muy simple. El motivo por el que no conseguía quedarse dormido era a consecuencia de no poder apartar de la mente no sólo el comportamiento tan inusual además de extraño de ella sino, y lo que era peor, no podía apartar de su cabeza aquellos ojos asustadizos en el momento en que se acercó para provocarla.

Y todavía había algo mucho, pero muchísimo peor, y era el hecho de recordar, con una nitidez sorprendente, aquel cuerpo que vio al entrar en la cocina cuando todavía no sabía de quién se trataba, y que por un instante le

cortó hasta el aliento. Cabreándose consigo mismo.

No tardó en levantarse apurado en busca de un poco de aire.

Se puso lo primero que pilló y antes de salir, siguiendo un instinto, cogió las llaves de la moto junto con el casco. Necesitaba alejarse para ir en busca de lo que su cuerpo le pedía a gritos.

Primero una copa. Y después una cita con la camarera tan bien dispuesta para olvidarse de lo que no debía.

El convencimiento de que no le convenía arrimarse a Érika era cada vez mayor.

Cinco minutos después se escuchó la moto de gran cilindrada alejándose.

CAPÍTULO 7

A Érika no le costó mucho integrarse a la rutina dentro de aquella casa rodeada de los niños y de sus compañeros.

Ese lunes por la mañana se levantaron temprano. Desayunaron entre un alboroto ensordecedor, ya que habían llegado otros seis niños nuevos, y se fueron a recoger moras antes de que el calor empezase a apretar. La cara entusiasmada de los niños lograron contagiarla del humor que reinaba en el ambiente. A decir verdad no le costó demasiado. Hugo no les acompañaría a esa salida y debido a ello se quedó tranquila. Todavía no había podido olvidar su último encontronazo y ya eran muchos. Decidiendo olvidarse de él, para disfrutar de la salida, compartiendo confidencias con Ester y María entre risas y un ambiente distendido. De manera natural. Tanto que pudo abrirse por primera vez a las dos desconocidas que empezaban a dejar de serlo a marchas gigantescas.

Después de recoger las moras volvieron entre cánticos a casa. María se fue directa a la cocina con la cesta repleta y se dispuso a preparar mermelada y un pastel de mora. Ester se quedó para ayudarla y Érika, junto con los doce niños, entraron en la habitación destinada a estudio puesto que la clase de inglés iba a comenzar.

Una hora y media después, dispuesta a ayudar, preguntó qué era lo que podía hacer. Encomendándole la tarea de ir a casa de uno de los vecinos junto con los tres niños que sabían dónde estaba, a por leche y huevos frescos.

Cuando regresaron no pudo evitar echar un vistazo hacia el interior del garaje. La moto no estaba lo que quería decir que Hugo no había vuelto.

¡Mejor!

Subieron arriba y el olor a pollo asado le traspasó los sentidos. ¡Estaba muerta de hambre!

Se sentó junto a Ester, y en el instante en que vio la cara de María supo, por su cara, que estaba preocupada.

¿Habría sucedido algo?

Nadie dijo nada al respecto, lo que quería decir que o bien sabían lo que le sucedía, o bien preferían no decir nada. Y ella quiso preguntar por si podía ayudar:

—¿Estás bien María?

—Si niña, no me pasa nada —contestó quitándole importancia. No deseaba hablar del motivo que le preocupaba.

—Vamos María, no te preocupes por él —intervino Héctor—, ya sabes que cuando se pone cabezón no hay quien le haga entrar en razón. Ya se le pasará.

Érika supuso que hablaban de Hugo.

¿Acaso daban a entender que el comportamiento que estaba teniendo era debido a su cabezonería porque María no la había echado tras el suceso del aeropuerto?

—No sé, jamás había faltado durante tanto tiempo y solo acabamos de empezar.

Aquella respuesta le aclaró que, efectivamente, hablaban de Hugo. Y casualidades del destino en ese preciso momento el sonido familiar de la moto se escuchó entrando en el recinto.

—¿Ves? Ahí lo tienes.

Érika enmudeció. Una cosa era suponer de quién estaban hablando, y otra muy distinta tener la certeza. Saber que actuaba así por su culpa no ayudaba mucho, la verdad. Entendiendo que lo que él pretendía era mantener, a toda costa, una distancia abismal con ella. Una pretensión que la empezaba a incomodar bastante ante la evidencia de que se había convertido en un estorbo para la convivencia entre ellos.

¿Y todo por qué? Pues simplemente por no encontrar las agallas suficientes para, por lo menos, tratar de darle una excusa que le aclarara su manera de proceder.

¿No se daba cuenta de que tenía el deber de solucionarlo? Los remordimientos crecían ante la evidencia de que sus acciones también habían ocasionado la preocupación de su querida María, aparte de la enemistad de su compañero de trabajo.

¿Qué más iba a provocar?

Dejó a un lado sus pensamientos y decidió intervenir. Se levantó de la silla, y se disculpó con el deseo de marcharse para no incomodar a un chico que, como ahora muy bien sabía, no estaría nada cómodo con su presencia.

—¿Dónde vas? Pero si ni siquiera has terminado...

—Estoy llena y me apetece descansar un poco María, no te preocupes.

—Está bien, como quieras.

Los niños permanecieron ajenos a lo que realmente ocurría, y a las miradas que intercambiaron los presentes, ante la huida de Érika provocada

por la llegada de Hugo.

—Esto no tiene pinta de que acabe nada bien.

—No te metas querida —le advirtió Juan hablando en voz baja— aunque estén en nuestra casa no es de nuestra incumbencia.

—Ya lo sé, pero es que esta situación se está volviendo insostenible. ¿No te das cuenta?

—Por supuesto que me doy cuenta —le contestó pacientemente—. Hazme caso y dejémosles. Estoy convencido de que tanto el uno como el otro tendrán que dar su brazo a torcer y encontrar el momento oportuno para hablar. Deben hacerlo para ser capaces de convivir con algo de normalidad bajo el mismo techo, y solo ellos sabrán cuando están dispuestos a hacerlo.

—Quizás convendría ayudarlos —intervino Ester con una idea en la cabeza.

—¿Ayudarlos? —dijo esta vez Héctor alzando las cejas molesto. Y es que no iba a consentir que nadie ayudase a su amigo. Tenía el convencimiento de que por primera vez ganaría la apuesta y por ello añadió—: ya son mayorcitos para arreglar sus asuntos sin ayuda de nadie.

—Héctor tiene razón. Nos mantendremos al margen y esperaremos a ver cómo se resuelve todo. No pueden estar el mes evitándose sin dirigirse la palabra.

—Está bien Juan. Espero que tengas razón.

Dejaron el tema y se centraron en los niños.

La intención de Érika fue la de bajar rápidamente y refugiarse en su cabaña antes de que la viera.

¡No le salió bien! Por lo visto Hugo había decidido dejar la moto fuera, así que no le quedó otro remedio que cruzarse con él. Si lo hacía saludándolo o no ya era otro cantar.

En ese instante la cara de preocupación de María se le pasó por la cabeza, y supo que debería hacer lo que fuera para destensar la situación. ¡Se lo debía!

No se lo pensó, sabía que si lo hacía no sería capaz de actuar y en cambio se limitó a acercarse, evitando pensar en el nerviosismo que invadía cada músculo y cada poro de su piel, atreviéndose a dar el paso.

Dejó escapar el aire que llevaba retenido en los pulmones, y se armó de valor al tiempo que seguía caminando. Infundiéndose de una calma que

necesitaba... hasta darse de bruces con una mirada heladora que ya le resultaba conocida.

“No importa, sigue andando Érika”.

Lo hizo, dando pasos dubitativos y parándose a escasos tres metros. Viéndole poner la pata de cabra ignorándola completamente.

Ella no se dio por vencida.

—Hola Hugo. —Era la primera vez que pronunciaba su nombre.

Hugo resopló de mal humor, sin creerse aquel acercamiento, molestándose por ese hecho en concreto.

¿Qué parte de que no se acercara a él no había entendido? ¿Es que además de ser una loca histérica era tonta de remate?

Dejó el casco apoyado sobre el depósito de gasolina y alzó la mirada. Permaneciendo con la idea de que la volvería a poner en su sitio para que le dejara en paz. No quería saber nada de ella, ni de aquellos ojos asustadizos. Unos ojos que parecían hablar por sí solos y hacerle partícipe del porqué de sus acciones.

Pero precisamente él no estaba, ni quería estar, para ese tipo de juegos. Actuando sin razonamiento alguno para soltar un simple y tajante:

—Adiós.

Dicho esto pasó por su lado y se marchó, dejando a Érika completamente desubicada, a la vez que lo miraba por detrás hasta que se perdió por las escaleras.

¡Se había quedado pasmada!

“¡Vaya! Si Alana o mi madre llegan a verme detrás de un chico para hablar con él seguro que ni se lo creen”.

Debería ser una gran victoria pero desafortunadamente para ella no lo fue. Había alguna pregunta que la empezaba a molestar considerablemente, incluso demasiado.

¿Qué es lo que tendría que hacer para conseguir hablar con él?

Y lo que era más importante:

¿Qué es lo que debería hacer para que la viera?

El empeño de él, por hacerla invisible, no le agradaba en absoluto y sabía, que aunque resultaba inconcebible, le estaba empezando a molestar mucho más de lo que debería en contra de todo pronóstico.

Se quedó en la misma posición, plantada unos segundos, y después se refugió en la tranquilidad de su habitación.

No salió de allí hasta que no fue la hora de comenzar su clase con los

niños. Deseando quedarse en su cabaña tanto tiempo como le fuera posible.
¡No sabía cómo actuar ahora que él estaba allí!

—¿Te vienes a tomar unas cañas?

Érika dejó de columpiarse. Acababan de cenar y de recoger, y los niños se bañaban en la piscina bajo la supervisión de Juan, María y Héctor. A Hugo no lo había vuelto a ver.

—Gracias pero no me apetece.

—¡Vamos anda! —La animó Ester cogiéndola de la mano y tirando de ella—, solo será un rato y es aquí mismo. A cinco minutos.

—Hace mucho que no salgo a tomar nada —confesó de pronto—, no me apetece, de verdad.

Una Ester, divertida, no se dio por vencida.

—Precisamente por eso te vendrás conmigo, ya es hora de que empieces a divertirte después de lo que sea que te pasara.

—¿Tanto se me nota? —preguntó agarrándose con fuerza a su mano.

—Sí cariño. Se nota a la legua, igual que se nota que lo que fuera que te pasó fue a consecuencia de un hombre.

—Me estoy esforzando en aparentar normalidad pero ya veo que sin mucho resultado, ¿no?

—Anda ven aquí —tiró fuertemente de ella, para levantarla del columpio, y la estrechó entre sus brazos.

Aquel simple gesto obró maravillas en una Érika indecisa. Abrazándola con fuerza a su vez y con cariño. Mucho cariño y agradecimiento.

—Y ahora tú te vienes conmigo —sentenció sin darle opción a réplica.

No pudo decirle que no y entre risas se marcharon.

Tal y como le dijo su amiga el bar estaba a cinco minutos caminando. Ubicado en mitad de un camping.

Entraron entre risas y los pocos chicos que había, jugando una partida de billar, dejaron los palos apoyados sobre el suelo y las miraron de arriba abajo entre murmullos y risas. Mirándolas descaradamente en un intento claro de ligar con ellas.

La tensión en Érika no tardó en aparecer y se quedó parada, en medio, mientras se llevaba la mano al costado.

—¿Estás bien?

—Quiero irme.

Ester se dio cuenta de lo nerviosa que estaba, y no había que ser muy lista para saber el motivo.

—Tranquila —susurró, la cogió de la mano y la llevó a la barra—. Te prometo que no me apartaré de ti.

—Sí pero...

—Pero nada, ¿no te has dado cuenta que han vuelto a lo suyo? Saben captar una indirecta nena, y nosotros ni les hemos mirado.

Ester tenía razón y consiguió relajarse un poco. Tanto que bromeó:

—¿Ni siquiera me dejarás sola cuando quiera ir al baño?

—Lo juro —rió mostrándose risueña y apuntándose un tanto porque había conseguido que se quedara.

Y a esas alturas ya sabía lo complicado que le debía resultar.

—Hola Rebeca, ¿cómo te va? —saludó a la camarera.

—Bien, todavía no hay muchos clientes y me está dando tiempo a habituarme.

—Mejor porque dentro de una semana tendrás el bar lleno.

—¿Y tú quién eres?

—Yo soy Érika.

—Es la profesora de inglés de este mes.

—¡Ah! —contestó sin mucho entusiasmo—, qué bien.

Ester no pudo evitar hacer una mueca ante el malestar de la camarera, intuyendo el motivo por el que no le hacía nada de gracia. Érika estaba guapísima con el vestido de tirantes que le había dejado, y para la camarera, la particularidad de que su nuevo ligue tuviese una compañera así, no parecía que le gustara mucho.

—Hola guapas, ¿puedo apuntarme a tomar algo?

La voz conocida de Hugo las sorprendió a las tres. Acababa de entrar sin que se hubiesen dado ni cuenta, y se puso al lado de Ester a la vez que le guiñaba un ojo a Rebeca.

El corazón de Érika dio un brinco sobresaltado y se quedó quieta sin mirarle.

—Claro que puedes —le contestó una servicial Rebeca. Después, y ante la cara de sorpresa de Érika, dio un salto sobre la barra y le dio un apasionado beso en la boca.

—¿Dónde has estado metido hoy? —quiso saber Ester una vez que se

separaron.

—Por ahí —se limitó a decir no dando pie a que preguntara—. Bueno, ¿qué tomas?

—Yo una caña.

—¿Una caña? —preguntó Hugo mirando a su compañera y pasando olímpicamente de la otra, que parecía estar de lo más incómoda—, pasemos a las copas directamente.

—Hecho, ¿te apuntas Érika?

—No. Yo nunca bebo alcohol.

Hugo no perdió la ocasión de intervenir. Desvió la mirada hasta ella y le dijo en tono hiriente:

—No subes a la moto de ningún extraño, no invitas a ningún hombre a tu habitación, no bebes nunca alcohol... ¿Qué es lo que haces entonces? ¿Prepararte para entrar en un convento quizás? Vaya aburrimiento de vida que llevas mujer. —Se carcajeó, seguidamente dejó de mirarla y pasó de la cara de advertencia de Ester para decirle a su camarera particular—: Ponme un whisky con coca cola nena —y añadió—: menos mal que tú y yo sí que sabemos lo que es disfrutar de la vida, ¿no te parece?

—Desde luego cariño.

La terrible humillación, a la que la acababa de someter, provocó que una Érika furiosa lograra despertar y, en un arrebato de furia, apartó a Ester a un lado y se acercó a aquel engreído que parecía saberlo todo de su vida.

¡Se acercó tanto que ambos cuerpos quedaron separados por unos escasos centímetros! Al tiempo que ella lo increpaba con el dedo sobre el pecho, acusándole:

—¿Y tú qué sabes cómo es mi vida? No tienes ni puta idea de lo que dices ¡listo!

La tensión se mascó a raíz del comentario tan poco afortunado de él. Pero nuevamente no dio su brazo a torcer y la fulminó con los ojos, diciendo en tono burlón:

—¡No te acerques! —exclamó riéndose mediante un gesto socarrón, recordando las dos veces que ella se lo había dicho con anterioridad. Burlándose sin ningún remordimiento y sin ningún tipo de escrúpulo.

Aquel comentario la terminó de herir en lo más profundo de su ser... entonces dio un paso hacia atrás, torpemente, y tropezó con no sabía qué, hasta caerse de culo sobre el suelo, ante el estupor de los allí presentes.

Hugo incluido.

Se arrepintió, demasiado tarde, de lo que acababa de decir, percatándose del aturdimiento de una chica que a simple vista parecía superada por las circunstancias. Una chica incapaz de ponerse en pie, puesto que de lo único que podía estar pendiente, era de controlar la respiración en un deseo inútil de recuperar el control de la situación.

—Cariño, ¿estás bien? —se preocupó Ester alarmada para seguidamente ponerse de rodillas tratando de ayudarla.

Pero Érika no veía a nadie.

—¿Érika? ¿Estás bien?

Nada.

Un Hugo también alarmado, por lo que veía, decidió intervenir y se agachó al lado de Ester con el semblante lleno de preocupación, y de remordimiento, por el daño causado con sus hirientes palabras. Maldiciéndose por ellas ante la cara de desolación de una pobre muchacha que no volvía en sí.

—Te ayudaré a levantarte, ¿vale? —fue cuanto dijo el hombre mediante un susurro suave, agarrándola suavemente del brazo.

Aquel simple contacto fue suficiente para lograr que reaccionara.

Miró la mano de él, en torno a su brazo, y le bastó para apartarse a un lado, todo lo que pudo, a la vez que ponía una considerable distancia del hombre causante de tanto dolor. A continuación se levantó como pudo, sin ayuda, y lo miró fijamente durante varios segundos entre la incertidumbre de los presentes. Y de repente, y sin mediar palabra, dio media vuelta y echó a correr como alma que lleva el diablo.

—¿Estás contento? —le recriminó Ester sin poder morderse la lengua— si lo que querías era ridiculizarla enhorabuena, lo has conseguido.

—No estás siendo justa conmigo y lo sabes.

—¿Y qué más da? ¿Acaso no has visto su cara? Lo demás sobra.

—Vamos Ester...

—¡Vete a la mierda Hugo!

E igual que Érika dio media vuelta, con la preocupación reflejada en su rostro, con la única idea de ir en su busca. Dejando allí a un hombre atormentado por los acontecimientos que acababan de producirse.

—Hoy recojo pronto —intervino Rebeca para levantarle el ánimo—, si quieres puedes esperarme.

—No me apetece.

—¿Y la copa? —preguntó molesta.

—Tampoco.

—Está bien, como quieras —farfulló de malos modos tirando los hielos del vaso a la pila.

Hugo, sin hacer caso a su salida de tono, se despidió de ella con rapidez.

—Me voy.

—Haz lo que te dé la gana.

—Es lo que voy a hacer. Adiós.

—Adiós.

Aquel adiós sonó a despedida entre los dos en cuanto a la relación sentimental que tenían.

Hugo entró en la finca, cabizbajo, y fijó la vista en la cabaña azul. La luz estaba encendida.

¿Estaría Ester con ella?

Se quedó parado y dejó que su mente trabajara. No tenía ni idea de cómo actuar. Se pasó la mano por el pelo, nervioso, y la vergüenza y el malestar lo engulló.

“Jamás hubiese dicho lo que dijo si en algún momento hubiese sospechado el daño que iba a producir, eso era seguro. Ni siquiera por devolver la jugarreta del spray porque, después de lo visto, lo dejaría al margen”.

Cierto que no podrían haber empezado con peor pie, pero después de los resultados, debían ser adultos y procurar poner un poco de cordura en la situación irreal a la que habían llegado, porque lo cierto era que deberían hacer llevadera la tensa relación profesional que les había tocado vivir, y que los había terminado uniendo bajo el mismo techo.

Él no era un hombre insensible y le había afectado la reacción de aquella pobre muchacha.

¿Y si iba a su cabaña y llamaba a la puerta? Las dudas que tenía quebrantaban su estado de ánimo. El primer día le advirtió que nunca invitaba a ningún hombre a su habitación y, aunque le debía una disculpa, que estaba dispuesto a dar, la obviedad le decía que no sería bien recibido. La mirada asustada y la rabia que logró despertar dentro de ella, en el bar, no se le iban de la cabeza. Sabía que tendrían un por qué, y estaba claro que el proceso para superar, lo que fuera que le sucedía, estaba incompleto. Ahora el dilema con el

que se encontraba era:

¿Cómo narices se iba a presentar en su habitación si sabía de antemano que no sería bien recibido? Y mucho menos después de lo que acababa de pasar.

—¡Mierda! ¡¿Qué hago?! —se preguntó en voz alta.

Volvió a mirar la luz que había tras la ventana y se decidió.

Iría. Llamaría a la puerta y esperaría. ¡Así de simple!

La jugada no le salió bien, disgustándose en el fondo porque fue Ester la que abrió la puerta.

—¿Qué quieres ahora Hugo?

El tono acusador no le gustó nada en absoluto.

—Hablar con ella.

—No es un buen momento para hacerlo.

—Y eso quién lo dice, ¿tú o ella? —replicó enfadado, viéndola quedarse en medio por si se le ocurría entrar.

¡Y no se lo iba a permitir!

—Lo decimos las dos —le contestó Ester seria.

—Lo siento. Esa respuesta no me vale —se limitó a decir convencido antes de apartarla a la fuerza.

Seguidamente se adentró y la buscó a través de una mirada preocupada.

El impacto fue brutal para él. Érika permanecía sentada sobre la butaca y lo que parecía, a simple vista, era una chiquilla temblorosa, una chiquilla asustada, una chiquilla superada, y una chiquilla que no tardó nada en encogerse sobre sí misma en cuanto vio a Hugo.

No quería que la viera llorar, y se llevó las manos a la cara para ocultar las lágrimas tan amargas que corrían por sus mejillas. El resultado no fue el deseado pero se aferró a ocultarse. Provocando en la otra parte un nudo en el estómago por ser el causante de tanta desdicha.

“Si pudiera volver atrás...”, pensaba lleno de remordimiento y de culpa. “¿Por qué coño no me quedé callado y seguí ignorándola? Desde luego que hubiese sido mejor que lo que he terminado provocando a causa de mi cabezonería”.

Por primera vez, en mucho tiempo, se quedó sin palabras, perplejo y aturdido.

—Por favor —le suplicó Ester a su espalda—, márchate.

Hugo la miró con expresión atormentada. Después miró a la chiquilla que seguía sollozando, sin control, a pesar de que intentaba no hacerlo. Y

después volvió sobre sus pasos y desapareció. Cerrando la puerta tras de sí, dándose casi de bruces con Héctor.

—¿Qué ha pasado?

—Ahora no Héctor.

La cara de su amigo era un poema. Aun así no pudo quedarse callado.

—No sé lo que habrás hecho para que haya vuelto así pero si aceptas un consejo te diré que lo mejor es que renuncies.

—¿Que renuncie a qué joder?

—A la apuesta, ¿qué si no? Por lo poco que he visto no es que vayas muy bien que digamos.

—¡Vete a tomar por el culo! ¡No estoy para bromas!

—No estoy bromeando, es más, si quieres y me dejas puedo demostrarte que soy capaz de tirármela antes que tú. ¿Qué dices? ¿Aceptas?

La respuesta de Hugo fue tan desproporcionada que Héctor se echó a un lado al escuchar:

—¡Apártate de mi vista antes de que te meta una hostia! Y no estoy bromeando joder.

La voz de María se escuchó en ese instante desde la planta de arriba, gritando:

—Por favor decirle a Érika que un tal Brian está al teléfono. Por lo visto la ha llamado varias veces y debe tener el móvil apagado.

“¿Brian? ¿Quién sería Brian?”

—Vale, yo voy —gritó Héctor para hacerse oír.

Hugo se quedó allí, sin tener ningún motivo aparente, y gracias a ello pudo ver a Érika salir corriendo de su cabaña al saber quién la llamaba. Además, también pudo comprobar el cambio obrado en una cara, ahora resplandeciente, al tiempo que ella pasaba a su lado sin mirarlo siquiera.

Aquel detalle le molestó en particular, pensando en lo importante que debía ser, ese tal Brian, después de lo que había visto con sus propios ojos y escuchado por boca de ella. Intuyendo que aquel hombre debía de ser el único que podría acceder a una Érika que no quería saber nada que estuviera relacionado con los demás.

¡Mirándola con otros ojos por primera vez!

CAPÍTULO 8

La actitud de Érika, gracias a la llamada de su hermano, cambió con una rapidez sorprendente. Dándole fuerzas tras el episodio ocurrido en el bar del camping. También tuvo que ver la noticia de que ese mismo fin de semana iría a visitarla. Llevaban casi dos meses sin verse. Justo el tiempo que llevaba instalado en Lisboa, donde trabajaba como médico interino, siguiendo la vena aventurera de buscarse la vida por varios países. Y como estaban a cuarenta minutos de distancia, Brian no desperdiciaría la oportunidad de ver, en primera persona, el cambio de vida de su hermana. Propiciando a que Érika se olvidara de las penurias y pudiera incorporarse a la rutina de la casa con un brío completamente diferente. Disfrutando del sinfín de posibilidades que seguían ofreciéndole.

El martes dieron un paseo hasta el pueblo para ver el castillo...

El miércoles hicieron senderismo por la montaña escalando las rocas...

El jueves se acercaron hasta el río para pasar la mañana...

Había tantas cosas que hacer, y tanto con lo que disfrutar, que la semana se le pasó volando, y eso que debería haber sido al contrario. Tenía unas ganas locas de que llegara el viernes por la tarde y abrazar a su querido hermano.

Además, la ayuda extra que necesitaba, para que su humor marchara sobre ruedas, se la debía a Hugo.

¿Por qué?

Pues por la sencilla razón que estaba ausente la mayor parte del tiempo. Sólo lo veía a las horas de la comida (en las que, además, se sentaban lo más alejados posibles actuando como si el otro no existiera), mostrándose igual de tercos puesto que ninguno quiso un acercamiento después del desagradable episodio sucedido en el bar.

Ni se saludaban.

Las pocas veces que no les había quedado otro remedio que cruzarse, lo habían hecho con rapidez y sin que en ningún momento cruzaran una simple mirada... eso sí, cuando se aseguraban que el otro no lo veía ambos se examinaban con curiosidad. Algo que ahora ocurría con Hugo, el cual estaba encaramado detrás de la ventana, mirando a hurtadillas cómo ella, enfundada en un bañador que parecía de una abuela (la maleta se la habían llevado el miércoles por la tarde), se metía en la piscina a las once de la noche, igual que

todas las anteriores, porque él ya sabía que solamente se bañaba cuando ninguno de los tres hombres estaban presentes.

“¡Qué tía más rara! No sólo no quería saber nada de ellos sino que además, ahora que había recuperado sus pertenencias, se empeñaba en ponerse aquellas horribles ropas anchas que no concordaban con su edad”.

Vio a Ester acercándose y se apartó de la ventana apresuradamente. Esperó a que llamase y abrió.

—Hola.

—¿Qué quieres? —preguntó en tono serio, todavía molesto por las duras palabras que le dijo en el bar del camping aquel lunes, y que hicieron que se sintiera más culpable de lo que ya lo hizo.

—¿Todavía estás enfadado? Ya te dije que lo sentía pero sabes que tú hubieses dicho lo mismo en caso contrario.

—¿Para eso has venido?

—No. He venido para contarte un cotilleo del que me acabo de enterar.

Hugo la miró con expresión vacilante.

—¿Un cotilleo? ¿Y qué te hace pensar que pueda interesarme?

—No lo va a hacer pero como te conozco, y sé que no te va a sentar nada bien, quiero avisarte antes de que ocurra.

—No entiendo nada, ¿de qué estás hablando?

Ester pasó, sin haber sido invitada, y se sentó encima de la cama.

—¿Te acuerdas de la norma inquebrantable acerca de no traer a nadie de fuera a nuestras respectivas cabañas?

—¿Es que has venido para recordarme que aquí no me puedo tirar a ninguno de mis ligues? Esto es ridículo.

—No te adelantes y déjame terminar —lo regañó poniendo los ojos en blanco antes de continuar—: pues verás, resulta que ese tal Brian, el que llamó a Érika el otro día, será el primer autorizado a hacerlo.

En cuanto escuchó el nombre masculino se puso alerta y montó en cólera.

—¿Cómo dices?

Ester rió al ver su sobresalto.

—¿Te das cuenta de lo mucho que te conozco? Sabía que te ibas a enfadar.

—No entiendo nada. ¿Qué habéis visto en ésa para haberos metido a todos en el bolsillo? No me puedo creer que María haya accedido a que su novio comparta la cabaña azul. ¿Desde cuándo se permite follar en el lugar de

trabajo?

—A mí también me ha chocado mucho a pesar de saber que Érika no es una chica normal. Solo hay que ver el comportamiento asustado que tiene en cuanto ve a un hombre.

—¿A mí me lo vas a decir? Recuerda que me quemó los ojos con aquel spray como recibimiento.

—Aquí hay algo raro pero no suelta prenda —decía Ester en voz alta—. Creo que no hace mucho algo le ocurrió con un hombre y es lo que hace que no se abra todo lo que debería. Tiene un cuerpo precioso que ya quisiera más de una y ella en cambio, ¿qué hace? Taparse con esos horrendos trapos para no destacar nada. ¿Por qué? Además hay otro detalle que me ha hecho pensar.

—¿Qué detalle? —preguntó velozmente Hugo, arrepintiéndose por si su compañera se hacía una idea equivocada.

Algo que no sucedió puesto que ella seguía inmersa en sus pensamientos.

—Esta tarde he estado ojeando las fotos de mi cámara digital y en ninguna sola se la ve mirando el objetivo. Siempre sale o con la cabeza agachada o tapándose con la mano.

—Será casualidad.

—No sé. Siempre es ella la que se encarga de hacer las fotos, y cuando insisto en que se ponga, parece asegurarse de que la cara no se le vea bien. Como si quisiera ocultarse de alguien.

—Anda no digas tonterías. Pareces una paranoica.

—Hablo en serio Hugo. El comportamiento, la forma de vestir, y también la de actuar, hacen que me preocupe por ella. Y creo que a María le pasa lo mismo porque si no, ¿cómo permitió que se quedara después de lo que te hizo si no la conocía de nada? ¿Por qué deja que su novio se instale el fin de semana con ella cuando es algo impensable?

—Hombre visto así...

Hugo bajó la guardia y Ester supo que era el momento para decir lo que realmente quería, soltando de pronto:

—¿Por qué no intentas hablar con ella? Yo creo que le debes una disculpa después de...

—¿Qué?! —gritó fuera de sí dirigiéndose hasta la puerta para abrirla— ¡Fuera!!

—Pero Hugo —quiso protestar sin darse por vencida mientras se levantaba de la cama—, piensa que posiblemente ella se muestre relajada si le

pides perdón.

—¡¡¡He dicho que fuera!!!

—Vale, vale.

Pasó junto a él para marcharse y antes de hacerlo dijo:

—Piénsalo al menos, ¿vale?

Hugo le cerró la puerta en las narices.

Y por fin llegó el viernes...

Ese día lo aprovecharon para pasar la mañana haciendo rosquillas. El calor era tan agobiante, que el único sitio en el que estaban frescos era en el interior del chalet, y con el aire acondicionado funcionando a tope.

Érika estaba histérica.

Las ganas de ver a Brian la tenían atacada de los nervios. No paraba quieta y contagió de su energía a los que tenía a su alrededor. María, Ester, y los niños.

—El brillo que tienes en los ojos te hacen parecer otra chica distinta Érika.

—¿Tú crees María?

—Por supuesto que lo creo.

Ester se arrimó a ambas para susurrar:

—Si yo recibiera la visita de mi novio también estaría así de contenta.

—Brian no es mi novio —aclaró mirando a Ester.

A esas alturas María sabía detalladamente cada detalle concerniente a su vida, y lo sabía debido a la conversación que mantuvieron, hace dos días, en la que se anticipó a ofrecer alojamiento a Brian. Saber el cambio circunstancial que había ejercido en una Érika feliz y alegre, a María le valió para hacer una excepción. Además, el cambio obrado en ella llegó a que fuera capaz de acercarse a Juan, estando solos, para agradecerle, a él también, el que permitiese que se quedara. Dándole un beso en la mejilla, en un arrebato de gratitud, sin que le afectara negativamente sino todo lo contrario.

—Si no es tu novio, ¿quién es para que estés tan contenta? —preguntaba Ester con curiosidad.

—Mi hermano. Llevo dos meses sin verle.

¡Ahora lo entendía!

—Este fin de semana libran Hugo y ella —informó María cambiando de tema— el próximo os tocará a Héctor y a ti.

—Vale. Por cierto Érika —dijo como quien no quiere la cosa—, ¿no crees que ya va siendo hora de que habléis él y tú para acercar posturas?

Ala, directa al grano, como era habitual en Ester. Una Ester a la que no le iban nada las peleas entre compañeros. Actuando como buena samaritana porque no podía mantenerse al margen después de una larga semana.

—¿Aclarar qué? —preguntó frunciendo el ceño algo disgustada—. Ya me hizo ver que soy invisible para él y puede que sea lo mejor.

—No sabes lo equivocada que estás. Si de verdad conocieras al Hugo que nosotras conocemos te darías cuenta de que las apariencias engañan.

—¿No os dais cuenta de que ese Hugo no quiere mostrarse ante mí?

—¿Y tú no te das cuenta de que quizás si hubieses dado una explicación eso ya habría sucedido? Estáis siendo unos cabezones y vuestra cabezonería no os llevará a ninguna parte.

María decidió poner paz, aunque sabía que Ester llevaba la razón.

—Dejémosles hacer lo que ellos crean, ¿vale? Pero lo que sí debes saber niña es que él es la clase de hombre al que una vez que conoces no puedes olvidar. Anda pasadme la masa.

Érika se quedó pensando por un rato en lo que María acababa de decir.

—¿Ya has oído la noticia?

—¿Qué noticia?

—Tendrás que esperar a que su novio se marche para seguir intentando tirártela, y siento decirte que los días siguen pasando. Tic, tac, tic tac.

—¿Otra vez con ésas? Que pedante puedes llegar a ser. Tú espera y observa. Puede que lo consiga delante de ese tal Brian.

—¿Hablas en serio?

—¿Y por qué no?

—Pues porque deben de estar realmente enamorados para venir a verla cuando solo lleva aquí cinco días.

—¿Y desde cuándo ha sido eso un problema? ¿Ya no te acuerdas de la que me tiré mientras tú entretenías al novio tomando un cubata?

Héctor soltó una gran carcajada.

—Sí pero ya debes saber que Érika no parece como las demás.

—Tú lo has dicho. ¡No parece! Pero ya te demostraré lo equivocado que

estás. Al final todas son iguales.

—Si tú lo dices...

—Ahora que ya no estoy con Rebeca me voy a dedicar en cuerpo y alma a amargarle a ese cabrón su estancia aquí.

—La apuesta no consiste en amargarles la estancia a ninguno de los dos. —Le recordó—: ¿Has olvidado que lo que debes hacer es follártela y se acabó?

—En este caso no me vale. Quiero disfrutar amargándoles el fin de semana que se creen idílico.

—Escuchándote hablar lo que parece es que tienes algo personal contra ella.

—Lo tenía antes de lo del bar. Ahora simplemente es una distracción, ¿y sabes por qué? por ser ella la que ahora me ignora a mí.

—¿Acaso estás celoso porque sí hay un hombre que le interesa?

Hugo soltó un bufido.

—¿Celoso yo? Para estarlo hay que sentir algo hacia la otra persona, y lo que siento yo por ésa no es más que indiferencia.

—¿Estás seguro? —se burló.

—Tanto como que si no te callas te parto la boca.

—Amén. Me voy a jugar un parchís. Disfruta de tu fin de semana libre.

—Lo haré. Si necesitas algo ya sabes dónde encontrarme.

Brian, igual que su hermana, quedó ensimismado por el espectacular entorno. Recreándose la vista a medida que empezaba a ser consecuente del cambio, evidente, de una mujer desconocida para él durante los meses posteriores a la agresión. Reconociendo a la Érika que siempre había sido y que, en un momento de desesperación, llegó incluso a pensar que la había perdido para siempre. Deleitándose por el hecho de que no hubiese sido así, mientras la volvía a abrazar. No podía soltarla.

—Si mamá y Alana llegan a verte se caen de culo. Estás guapísima con esa expresión que transmites y no sabes lo que me alegro. Por un momento llegamos a pensar que te habíamos perdido para siempre.

—Anda no exageres...

—No lo hago. Pero si hasta eres capaz de mostrarte divertida y alegre... Hay que ver lo que hace el sol y el buen tiempo. Aunque deberías cambiar de ropa y terminar de mostrarme a la Érika segura de sí misma, y no esconderte

tras esa vestimenta.

—¿Me estás regañando? —rió encantada, viendo lo feliz que estaba Brian por sus logros lejos de casa.

—Claro que te estoy regañando. No debes ocultarte. ¡Tú no tuviste la culpa de lo que pasó!

—Ahora lo sé —dijo sin pensarlo, ocasionando que esa gran verdad, que no admitía, la dejara con una paz interior inigualable. Cerrando una herida, la del alma, que hasta el día de hoy se había resistido a hacerlo.

—Estoy tan orgulloso de ti hermanita.

—También lo sé, y no pienso defraudaros.

—Tú nunca lo haces —y volvió a abrazarla.

—Vamos, te enseñaré este paraíso.

—Vamos.

La acompañó hasta su habitación, dejó la pequeña maleta, y después volvieron a salir, enseñándole el recinto completo.

Brian fue presentado a María, a Juan, a Ester, a Héctor, y a los niños. A todos menos a Hugo. No estaba presente y casi que lo agradecía. Su fin de semana debería de haber empezado y no lo vería hasta el lunes. Alegrándose por ello porque no deseaba hablar con él ni para presentarle a su hermano. Olvidándose de lo que no le hacía bien y dispuesta a que nadie, y menos Hugo, le aguase la fiesta.

Entró en la cocina y ayudó a Juan a preparar la cena bajo la mirada atónita y perpleja de su hermano.

¡Brian alucinaba!

Esa noche, durante la cena, un Brian integrado disfrutó de la compañía de todos ellos, sintiéndose uno más en el grupo, y reconociendo que el cambio obrado en su hermana era gracias a los que estaban sentados en torno a la gran mesa. Y supo, emocionado, que no habría palabras suficientes para agradecerse nunca.

—¿Por qué no vais al pueblo a tomar algo? Así se lo puedes enseñar a tu hermano. Además el baile no tardará en comenzar.

—¿Baile? ¿Qué baile? —preguntaba una entusiasmada Érika sin acordarse de la última vez que había bailado.

—Son las fiestas del pueblo y durarán toda la semana. Ester, ¿por qué no vas con ellos? Nosotros nos quedaremos con los niños.

—Si a ellos no les importa...—dijo mirando a Brian en lo que se convirtió en una intención directa.

La mirada no pasó desapercibida para ninguno de los hermanos, solo que él no diría nada. La que debería pronunciarse sería Érika.

—Vámonos entonces —contestó y le guiñó un ojo a su compañera—, así os podéis conocer mejor.

—Voy a cambiarme —dijo Ester de manera eufórica, levantándose rápidamente de la silla—. Anda vente conmigo que te dejaré algo que no desentone tanto para ir de fiesta.

—¿Y qué tiene de malo lo que llevo puesto?

—He dicho que te vengas —la regañó—, ahora que está aquí tu hermano y se te ve tan segura aprovecharemos para ponerte lo guapa que deberías estar siempre. ¡Anda vamos!

—Está bien. Tú ganas —aceptó con una sonrisa.

Se levantó y la siguió. Los demás se quedaron con el café tranquilamente.

El entusiasmo entre la gente del pueblo se percibía en cada rincón y contagió a los tres jóvenes por igual. Aunque en cierta manera, la que quería retener en la retina cuanto veía, era Érika para que la imagen de la plaza, a rebosar de gente bailando, no se pudiera borrar de su mente. Inspirando con verdadero placer el delicioso olor de un puesto de algodón de azúcar que estaba situado al lado. Sonriendo feliz viendo a varios niños acercándose para comprar.

Volvió a mirar la plaza y pudo ver, en el fondo, las terrazas de los tres bares que estaban llenas hasta los topes. Miraras donde miraras sólo se veía a gente y más gente divirtiéndose y pasándose bien, lo que hizo que llegara a pensar en la disparatada idea de lo fácil que debería ser acostumbrarse a vivir allí. Aunque fuera por disfrutar de aquel sol resplandeciente que daba esa luz, y que distaba mucho del clima frío, húmedo y deprimente de su país. Sonriendo plenamente feliz por tener la certeza de que aquella experiencia a la que se había atrevido nunca la olvidaría.

—¿Os apetece una ronda de mojitos? —les preguntó Ester observando a uno de los camareros haciéndolos.

—Ya sabes que yo no bebo alcohol.

—¿Y por qué no? —dijo Brian sonriendo—, ya no tomas esas pastillas así que apúntate.

—No sé Brian.

Y contrajo el rostro con dolor, echando la vista atrás, recordando lo que una persona podía llegar a cambiar debido al alcohol y las drogas.

Su hermano se preocupó por el cambio en su expresión y dio un paso al frente. Cogió su barbilla y le dijo:

—Olvídalo, ¿quieres? Estoy aquí, contigo.

—Lo sé.

—No debes mirar atrás, ¿me oyes? y ahora hazme el favor de prestar atención a tu alrededor y empieza a disfrutar.

—¿Sabes qué? —Miró a ambos y dijo con una sonrisa—. Tienes razón. Yo también quiero una copa.

El efecto del mojito la desinhibió completamente. Llevaba muchísimo tiempo sin probar una gota de alcohol, y notó el ron subiéndole a la cabeza ante las carcajadas de sus acompañantes. Que la veían ponerse a bailar sin que le importara que varios chicos la miraran embelesados. Estaba espectacular con aquel vestido corto de flores que le había dejado Ester, pero sobre todo por la expresión relajada de sus preciosos ojos y de su preciosa cara. Levantando la admiración de los que la observaban detenidamente.

Bailó sola, bailó con Ester, bailó con su hermano. Y entre baile y baile, y cuando quiso darse cuenta, volvía a tener un vaso de mojito, recién hecho, llevándose a la boca para degustar la exquisita mezcla con el toque de la hierbabuena. Observando que de pronto las parejas se acercaban y empezaban a bailar un baile rarísimo que le llamó especialmente la atención.

—¿Qué bailan?

—Es un paso doble, un baile típico de España. ¿Quieres que te enseñe?

—No. De momento me conformaré con mirar. Pero seguro que Brian está deseando aprender.

El aludido dijo:

—Lo intentaré pero no puedo prometerte que no vaya a pisarte.

—Correré el riesgo —dijo encantada agarrándose a sus anchas espaldas, empezando a marcar el ritmo.

Érika se limitó a observarles y bebió otro trago encantada de la vida. Echó un vistazo hacia una de las mesas y se dirigió a una de ellas para dejar el vaso. Volviendo sobre sus pasos en el instante en el que la cantante, desde el

escenario, decía en voz alta:

—Cambio de pareja.

Érika sonrió ante lo que tenía delante, presenciando el cambio de pareja de los que bailaban, a la vez que se quedaba en el sitio hasta que terminara el paso doble.

Lo que no pudo prever fue lo que sucedió a continuación. Cuando un par de hombres sonrientes se acercaron a ella, con una lucha entre ambos, para llevarse el trofeo.

¡Ósea ella!

Ni su hermano ni Ester se percataron de lo que estaba sucediendo. Estaban ensimismados el uno con el otro disfrutando de la cercanía de sus cuerpos. Así que Érika tomó la decisión de huir despavorida antes de que uno de los dos chicos se tomara la libertad de tocarla. Algo que no podía consentir sin que le diera un ataque de ansiedad en mitad de la plaza, comenzando a costarle respirar, a la vez que instintivamente daba un paso hacia atrás con el terror dibujado en su cara. Al hacerlo chocó contra el cuerpo de no sabía quién, lo que provocó que se quedara totalmente paralizada, siendo únicamente capaz de llevarse la mano al costado sintiendo la falta de aire.

¡Deseando morir!

—Hola Érika —escuchó de pronto a sus espaldas.

La voz conocida del hombre, con el que acababa de chocar, hizo que en un principio se sobresaltara asustada.

Pero el sobresalto le duró bien poco porque uno de los chicos quiso agarrarla para continuar con el paso doble, mirándole horrorizada.

¿Qué podía hacer?

No lo pensó. Dio media vuelta, dándole plantón, y se quedó frente a aquellos ojos que la observaban con determinación. Creyendo que querían meterse dentro de su cabeza y saber qué estaba pensando, mientras casi sentía el roce de su cuerpo contra el suyo.

Permanecieron quietos, un tiempo que pareció interminable, y no dejaron de mirarse mutuamente.

A pesar de ello el desconocido no se dio por vencido y preguntó:

—¿Bailas?

La expresión de Hugo lo fulminó en un claro intento porque se marchara. Y como no lo hizo dijo enfadado:

—Largo ¡Ella está conmigo!

La rotundidad y la determinación con la que se pronunció no dieron

lugar a ningún tipo de equívoco. Y se marchó bajo la mirada asustada de la chica que parecía estar fuera de lugar, en estado de trance, igual que el primer día que llegó y que terminó entre sus brazos cuando se desmayó.

—¿Estás bien? —le preguntó mediante un susurro que revelaba una verdadera preocupación.

Aquella simple pregunta la devolvió a la realidad. Alzó la mirada y se perdió en aquellos ojos. A continuación dejó de tocarse la cicatriz a través del vestido, y notó cómo la cabeza le empezaba a dar vueltas debido al efecto del alcohol ingerido. Y precisamente por ese motivo creyó que estaba a salvo si se quedaba a su lado. Algo que ni de coña hubiese creído un rato antes, y lo que era más sorprendente, con la certeza de que él no le haría ningún daño. Atreviéndose a decir:

—Ahora sí.

Aquella respuesta a Hugo le bastó y decidió pasar a la acción. Y fue cuando pasó el brazo alrededor de su cintura, sin perder el tiempo, al mismo tiempo que con la otra mano bajaba para buscar la suya, sintiendo el roce de sus finos dedos. Solo entonces la cogió sin dejar de mirarla en busca de cualquier reacción.

Y como no la hubo estrechó el cerco suavemente, tirando de su cintura para acercarla a un cuerpo, el suyo, que disfrutaba por el simple hecho de tenerla así. Casi pegada a su pecho. Pensando que tendría que actuar poco a poco si no quería asustarla. Olvidándose de lo demás si lo que deseaba era ganar a Héctor...

¡Pero de pronto algo sucedió! O mejor dicho algo cambió. Y se produjo en el instante en el que Hugo verdaderamente supo lo que estaba pasando, sin que fuese capaz de apartarse.

Ella estaba temblando de miedo, y la necesidad de sentirla cerca lo desbordó completamente.

Daría lo que fuera con tal de borrar el tormento de sus ojos. Lo que fuera.

La necesidad de sentirla pasó con gran rapidez a la necesidad abrumadora de consolarla, y también de querer protegerla.

¡Era lo que verdaderamente importaba ahora!

—¡Schsss! ¡Tranquila! ¡Todo está bien! —le susurró con calma cerca de su oído.

El efecto de aquellas palabras suaves logró su objetivo, calmándola poco a poco pero siendo incapaz de dejar de temblar. Lo que Hugo terminó

interpretando erróneamente, tensando la mandíbula en lo que fue un acto reflejo, acordándose de lo que ella le pidió efusivamente en más de una ocasión. Añadiendo con gesto atormentado:

—Lo siento, —dio un paso atrás y la soltó con pesar—, no me volveré a acercar.

Érika notó un terrible vacío en el instante en que dejó de sentirlo, por ello actuó con rapidez y sin pensar. Y es que incomprensiblemente fue verle alejarse y ser ella, la que ahora, daba un paso adelante porque necesitaba su cercanía. Descubriendo que aun a pesar de no estar con todas las facultades (o precisamente por ello), solamente si estaba a su lado lograría calmarse.

—Por favor... ¡hazlo! —terminó suplicando.

Un Hugo sorprendido abrió los ojos como platos, ante semejante petición, y descubrió el rubor en sus mejillas. Entendiendo lo mucho que debía haberle costado decir lo que dijo, volviendo a estrechar el cerco.

Lo que por supuesto hizo encantado.

—Sigues temblando.

—Se me pasará.

—Si estás segura me gustaría bailar contigo, ¿quieres?

—De momento sí.

Él puso un mohín ante aquella respuesta.

—¿Y qué significa eso? —Lo entendió al ver a Ester bailando con un desconocido, llegando a una conclusión.

Aquel debía de ser su novio solo que no entendía qué hacía que no estaba con ella.

¿Acaso lo que pretendían era darse celos?

Bueno, en el caso de que fuera así él no iba a desaprovechar la oportunidad que se le ofrecía en bandeja. Quizás le beneficiaría hasta el extremo de terminar esa misma noche con lo acordado y podría pasar página.

¡Así de sencillo!

Pero claro, si era tan sencillo, ¿por qué le molestaba tanto que por querer darle celos llegase a permitirle acercarse después de todo?

Por el momento no encontró respuesta para dicha pregunta así que, actuando con algo de brusquedad, comenzó a bailar mostrándose serio y un poco distante.

¡Un detalle que a Érika no le gustó! Molestándose considerablemente porque creyó que la intención era seguir burlándose de ella. Maldiciéndose por estar tan a gusto entre sus brazos.

El baile acabó, y al ver al desconocido acercándose, con una expresión incrédula, se apartó con excesiva rapidez. Bajo ningún concepto entraría en el juego de ellos.

¡No era el juguete de nadie!

—Así que tú eres Hugo —le saludó el desconocido tendiéndole la mano—. Yo soy Brian.

—Ya me imagino —respondió con voz seca.

—Oye, ¿por qué no nos tomamos algo los cuatro juntos?

“¿¿Qué?! ¿¿Qué hombre en sus santos cabales, que volaba para ver a su novia, deseaba perder el tiempo con desconocidos y no aprovecharlo en estar precisamente con ella?!”.

Hugo no entendía absolutamente nada.

Pero para lo que desde luego no estaba preparado era para lo que Érika dijo a continuación:

—No. Yo no quiero beber más —dijo algo cabizbaja y atormentada por lo rápido que la había soltado. Creyendo ver cierto alivio en la cara de Hugo—. Quiero irme, pero vosotros quedaros.

—¿Estás segura?

—Si Brian. Por hoy ya he tenido bastante. Tú ya sabes a lo que me refiero.

Hugo miraba a uno y a otro con una perplejidad absoluta.

—Llévate mi coche —decía esta vez Ester—, nosotros regresaremos dando un paseo.

—Vale.

—Espera, te acompañaremos.

Érika se despidió antes de marcharse.

—Hasta mañana Hugo.

—Adiós —se limitó a decir, flipando con lo que estaba presenciando.

Observó a los tres según se iban y después, todavía perplejo, fue a pedirse una copa.

A Érika esa noche le costó Dios y ayuda pegar ojo. Era incapaz de apartar de sus pensamientos las manos de Hugo sobre su cintura. Atormentándose por la manera brusca en que la soltó, sintiendo la desdicha de aquel gesto en concreto al seguir pensando en lo segura que se había sentido entre sus brazos.

Pasando a ser, a parte de su hermano, el primero que lo conseguía después de tener la seguridad de que nunca jamás volvería a ocurrir.

En cambio a Hugo, lo que no le dejaba dormir, era recordar el momento exacto en el que la vio en la plaza. Parecía una visión divina, viéndola bailar con aquel vestido que le sentaba tan bien y con el pelo suelto. Se quedó paralizado. Quedándose de pie, a una considerable distancia para no ser visto, y así poder deleitarse mirándola tranquilamente hasta que se acercó a la mesa para dejar el vaso. En ningún momento se dio cuenta de su presencia. Comenzando a seguirla, a escasos centímetros, buscando una excusa para sacarla a bailar y empezar a abordarla. Dando el resultado esperado porque incluso la salvó en el momento preciso cuando aquellos dos se acercaban para lo mismo. Reconociendo que la primera impresión en su cara fue de auténtico alivio a pesar de los contratiempos vividos entre los dos.

Pero claro...

¿Cómo debía interpretar lo de que de momento sí quería bailar con él?

¿Es que no tenía ningún escrúpulo para utilizarlo después de insistir de manera angustiada para que no se acercara?

Se revolvió inquieto en la cama, debido a lo que pasaba por su cabeza, y se maldijo una y mil veces por dejar que ese asunto le afectara. La prueba de ello era que había regresado a la cabaña y no al apartamento de soltero que tenía en un pueblo cercano, (en el que se quedaba siempre que tenía el fin de semana libre) admitiendo que el deseo irrefutable de vengarse era el consecuente de que estuviese allí y no a la caza de un nuevo ligue.

Tales pensamientos lo sacudieron, de tal forma, que se dio por vencido. No podía dormir. Apartó la sábana a un lado y se levantó en busca del paquete de cigarrillos. Una vez que lo encontró, en el interior del bolsillo del pantalón, lo cogió y salió al porche para fumarlo con tranquilidad.

No hizo más que encenderlo cuando pudo ver, a lo lejos, la pareja que entraba en esos instantes por la puerta. Reconociendo a Brian pero sin poder ver bien a la que él estaba convencido que sería Érika.

¿Habría vuelto a salir?

La expresión demoníaca transformó entonces la cara de Hugo a la vez que se agarraba a la barandilla del porche, con tanta fuerza, que los nudillos se volvieron blancos. Viendo cómo se comían literalmente a besos, hasta que finalmente lograron llegar a la cabaña azul. Donde cerraron la puerta para

continuar disfrutando de la noche.

Lo que Hugo no sabía era que a quien había visto realmente era a Ester. Habían cambiado las cabañas para no llamar la atención en el caso de que alguien pudiese ver a Brian saliendo de la habitación que no debía. Maldiciéndose una vez más por permitir que su ego masculino se viese afectado. Envidiando al único hombre que por lo visto sí podía tener acceso (cien por cien) a aquella escurridiza y atormentada mujer.

Y, casualidades de la vida, en aquel instante supo que aquel asunto pasaba, directamente, a ser la prioridad número uno porque, ahora sí, ¡no pararía hasta conseguir llevársela a la cama!

Una vez que aquello ocurriera se olvidaría de ella para siempre.

CAPÍTULO 9

A la mañana siguiente, cuando Hugo se quiso despertar después de casi no pegar ojo en toda la noche, eran cerca de las doce del mediodía.

Se levantó, se puso un pantalón corto y una camiseta, y salió con la intención de ir a desayunar, descubriendo por la tranquilidad que lo rodeaba, a pesar de ser sábado, que debían de haberse marchado al pueblo para disfrutar de los juegos que se organizaban todos los años para los niños. Suspirando aliviado porque estaba tan irascible que no quería ver a nadie.

Cerró la puerta tras de sí y se encaminó hacia el chalet, una vez que estuvo en la cocina, se puso a preparar el desayuno.

Abrió el armario para coger el bote de café, lo abrió, echó un par de cucharadas en la cafetera y llenó el depósito de agua. Le dio al botón de encendido y cortó unas rebanadas de pan para ponerlas en la tostadora.

En menos de diez minutos tenía sobre una bandeja el rico desayuno, cogiéndolo entre las manos y dirigiéndose a la terraza, pensando exclusivamente en disfrutar del desayuno en absoluta soledad.

Una vez que dejó la bandeja sobre la mesa se sentó en una de las sillas y miró la montaña. Echó azúcar a su café y consiguió ponerse de mejor humor.

Y allí estaba él, disfrutando de la tranquilidad que lo envolvía cuando de repente, justo en el instante en que se llevaba la tostada a la boca, vio a Érika salir de la habitación de Ester con el rostro contrariado. Dando lugar a que por un momento creyera que finalmente habían terminado discutiendo y, queriendo poner tierra de por medio, se había ido a dormir con Ester. Aunque a decir verdad, por la efusividad en la manera de besarse, nadie diría que pudiesen terminar enfadados precisamente.

—¡Bah! ¿Qué me importa a mí?

Terminó de llevarse la tostada a la boca y mordió un trozo sin que fuese capaz de apartar la mirada de Érika. Observando cómo iba hasta su cabaña y llamaba a la puerta.

Esta no tardó mucho en abrirse y pudo ver, desde la distancia, a Brian con los calzoncillos como única prenda, encaramados a la puerta mientras compartían unas palabras antes de terminar abrazándose. Después, y sin entrar para nada, Érika daba media vuelta y se marchaba en dirección a la casa.

—Mierda. —Volvió a decir Hugo en voz alta ante la evidencia de que

no desayunaría tranquilo.

Cogió el vaso de café y comenzó a beberlo deprisa. Bajo ningún concepto le apetecía compartir algo de tiempo con los dos tortolitos recién reconciliados. Volviendo a llevarse el vaso hasta la boca, en lo que era el último trago, cuando... estuvo a punto de ahogarse. Escupiendo el líquido sobre la mesa mientras que tosía con verdadera dificultad gracias a lo que veían sus ojos.

¡No daba crédito! Y es que, mientras Érika debía de estar en la cocina en esos mismos instantes, Brian y Ester salían juntos de la misma cabaña. Abriendo los ojos como platos ante el descaro de ambos. Viéndoles besarse en la boca después de echar un vistazo por si alguien los veía.

Parecía que el hecho de que él estuviese allí no importase a ninguno de los dos.

“¡Madre mía! ¡Si Érika llega a enterarse de esto las consecuencias serán impredecibles!” Y aquello no era asunto suyo.

Rápidamente recogió la bandeja, con el propósito de marcharse cagando leches de allí, y se quedó paralizado al verla trajinar en la cocina.

—Hola.

—Hola —contestó Érika mediante un susurro.

Tuvo que centrarse en lo que estaba haciendo porque su llegada la puso muy nerviosa.

Hugo escuchó las risas de Ester y Brian acercándose, y por un momento pensó en contárselo todo. Si lo hacía la jugada le podía resultar bastante bien puesto que, una vez que aquel cabrón se marchase, sería él el que se quedase para ofrecer un hombro en el que llorar. Lo demás vendría seguido y le resultaría fácil librarse de la maldita apuesta.

No tuvo las agallas suficientes para hacerlo. Y no lo hizo por el convencimiento de que tanto daño gratuito podría llegar a destruirla. Recordando, en unas décimas de segundo, el temblor incontrolado ante el solo hecho de ver cómo se acercaban a ella la noche anterior en la plaza.

Y supo, de antemano, que no sería capaz de ser tan hijo de puta como aquel cabrón que poco había tardado en dársela delante de sus propias narices.

Y Ester...

Qué decir de Ester después de lo muy preocupada que llegó a estar. ¿Acaso se había olvidado para simplemente liarse con aquel capullo?

No. De verdad que no podía llegar a creérselo.

—Hola —saludó entonces Ester entrando en la cocina envuelta en una maravillosa sonrisa—, ¿qué haces aquí en tu fin de semana libre?

—¿Y eso que más te da a ti? —contestó secamente mirándola enfadado.

—Pero bueno, ¿a ti qué te pasa?

—¿Y tú me lo preguntas? Tú sabrás lo que estás haciendo.

Dicho lo cual se marchó y dejó a los tres sin entender nada, pero dispuestos a recuperar fuerzas con el desayuno, para poder disfrutar del magnífico día que tenían por delante.

“¿Qué mosca le habría picado?” no pudo evitar preguntarse Ester.

Cuando regresaron los niños Ester se incorporó a su trabajo, lo que los hermanos aprovecharon para, después de hacerse unos bocatas, marcharse hasta el río. Donde pasaron gran parte del sábado entre confidencias y bromas, pero sin que en ningún momento, y eso que Brian lo intentó infinidad de veces, quisiera hablar del único hombre al que le había permitido acercarse. Y ese no era otro sino Hugo, reconociendo en su fuero interno, la multitud de sentimientos enfrentados entre sí que la martirizaban hasta el punto de querer con locura que volviese a acercarse a ella, de corazón.

Sin burlas...

Sin engaños...

Y sobre todo sin que la ignorara...

¡Teniendo que soportarlo como buenamente podía!

Cayó la noche y los hermanos regresaron para cenar todos juntos y así poder despedirse. El avión con destino a Lisboa salía a primera hora de la mañana y quería agradecer, sobre todo a María y a Juan, la hospitalidad que le habían dado.

Esperaron a que los niños se acostaran, para tomar el café, y después se volvieron a marchar los tres a las fiestas del pueblo.

¡No vio a Hugo en ningún momento desde que desapareciera!

La noche empezó con muy buen sabor de boca, empezando con una roda de mojitos para después, e igual que el día anterior, terminar bailando sin parar. Mostrando a una Érika, otra vez desinhibida, e igual de atractiva con

unos shorts vaqueros y una camiseta de tirantes de color rojo que realizaba su anatomía.

Y entre baile y baile, y sin poder evitarlo, de vez en cuando miraba en torno a la plaza por si lo veía. Deseando encontrarse con esos ojos que a veces daban miedo, pero que ahora echaba en falta bastante más de lo que debiera. Pensando que no estaba bien de la cabeza por querer meterse en la boca del lobo sin que aun estuviese recuperada del todo.

Advirtiendo el lío en el que estaba dispuesta a meterse.

Aquella nostalgia fue la causante de que poco a poco se fuera apagando, tanto, que deseó marcharse. No quería amargar la noche a sus acompañantes. Algo que por supuesto no estaba dispuesta a consentir.

—No y no —repetía Ester una y otra vez—, no vas a marcharte todavía. Queda mucha noche por delante.

—No quiero amargaros a vosotros, ¿no os dais cuenta?

—¡Anda! Déjate de bobadas y vayamos a la feria un rato.

—¿Pero es que también hay feria?

—Pues claro. Y no te marcharás hasta que la veas. Vamos.

—Está bien.

Por el momento parecía que la habían convencido. Limitándose a seguirles con un halo de tristeza imposible de ocultar, mientras se arrepentía por haberse permitido albergar unas esperanzas que no eran nada buenas. Y menos para una mujer que ni siquiera tenía claro que es lo que deseaba hacer con su vida.

La feria también estaba a rebosar, llena de una multitud de cacharros que hacían las delicias tanto de pequeños como de mayores, dejándose envolver por el aire festivo sin que tardaran en subirse a las atracciones.

Se subieron en el master, en el toro mecánico, en los coches de choque... y ahí es donde seguían, riéndose como locos, persiguiéndose entre giros de volantes y pisadas de acelerador durante el tiempo que duraba la atracción. Metiendo una nueva ficha a continuación antes de que sonase el pitido que les indicaba que podían volver a empezar.

Érika fue la primera en moverse, miró hacia el coche de su hermano, y comenzó a buscarle en una frenética carrera hasta chocar contra él entre risas. Seguidamente varios coches se quedaron atascados sin que pareciera que el que lo estaba provocando fuese capaz de mover el volante hacia el lugar que

debería.

Y entre los atascados estaba Érika. Giró la cabeza hacia la persona que estaba provocando aquel desastre, y se quedó helada al averiguar de quién se trataba.

Un vuelco le dio el corazón nada más verle, sintiendo que los nervios se apoderaban de su cuerpo como si se tratase de una niña, a medida que se daba cuenta de la destreza con la que de repente se puso a girar el volante para que los demás coches pudiesen ir saliendo, pero observando cómo, precisamente a ella, le trataba de cortar el paso. Descubriendo que la maniobra de querer apartarla, había sido absolutamente provocada.

“Muy bien. ¿Quiere jugar? Pues juguemos...”

Érika dejó de apretar el acelerador, aparentando darse por vencida, mientras veía a Hugo sonreír. Percatándose de que posiblemente fuese la primera vez que se mostraba así de relajado delante de ella.

“¡Oh Dios! ¡Qué guapo es!”

Y descubrió que podría quedarse allí, el resto de su vida, a la vez que seguían mirándose como si fueran incapaces de hacer otra cosa.

El momento casi mágico fue interrumpido de forma brusca. Uno de los coches chocó contra el de Hugo. Ocasionando que éste mirase hacia atrás, lo que ella aprovechó para pisar a fondo y salir de donde la tenía acorralada, gritando con entusiasmo:

—Píllame si puedes.

—¿Qué? —al darse cuenta que debido a su despiste había escapado, giró con rapidez en su busca sin que se le borrara la sonrisa de la cara.

No consiguió pillarla. A los pocos segundos el pitido les indicaba el final. Lo que él aprovechó para bajarse deprisa e ir en su busca.

—Eres buena, ¿eh?

—Se hace lo que se puede —bromeó.

Bajó del coche y salieron de allí antes de que volviera a comenzar. Alertándose por primera vez de que no había rastro ni de Brian ni de Ester, lo que significaba que le habían hecho una encerrona para dejarlos solos.

¿Estaba Érika preparada para ese gran paso?

La postura distendida y relajada de ésta sufrió un cambio brusco. Comenzando a mirar a los lados, con desesperación, viendo únicamente a hombres y más hombres mientras empezaba a sentir aquella presión en el pecho que le era de sobra conocida, y que sabía que no acabaría bien...

Una vez más Hugo malinterpretó aquella reacción, creyendo que ella se

empezaba a dar cuenta de lo que verdaderamente estaba pasando, y que por lo tanto empezaba a sospechar que Brian le estaba poniendo los cuernos con Ester.

—¿Por qué me han dejado sola? —preguntaba entonces angustiada sin dejar de mirar a unos y a otros.

Ni tan siquiera era capaz de ver a Hugo debido a la ansiedad que le provocaba la situación.

La cara de Hugo se convirtió en una máscara de hielo tras escuchar la pregunta.

¿Qué cojones hacia él allí preocupándose por quien no debía?

Y explotó:

—¿Qué pasa? —preguntó interponiéndose en medio. Mirándola lleno de ira— ¿acaso yo no soy nadie?

A pesar del tono supo que no estaba sola y apartó la absurda idea de que la había dejado tirada. Mirándolo con otros ojos al sentir, nuevamente, la tranquilidad que le daba el saber que estaba allí.

¡A su lado!

Incomprensiblemente no le dio tiempo a decir nada puesto que él, a continuación, gritó fuera de sí:

—¡¡Iros todos a tomar por el culo!!

Dio media vuelta y se marchó.

Si en algún momento hubiese echado la vista atrás, hubiese sido consciente del grado de aturdimiento en el que la había dejado. Algo que por supuesto no vio. Tampoco se dio cuenta de que cayó sobre el suelo, perdiendo la consciencia, después de no soportar a aquellos desconocidos acercándose con la intención de ayudarla.

Hugo siguió y siguió andando fuera de sí, cuando fue interceptado por Brian y por Ester.

La casualidad quiso que se encontraran.

—¿Dónde está Érika? —oía a Brian con las órbitas de los ojos a punto de salirse.

—¿Ahora sí te importa? —gritó apartándolo a un lado en un gesto claro de querer provocarle.

Ester supo que aquello no terminaría bien.

—Vamos Hugo, —intervino queriendo aplacar los ánimos— dinos

dónde la has dejado.

—¿Pero a quién queréis engañar? —le dijo mirándola a ella y después a él—: Érika no os importa nada a ninguno de los dos.

Brian dio un paso al frente, furioso, y se quedó a escasos centímetros de la cara del otro.

—¡Hijo de puta! ¿Cómo te atreves a decir eso? —Del empujón que le dio lo tiró al suelo sin que ninguno escuchara los gritos histéricos de Ester.

Hugo se levantó de un salto, con ganas de bronca, y vociferó:

—¿Y qué quieres que diga después de ver cómo le pones los cuernos delante de sus narices cabrón?

Brian no pudo evitar mostrar una mueca burlona al entender el porqué de su comportamiento. No sabía que era su hermano. Y aquella pequeña distracción fue la consecuente de que no viera venir el puñetazo envenenado de Hugo. Un Hugo fuera de sus casillas ante el gesto burlón. Rompiéndole el labio y tirándolo al suelo.

—¿Y encima te ríes? ¡Vamos levanta!

Ester, horrorizada por lo que acababa de pasar, se acercó a Brian realmente preocupada. Y al ver que Hugo quería seguir con la pelea gritó:

—¿Se puede saber qué haces? Brian no es su novio ¡joder!

Aquella revelación lo dejó inmóvil mientras le veía escupir sangre de la boca.

—¿Cómo que no es su novio?

—Pues como que no lo es, así de simple.

—Pero... —trató de decir antes de que le cortara.

—¿Cómo puedes creer que de serlo yo me hubiese enrollado con él? De verdad que no doy crédito a tus palabras.

Hugo miró a uno. Después miró al otro.

“No entendía nada. Si no era su novio... ¿quién era entonces?”

—Dejémonos ahora de tonterías —intervino Brian pensando con claridad y levantándose del suelo—. Ahora lo único que importa es encontrarla. Nunca antes se ha quedado sola con tanta gente que no conoce y no podrá soportarlo.

Los tres dejaron las diferencias a un lado y comenzaron a buscarla apurados. Ya habría tiempo de saber quién era él exactamente.

No tardaron mucho en dar con ella. No había sido capaz de dar dos

pasos seguidos una vez que supo que estaba sola.

Sin tiempo que perder corrieron hasta el lugar en el que estaba tirada, sobre el suelo, rodeada de una maraña humana.

—¡Dejad paso! ¡Dejad paso!

La gente se apartó lo suficiente para dejar un pequeño pasillo por el que Brian accedió angustiado. Seguidamente se agachó y Hugo pudo ver el amor con el que la levantaba, para después dejar que la cabeza cayera sobre él. Acunándola entre palabras cariñosas y tranquilizadoras a pesar de que ella no podía escucharle.

“Y pensar que esto es por mi culpa...”, se martirizaba Hugo deseando tener el poder de cambiarse por ella.

Los tres permanecieron arrodillados sin dejar de examinarla en ningún momento.

Quince minutos después conseguía volver en sí.

CAPÍTULO 10

Érika abrió los ojos despacio y escuchó de fondo el bullicio de la feria, empezando a ubicarse, entre parpadeo y parpadeo, dejando que su consciencia lograra despertar.

Al hacerlo lo primero que notó fue su cuerpo contra el suelo, y lo segundo que notó fue a toda esa gente extraña alrededor. Entonces recordó lo sucedido y no pudo evitar sentir, debido a ello, un vacío tremendo cuando vio cómo Hugo daba media vuelta enfadado y se marchaba sin más. Dejándola completamente sola, a merced del vaivén de emociones y de sentimientos, incapaz de articular palabra alguna. Ni siquiera al ver con desesperación cómo se marchaba. Sabiendo de ante mano que no podría sobrellevar aquel desplante, sin entender el motivo de tanto enfado por parte de él.

Por eso ahora le sorprendía que estuviera junto a ella. La voz de él le llegó con una claridad sorprendente.

—Está despertando...

A medida que decía esas palabras se percibió el entusiasmo empleado en cada una de ellas. Dando un paso hacia adelante hasta lograr situarse delante suya para que lo viera, poniéndose en cuclillas, frente a ella, para mirarla con verdadera preocupación después del sentimiento de culpabilidad.

Un amago de sonrisa se vio en la cara de la joven muchacha al reconocerle, alegrándose de que hubiese vuelto. Y aquel detalle pareció bastarle para actuar de una manera totalmente incomprensible, además de impredecible, después del tortuoso y largo camino que le había tocado recorrer. ¡Cuando terminó por hacerse a la idea de que no volvería a fiarse de ningún hombre!

Lo primero que hizo fue seguir mirando aquellos ojos verdes que parecían querer disculparse por haberla dejado sola. Después lo siguió escrutando con la mirada, viendo en su cara lo arrepentido que estaba, y todo ello sin que se diera cuenta de que no estaban solos. El hecho de no ver ni a Brian ni a Ester era debido a que ambos se habían quedado fuera del alcance de la vista de Érika. Algo que de momento iban a continuar haciendo. Brian así lo acababa de decidir con la esperanzadora sospecha de que aquel hombre en concreto era el indicado para que su hermana fuese capaz, de una vez por todas, de pasar página. Limitándose a permanecer apartados y a la espera de

la posible reacción de Érika ahora que había logrado recuperar la consciencia, sabiendo que la dejó plantada, mientras observaba con detenimiento la escena que tenía delante para saber qué hacer.

Y la escena que tenía delante era la de una pareja que no dejaba de mirarse en un intento de agarrarse mutuamente, abriendo los ojos como platos al ver lo que sucedía a continuación...

Érika no tardó mucho en darse cuenta que aquella gente desconocida la seguía observando, y aquello pudo con una muchacha con unas ganas imperiosas de sentir algo de cariño, y algo de protección. Entonces se incorporó con una rapidez sorprendente y se abalanzó sobre un Hugo perplejo, con la sola idea de querer ser abrazada por él.

¡Solo por él!

Por supuesto Hugo no la defraudó. Abrió los brazos intuyendo lo que necesitaba y soltó el aire con pesar al escuchar sus gemidos incontrolados sobre su pecho, al tiempo que los brazos de ella lo agarraban de forma casi desesperada. Pareciendo que lo quería era aferrarse a la única persona que conocía en ese momento, y que debido a lo que acababa de suceder, ni siquiera le importaba. Abrazándola a su vez con una ternura infinita. Una ternura que lo atravesó, percatándose de lo mucho que necesitaba aquella criatura un poco de afecto.

El hecho de saber, que por primera vez accedía a acercarse a un hombre extraño, le bastó para sentirse dichoso por ser precisamente el afortunado.

La gente comenzó a dispersarse hacia los lados. El espectáculo había terminado y allí ya no había nada que ver. Quedándose los cuatro pero sin que Brian y Ester hubiesen dejado verse en ningún momento, ya que su hermano estaba convencido que sobaban, y como el labio no le dejaba de sangrar, pensó que lo mejor era curárselo. Después ya se vería. Por ese motivo le hizo un gesto con la mano a Hugo, haciéndole saber que luego le llamaría por teléfono, para que le informase si su hermana estaba bien, para seguidamente coger a Ester de la mano y marcharse. Dejándola en los brazos de aquel hombre que parecía saber cómo consolarla sin arrepentirse para nada. Alejándose sin más.

Solamente cuando Hugo dejó de verlos, y supo que verdaderamente estaban solos, fue cuando se atrevió a susurrarle cerca de su oído, disponiendo de tan ansiada intimidad:

—¡Schsss! ¡Ya está! No volveré a dejarte sola, ¿vale?

Érika era incapaz de hablar. Lo único que Érika podía hacer era llorar y

llorar sobre su hombro en lo que para ella se convirtió en un auténtico desahogo. No solo por lo que le acababa de pasar. Las lágrimas tan amargas que seguían saliendo de sus bonitos ojos eran las que no había logrado derramar debido a la seguridad de que nunca más echaría en falta el abrazo de ningún hombre... ¡Y allí estaba ahora! Completamente superada por la emoción del que jamás creyó se acercaría después de todo, y que la hacía ver lo a gusto que se encontraba estrechada entre aquellos fuertes brazos que no la soltaban, envuelta por las palabras que salían por boca de él, y que la consolaban como nadie podría ser capaz de hacerlo. Permaneciendo sobre el suelo sin que ninguno se atreviera a dar un paso hacia adelante.

No tenían ni la mínima idea de qué podría suceder...

Aprovecharon esos minutos para abrazarse mutuamente sin que pareciera que existiera nadie más que ellos dos.

El tiempo fue pasando, y a medida que lo hacía, Hugo pudo sentir cómo dejaba de temblar gracias a la ausencia de las sacudidas de los sollozos. Abrazándola igual de fuerte, permaneciendo embelesado, por permitirle esa proximidad después de saber la inadversión que tenía a cualquier hombre que lo hiciera. Recordando el primer enfrentamiento que tuvieron en el aeropuerto y que continuó. Lo que provocó que cerrase los ojos para disfrutar de la menudez de aquel cuerpo que le había hecho permanecer muchas noches en vela, y que ahora podía tener así.

¡Disfrutando de poder hacerlo!

—¿Hugo?

—¿Sí? —preguntó sin apartarse ni un milímetro.

—Necesito que sepas que eres el primero que permito acercarse tanto.

La imagen de Brian cruzó entonces por su cabeza, lo que hizo que quisiera saber, de una vez por todas, quién era aquél que la había abrazado. Llegando a pensar en la remota posibilidad que lo estuviese engañando. Algo que no le gustaría, por lo que aprovechó para decir:

—Si eso es cierto... —dijo apartándose lo suficiente para poder mirarla a los ojos pero sin dejar de tocarla— ¿cómo quieres que te crea después de verte con Brian?

—¿Con Brian? —repitió sin entenderle—, ¿a qué te refieres exactamente?

—Pues a eso. —Terminó farfullando, tendiéndole la mano para ayudarla a levantarse.

Una vez en pie la soltó aun cuando no quería por nada del mundo dejar

de hacerlo. Y continuó:

—No puedes decirme lo que me acabas de decir cuando es mentira.

Érika lo observó con atención, no entendía qué era lo que le trataba de decir. Y quiso apartar la desilusión que la asoló, en cuanto la dejó de tocar, notando un terrible vacío mientras que trataba de entender lo que acababa de decirle.

Añadiendo confundida y algo aturdida:

—¿Por qué dices que miento? No te entiendo.

Hugo resopló malhumorado. Y todo porque en realidad le molestaba bastante el hecho de que a Brian le hubiese permitido tanta proximidad. Pero claro, ¿qué sabía él de la vida de Érika?

¡Nada!

¡¡¡Él no sabía nada!!!

—Es muy sencillo. ¿Por qué dices que soy el primero en mucho tiempo al que permites abrazarte cuando es Brian el que lo ha sido? —Más que una pregunta lo que terminó siendo fue un reproche directo.

Aquel reproche se convirtió en un cabreo monumental en el instante en que ella se rió. Atravesándola con una mirada fiera, para intimidarla, pero sin conseguirlo puesto que ella ya estaba casi acostumbrada.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia joder?!

—¿De veras no sabes quién es Brian?

—¿Y por qué habría de saberlo?

—Pues por la sencilla razón que parece que eres el único que no sabe que Brian es mi hermano.

—¿Tu hermano?

“Pues claro. Ahora lo entiendo”, pensó un Hugo avergonzado por su comportamiento, arrepintiéndose de haberla soltado y deseando tener una excusa para volver a tenerla entre sus brazos.

Érika pareció leerle el pensamiento, deseaba lo mismo que él, y alzó el mentón. Después dio un paso, y por último dijo con el corazón en la mano, abriéndose a él:

—Cuando te he dicho que necesitaba que supieras que eras el primero al que permitía acercarse era verdad. Yo... —no pudo continuar. Volviendo a empañársele los ojos con nuevas lágrimas.

—Lo sé. Ahora lo sé —susurró nuevamente juntando las cejas en una expresión de pesar. No soportaba verla llorar—. ¡Anda, ven aquí!

Érika se dejó acunar, por aquellos brazos que parecían darle tanto, y lo

abrazó a su vez. Aquella cercanía no sabía lo que iba a durar y mientras siguiera sollozando quería sentirle acariciando su pelo suelto, lentamente, porque resultaba una experiencia embriagadora.

—Por favor deja de llorar —le pidió casi suplicando—, no soporto verte así Érika.

—Lo siento —trató de disculparse.

La situación era bastante peculiar y ella puso la mano sobre su pecho e intentó separarse un poco. Quería dar un poco de frialdad a la situación puesto que no lograba dejar de emocionarse. El poder tenerle de esa manera la llenaba de nostalgia. Algo que, precisamente a ella, no le convenía en absoluto. No podía permitirse el lujo de que pudieran hacerle más daño del que ya llevaba encima. Un daño que podría llegar a ser irreparable y que la podría llevar al borde al abismo para siempre... pero con aquel chico en concreto la certeza de que estaría a salvo a su lado era indescriptible. Tanto que estaba segura de que él no era, ni sería, como el hombre que la terminó marcando para el resto de su vida.

El recuerdo del innombrable consiguió que se pusiera rígida y Hugo se dio cuenta al instante.

—¡Eh! ¿Qué pasa? Tranquilaaaaa...

Sus palabras no dieron el resultado esperado sino justo lo contrario. Observando cómo se apartaba a un lado y empezaba a buscar a alguien.

—¿Érika? —preguntó preocupado por el gesto que la delataba.

¡Un gesto que sabía no era nada bueno!

Hugo se asustó. No recibió noticia alguna y era consciente que ella seguía aferrándose a querer encontrar a su hermano a toda costa y aquello no iba a ocurrir.

Entonces supo que dependía de él. Igual que supo que haría lo imposible para tratar de que no volviese a desmayarse. Algo realmente difícil porque Érika daba un paso atrás, con la mirada perdida, y el rostro pálido.

Igual que aquella vez...

—¿Qué pasa Érika? ¿Acaso no ves que estoy aquí?

Nada. Era como si de repente ni viera ni escuchara. Y si quería evitar lo inevitable debería actuar ya.

¡No había tiempo que perder!

No lo perdió. Tenía la certeza de que esta vez no le fallaría. Haría lo que estuviese en sus manos con tal de no volver a verla tan sumamente vulnerable, y lo haría por el simple hecho de necesitarlo. No soportaba ni

verla llorar ni tampoco ver aquella expresión triste sobre unos ojos preciosos.

La verdad abrumadora, que de pronto se hizo paso sobre su mente, lo llegó a dejar consternado.

Quería saber el motivo de que una chica tan guapa hubiese acabado así... aunque ello le hiciera involucrarse sentimentalmente.

¡Y todo volvió a cambiar!

Fue en ese momento, en concreto, cuando se quedó mudo. La apuesta que mantenía con Héctor la acababa de perder. Aquel giro inesperado fue a consecuencia de saber que no iba a permitir aprovecharse de esa pobre muchacha, y mucho menos por una absurda cuestión de orgullo masculino.

El convencimiento de lo que su amigo dijo una vez fue suficiente:

¡Ella no era como el resto! Olvidándose para simplemente dejarse llevar por el corazón.

Estaba dispuesto a lo que ella quisiera. Así de simple. Y se dejó llevar por un impulso.

Lentamente se acercó. Estiró las manos, para coger su cara con sumo cuidado de no lastimarla, y no la dejó apartarse. Seguía y seguiría empeñado en lo que fuese necesario con tal de que siguiera a su lado. Le pasó las yemas de los dedos suavemente por su rostro, y fijó la mirada sobre aquellos ojos asustados y que por fin parecían verlo.

¡Suavizando la expresión aterrorizada de hacía un instante!

—Estoy aquí, ¿vale? —le dijo acariciándola con calma. Dichoso de poder hacerlo, porque no le apartó.

Los dos disfrutaron de la escena tierna e íntima y alargaron el momento. El acercamiento entre ambos les gustaba por igual. Y dio lugar a que Hugo pensase qué tendría esa chica en particular para que él (alguien que únicamente se preocupaba por ganar a Héctor costara lo que costara), fuese capaz de dejar absolutamente todo a un lado con tal de querer recompensarla de la manera que fuese.

Parecía mentira.

—Estoy aquí y no voy a marcharme nena —le dijo al tiempo que comenzaba a bajar con los dedos hasta el contorno de su sensual y apetecible boca. Frenando el impulso de querer apoderarse de ella y simplemente perderse sobre unos labios que ansiaba por besar, y que de tratarse de cualquier otra, ya hubiese hecho hacía tiempo.

¡Pero con ella era diferente! Armándose de contención, para no hacerlo, y por el contrario quedarse así, a medida que sentía el suave tacto de su piel

contra las yemas de los dedos antes de añadir con voz ronca:

—No lo voy a hacer a menos que seas tú la que me vuelva a pedir que no lo haga. Solo así podrás librarte de mí.

A Érika le dio un vuelco el corazón ante dichas palabras, sumadas a las caricias que le seguía dando. Tenía el poder de hacerla olvidar de lo malo, comprendiendo algo irrefutable.

Era de vital importancia no solo el que volviera a vivir, sino lo que era más importante, era de vital importancia que volviera a sentir. Y estaba tan al alcance de la mano que asustaba...

—¿Y bien? ¿No vas a decir nada? —le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja y esperó con atención lo que fuera que quisiera decirle.

—¿Qué? —dijo despistada, como si despertara de un sueño, centrando la atención únicamente en él y en aquellos dedos que se recreaban en cada centímetro de la piel de su cara haciéndole cosquillas en el estómago. Acordándose de lo sumamente bonito que era volver a sentirse mujer—. Perdona pero no estoy acostumbrada a estar así de bien cerca de nadie y...

—¿Y...? Continúa por favor —pidió bajando las manos al ver lo turbada que estaba por aquellas caricias. Dejándola pensar con claridad.

—Pues que lo que debería causarme rechazo no lo está haciendo —confesó sorprendiéndose ella misma.

—¿Y eso te gusta?

—Me sorprende.

A Hugo no le gustó nada la respuesta, y reaccionó apartándose un poco.

“Si después de lo que le pasara en su día (como le confesó sin que permitiera que ningún hombre se arrimara), al final con lo único que se quedaba era con que le sorprendía... es que probablemente algo no funcionaba como debía”.

O precisamente lo que ocurría es que Érika lo había elegido por parecerle en cierta forma como la continuación de su hermano allí en Madrid. Y aquello, de ser verdad, no le gustaba nada. Es más ¡Lo cabreaba como un demonio!

Pero todo volvió a cambiar cuando ella preguntó molesta:

—¿Por qué te apartas?

—¿Y por qué no debería hacerlo? —Se enfrentó cruzándose de brazos —, no me gusta lo de que me haya convertido de repente en solo una sorpresa para ti.

—Yo no he dicho eso —advirtió Érika más relajada, notando su

enfurruño como si se tratase de un crío.

—¿Ah no? ¿Y entonces qué es lo que has dicho exactamente?

—¿De verdad quieres saberlo?

Él se limitó a asentir. Aunque no le gustara lo que le dijera no iba a hacer nada que a ella pudiera molestarla. Y si lo veía igual que a alguien fraternal por supuesto que no iba a...

—En primer lugar no quiero que te vuelvas a marchar y me dejes sola —comenzó a explicarle cortando sus pensamientos de raíz. Dispuesta a confesar la gran verdad que se manifestaba delante de sus narices desde el instante en el que le vio, cuando volvió en sí—, en segundo lugar lo que me provocas no es solo sorpresa y quiero que lo sepas. Y en tercer lugar...

Apartó la mirada, un poco avergonzada, y le costó sincerarse más de lo que en un principio pensó. Pero ahí estaba Hugo para hacérselo fácil. Cogiéndola de la barbilla para terminar alzándosela con el propósito de continuar mirando aquellos ojos que lo empezaban a volver loco, preguntando con voz sensual:

—¿Y en tercer lugar?

Érika cogió aire por la nariz, después lo expulsó por la boca, y con un esfuerzo abrumador terminó diciendo:

—Y en tercer lugar has de saber que me negué hace tiempo a volver a sentir absolutamente nada que tuviese que ver con cualquier hombre. El convencimiento era tan fuerte que por eso no me puedo creer que pueda llegar a volver a sentir... contigo.

El rubor sobre sus mejillas (en caso de que hubiese alguna duda) habló por sí solo. Dejando a Érika sumida en lo que parecía una niña nerviosa frente al primer amor hasta encogerse de la vergüenza. Y aquello era maravilloso.

¡Realmente maravilloso!

A Hugo le divirtió su reacción y aquel arranque de sinceridad. Y supo que acababa de romper las posibles barreras que le quedaban por derribar. Pero...

¿Estaba él convencido de meterse en el berenjenal que le esperaba con una mujer como Érika? Parecía indeciso y lo que no quería era precipitarse. No ahora que se había involucrado demasiado. Quizás el acercamiento de la noche pasada en el baile dio paso a otro tipo de sentimientos y debería convencerse de seguir adelante o alejarse de ella el tiempo que les quedase.

La respuesta fue obvia. Ni quería ni podía alejarse de ella. Y preguntó esperanzador:

—¿Qué es lo que sientes conmigo Érika? Me gustaría saberlo.

—Siento lo que cualquier chica de mi edad debería sentir con alguien tan guapo como tú. Y siento que puedo fiarme de ti.

—No deberías hacerlo —contestó serio en lo que fue una clara advertencia para que se lo pensara bien—, no soy el tipo de hombre que tú pareces necesitar en estos momentos. No quiero engañarte.

Érika se quedó helada.

—No deberías fiarte de alguien como yo —volvió a insistir convencido que de continuar adelante podría hacer un daño que no estaba dispuesto a hacer.

¡No a ella!

Y a pesar de las ganas que tenía de besarla..., de tocarla..., de abrazarla..., y sobre todo de hacer que siguiera sintiendo..., permaneció donde estaba en lo que fue una clara intención para que se lo pensara. No habría marcha atrás en el caso de que quisiera seguir adelante. Marcando bien las distancias, ahora que sabía lo mucho que se distraía cuando la tocaba, mientras que esperaba una respuesta.

Una respuesta que no tardó en llegar. Ella se encontraba en clara desventaja (o es lo que creía).

La situación era la siguiente:

Punto número uno.

*Había viajado a España con la intención de dejar en su país lo que le sucedió e intentar comenzar desde cero. Algo que estaba consiguiendo con creces.

Punto número dos.

*Sin casi darse cuenta habían pasado siete días, o sea que sólo le quedaban tres semanas para marcharse de aquel lugar del que ya estaba profundamente enamorada. ¿Qué importaba si se quería involucrar sentimentalmente con Hugo? Quisiera o no quisiera solamente sería un rollo de verano... entonces, ¿por qué no seguir adelante?

Punto número tres.

*Y por último debía reconocer la de veces que lo había observado sin que él se hubiese dado ni cuenta, soñando con que fuese precisamente ese hombre el que la hiciera volver a la vida.

La carne se le puso de gallina y recordó las sensaciones de cada caricia y de cada abrazo.

¡Y aquello no podía hacer más que mejorar!

La boca se le secó ante tales pensamientos, y aunque supo que no iba a ser fácil, terminó diciendo:

—Tienes razón.

Hugo entendió que lo mejor para ella era lo que estaba haciendo. No debería fiarse de alguien como él.

Pero entonces:

¿Por qué en su interior le molestaba tanto si sabía que también era lo mejor para sí mismo? Aquella muchacha atormentada solo le podría dar quebraderos de cabeza.

¿Por qué seguía deseando besarla? ¿Qué es lo que le estaba pasando?

Érika, por la expresión en su cara, supo que no la había entendido bien. Y también supo lo mucho que se estaba preocupando por ella al querer advertirla ante las posibles consecuencias. Unas consecuencias que ahora eran el menor de sus problemas. Viniéndole a la cabeza lo que tanto su madre como sus hermanos le dijeron:

“Peor ya no te puede ir ¡arriégate y vuelve a ser la que eras!”.

Lo haría. Estaba dispuesta.

Y tomó la única decisión que importaba. La decisión de saber que quería ser la que un día fue. Y solamente ella sería capaz de hacerla regresar.

—Vamos —le decía ahora Hugo con gesto derrotado— te acompañaré a casa.

—No —negó decidida y con un brillo en los ojos que la hacían más guapa si cabe.

—¿No? —preguntó sorprendido—, ¿y qué quieres hacer entonces?, ¿quieres que te lleve con tu hermano?

—No. No quiero que me lleves con Brian. Quiero quedarme contigo. Solo contigo.

Hugo se sobresaltó al creer que no tendría ninguna oportunidad. Y, aunque la avisó, se alegró de aquella respuesta.

¿Realmente significaba lo que él creía?

Siguió apartado, manteniendo las distancias, con el propósito de seguir con la contención para simplemente no besarla. Tal y como quería hacer de manera desesperada.

—¿Estás segura?

—Nunca lo he estado tanto. Puede que tengas razón y que no seas el tipo de hombre que necesito pero, ¿sabes qué? No me importa.

—Pero debo volver a advertirte Érika. Tú no eres como el resto de las chicas a las que estoy acostumbrado y no quiero hacerte daño.

—Nos quedan tres semanas Hugo, y la que debo advertirte soy yo a ti — le decía acercándose hasta casi rozarlo—, no va a ser fácil, o mejor dicho, no soy una mujer fácil en estos momentos así que, ¿seguimos perdiendo el tiempo o nos arriesgamos a ver qué puede salir de esto?

A Hugo no le gustó la realidad de la situación, pero prefirió no comentarlo. Tenía razón. ¡Eso sí! Si era franco debía de admitir que sus palabras, tan sinceras, lo acababan de molestar bastante.

Se había vuelto loco y no le importaba.

—Está bien —contestó sumido en una nube. La agarró de la cintura y sucumbió a sus encantos diciéndole con el corazón en la mano—: haré lo que tú quieras que haga.

—¿Estás seguro? —rió divertida mientras sentía cómo tiraba de ella hasta pegarla a su cuerpo. Volviendo a estremecerse de placer.

—Sí. Además y como muy bien acabas de decir solo tenemos tres semanas por delante, ¿qué más da entonces? —contraatacó con la intención de que (al igual que a ella) no le importara nada más que pasarlo bien en ese tiempo del que disponían.

¡Sin compromisos ni ataduras!

A Érika también le molestó que hablara con tanta crudeza.

¿Qué se esperaba?

Ambos debían tener los pies bien afianzados sobre el suelo, dejando claras las intenciones de cada uno, y limitándose a saber que aquel rollo de verano tenía un principio y sobre todo un final.

Punto.

Ambos se mentían, prefiriendo callarse, para simplemente comenzar lo que fuera que tenían entre manos. Aceptando que debido a la singular mujer, ni siquiera sabrían a lo que atenerse.

Hugo fue el que dio el primer paso.

“Si lo que ella al final quería, era lo que todas las demás, pues que así fuera”, pensó un hombre molesto. Y es que, de momento, lo único que cambiaba era que a cualquier otra, al menos, ya le hubiera comido la boca. En cambio con Érika no se atrevía a abordarla ante la posible duda de que, a

consecuencia de mostrarse tal y como era, al final saliera huyendo. Un hecho que lo atormentaba, hasta la saciedad, después de tener claro que: ¡quería hacerlo bien para no asustarla!

Entonces fue cuando preguntó algo nervioso:

—¿Puedo darte un beso?

A lo que ella contestó:

—Sí.

Hugo bajó hasta acercarse a esos labios que tanto deseaba cuando... antes de llegar a tan ansiado premio ella giró la cara ofreciéndole lo que de momento estaba dispuesta a dar.

¡Su mejilla!

—No me lo puedo creer —terminó diciendo una vez que la besó de manera tan casta. Pareciendo que parecía avergonzarse por la situación.

No se equivocó, pues tras la decepción en lo que acababa de decir, escuchó la voz de Érika diciéndole:

—Ya te dije que no iba a ser fácil.

—Ya lo veo, ya...

—Todavía estás a tiempo. No creo que después de esto quieras seguir perdiendo el tiempo conmigo.

—¿Qué te hace creer que estoy perdiendo el tiempo?

—No sé Hugo, como muy bien has dicho no soy como el resto de las chicas a las que estás acostumbrado, y las que estoy convencida no te pondrán peros como yo.

—No me importa.

—¿Estás seguro?

—Sí. ¿Sabes por qué?

—No.

—Porque voy a hacer lo posible para que la chica que debiste ser alguna vez vuelva y se deje conocer.

Érika cambió el semblante de la cara y lo miró con una expresión triste.

—Ni siquiera sé si quiero volver a ser la de antes.

—Sí que lo sabes, y te aseguro que voy a estar contigo para que sea posible. —A continuación, tomándose su tiempo, volvió a ponerla nerviosa mientras le pasaba la mano por su mejilla con paciencia—, y si para que eso suceda tengo que conformarme con besos en la mejilla y caricias como ésta lo haré. Créeme.

—¡Oh Hugo! ¡Eres tan adorable!

—Me gustaría ser más que eso —le dijo atravesándola con una mirada de deseo— ¿me dejarás?

—Lo intentaré —le respondió con un hilo de voz al saber a lo que se refería.

—Bueno, pues ya tenemos algo ¿no crees? —dicho esto volvió a besarla, esta vez en la frente, y se apartó de aquel cuerpo que tanto lo tentaba, tendiendo la mano para que se la cogiera en el caso de que lo quisiera antes de preguntar—: ¿dónde quieres que te lleve?

—El avión de Brian sale a las ocho de la mañana y me gustaría ir al aeropuerto a despedirme, quisiera acostarme pronto.

—Vale —se limitó a decir estirando más la mano porque no se la había cogido todavía.

—¡Espera! —susurró algo avergonzada—, hay algo que me gustaría pedirte.

—Lo que quieras.

Tragó con dificultad y dijo con gran esfuerzo:

—Me gustaría pasar la noche contigo.

—¿Qué?! —preguntó con perplejidad.

—Si no quieres lo entenderé.

Y bajó la mirada.

—No. No lo entiendes. Ahora mismo lo que más me gustaría hacer es acostarme contigo, pero no de la manera en la que tú estás pensando. —Se calló sopesando sus palabras y continuó—: Érika... ¿Sabes realmente lo que me estás pidiendo?

—Sí.

—¿Y aun así quieres pasar la noche conmigo?

—Sí.

—¡Bufffff! —exclamó pasándose la mano por el pelo nervioso— creo que va a ser una noche muy larga.

—Lo siento pero es que necesito saber si puedo hacerlo. No quiero que después de todo pierdas el tiempo conmigo... y si no puedo soportar estar en la misma habitación contigo, a solas, lo mejor será descubrirlo cuanto antes.

—Vaya esperanzas que me das —bromeó con la intención de suavizar la situación tan drástica a consecuencia de la petición tan inusual por su parte, sin entender del todo lo que hacía allí y no con cualquier otra.

¡Pareciéndose un extraño a sí mismo!

—Si no quieres no tienes por qué hacerlo.

—Ese es el problema Érika. ¡Sí quiero!

—Entonces vámonos —y esta vez fue ella la que extendió la mano.

Por supuesto que Hugo no tardó nada en cogérsela. Sosteniéndola con suavidad a medida que con sus dedos la acariciaba en lo que fue toda una intención.

Érika disfrutó de aquella caricia.

—Vale. Te llevaré a mi casa —susurró con voz contenida antes de bromear—: pero de momento tenemos que abordar un problema.

—¿Qué problema? —preguntó angustiada.

—Bueno, uno muy gordo... —dijo todo lo serio que pudo antes de preguntar—: ¿Crees que estás preparada para subirte a la moto de un extraño?

Érika suspiró aliviada.

—Me va a costar pero claro que lo voy a hacer.

—¿Ah sí?

—Sí. —Y lo miró entregándole el alma a la vez que le decía—: tú ya no eres un extraño en mi vida.

Hugo entonces tuvo que tirar de la mano, que cogía con fuerza, para no cometer una locura, y es que las ganas de besarla como era debido lo empezaban a superar.

“¡Vaya si iba a ser una noche larga!

—Toma —le dijo ofreciéndole un casco al llegar donde tenía aparcada la moto—, pónelo.

Ella obedeció. Se lo puso y no pudo ajustárselo como era debido. No sabía y esperó a que él lo hiciera.

En ningún momento pensó que aquel simple gesto terminaría por ponerla nerviosa. La cercanía de su cara contra la suya consiguió que se quedara pasmada ante la debilidad que sintió. Deseando como nunca antes ser besada por aquel chico.

Agachó la mirada con un nuevo rubor sobre sus mejillas.

—¿Todo bien? —preguntó al darse cuenta que agachaba la mirada. Comprendiendo lo turbada que debía sentirse en esos instantes.

—Sí... sí —pronunció titubeante.

—Vale.

Se apartó para hacérselo más fácil y se subió a la moto. Después la arrancó y esperó a que se subiera.

“Allá voy. Menos mal que llevo pantalones”.

Subió sobre el asiento y se quedó tiesa como un pasmarote. No sabía dónde agarrarse. Nunca antes se había subido a una moto.

—¿Vas a ir así todo el camino? —bromeó Hugo.

—¿Y cómo se supone que tengo que ir?

El chico giró el cuello y la miró con ojos divertidos y peligrosos. Lo único que dejaba a la vista el casco.

—Quieras o no quieras tendrás que pegarte a mí.

—No sé si...

—Anda, trae las manos —la cortó rápidamente antes de que tuviese la oportunidad de rajarse.

Hugo echó los brazos hacia atrás y cogió sus manos. Seguidamente tiró de ella y obligó a que el cuerpo de Érika cayera sobre el suyo. Sintiendo cómo su cuerpo se descontrolaba al notar los pechos sobre su espalda, ocasionando que tuviera la necesidad de removerse inquieto, sobre la moto, debido a la sensual forma en la que se acoplaban sus cuerpos.

Y supo que no podría centrarse en lo que debía, armándose de valor, y de paciencia, para simplemente llegar a casa o terminaría provocando un accidente.

—¡Agárrate! —terminó exclamando bruscamente con la voz demasiado alta, acelerando de improviso.

Érika pensó que se terminaría cayendo, así que se agarró a la seguridad de su cintura. Y como Hugo parecía querer ir todavía más deprisa ella terminó abrazándose a él con todas sus fuerzas.

¡Lo volvió loco! Entonces apretó el puño a medida que no podía dejar de pensar en el cuerpo que tenía tan cerca... pero tan lejos a la vez.

CAPÍTULO 11

—Muy bien, pues esta es mi casa.

El apartamento estaba situado en la parte de arriba de una casa antigua. Subieron las escaleras que se hallaban en el exterior, y solo entonces la soltó de la mano para abrir la puerta. Se hizo a un lado, mediante un gesto, y la invitó a pasar.

—Adelante.

Érika avanzó hasta el umbral de la puerta algo nerviosa por el paso que iba a dar. No tenía ni la menor idea de cómo podría reaccionar una vez que estuviera dentro y la puerta se cerrara, quedándose quieta, pareciendo pensárselo durante unos segundos, sin que Hugo dijera nada.

Limitándose a observarla detenidamente.

La indecisa chica tardó un tiempo considerable antes de actuar como le dictaba el corazón, por eso, y antes de que pudiera existir la posibilidad de dar marcha atrás, dio otro paso con cierta cautela. Seguidamente otro, y a continuación otro. Adentrándose en la casa, echándole un vistazo con curiosidad, a lo que la rodeaba. Resultándole más fácil porque consiguió no quedarse anclada a los pensamientos negativos que le venían a la cabeza.

Un pequeño salón con pocos muebles y algo desordenado, una televisión plana escandalosamente grande en comparación con el minúsculo espacio, un equipo de música de última generación, una cocina también pequeña, y dos puertas cerradas que debían de llevar al baño y a su habitación. No había más.

Se dio la vuelta y comprobó que seguía en el mismo sitio, y con la puerta de la calle todavía abierta.

Parecía que no la quería presionar y le sonrió tímidamente.

—¿Estás bien? —le preguntó con el ceño fruncido y un gesto preocupado. Fijándose en el nerviosismo absoluto que reflejaba su cara.

Y decidió quedarse en el mismo sitio el tiempo que fuera necesario para no asustarla más de lo que ya parecía estar. Esperando a lo que ella quisiera.

“¿Qué había pasado con su regla inquebrantable acerca de esperar a ninguna mujer?”. Cuanto habían cambiado las cosas en tan poco tiempo.

—Creo que sí.

A Hugo le costaba una barbaridad presenciar el estado de completa

vulnerabilidad en la que se encontraba. Deseando hacer lo que fuera con tal de borrar, de su preciosa cara, la inseguridad y el miedo que por mucho que se empeñara en ocultar se apreciaba con una claridad sorprendente.

Y lo único que él podía hacer para ayudarla era permanecer a su lado. Un detalle que no le costaba nada. Estaba encantado de hacerlo. Continuando con lo que le había pedido en el pueblo y decidiendo dar un paso adelante, avisándola:

—Ahora voy a cerrar la puerta, ¿te parece bien?

Érika no contestó.

—Si en cualquier momento quieres irte solo tienes que decírmelo y te llevaré donde quieras, ¿lo entiendes pequeña?, ya te he dicho que haré lo que tú quieras que haga.

A Érika se le saltaron las lágrimas. Aquel hombre era un encanto.

En ese instante, y gracias a las palabras que acababa de decir, supo el lugar exacto en el que quería estar. Y ese lugar no era otro que a su lado. En su casa.

¡Solo con él!

La perseverancia la armó de un valor indescriptible y, sin casi darse cuenta, se escuchó a sí misma:

—Ciérrala —dijo con una voz alta y decidida.

Hugo obedeció, haciéndolo encantado, a pesar de lo que significaba.

¡Nada de arrimarse a ella con intenciones deshonestas! Y por primera vez, en sus 28 años, logró, incomprensiblemente, interponer sus deseos a los de una auténtica desconocida. Rompiendo todas las reglas de golpe, y eso que se daba el hecho de que al cabo de tres semanas sus destinos se separarían para siempre. Reconociendo que había perdido la cabeza.

¿El motivo? ¡No le importaba! Estaba dispuesto a abandonar sus andanzas mujeriegas por una temporada, para centrarse única y exclusivamente en aquella chica que seguía parada en mitad del salón, sin saber qué hacer, ni dónde meterse, y que ni siquiera era capaz de sostenerle la mirada.

El teléfono móvil de él comenzó a sonar, aliviando el tenso silencio que los terminó envolviendo, mientras que Érika interponía una considerable distancia para no salir corriendo de allí.

—Debe ser tu hermano. Me dijo que después me llamaría para saber cómo estabas. ¿Quieres hablar con él?

—Sí —contestó apresurada, cogió el móvil y se lo llevó a la oreja—.
¿Brian?

Hugo aprovechó y fue a la cocina, abrió el frigorífico y cogió el cartón de leche fresca. Echó un trago y escuchó lo que ella decía.

El apartamento era tan pequeño que no pudo evitarlo.

—Sigo con él —la escuchó decir con la voz atenazada por los nervios—, estoy en su casa.

—...

—De veras que me encuentro bien. Acabamos de llegar pero estoy bastante tranquila. No te preocupes.

—...

—Me ha dicho que en el instante en que no me encuentre cómoda me llevará a la cabaña, de verdad Brian, estate tranquilo. Estoy bien. Además no te lo vas a creer, ni yo misma lo hago pero ahora mismo quiero estar aquí.

—...

—Yo también lo creo, —y bajó la voz para decir—: no lo conozco como Ester, pero si no me sintiera segura sabes que no hubiese venido.

—...

—Brian, he sido yo quien se lo ha pedido. Solamente quería saber si podría estar en su casa. Sola con él. —Alzó la mirada buscándolo... y se quedó sin aliento al verle tan cerca, con aquella mirada de intenciones, no muy honestas, que la hicieron ruborizarse. Aun así dijo claramente y sin apartar la mirada—: y no solo puedo sino que además me gusta.

Hugo contestó con una espectacular sonrisa interrumpida por un:

—¿Cómo?! —preguntó ahora preocupada y levantando considerablemente la voz. Dejando ver el carácter de la mujer que había sido siempre.

Por la reacción de ella, y sobre todo por la cara de enfadada (dirigida expresamente a él), supo que se acababa de enterar que le había terminado rompiendo el labio a su hermano. Encogiéndose de hombros a modo de disculpa, con una expresión de arrepentimiento, a la vez que le decía, a través de la mirada, que las intenciones fueron las que fueron al estar convencido de que era un auténtico cabrón...

¿Cómo se iba a comportar así de haber sabido que era su hermano?

—Vale, vale, no te preocupes por mí —seguía diciendo a continuación pero sin dejar de mirarle cabreada. Diciéndole claramente que ya arreglarían cuentas más tarde.

—...

—¡Que sí...! si te necesito te llamaré, de verdad.

—...

—Sí. Nos vemos mañana en el aeropuerto. Te quiero.

—...

No hizo otra cosa que darle al botón de colgar cuando, hecha una auténtica furia, fue tras él en busca de una explicación.

¿Qué habría sucedido entre ellos para llegar a las manos?

¡No se lo podía ni imaginar!

—Veo por tu cara que ya sabes lo que ha pasado, ¿no? —trató de adelantarse con cara de niño bueno pero sabiendo que no le iba a servir de nada.

¡No se equivocó!

—¿Cómo es posible que le hayas partido el labio a Brian?

—Bueno yo...

—Está en un hospital —dijo alzando considerablemente la voz imaginando la situación—, y le están cosiendo la herida que tú le has hecho.

—Ha sido un mal entendido.

—¿Un mal entendido? —gritó avanzando hasta situarse frente a él, echando chispas por los ojos por haberse atrevido a tocar a su hermano, sin que le pareciera importar que estaban solos. La distancia abismal de momento no la necesitaba, continuando reprendiéndole—: ¿quién coño te crees para hacer lo que has hecho?

Hugo frunció el ceño ante aquel cambio tan drástico en el carácter de ella. Un cambio que le hizo pensar lo mucho que lo tenía que querer, para ser capaz de enfrentarse como lo estaba haciendo, después de ver a una chica bien diferente aquellos días atrás hasta que por lo visto había tocado una pieza intocable en su vida.

¡Su hermano!

“Vaya, ojalá llegue a defenderme así algún día” pensaba celoso pero siendo incapaz de reconocerlo.

—Lo siento pero desde el primer momento que escuché su nombre pensé que era tu novio —trató de justificarse.

—¿Mi novio? —preguntó con perplejidad.

—Sí. Tu novio. Y nadie se encargó de decirme quién era Brian realmente.

—Y entonces... —lo animó a seguir.

—Y entonces pensé en lo cabrón que era al venir hasta aquí, para verte, y pegártela delante de tus narices con Ester.

—Espera, espera, espera... —y cambió el semblante de su cara debido a algo que acababa de decir—, ¿me estás diciendo que a pesar de nuestras diferencias, y a pesar de ni dirigirnos la palabra, te importaba que me estuviese engañando?

—A simple vista es lo que parece, ¿no?

—Continúa por favor. ¡Ah! y perdona por haberte gritado antes. Si llega a estar aquí mi psicólogo se cae de culo.

—¿Tú psicólogo? —cambió de tema. No quería decir nada que no debiese en cuanto a ella.

—Sí —explicó—: varios meses de terapia no me sirvieron para nada, y ahora vas tú, le pegas un puñetazo a Brian, y mírame... No sólo he conseguido que no me moleste que estés a mi lado. Que haya subido a tu moto. Que esté aquí sola contigo. Sino que además ¡he llegado a enfrentarme a ti al enterarme de lo que has hecho! ¡Guau! —, terminó exclamando.

Tantas emociones comenzaban a sacudir su cuerpo, haciéndolo reaccionar, a medida que era sacudida por algún que otro temblor. La importancia de lo que acababa de suceder la hizo dar un paso atrás, con la necesidad de sentarse sobre el sofá, antes de que se cayera de culo por la impresión.

—Creo que necesito un vaso de agua.

—Yo te lo traeré. —Se ofreció servicial alegrándose de los nuevos logros.

Fue a la cocina, llenó un vaso de agua, y se lo llevó, sentándose en el mismo sillón dejando una considerable distancia por si acaso.

La miró, y antes de que pudiese morderse la lengua, terminó preguntando:

—¿Por qué tuviste que ir a terapia? ¿Qué fue lo que te pasó Érika?

Sabía de ante mano que era muy pronto para ese tipo de preguntas, pero las hizo.

Érika en cambio no estaba en condiciones de decir nada, no encontró las fuerzas suficientes para hacerlo. Y se removió inquieta sobre el asiento, apartando la mirada, mientras que el instinto provocó que se llevara la mano al costado.

“¡Oh no! ¡Ahora no!”

—¡Érika! —La llamó alarmado—, ¿estás bien?

Ella alzó la mirada, y lo vio...

Entonces pasó algo curioso, y es que le bastó verle así de preocupado

para ser capaz de reaccionar, anticipándose a la crisis nerviosa que sabía que vendría a continuación, para en cambio darle la vuelta a la situación y limitarse a decir:

—No te asustes. Se me pasará —logró decir una muchacha que cada vez estaba más segura de sí misma. Comprobando extasiada cómo también era la primera vez que lograba vencer a su enemigo número uno.

¡Ella misma!

—¿Estás segura? —no pudo evitar preguntar con el ceño fruncido lleno de preocupación.

—Completamente.

La seguridad empleada en la respuesta a Hugo lo tranquilizó. Relajándose, y haciéndose partícipe a su vez, de aquel fantástico logro que tanto parecía significar.

—¿Puedo decirte algo? —se atrevió a preguntar dadas las circunstancias, aprovechando el momento.

—Sí —asintió ella.

—Ahora mismo me gustaría abrazarte. ¿Crees que puedes soportarlo?

—Averigüémoslo —le contestó entregándole el alma.

Hugo la estrechó cariñosamente entre sus brazos y fue consciente del grado de contención en ella, temblaba como un flan, pero entre palabras tranquilizadoras estaba consiguiendo que supiera que él estaba y estaría a su lado... hasta que tuviera que marcharse.

¡La idea de que tendría que hacerlo, sí o sí, lo taladró en lo más hondo de su ser! Y aquel hecho era tan nuevo, para un chico acostumbrado a que fueran ellas las que lo siguieran, que por un instante el que tembló fue él. Dándose cuenta de que todavía no eran nada, y ya estaba sufriendo al pensar en la despedida que tenía los días contados.

Haciéndose una pregunta demasiado importante:

“¿Realmente sé dónde me estoy metiendo?”

La cara de Héctor se cruzó como un rayo en su mente y entendió, que de saber lo que estaba ocurriendo, lo tacharía de un auténtico gilipollas.

¡Por supuesto que tampoco le importaba!

—¿En qué piensas? —lo sorprendió Érika de pronto.

—Mejor no quieras saberlo...

—Hugo.

—¿Mmmm?

—Todavía no me puedo creer lo bien que me haces sentir en tus brazos,

es como si estuviese soñando.

Hugo se apartó un poco para mirarla y preguntó:

—¿De verdad pensaste que nunca más volverías a confiar en ningún hombre?

Le costó un mundo seguir sosteniendo la mirada pero lo hizo.

—Si Hugo. Estaba convencida hasta que llegaste tú. —Le contestó removiéndose otra vez incómoda sobre el sofá—. Ahora mismo no me apetece hablar de lo que me pasó. Todavía no estoy preparada para hacerlo contigo. Dame tiempo por favor.

—Lo entiendo —contestó apartándole un nuevo mechón de pelo que caía, colocándose suavemente detrás de la oreja en un gesto de cariño.

También de algo más.

Y volvió a sentir el irrefrenable deseo de apoderarse de aquella boca de una vez... antes de apartarse lo suficiente. Conteniendo las ganas por enésima vez ya.

—Es tarde —se decidió a decir, y es que si no se apartaba de su lado terminaría haciendo una locura—, ¿quieres acostarte?

—¿Tú dónde lo harás? —preguntó con rapidez.

—Por eso no te preocupes, dormiré en el sofá.

—No tenía que haber venido.

—¿Por qué dices eso?

—Porque estás siendo demasiado bueno conmigo y no tengo ningún derecho a permitir que en tu propia casa tengas que acostarte en el sofá.

—No me importa.

—Pues debería.

—Anda no digas bobadas. En el caso de que no quisiera nada contigo puedo asegurarte que no estarías precisamente aquí.

Se levantó y fue a su habitación. Cogió una camiseta del cajón y volvió sobre sus pasos antes de entregársela.

—Toma. Esto te servirá para dormir.

—Gracias.

Estiró la mano para cogerlo, y al hacerlo, sus dedos se rozaron durante un segundo, lo que Hugo aprovechó para, con el dedo índice, acariciar su mano sin apartar los ojos de ella. Devorándola sin poder ocultar lo que quería.

Un escalofrío de placer la inundó entonces ante aquella caricia tan reveladora, sintiendo erizarse el pelo de la nuca, a la vez que mil mariposas parecían revolotear por su estómago. Permaneciendo embelesada por los ojos

que le transmitían lo que estaba dispuesto a hacer con ella en el caso de que le dejara.

Hugo tragó saliva, con dificultad, y bajó la mano. Debía comportarse y también sabía que lo mejor era interponer una distancia de seguridad, aunque no fuese nada fácil.

Las prisas no eran buenas y era obvio que debería armarse de un poco de paciencia hasta conseguir que fuese ella la que lo buscara. Algo que estaba convencido no tardaría en suceder. La expresión de su cara hablaba por sí sola y cambiaba en cuanto la acorralaba. Dándose cuenta de lo nerviosa que se ponía e intuyendo que, lo que de verdad quería pero no se atrevía, era a dar un paso adelante. Quizás el definitivo, y así ser la que tomara las riendas.

También lo vio ahora, cuando después de dejar de tocarla, su mirada sucumbió a los encantos de él en lo que claramente era un ruego para que la besara.

No lo hizo. Bajo ningún concepto iba a permitir que un momento de debilidad se llevara consigo la oportunidad de retenerla a su lado. No podía dejarla escapar. Y lo haría si no pensaba con algo de claridad.

—Si necesitas algo no dudes en decírmelo, ¿vale?

—Vale —contestó molesta al verle alejarse, después de que le resultase realmente placentera la simple y delicada caricia.

Le había sabido a poco y por supuesto quería más...

¡Mucho más!

—Buenas noches Érika.

“¿Cómo que buenas noches? ¿Acaso no ves que necesito estar más tiempo a tu lado?”, pensó con un vacío tremendo en el estómago.

—Buenas noches Hugo. —Terminó diciendo sin ganas. Pasándole por la cabeza las ganas que tenía de dormir a su lado.

Pero claro, aquello era algo que desde luego no tenía ningún derecho a pedir, y menos después de saber lo que él estaría dispuesto a hacer con ella en la cama.

¡Y precisamente dormir no era!

Lo miró una última vez, antes de marcharse hasta lo que debía de ser su habitación, y a continuación cerró la puerta.

Esa noche, tal y como predijo Hugo, se acabó convirtiendo en una auténtica pesadilla en la que ninguno de los dos pudo pegar ojo.

A la mañana siguiente ambos se quedaron dormidos tras la horrible noche que habían pasado, consiguiendo que el teléfono móvil lo despertara ante la insistencia de este.

—¿Sí?

—¿Dónde cojones estáis? —escuchó la voz de Brian enfadado—, mi avión sale dentro de dos horas.

—¡Hostia puta! —exclamó de pronto Hugo incorporándose a toda leche del sofá. Se dirigió a la habitación y abrió la puerta—. Nos hemos dormido.

El silencio se apoderó de la línea telefónica. Brian necesitaba tiempo para procesar lo que le acababa de decir.

“¿De verdad habían dormido juntos? ¡Vaya!”, pensó perplejo sin querer decir nada al respecto. A menos no a él.

—Pues ya te estás espabilando —continuó como si nada—, que me quiero despedir de mi hermana.

—En menos de cuarenta minutos estamos allí —y colgó.

Érika seguía dormida, hecha un ovillo, ajena a lo que sucedía. Hugo se acercó y se quedó durante unos segundos observándola. Deleitándose de lo guapa y tranquila que parecía estar. Imaginándose lo fácil que sería apartar la sábana para simplemente acostarse junto a ella. Le encantaría acercarse hasta tenerla pegada a él como tanto ansiaba... pero desde luego no era el momento.

—¿Érika?

Para no asustarla retrocedió un par de pasos y se quedó apartado. No tenía ni puñetera idea de cómo podría reaccionar cuando despertara y se diera cuenta que tenía a un hombre a su lado. Y volvió a llamarla con más insistencia.

—Érika despierta, tenemos que irnos ya.

Se despertó sobresaltada, se incorporó sobre los codos rápidamente, y la angustia hizo acto de presencia. Mirándolo asustada, al mismo tiempo que profería un grito de terror.

Escucharla dolió demasiado.

—¡Apártate de mí! ¡No quiero volver a verte!

Hugo se quedó completamente bloqueado mientras que Érika miraba la habitación sin parecer que supiera qué hacía allí. Seguidamente el cambio sobre aquel rostro aterrorizado empezó a producirse. Para alivio del pobre muchacho. Reconociéndole a la perfección y dejando asomar lo que parecía un amago de sonrisa.

Alegrándose de verle.

—No es a ti a quién me refería. Perdona —se disculpó.

—Menos mal —dijo Hugo silbando—, por un momento he pensado que te habría hecho para que me dijeras eso. Anda levanta. Es tarde.

—¿Nos hemos dormido?

—Sí y Brian acaba de llamar.

—¡Mierda!

En cuestión de cinco minutos salían a toda velocidad con dirección al aeropuerto.

Llegaron justo a tiempo de poder despedirse y de por supuesto advertirle que ya podía cuidar bien a su hermana si no quería que le dejara la cara mucho peor de lo que se la había dejado a él. Compartiendo bromas, de manera natural, al darse cuenta de lo que Érika había logrado en tan poco tiempo. Después se despidió de Ester con un apasionado beso, y se marchó con la intención de volver el último fin de semana del mes.

La relativa cercanía y la casualidad de conocer a aquella chica, que tanto le gustaba, terminaron por convencerle de que no era tan disparatada la idea. Subiendo al avión, con alegría y entusiasmo, por el fin de semana que tan buenos resultados había tenido.

Las tres personas que se quedaron en tierra firme se marcharon, camino del trabajo, porque Ester les indicó el deseo de María de que lo hicieran. El fotógrafo de una revista local estaba interesado en hacerles un reportaje para la revista en la que trabajaba, y ellos habían accedido encantados.

En ningún momento nadie podría prever lo que a consecuencia de ese reportaje terminaría sucediendo...

CAPÍTULO 12

Las fotos estuvieron listas en menos de quince minutos. Durante aquel tiempo Hugo prestó atención a la chica que estaba a su lado, observando cualquier detalle que resultase raro, tras acordarse de lo que Ester le confesó hacía poco, en cuanto a lo de que siempre se tapaba el rostro cuando salía en las fotos. Advirtiéndolo que se comportaba con total naturalidad.

Una vez que el fotógrafo se hubo marchado, los niños aprovecharon para llevarse a Hugo a la piscina, compartiendo juegos y aguadillas. Érika en cambio acompañó a María y a Ester para preparar una rica paella. Alejándose el uno del otro, intercambiando una mirada cómplice, en la que se dijeron lo mucho que se iban a echar de menos (aunque se tratase de un espacio de tiempo corto, y en el que cualquiera de los dos podría ir a por el otro en cuanto quisiera).

La comida ese día resultó de lo más distendida. Ninguno de los mayores se lo creían y no pasaron por alto el detalle de que tanto Hugo como Érika se sentaban juntos. Algo que les resultó tranquilizador tras ver, en primera persona, que finalmente habían arreglado las diferencias de los primeros días.

Una María encantada se alegró de aquella pobre muchacha y supo que Hugo sabría estar a la altura de las circunstancias.

¡No esperaba menos de él!

Después de la comida las mujeres, junto a Juan, aprovecharon para ir hasta la cocina a preparar café. Los niños se fueron al cuarto de juegos, a jugar un rato, y los hombres restantes (Hugo y Héctor) se quedaron en la terraza.

Héctor fue directo al grano:

—Vaya, vaya, por lo que veo y a simple vista parece que habéis acercado posturas, ¿no?

En un principio se limitó a mirarlo, con seriedad, optando porque así se quedasen las cosas. No quería decir nada que no debiera.

Pero si creía que Héctor se iba a quedar callado, a pesar de aquella mirada de advertencia, iba listo.

—Qué pasa, ¿no vas a decir nada?

Hugo miró de reojo para asegurarse que estaban solos.

—No hay nada que decir.

—¡Qué cabrón eres! —le dijo mofándose de él—, las noticias vuelan y

nos hemos enterado de todo.

—¿De todo?

—Sí. —Y comenzó a enumerar—: Que si le has dado una hostia a su hermano, que si la terminaste dejando sola y se desmayó, que si después se quiso ir contigo a tu casa... vamos Hugo, ¿a qué estás jugando para que me haya tenido que enterar por Ester y no por ti?

Hugo se movió inquieto.

—Tú no te preocupes que cuando te haya ganado serás el primero en saberlo.

—¿Qué? —preguntó mediante una sonora carcajada—. ¿Me estás diciendo que después de llevarla a tu casa ni siquiera te la has tirado ya?

Los músculos de la mandíbula se tensaron, de forma alarmante, dejando hablar a su rostro sombrío.

—No me lo puedo creer —seguía burlándose—, desde luego que estás perdiendo facultades si después de llevarla a casa no has conseguido hacer nada. Ya te decía yo que ésta no era como las demás.

La manera de dirigirse a Érika estuvo a punto de sacarle de sus casillas. Aun así decidió seguirle el rollo puesto que no quería, bajo ningún concepto, que su amigo supiera que esta vez se había convertido en algo completamente diferente.

No le haría un daño gratuito... y menos después de la confianza que tanto Érika como su hermano habían depositado en él.

Héctor no tardó en volver a la carga:

—Vuelvo a decirte que me dejes a mí. Estoy convencido de que me la follo antes que tú. ¿Qué dices?

—No —negó con demasiada rotundidad.

—¿No? ¿Y por qué no? —preguntó con la mosca detrás de la oreja—, no será que estás perdiendo el norte, ¿verdad?

Su orgullo masculino le pasó entonces una mala pasada, puesto que en vez de admitir que no quería hacerla daño, se limitó a decir en plan machote:

—Tú espera a esta noche y verás. A esta no la libra nadie.

—Ese es mi Hugo —y se rieron juntos—, por un momento he llegado a pensar que te estabas ablandando.

—Eso nunca —respondió chocando las palmas de las manos entre bromas—, antes de que esta noche volvamos date por ganado.

—¡Qué pedazo de cabrón!

Hugo se levantó de la silla, disimulando a la perfección, y le dijo:

—Tengo que irme, si quiero camelármela del todo, primero debo seguir afianzando el terreno.

—Una chica difícil, ¿eh?

—No lo sabes tú bien.

Se despidió con la mano y se dirigió a la cocina sin poder apartar de su cabeza la conversación que acababa de mantener, dando lugar a enfadarse, consigo mismo, por no haber tenido los cojones suficientes de hablar con claridad.

¿Qué más daba la puta apuesta y lo que Héctor pensase de él?

Al ver que todos, menos la mujer a la que estaba buscando, estaban en la cocina, preguntó:

—¿Dónde está Érika?

—Ha ido a por fruta.

—Voy a buscarla.

Las sonrisas y miradas cómplices hicieron que se sintiera fuera de sitio.

—¿Qué pasa? Solo quiero ir a ver si necesita ayuda —terminó justificándose a la vez que salía a toda prisa por la puerta de la cocina. Escuchando a sus espaldas las risas de los que se quedaron.

“¿Es que todo el mundo se va a cachondear de mí?”

Pero claro, tenía que tener en cuenta que jamás, ninguno de ellos, lo habían visto ir detrás de ninguna mujer, y aquello era algo de lo que se alegraban. No le sentaría nada mal tomar un poco de su propia medicina.

Comenzó a bajar las escaleras, que lo llevarían a los árboles frutales, y dejó atrás las risas a su costa.

¡Se quedó paralizado al verla!

Trató de hacer el mínimo ruido y se deleitó con aquel precioso cuerpo que le daba la espalda y que, en ese momento, se ponía de puntillas para tratar de llegar hasta una manzana roja de aspecto impecable, y a la que por más que quería, no llegaba. Comenzando a dar pequeños saltitos sin ningún resultado.

No pudo seguir conteniéndose. Dejó asomar una mueca traviesa sobre su cara, incapaz de apartar la mirada de su redondeado trasero, y se fue acercando, envuelto en un silencio sepulcral, para sorprenderla y pillarla desprevenida. Calculando bien sus pasos porque había llegado la hora de arriesgarse un poquito al menos.

Con mucho cuidado se pegó todo lo que le fue posible a aquel cuerpo

tan sumamente apetecible, acercándose hasta casi rozarla, y le susurró cerca del oído:

—¿Necesitas ayuda?

A Érika se le escapó un grito y se le cayó la cesta de la mano, con las manzanas que había recogido. E incomprensiblemente, a continuación, el hecho de encontrarse en aquel lugar, hizo que no se asustase. Descubriendo, nerviosa, que se le volvía a erizar el pelo de la nuca ante la proximidad de él.

Y se quedó quieta, a la vez que bajaba los brazos, olvidándose de todo lo que no fuese el hombre que, ahora si sentía, aunque todavía no la hubiese tocado.

¡Algo que ansiaba!

Hugo soltó el aire complacido e intuyó que de momento lo dejaría seguir, lo que provocó en él que se terminara descontrolando, mientras que Érika, a su vez, casi desfallecía. No sabía si sería capaz de seguir manteniéndose de pie al sentir su aliento sobre la oreja. Provocando que la piel entera se le volviera a erizar, y eso que seguía sin rozarla, tratando de respirar con normalidad pero sin conseguirlo. Muriéndose de ganas porque lo hiciera de una vez... solo que Hugo parecía estar dentro de su cabeza y se empeñada en alargar aquella agonía. Comprendiendo que sólo así sería capaz de hacerla sucumbir a sus encantos. Desplegando sus armas de seductor ante una mujer que estaba sonrojada como un tomate.

Y, jugando deliberadamente, volvió a susurrarle mediante una voz aterciopelada y sensual:

—Yo la cogeré.

Era el momento de actuar.

Sin tregua se pegó hasta juntar su cuerpo al de ella y se hizo notar. Relamiéndose de gusto, ante lo que era una provocación absoluta, a la vez que alargaba la mano y la llevaba hasta la manzana para cogerla. Consiguiendo arrancarle un suave suspiro.

Érika permanecía con los ojos cerrados y se dejó llevar por la proximidad cautivadora de un cuerpo que la envolvía, tanto, que lo sentía en toda su magnitud. Elevándola hasta el cielo. Y de repente abrió los ojos al sentir también, y escandalosamente, la espléndida dureza contra sus nalgas.

Y aunque en un principio se sorprendió... la volvió loca. Dejando caer la cabeza sobre el pecho terso y duro, a medida que inspiraba por la nariz. Embriagándose de las manos de él, pasándole por la cintura, con la clara idea de atraerla hacia aquella dureza que la estaba esperando.

Permanecieron así un largo rato, recreándose (sobre todo ella) en lo que estaba siendo un despertar a la vida y al... ¡sexo! Sintiéndose escandalosamente excitada y preparada para llegar hasta el final.

Y eso que Hugo acababa de empezar. Tenía el convencimiento de que no tardaría en tenerla como quería y aprovechó la situación para, desde atrás, apartarle el pelo a un lado con una deliciosa y tortuosa lentitud que acabó poniéndole la carne de gallina. Susurrándole de nuevo:

—¿Qué te parece si volvemos a mi casa? —preguntó rozándole deliberadamente la oreja con la boca. Convencido del poder que empezaba a ejercer sobre ella. Viéndola estremecerse entre sus brazos—. Podemos aprovechar lo que nos queda de tarde libre, ¿no te parece?

Érika estaba tan enfrascada en deleitarse con lo que le ofrecía, que no podía ni hablar, limitándose a estar en el paraíso.

—¡Oh nena! ¡Si supieras lo mucho que te he deseado estos últimos días! —exclamó Hugo bajando la mirada hacia el cuello que parecía llamarle... y al que terminó pasando los labios húmedos con sumo cuidado.

Aquel beso provocó un sinfín de calambres en cada una de las terminaciones nerviosas de, una mujer, que volvía a la vida con unas ganas locas de aferrarse a ella. ¡No volvería a echarse atrás! Entonces puso las manos sobre las suyas (sin que le importara que notase el temblor que la sacudía), y se cogió a ellas. Después cogió aire nuevo, abrió la boca, y confesó de manera entregada:

—Yo también te he deseado y te deseo Hugo.

Tiró de ella y le dio la vuelta.

La mujer con la que se encontró lo derritió. Analizando a una chica dubitativa pero a la vez valiente. La decisión en su cara hablaba por sí sola. Mirándose con una pasión contenida que les hacía enloquecer por igual.

Antes de que fuera demasiado tarde Hugo creyó oportuno hacerle una pregunta. Debía saber si realmente estaba dispuesta a seguir adelante.

—¿Estás segura de lo que quieres hacer?

Ella asintió con la cabeza.

—Quiero que sepas lo mucho que me importa que sea el primero después de lo que te pasara Érika.

—No podría ser otro. Ahora lo sé.

—Y sobre todo quiero... —continuó con voz ronca comenzando a bajar hasta sus labios—: quiero besarte Érika. ¡Necesito hacerlo!

Ambos se morían de ganas, pero por lo visto no era el momento puesto

que escucharon a sus espaldas un ruido, lo que propició que se separaran de mala gana, antes de que llegasen a tocarse, viendo a Noelia y a Judith (dos de las niñas) llevándose las manos a la boca entre risas. Los acababan de pillar in fraganti, escuchándolas de manera alterada:

—Hugo y Érika son novios... Hugo y Érika son novios... —repetían entusiasmadas echando a correr como locas hasta el interior de la casa.

—¡Vaya! Parece que nos han pillado, ¿no?

—Sí —afirmaba Érika con gesto serio— Hugo...

—¿Sí?

—¿Crees que María se enfadará por esto?

Hugo se acercó y la envolvió en un abrazo protector para tranquilizarla.

—No. Ella no se enfadará. —Mintió, a continuación besó su cabeza y puso una distancia que necesitaba antes de cometer una verdadera locura—. Bueno, está visto que aquí no podremos tener la tranquilidad que queremos, ¿qué te parece si nos vamos? La oferta sigue en pie y no quiero que me dejes así, no cuando casi consigo besarte como Dios manda.

Érika lo miró completamente embelesada, con un brillo en los ojos que hablaban por su boca, ante lo que podría venir después. Algo que Hugo aprovechó para cogerla de la mano y tirar de ella con fuerza entre carcajadas y miradas cómplices. Echando a correr en busca de la moto.

María, Juan, Ester, y Héctor se asomaron desde la terraza y les dijeron adiós con la mano, envueltos en una sonrisa por lo contentos que estaban, a excepción de Héctor. El cual volvía a tener el convencimiento de que esta vez tampoco iba a ganar.

La vuelta a su casa se acabó convirtiendo en un verdadero reto.

¿Por qué? Pues porque la diferencia con la noche anterior evidenciaba que había dos particularidades que lo habían cambiado absolutamente todo.

La primera era a consecuencia de saber al lugar y sobre todo con qué propósito iban. Convirtiendo el camino en una odisea y bastante más largo de lo habitual...

Y la segunda, la más importante, era poder sentirla completamente relajada. Disfrutando del paseo, agarrándose a él, en lo que estaba siendo una intención. Diferenciando lo rígida que estuvo, hacía unas horas, cuando la llevó por primera vez a su casa.

¡Cómo habían cambiado las cosas! Y aquello seguía resultando

maravilloso.

Llegaron a su destino y a Hugo no le hizo gracia encontrarse con su vecina de abajo. Parecía estar esperándole.

La cara de la pobre mujer era un poema.

—¡Ay Hugo! ¡Menos mal que has venido!

—¿Qué pasa Ana? —preguntó alarmado a la mujer mayor mientras esperaba a que Érika se bajara. Después lo hizo él.

—Tengo la cocina llena de agua. La he cortado y he mirado debajo de la pila pero no sé de dónde viene —le decía totalmente angustiada, al borde de las lágrimas.

Hugo se quitó el casco y se acercó para tranquilizarla.

—A ver Ana. Tú tranquila que le echo un vistazo rápido, ¿vale?

—Ay hijo, ¿de verdad que no te molesta? —dijo mirando a la chica que lo acompañaba, pensando cuándo demonios iba a asentar la cabeza de una vez ese muchacho.

Hugo presintió que era el momento de las presentaciones. Conocía de sobra a su vecina y no pararía hasta que lo hiciera.

—Ana esta es Érika, mi compañera de trabajo.

—Hola Érika —decía la mujer dándole dos besos a modo de saludo— no te importa que te lo robe un momento, ¿verdad?

“Qué remedio”.

—No, no. Claro que no. —Le contestó a la mujer, viendo a Hugo encogerse de hombros.

—Si quieres te puedo hacer un café mientras...

Hugo puso cara de póker. De ninguna manera iba a dejarla con ella ante el riesgo de que terminara marchándose de aburrimiento, por lo que intervino rápidamente:

—No te preocupes Ana, no creo que tarde y puede esperar en mi casa.

—Sacó las llaves del bolsillo y se las dio, mirándola con unos ojos que pedían disculpas, antes de que su vecina se empeñara en insistir que se quedara con ella—, espérame ¿vale? Te prometo que no tardaré.

—Te tomo la palabra.

Hugo se acercó y le dijo en voz baja:

—Ponte cómoda. —Hugo aprovechó y bajó rápidamente hasta sus labios para besarla suavemente por primera vez. Después, y muy a su pesar, la soltó y

se marchó.

A Érika no le quedó otra opción que armarse de paciencia. Los planes que habían ideado se acababan de desbaratar.

¡En fin!

Fue hasta las escaleras de la casa y comenzó a subir las un tanto desanimada. Una vez dentro decidió sentarse y encender la tele, mientras que los minutos pasaban y pasaban...

Eran las once y media de la noche cuando se despertó sobresaltada, creyendo haber escuchado un ruido a lo lejos. Se incorporó con rapidez, sobre el sillón, y fue cuando se dio cuenta de que se había quedado dormida. Entonces miró el reloj.

“Qué tarde es”, llevaba dos horas durmiendo y se hizo a la idea, nada agradable, que tendría que volver al trabajo.

Su fin de semana libre estaba a punto de finalizar.

Dejó a un lado los pensamientos y se dio cuenta de que el ruido que la había despertado no era otro que el timbre de la puerta.

Hugo debía de estar llamando.

—¿Érika? —se escuchó al otro lado.

—Voy —dijo levantándose todavía somnolienta.

Abrió la puerta que los separaba y se lo encontró apoyado sobre la pared, cruzado de brazos, y completamente empapado. Resultándole la imagen muy sexy, allí encaramado, a la vez que la miraba con una mirada arrebatadora que le terminó robando el aliento debido a lo que claramente venía pidiendo.

—Lo siento Érika, al final se han complicado las cosas, y no podía dejar a la pobre mujer con la avería —no tardó en cambiar la mirada penetrante a la de un niño bueno, a modo de disculpa, por haberla dejado sola durante tanto tiempo— ¿puedo entrar?

—Es tu casa, ¿no?

Se apartó a un lado con una mueca divertida porque era incapaz de enfadarse con aquel hombre después de los sentimientos que había conseguido despertar. Convencida de estar en sus manos y a su entera disposición.

Hugo dio unos pasos, lentamente, sin dejar de mirarla, y ya no pudo más. Dejándose llevar tras el tiempo eterno que le resultó saber que la tenía a escasos metros, y no poder correr a su encuentro. Así que de pronto se abalanzó sobre ella provocando que un grito de sorpresa terminara saliendo de

su boca. Sujetándola por los hombros hasta empujarla hacia dentro.

Cerró la puerta con el pie y la acorraló entre esta y un cuerpo que se pegaba al de ella mientras introducía los dedos alrededor del cuello, para subir y enrollarlos entre la suavidad de su cabello. Todo ello sin dejar de devorarla con la mirada, permaneciendo tan deliciosamente cerca que cada uno sentía el aliento del otro sobre sus bocas.

¡Comiéndose literalmente con los ojos!

—Ahora sí voy a besarte de verdad Érika —la avisó con voz ronca y desesperada. Ya había aguantado demasiado sin hacerlo. Demostrándole la urgencia que sentía.

Hugo bajó hasta la boca entreabierta y se apoderó de aquellos labios que lo esperaban ansiosos, notando cómo ella se agarraba con fuerza a él. La explosión de sentidos los recorrió a ambos con una pasión desbordante, alargando el beso, mientras eran conscientes de la verdadera necesidad que tenían el uno del otro, saboreando, además, a su niña que temblaba entre sus brazos, sin querer apartarse, como si realmente se tratase de su primera vez.

—¿Estás bien? —susurró sobre su boca.

—Nunca lo estuve tanto...

—¡Oh amor! —el hecho de saber que estaba bien le bastó, ni siquiera le importaba que la estuviera empapando con sus ropas mojadas, y fue en busca de más... mucho más.

Tenía el convencimiento de que aquella chiquilla era especial y que por lo tanto haría lo que ella quisiera para no dejarla escapar. ¡Ya no! ¡Demasiado tarde!

Volvió a apoderarse con urgencia, de la boca que se le seguía ofreciendo insinuante, y los besos se fueron profundizando escandalosamente mientras que Érika se dejaba hacer, encantada de sentirse acorralada. Excitándose como no recordaba haberlo hecho con anterioridad nunca y que, debido a las ganas de volver a tener sexo, y con aquel hombre en concreto, la hicieron desinhibirse, tanto, que ahora era ahora ella la que buscaba la lengua húmeda y cálida de él a modo desesperado. Escuchándose las respiraciones entrecortadas de la pasión irrefrenable que los desbordaba por dentro.

A pesar de ello, y con un terrible esfuerzo, Hugo logró apartarse algo. Deleitándose con la provocadora y sensual mirada de ella. Y la razón pasaba por querer retener aquella imagen para siempre.

—¿Tienes hambre? —preguntó con voz excitadamente provocadora.

—Mucha.

Hugo sacó la lengua y lamió su boca en un gesto incitador.

—¿Por qué? —quiso saber lamiendo su boca una vez más.

—Porque llevo casi un año sin sexo —logró susurrar, atreviéndose a bajar la mano por sus pantalones hasta tocar la bragueta. El prominente bulto palpitó, agrandándose como un demonio, provocando que un Hugo entregado dejara escapar un gemido que a Érika la excitó hasta límites insospechados. Mojando la ropa interior de lo húmeda que estaba—... y porque ya ni me acordaba de lo que se sentía.

—¿Ah no? Entonces tengo que saber si lo que hago te gusta.

Inmediatamente después tiró de la camiseta que llevaba puesta, hacia arriba, y se dio cuenta de que se ponía rígida de repente. A continuación ella se la volvió a bajar.

¿Qué ocultaba? Lo averiguaría.

Volvió a insistir y la distrajo, apoderándose de su boca, y consiguiendo volver a alzársela hasta que logró introducir uno de los dedos dentro del sujetador, comprobando que la deliciosa caricia a ella le hizo agarrarse a sus hombros con fuerza, mientras que no dejaba de mirar aquellos ojos que la estaban volviendo loca, y que parecían jugar con todo su ser entregado única y exclusivamente a él. Olvidándose de la cicatriz que no quería que viera.

—¿Esto te gusta nena? Vamos ¡dímelo!

Pero como la caricia se iba alargando en el tiempo ella no podía contestar, limitándose a disfrutar de cada una de ellas.

—¿No vas a contestarme? —dijo mostrando una sonrisa pícara y traviesa al saber el por qué no podía hacerlo, intentando apartar la camiseta y notando que ella se volvía a resistir. Accediendo por el cuello hasta donde mantenía el dedo, y donde una vez que llegó, metió la lengua apartando la tela del sujetador hasta llegar al pezón que se erguía poderoso ante la escandalosa caricia.

—¡¡Hugo!! —exclamó creyendo que no podría soportar esa deliciosa tortura que la estaba matando, empeñada en seguir agarrando la camiseta por abajo para que no pudiera quitársela.

—¿Sí? —preguntó con la voz ronca después de saborearla, viendo lo que no hacía falta ni decir al saber que ocultaba algo—. ¿Qué pasa Érika? Porque si no me contestas voy a pensar que no te gusta lo que te hago.

Una vez más, y sin darle opción a que contestara, la hizo girarse contra la pared, dejándola de espaldas en lo que fue un arrebató de lujuria. Empujándola con su cuerpo hasta que los primeros jadeos, incontrolables,

empezaban a salir de su sensual boca al volver a sentir, sobre sus nalgas, el pene erecto frotándose, en lo que se convirtió en una danza electrizante y maravillosamente sensual.

—No te oigo amor, ¿te gusta?

—Sí... sí.

Con manos hábiles llegó a la parte de atrás del sujetador, que había quedado a su alcance, y rápidamente lo desabrochó, después intentó, nuevamente, alzar la camiseta. Esta vez no opuso resistencia y comenzó a besar su espalda desnuda, escuchando los gemidos que no podía silenciar.

Las ropas mojadas de Hugo terminaron empapándola también a ella, algo que a esas alturas, y tal como estaba, ni siquiera notó. La única humedad que la quemaba no era otra que la que la consumía por dentro como si fuera fuego, a punto de explotar, notando con cada nuevo beso, y con cada nueva caricia, el anhelo de querer aferrarse a que el tiempo se detuviera allí. En ese preciso instante, ante la evidencia de que estaba siendo amada por el hombre que lo era absolutamente todo para ella...

—Te estoy empapando, quizás debería darme una ducha antes de seguir.

La voz de Érika se escuchó a través de una orden:

—¡Ni se te ocurra!

Hugo soltó un bufido.

—Vaya, parece impaciente ¿no señorita?

La respuesta de Érika fue evidente consiguiendo, antes de darse la vuelta, quitarse la camiseta para atarla sobre la cintura y así mostrarle el esplendor de los pechos desnudos y que deseaban toda su atención. Justo lo que sucedió siendo esta vez él el que se acababa de quedar sin palabras y sin que comprendiera muy bien el por qué se empeñaba en tapar aquella zona del costado.

Olvidándose rápidamente de ese detalle.

—¿Acaso tú no lo estás? —Le terminó provocando descaradamente a la vez que le desabrochaba el botón de los pantalones vaqueros, comenzando a bajárselos.

Se resistieron. Estaban tan mojados que Hugo tuvo que ayudarla.

—Están empapados... —dijo el chico antes de tirarlos de cualquier manera sobre el suelo.

La contestación de una chica que iba a por todas excitó a un Hugo al límite de la coherencia, escuchando a través de aquella boca arrebatadoramente sensual:

—No es el único.

—Ven aquí nena.

¡En ese momento supo que lo quería absolutamente todo de ella! Y de manera casi salvaje volvió a apoderarse de su boca mientras se llenaba las manos con sus pechos desnudos, recreándose en lo perfectos que parecían. Todo ello envuelto entre las caricias que Érika a su vez le daba y que ahora llegaban hasta el considerable bulto que salía de sus calzoncillos. Entusiasmada de poder tocarle, sintiéndose explícitamente poderosa...

Si en aquel instante, alguien hubiese visto a la joven pareja en aquella actitud tan compenetrada, nunca, jamás, hubiese imaginado la manera en la que iban a acabar esa misma noche, y pocos minutos después...

Todo empezó a quince kilómetros del lugar en el que se encontraban, y fue cuando Héctor, después de volver del bar del camping, creyó ver a Érika en su cabaña (cuando a la que en realidad vio fue a Ester que había entrado en busca de una camiseta que se había dejado allí cuando pasó la noche con Brian). Y al no ver la moto de su amigo aparcada creyó, erróneamente, que lo que habría sucedido era que la había dejado allí y que él en cambio se había vuelto a marchar. Pero... ¿Por qué? ¿Qué habría pasado entre ellos?

Y lo que por supuesto era más importante:

¿Habría vuelto a perder?

Y como no soportaba esa incertidumbre optó por averiguarlo rápidamente. Cogió el teléfono móvil y buscó el contacto de Hugo, después pulsó el botón de llamada y simplemente esperó.

A los diez segundos se escuchaba el mensaje de que estaba apagado o fuera de cobertura.

¡Qué raro!

A continuación no se le ocurrió otra idea que llamarle a su casa. El mensaje, esta vez del contestador automático, fue el que le respondió.

Esperó a escucharlo y habló.

Ninguno de los dos prestó atención al teléfono, que empezaba a sonar, porque no podían hacerlo. La disposición de la pareja pasaba, únicamente, por entregarse el uno al otro. Lo demás no parecía existir, mientras Hugo comenzaba a desabrochar el pantalón corto de Érika.

Indudablemente a lo lejos, y todavía ajenos a ello, comenzaba a escucharse la voz grabada de Hugo diciendo:

—Hola. Seas quien seas deja tu mensaje. Te llamaré en cuanto pueda.

La voz de Héctor se escuchó entonces con una claridad reveladora, grabándose en la memoria del teléfono.

—¡Joder! ¿Dónde coño estás metido?

Una alarma saltó con demasiada rapidez sobre la mente de Hugo, pero un nuevo y cautivador beso consiguió apaciguar algo la intranquilidad que en un principio lo invadió, y que de haberlo sabido, no dudaba de que hubiese actuado de otra manera diferente, evitando el daño que se había empeñado en no hacer.

Finalmente, sin estar en sus manos, ocurrió lo inevitable.

—¡Bueno qué...! —Se seguía escuchando como si nada—: ¿Has conseguido ganar la apuesta? ¿Ya te has tirado a Érika?

Y justo ahí pareció como si la tierra se abriera para terminar tragándose la por entero.

CAPÍTULO 13

Érika sintió cómo, algo en su interior, parecía romperse en mil pedazos. Se apartó de él, lentamente, y trató de hacerse a la idea de lo que Héctor acababa de decir. Mirándolo aterrada y esperando una respuesta que parecía no llegar.

La última esperanza se acabó convirtiendo en una pesadilla, y los peores presagios engulleron a una chica que retrocedía a pasos agigantados hacia el abismo que parecía estar esperándola. Mostrando una cara incrédula, por la traición absoluta hacia su persona, sin tener la mínima decencia de pensar en lo que podía llegar a ocasionar, para en cambio limitarse a engañarla vilmente con el único propósito de ganar una absurda apuesta.

“¡Al final sólo se trataba de eso! ¿Cómo había sido tan tonta de no darse cuenta de cuáles eran sus verdaderas intenciones?” pensaba sumida en una tristeza infinita.

Se puso la camiseta y se metió de lleno en su mundo lleno de penurias. Permaneciendo ajena a lo que ocurría a su alrededor, y por lo tanto a la reacción de Hugo, hasta que escuchó un golpe fuerte. Logrando volver en sí.

Entonces pudo ver a Hugo agarrar el teléfono con rabia hasta terminar estrellándolo contra el suelo, completamente fuera de sí. Algo que ella interpretó erróneamente al estar convencida de que lo único que le importaba era no haber llegado hasta el final, descubriendo, con horror, lo mucho que se había equivocado.

E incomprensiblemente, la imagen del que hasta ahora creía que le terminó arrebatando su vida entera, se esfumó con una rapidez sorprendente. Haciéndose a la idea de que las consecuencias que tendría que volver a pagar la desestabilizarían mental y emocionalmente, y es que, incomprensiblemente, el dolor que la atravesaba era mucho peor que el de hacía unos meses. Y la incomprensión venía porque el daño ocasionado no dejaba de ser por una persona a la que apenas si conocía de una semana.

Pero entonces... ¿Cómo era posible que le afectara tantísimo? ¿Cómo era posible que se hubiera dejado embaucar por el deseo irrefrenable que sentía por aquel desconocido?

Y lo que era todavía peor:

¿Es que estaba loca del todo para, aun así, y después de lo que

simplemente era para él, añorar que la abrazara?

El pánico se apoderó ante la verdad reveladora que se abría delante de ella. Se había enamorado del hijo de puta que tenía en frente, y ahora también tendría que cargar con ello, añadiendo una losa encima de su maltrecho corazón con el único deseo de perderle de vista para siempre.

Por el otro lado, un Hugo superado por las circunstancias, no hacía otra cosa que pasarse la mano por el pelo histérico, implorando tener el poder para borrarle aquella expresión de angustia y de traición en la cara de su niña desvalida. Odiándose una y mil veces por lo que había terminado consintiendo. Él y solo él era el único culpable por no hablar con claridad. Algo que hubiese evitado la terrible situación en la que al final se habían visto envueltos.

Además, ahora sabía que los sentimientos que aquella chica lograba despertar en él, serían suficientes para saber que haría cualquier cosa que estuviese en sus manos para hacérselos llegar. Solo así sabría la verdad, y entonces podría volver a abrazarla. ¡Lo que ahora deseaba hacer con todas sus fuerzas!

Lo que él todavía no sabía era que Érika, ni siquiera le iba a dejar hablar. ¿Para qué? Lo que había que decir lo acababa de hacer su amigo a través del contestador... punto y final.

Terminaría su estancia de tres semanas y después se acabó. No lo volvería a ver por el resto de su vida, es más, por ella sería como si nunca hubiera existido. Lo único que ahora tenía que hacer era no sucumbir a la terrible angustia que la llevaría de lleno a una fuerte crisis, y desde luego era algo que no iba a consentir. Su orgullo, después de lo que acababa de pasar, le hacía sentirse igual de fuerte que una vez fue. Ya habría tiempo después para patalear cuando estuviera sola. ¡Ahora ni muerta! No le daría el gusto de venirse abajo, lo que muy posiblemente aquel hombre sin escrúpulos, no dudaría en aprovechar para intentar llevar a cabo su repugnante misión.

Respiró con calma, un par de veces, y las dudas le hicieron creer, por un momento, que no lo iba a conseguir. Afortunadamente recibió una ayuda extra por boca de él.

—Por favor Érika... esto no es lo que parece.

“Menudo cabrón”.

—Mejor no digas nada —le cortó con una tranquilidad sorprendente. Una tranquilidad que por supuesto distaba mucho de sentir pero que fue capaz de reflejar. Controlando la situación y obviando lo que realmente estaba

sucediendo dentro de su ser.

—Pero yo...

—¡Pero tú nada! Búscate a otra para que puedas seguir jugando.

Las palabras de ella dolían exageradamente.

—No estoy jugando —dijo a punto de echarse a llorar—. Contigo todo es diferente.

—No. —Negó y levantó la mano a forma de aviso para que ni se le ocurriera acercarse— la que no estoy jugando soy yo, ¿sabes por qué?

Érika entonces, y sin poder frenar el impulso que traspasó sus venas, terminó levantándose la camiseta para que viera lo que ya le daba igual seguir ocultando. Mostrando lo que para ella había dejado de tener importancia.

¡Nada importada ya!

—¡Mira! —exclamó alzando la voz sin darse cuenta de que estaba llorando de rabia— a consecuencia de esto toda mi vida cambió.

Hugo abrió los ojos horrorizado ante la terrible cicatriz que ella le mostraba, muriendo de dolor porque la quería consolar y no podía. No se lo permitiría.

Y el hecho de saber, que no volvería a confiar en él, otra vez, lo hirió de muerte.

—Cuando dejé que te acercaras fue porque realmente creí que eras especial, y míranos ahora. Eres mucho peor que Eidan —terminó soltando. Confesando lo que casi nadie sabía.

—¿Eidan? —preguntó confundido, quedándose quieto, pero queriendo saber el resto de la historia—. ¿Quién es Eidan?

—Era mi prometido —decía sin poder dejar de llorar—. Nos íbamos a casar y ya teníamos fecha para la boda... pero él de repente empezó a cambiar a consecuencia de un problema en el trabajo. Y se refugió en el alcohol y en las drogas. Sé que de haber sido el de siempre nunca hubiese llegado tan lejos, pero él no era ya ese hombre del que me enamoré. Después de esa noche todo se me vino encima y decidí quedarme en mi apartamento por el resto de mis días.

Érika alzó la mirada hasta dejar que viera el dolor que llevaba y llevaría siempre. Después terminó:

—Y de pronto un día decidí reincorporarme a la vida, justo cuando vi en un periódico la oferta de trabajo perfecta para al menos intentarlo. Lejos de casa y de cualquier recuerdo amargo. —Hizo una mueca sin llegarse a creer todavía lo que acababa de descubrir. Quemando las nuevas ilusiones.

“¡Cielo santo! ¡Ahora lo entendía todo!”, pensaba Hugo volviendo a maldecirse por ser el causante de aquellas lágrimas.

Y recordó el comportamiento tan extraño desde que la vio por primera vez en el aeropuerto.

La escena del aeropuerto cuando le roció con aquel spray...

El hecho de terminar desmallándose al verle como una amenaza...

Cuando logró despertar, echarlo sin contemplaciones de su habitación...

El momento de la piscina cuando le pareció que temblaba de miedo, y en el que le terminó pidiendo que le acercara la toalla...

El detalle de que siempre se bañase con bañador y fuera del alcance de ellos...

La incomodidad que se notaba a la legua cuando estaban cerca...

El delicado momento que terminaron viviendo en el bar del camping, cuando se burló de ella diciéndole que no se acercara...

La noche del baile cuando empezó a cambiar la relación entre ellos, recordando el momento en que la volvió a ver después de haberla dejado tirada...

“¡¡¡Dios!!! Y a pesar del sufrimiento indescriptible que llevaba dentro, al final quiso pasar la noche conmigo, ¿y cómo la recompensó yo? ¡¡¡Me cago en mi puta madre!!!”

Érika se bajó la camiseta con rabia, una vez que terminó de decir lo que quería, y permaneció ajena a lo que él estaba pensando. Avanzó de forma apresurada hasta la puerta y la abrió.

¡No podía más! y necesitaba, desesperadamente, salir de aquel apartamento para poder respirar.

—¡Espera! Déjame al menos que te lleve a casa por favor —suplicaba el chico sintiéndose como lo que era.

¡Un auténtico cabrón!

Érika, antes de marcharse, se giró lo suficiente para decirle:

—Ya te dije una vez que nunca subo a la moto de un extraño.

Aquella verdad a Érika le dolió más que la puñalada que le terminó dando Eidan al saber que no le conocía como creyó, sabiendo por experiencia propia que las heridas en el cuerpo cicatrizaban rápidamente. Las difíciles de curar eran las otras... las que no se veían.

Nada más cerrar la puerta a sus espaldas fue cuando se dio cuenta del temblor que sacudía su cuerpo, y también se dio cuenta de los gritos de Hugo fuera de sus casillas, a la vez que escuchaba cómo destrozaba el apartamento.

Pero eso a ella ya no le importaba.

Terminó de bajar las escaleras y llamó a la puerta de abajo para que le dejara hacer una llamada.

Necesitaba que Ester fuera a buscarla.

Ni siquiera supo ni cuándo, ni cómo, ni de qué manera llegó a la cabaña azul. Su mente no lograba procesar tanto dolor y tantas mentiras.

Cuando quiso darse cuenta, la impotencia la condujo hasta el armario en el que guardaba las pastillas antidepresivas y que, de no ser por Ester, las hubiese vuelto a tomar sin que le importara una mierda volver atrás, al principio de la pesadilla, puesto que como ella se repetía hasta la saciedad ¡nada importaba!

¿Qué habría pasado? La evidencia de que no estaba bien Ester se la encontró desde el minuto uno. La angustia de su voz, diciendo que fuera a buscarla, expresó que desde luego nada bueno.

No se equivocó. Encontrándose una pobre chica que lloraba sin consuelo, y que no fue capaz de articular palabra alguna cuando la vio. Imaginándose que debería haber discutido con Hugo puesto que fue en su casa (o mejor dicho en casa de la vecina), donde la recogió.

Ester no la dejó sola en ningún momento. La ayudó a ponerse el pijama y la acostó. Después le preparó una tila y le dio una pastilla para dormir. La evidencia le decía que no lo conseguiría de otra manera.

Y cuando finalmente se quedó dormida salió en busca de María. Tenía que informar del estado en el que estaba. Además, si Érika estaba así... ¿Cómo estaría Hugo? No había regresado y la tenía en ascuas. Teniendo la certeza de que tampoco estaría en su mejor momento. Así que, una vez que María accedió a quedarse con ella, emprendió el viaje de camino a casa de su compañero, para averiguar qué es lo que podría haber sucedido para que Érika se encontrase en estado de cataclismo absoluto, y sobre todo para saber si su amigo del alma se encontraba bien o por el contrario, y como intuía, estaría igual que ella.

Su intuición no le falló. Lo supo desde el instante en que le abrió la puerta y lo vio completamente borracho. Entonces, también supo, que lo que había pasado era bastante más grave de lo que ella ni siquiera podía imaginar.

—¿Estás bien? —susurró llena de preocupación.

Esa simple pregunta le hizo venirse abajo, tanto, que simplemente se abrazó a ella y dijo desesperado:

—Soy un cabrón, soy un maldito cabrón Ester.

Ester se limitó a abrazarle y trató de recordar la última vez que lo había visto en aquel estado de desesperación. Por mucho que lo intentó no pudo hacerlo.

¡Nunca había estado así!

—Tranquilo Hugo. Ya verás cómo se soluciona.

—Esto no. Me he portado como un hijo de puta con ella.

—¿Quieres que hablemos? —se ofreció con lo único que podría ayudar.

Hugo se apartó y la dejó pasar.

—Joder Hugo, ¿qué es esto?

Ester vio, horrorizada, los destrozos en el apartamento. Suspirando con pesar y entendiendo menos qué podría haber sucedido para que le hubiese afectado tanto.

Entró. Apartó un montón de trastos rotos que habían caído sobre el sillón, y se sentó esperando lo que fuera que él quisiera contarle.

Esa noche se enteró de la absurda apuesta que ambos habían mantenido en secreto, cabreándola hasta límites insospechados, pero sin que dijera nada al respecto. No era el momento de hacerlo. Después se enteró de que habían estado a punto de hacer el amor si no hubiesen sido interrumpidos por el bocazas de Héctor... y también se enteró del por qué se mostraba esquiva con cualquier tipo de hombre.

Y Ester pudo encajar la pieza del puzzle que le faltaba. Logrando ponerse en el lugar de una pobre chica que, con tan pocos años, le había tocado vivir una auténtica pesadilla. Comprendiendo el dolor que debía sentir al creerse un simple juguete para aquel cabrón (porque no tenía otro nombre), pero del que sentía lástima, y es que, de haberse tratado de una más, él no se encontraría así. Y eso en el fondo la alegró, convencida de que le debía gustar mucho para estar tan hundido. Alegrándose de que alguien hubiese sido capaz de darle de su propia medicina, tal y como María y ella pensaron al verles marcharse esa misma tarde.

“Quién sabe, quizás ahora no puedan darse cuenta, pero de lo que no hay ninguna duda es de que los dos se gustan y mucho. Si no es imposible que estuviesen tan sumadamente afectados y aquello, aunque ahora no consiguieran verlo, era algo bueno. Muy muy bueno para ambos”.

Cuando Ester regresó al chalet eran las cinco de la madrugada.

CAPÍTULO 14

Por supuesto hubo un cambio radical a partir de ese domingo, y lo hizo, de tal manera, que no solo no le dirigía la palabra, sino que ni siquiera lo miraba. Era como si no existiese nadie con el nombre de Hugo. Ignorándole hasta el punto que, en las pocas ocasiones, en las que no le quedaba otro remedio que permanecer en la misma estancia que él, la tensión se podía llegar a cortar con un cuchillo. Y aquella situación era algo que, al atormentado chico, lo estaba matando. Arrepintiéndose de la situación que había acabado provocando, sin quererlo, mientras que el remordimiento no lo dejaba vivir.

Y por las noches... por las noches apenas si conseguía pegar ojo puesto que anhelaba, a cada minuto que pasaba, el poder tener aquel cuerpo que tanto deseaba entre sus brazos para compensarla por el daño que le terminó infringiendo a consecuencia de la poca cabeza de no olvidarse de la puta apuesta que le había arrebatado a su niña. Pero lo que sin ninguna duda dolía, hasta la agonía, era saber lo mucho que había llegado a confiar en él para, después de lo que había pasado, consiguiera en tan poco tiempo querer acercarse al primer hombre después de Eidan. Ahora en cambio había quedado en nada.

Ya se encargaba ella de hacérselo ver con una claridad pasmosa, ocasionando que por vez primera supiera lo que era que pasasen de él olímpicamente.

¡Algo que por supuesto no le gustaba nada en absoluto!

Y fueron pasando los días sin que en ningún momento, y eso que lo intentó, consiguiera tratar de explicarle que ella era diferente. Viendo pasar, con impotencia, el resto de la semana. Lo que significaba que solo disponía de catorce días para hacerle saber que sus sentimientos hacia ella eran verdaderos. Implorando al cielo para que diese su brazo a torcer y lo escuchara.

Simplemente pedía eso.

Solo que Érika se mantenía firme con respecto a la decisión que había sido obligada a tomar, después de sentirse engañada y utilizada, sin hacer caso a lo que sintió entre aquellos brazos a los que quiso aferrarse con desesperación, y los cuales le habían terminado dando dolor y más

sufrimiento.

Tenía que hacer caso omiso a lo que su cuerpo también le pedía, de forma reiterada, tras conseguir volver a sentir. No estaba dispuesta, de ninguna manera, a bajar la guardia con el hombre que había sido, y por lo que sentía, seguiría siendo, el único que verdaderamente podría volver a tocarla. Algo que no consentiría, así la mataran, por mucho que lo deseara.

No iba a permitir que nadie jugase con ella.

Siendo consecuente que lo mejor, en este caso, sería que pasaran las dos semanas, que le quedaban en España para poder regresar a casa y volver a la vida normal.

La imagen de la ciudad de Dublín, húmeda y oscura, la atravesó con un vacío difícil de llenar, aun a pesar de saber que, tanto su madre como su hermana, la esperarían con los brazos abiertos.

Aquella sensación que la embargaba tampoco era que la ayudase mucho, la verdad. Cabreándose consigo misma al tener la certeza de:

1º De momento no quería regresar.

2º Que debía de estar loca ante la idea de querer llevarse el recuerdo que sabía se le quedaría grabado si terminaban lo que habían empezado. Maldiciendo a su cuerpo por, a pesar del dolor, desear que Hugo le hiciera el amor.

“Vaya si estoy mal de la cabeza después del terrible sufrimiento que me ha infligido”.

Consiguiendo mantenerse firme, lo que quedaba de mes, debido a la seguridad de que, precisamente, que lo ignorase, era lo que más le molestaba. Y ese simple detalle la hacía fuerte. Queriendo vengarse de él después de estar a punto de entregarle su corazón.

La situación no mejoró en toda la semana y provocó la preocupación en los miembros de la casa. Una preocupación que iba más allá después de ver, encantados, el cambio obrado en una muchacha que pudo volver a confiar en otro hombre después de sufrir la crueldad de su propio novio. Ahora en cambio volvía a mostrarse distante, fría, y seria. Algo que por supuesto también les afectaba a ellos provocando, sobre todo en María, una gran preocupación, y no solo por ella. También por Hugo al darse cuenta de lo arrepentido que debía de estar por el daño causado, mostrándose a su vez como nunca antes lo habían visto.

¡Y aquella situación los estaba superando!

Érika se levantó de la cama al escuchar el despertador y fue hasta el armario en busca de la ropa.

“Menos mal que ya es domingo”, pensaba mientras cogía un vestido de tirantes largo.

La causa de que se alegrara, no era otra que porque esa tarde regresarían Héctor y Ester, ya que ese fin de semana les había tocado librar a ellos, y eso dio lugar a que sí o sí no le quedase otro remedio que verle a en todas partes. Y era algo que no soportaba. Debía admitir que después de estar la semana entera, con un cabreo monumental, y haciéndoles ver a todos que él no era nadie, resultaba que era incapaz de odiarle tal y como ella quería. El hecho de no poder hacerlo era el causante de que necesitase reunir todos sus esfuerzos en hacerse ver, ella misma, que había jugado con sus sentimientos deliberadamente, porque lo que era su corazón, parecía seguir interesado en acercarse a él como si no le importara absolutamente nada lo que había sucedido.

“¡Joder! ¿Es que no voy a ser capaz de olvidarle?”

Menos mal que al día siguiente volvía a ser lunes, y como había comprobado la semana anterior, dejaría otra vez de verlo con tanta asiduidad, y es que había decidido pasar allí solamente el tiempo indispensable. A la hora de las comidas, y a partir de las siete de la tarde, desaparecía para no volver hasta las nueve de la mañana siguiente. Lo que ella no sabía era si había sido una petición suya o por el contrario había sido María la que lo dispuso así ante la evidencia de que no podían estar juntos.

Terminó de vestirse, se lavó, y salió de la cabaña para dirigirse a la casa con el propósito de ayudar a preparar el desayuno.

No hizo más que poner el pie sobre el suelo exterior, cuando lo vio nadando en la piscina, quedándose por un segundo parada sin poder resistir el impulso de mirarle.

“¡Joder!”, volvía a maldecirse. “¿Por qué tiene que ser tan guapo?”

Y en esas estaba cuando Hugo llegó al borde y emprendía el camino de regreso, dándose de bruces con su mirada.

“¡Mierda!”. Exclamó al ser pillada, actuando rápidamente y echándole una mirada de indiferencia antes de iniciar la marcha.

Hugo resopló sobre el agua, resignado, a medida que aumentaba la

intensidad de las brazadas pensando que, si la semana acabó convertida en un suplicio, nada tenía que ver con ese agónico fin de semana que parecía no tener fin, y que lo estaba volviendo loco. No soportaba la indiferencia de ella cuando lo único que deseaba desesperadamente era besar su boca una vez más. Terminando por volver a aumentar la intensidad, con el único propósito de poder apartarla de sus pensamientos, así fuera a consecuencia de que le diese un infarto...

¡Por supuesto no lo consiguió!

Desayunaron con relativa armonía hasta que Hugo (creyendo que ya habrían terminado), apareció. A Érika entonces le faltó tiempo para levantarse apresurada con la idea de marcharse.

—Espera Érika —escuchó a María, quedándose mientras que él se sentaba en la silla más alejada.

—¿Sí María? Tengo prisa.

Juan y su mujer intercambiaron una mirada de pesar.

—Hoy se acaban las fiestas y antes de que empiece a hacer más calor, nos iremos al pueblo en bicicleta. Es el día de las medallas.

“Qué bien”, pensó poniendo los ojos en blanco.

—En diez minutos nos vamos.

—¿Es necesario que vaya? —terminó preguntando ante la posibilidad de escaquearse.

—Por supuesto que lo es.

Hugo se dio cuenta de lo poco que a ella le apetecía acompañarles, y no había que ser muy listo para saber el motivo.

Pero al final supo ver la parte positiva.

“Quién sabe, quizás hoy consiga hablar con ella”.

Hugo cogió un donuts de la mesa, y le pegó un bocado con la perspectiva de que quizás podría tener la oportunidad de hablar, ya que en el lugar en el que se encontraban le había resultado imposible porque, no solo lo ignoraba, sino que además, y en cuanto podía, se refugiaba en su cabaña para ni verlo. Y aquel comportamiento, en concreto, era el que lo había hecho hablar con María para que le diese permiso de pasar en su apartamento el tiempo que no lo necesitase. Comprendiendo que si es lo que Érika quería, él no era nadie para hacérselo más difícil de lo que en un principio parecía ser.

Volvió a pegar otro bocado al bollo, con cara distendida, mientras la

veía marcharse a toda prisa, entonces una sonrisa de esperanza cruzó por su cara ante la seguridad de que haría lo que fuese para tener esa conversación que tenían pendiente.

—¿En qué estás pensando? —preguntó María cuando los niños fueron a por las gorras.

—En que puede que hoy consiga decirle lo que quiero.

María dejó de colocar las tazas sucias, sobre la bandeja, y apoyó las manos sobre la mesa diciendo:

—Eso ya deberías haberlo hecho.

Hugo la miró con gesto serio, pensando en lo fácil que debía de resultar para los demás.

—¿Me puedes explicar cómo? Se niega a estar en el mismo sitio que yo así que tú me dirás...

—¿Y qué quieres que haga? —preguntó enfadada— tiene suficientes motivos para no querer saber nada de ti.

—No hace falta que me lo recuerdes.

—¡Pues lo haré! Todavía no me puedo creer lo que hiciste...

—Por ahí no María —la avisó.

—¿Por qué? —Y atacó—: ¿Por qué después de saber que había algo traumático en su vida con un hombre decidiste seguir adelante? De verdad que no lo entiendo Hugo y mira que quiero hacerlo.

—La apuesta no me importaba una mierda María...

—¿Qué?

—Lo que oyes. Todo cambió antes de que empezara, y lo hizo desde el momento en el que la saqué a bailar y sentí cómo temblaba de miedo entre mis brazos.

María le escuchó atentamente.

—Entonces fue cuando me di cuenta que ella era especial y que, pasara lo que pasara entre nosotros, también lo sería. Lo único que hice mal, y de lo que me arrepiento cada día, es no haber tenido los huevos de decirle a Héctor esa gran verdad.

—Hugo... —decía María acercándose hasta apoyar la mano sobre el brazo de él— tú sabrás cómo lo haces pero consigue la forma de decírselo. Tiene que saberlo.

—¿Acaso crees que no lo he intentado?

—Pues sigue haciéndolo si de verdad estás seguro de lo que quieres. No dejes que se marche pensando que eres un cabrón, porque no lo eres.

—Gracias María.

—Anda ve a preparar tu bici mientras piensas cómo puedes conseguir que te escuche.

—No va a ser fácil. No es que la conozca mucho, pero a testaruda no la gana nadie.

—Bueno... —dijo sin más antes de marcharse con la bandeja— eso ya lo veremos.

En el transcurso de los quince minutos, que duró el trayecto en bici hasta el pueblo, permaneció atenta para apartarse cada vez que él trataba de acercarse. Afanada en ir pegada a la carretera, con una actitud altiva y distante, en lo que seguía siendo un aviso para que ni se acercara.

Y a Hugo no le quedó otro remedio que armarse de paciencia, quedándose algo rezagado, para por lo menos mirarla a su antojo.

“¡Oh Dios! ¡La de cosas que se me ocurren hacer con ese cuerpo!”, imploraba, sopesando que el tiempo seguía corriendo en su contra.

Bajo ningún concepto aceptaría que se marchara sin que lo hubiesen arreglado. Dispuesto a absolutamente todo, con el convencimiento que no había sentido algo así por ninguna otra mujer.

Soltó un bufido, demasiado alto, y después continuó dando pedales como si nada.

La mañana resultó súper divertida para los niños, viéndose gratamente recompensados con una medalla para cada uno. Después de la entrega de premios, todos juntos se marcharon hasta la plaza del pueblo, donde una gigantesca paellera los esperaba, y donde Juan y Hugo esperaron, haciendo cola para comer, mientras los chiquillos se mezclaban unos con otros en carreras frenéticas entre gritos y carcajadas, ajenos a la distancia impuesta por Érika ante la férrea idea de que se mantuviera lejos.

Héctor y Ester llegaron después y se unieron a ellos. Cogieron los platos que Hugo les ofrecía, y se sentaron sobre el suelo comenzando a comer.

—¿Qué os parece si esta tarde subimos a la montaña? —preguntaba María en ese momento.

El grito entusiasmado de los niños habló.

Justo en ese instante llegó Hugo con varios trozos de pan, ofreciendo

uno por uno, hasta llegar a Érika.

Entonces preguntó con suavidad:

—¿Quieres un trozo?

La respuesta de ella fue tan simple como la de darse la vuelta y mirar hacia otro lado, ignorándolo completamente, a pesar de estar rodeada de sus compañeros. Le daba igual si su respuesta era desproporcionada, y le daba igual que pensarán que podía hacer un esfuerzo para comportarse de forma natural.

Algo que por lo que estaban viendo no acabaría sucediendo nunca si alguien no les ayudaba. Y Hugo bien se merecía un poco de esa ayuda después de saber lo que realmente sentía por ella.

—Voy a por más sangría.

—No te preocupes —se ofreció Juan— voy yo.

—No, no —negó María advirtiéndole con la mirada—, ya voy yo.

—Como quieras —y se encogió de hombros al no saber exactamente lo que estaría planeando.

Nadie pareció percatarse que María iba a por una jarra de sangría, solo que no fue lo único que hizo.

Al regresar se volvió a sentar y esperó el momento oportuno antes de decirle a Ester en voz baja:

—Necesito que Héctor y tú volváis a casa con nosotros.

—¿Por qué?

—Porque si vamos a subir a la montaña no me gustaría hacerlo Juan y yo solos.

Ester la miró sin comprender.

—¿Y qué pasa con Hugo y con Érika?

—Mejor no preguntes, pero para que sepas de qué va el tema, ellos llegarán después que nosotros.

Ester no pudo evitar proferir una sonrisa algo incrédula.

—¿Cuándo ha sido el momento exacto en que te has decidido a intervenir?

—¿Yo? —preguntó como si nada.

—Si tú.

María echó un vistazo a su alrededor.

—Ha sido al escucharle decir que ella es especial. Y quiera o no quiera tendrá que regresar junto a él.

—¿Qué es lo que has hecho?

—Ya te enterarás, ¡ah! para que todo salga bien tendréis que marcharos en el coche antes que nosotros, ¿vale?

—Vale jefa.

Después de comer les dieron un helado, y cuando terminaron, fueron a por las bicicletas. Antes de llegar, y tal y como María les dijo, Ester y Héctor se marcharon en coche, eso sí, sin decirle nada a Érika por si veía una ruta de escape para librarse de Hugo y de la vuelta a casa con él.

¡Empeñada, sí o sí, en no querer que se acercara nunca más!

—¿Dónde está la bici que he traído? —preguntó Érika al percatarse que no estaba por ninguna parte.

—¿Cómo que dónde está? —avanzaba María, disimulando a la perfección.

—La mía tampoco está —dijo Hugo a continuación—, no me puedo creer que las hayan robado.

—Pues es lo que parece. Menos mal que no nos han quitado todas. ¡Vamos niños! volvamos de vuelta para dar ese paseo por la montaña.

Érika torció el gesto y giró el cuello. Viendo, con horror, a todos menos ellos subidos a las bicicletas.

—¿Me puedes decir que es lo que estás haciendo María?

Ella la miró con gesto de no comprender a qué se estaba refiriendo.

—Montando en la bici —respondió de lo más normal.

—¡Ah no! ¡Nada de eso! —exclamó enfurruñada acercándose a ella—, si crees que voy a hacer el camino de regreso con él es que estás loca.

—¿Cómo dices?

—No me puedes hacer esto —seguía hablando casi histérica—, déjame tu bici y ve tú con él.

—Vamos Érika...

—Por favor. Haré lo que sea pero no me dejes aquí. ¿Acaso has olvidado lo que me ha hecho?

—Pues ahora que lo dices seguro que no hay mal que por bien no venga. Además, después de lo que te has demostrado a ti misma, ¿qué más da un paseo de media hora? Anda no seas tonta, antes de que te des cuenta estarás en casa.

A continuación comenzó a dar pedales y presenció que uno a uno la seguía. La impotencia la engulló.

—¡María! —gritó sin creerse que tuvieran el valor de dejarla allí—
¡María!

De nada le sirvió gritar. Habían desaparecido.

—No me lo puedo creer —farfulló en voz alta.

—Es solo un paseo... —se decidió a intervenir un Hugo profundamente molesto por su reacción.

Se quedó helado al escuchar su respuesta.

—¿Y a ti quién te ha pedido tu opinión? Solo espero que esto no sea obra tuya porque si no...

—Espera, espera, ¿qué es lo que tratas de decir?

—Pues que vaya casualidad que sean precisamente la tuya y la mía las que hayan desaparecido, ¿no te parece?

La expresión de Hugo se tensó.

—Yo no he tenido nada que ver en esto.

—¿Ah no? ¿Y cómo quieres que te crea después de desenmascararte? Acéptalo de una puta vez... —alzó la voz acercándose lo suficiente, mientras lo miraba con un rencor esclarecedor— ¡Yo no soy tu juguete! ¡Nunca lo seré!

—Nunca pretendí que lo fueras —susurró sin apartar los ojos de los suyos en lo que terminó por ser un intento desesperado para que se diera cuenta de una vez.

Érika se quedó quieta. ¿Qué le sucedía? Unas simples palabras parecían bastar para provocar que el vello de sus brazos se erizara. Dejándose arrastrar por el torbellino de emociones de aquellos ojos verdosos. Sufriendo por la terrible necesidad que cada poro de su piel seguía manifestando por él.

Aquel hecho irrefutable, la debilitó tanto, que casi sucumbió a sus encantos. Pero en el instante final pudo dar marcha atrás, asustándose por lo que había estado a punto de hacer, a la vez que se alejaba.

Tenerle tan cerca era demasiado para ella. Y no quería sucumbir a un hombre que, en materia de seducción, parecía saberlo todo.

¿Acaso era tan ingenua?

—No quiero escuchar más mentiras.

—No estoy mintiéndote Érika, ¿no te das cuenta que hablo en serio? —y dio un paso adelante.

Érika de sobra sabía que su punto flaco era precisamente la cercanía. Y antes de que pudiera cometer una tontería, que tendría graves consecuencias, se apartó.

—Afortunadamente de lo que tenía que darme cuenta ya lo hice, lo demás sobra, empezando por ti.

Dicho esto dio media vuelta y emprendió el camino de vuelta. Y él, con

la paciencia mermada, trató de que le escuchara.

Siguió sus pasos y la terminó agarrando del brazo.

—¡No me toques! —gritó como una loca, apartándose de ese contacto demoledor empeñada en que notara su repulsión— ¡Ni se te ocurra volver a hacerlo!

La mirada dolida de Hugo consiguió que le traspasara el corazón.

Le dio igual. No había marcha atrás, aunque consiguiera desbaratar sus propias ilusiones.

¿Qué oportunidad se merecía un hombre sin escrúpulos, dispuesto a simplemente llevársela a la cama?

La respuesta era bien sencilla:

¡Ninguna! Y desde luego, lo que no iba a hacer, era consentir que la engañara una segunda vez. Su orgullo ya estaba bastante resentido.

Lo miró una última vez y decidió poner tierra de por medio, comenzando a andar, sin estar segura de querer volver sola. Pero en ese instante tampoco importó.

Un Hugo, con los ánimos por los suelos y superado por los acontecimientos, se limitó a seguirla, desde una distancia prudencial, mientras se percataba del viento que empezaba a levantarse, augurando lo que podría ser una tormenta de verano.

El camino de vuelta se le hizo insufriblemente largo, y todo por la cabezonería de no querer dar su brazo a torcer. Ni siquiera cuando pudo respirar tranquila al comprobar que la seguía. Recordando sus palabras acerca de que no la volvería a dejar sola, a menos que fuese ella la que se lo pidiera... llegando a pensar por un instante que posiblemente lo que decía era verdad porque si no:

¿Qué hacía empeñado en acompañarla después de lo que le acababa de decir? ¿O a consecuencia de saber su trágica historia los remordimientos eran tan fuertes que simplemente se dejaba llevar por ellos?

Sí. Debía de ser eso, ¿no?

Y siguió empecinada aun a pesar de lo que su débil mente quería a toda costa, sin por supuesto dirigirle la palabra. ¡Manteniéndose lo firme que podía ante la incomodidad de tenerlo detrás!

Hugo echó un vistazo preocupado, a los nubarrones que arrastraba el viento, y consiguió relajarse un poco. De seguir así la tormenta no les pillaría. Aunque no consiguió relajarse completamente porque no sabía si el grupo estaría subiendo la montaña. Y decidió avanzar con más rapidez situándose a su altura.

—¿Puedes andar un poco más deprisa?

Érika se sobresaltó. No se había dado cuenta de su proximidad, y se molestó bastante.

—Si tienes prisa no hacía falta que me acompañaras —le respondió con acritud.

Hugo se armó de paciencia y se contuvo para no decir nada que no debiese, pero se lo estaba poniendo tan difícil que resultaba casi imposible.

“Ya sabía que no me podía traer más que problemas, ¿cómo he sido tan idiota de no retirarme cuando todavía podía?”

Y sin previo aviso se percató de que comenzaba a caminar, bastante más rápido, en lo que fue una declaración de intenciones.

“Bueno, por lo menos ha hecho caso... aunque solo sea para no verme”.

Por eso lo hacía, empeñada en mantener las distancias debido a la testarudez de ella, mientras Hugo no dejaba de mirar las nubes negras.

Llevaban andando, unos quince minutos, cuando la primera ráfaga de aire avisó a Hugo. La dirección del viento había cambiado y las nubes avanzaban arrastrando las hojas que yacían sobre el suelo, y a mover, con cierta intensidad, las copas de los árboles.

Sacó el móvil del bolsillo y marcó el número de Juan.

—¿Estáis en la montaña? —le preguntó viendo a Érika volverse sobresaltada. Actuando como si nada.

La cara de Hugo se tensó al escuchar a Juan decirle que efectivamente habían subido.

—No sé Juan pero el viento acaba de cambiar y de seguir así no creo que tardemos en tenerla encima.

La preocupación de él fue suficiente para que supiera que algo no iba bien. Se dio la vuelta y le esperó a la vez que seguía escuchando.

—Sí, no tiene buena pinta, es lo mejor. Va a ser de las gordas. Nos vemos en casa.

Dicho esto pulsó el botón de colgar.

—¿Ocurre algo? —se decidió a preguntar, apartándose el pelo de la cara debido al viento que soplaba cada vez más fuerte.

—Tenemos que darnos prisa o nos pillaré la tormenta.

—¿Qué tormenta? Esto es solo un poco de aire.

—No, no lo será. Créeme.

—Pero si hace un calor asfixiante, ¿cómo puede ser que haya tormenta como tú dices? —preguntaba incrédula observando el cielo.

Supo, por la expresión de su cara, que no la estaba engañando.

—Precisamente el causante de que ocurra es este calor, anda démonos prisa.

—Vale.

Y sin esperarlo, un rayo de luz atravesó el cielo hasta perderse a lo lejos, ocasionando que una Érika nerviosa pegase un brinco asustada.

—No pasa nada —le dijo en un intento de tranquilizarla. Lo que daría por coger su mano, pero por supuesto no se atrevió a hacerlo—, todavía está lejos.

—¿Lejos? —casi gritó—, pero si parecía que era aquí.

Seguidamente se escuchó un ensordecedor trueno asustando a una Érika histérica, a la que de pronto le costaba mantener las distancias. El deseo de agarrarse a él la alcanzó para sentirse segura.

En esos mismos instantes las primeras gotas de lluvia comenzaron a caer, advirtiéndoles de lo que estaba por venir.

—¡Vamos! ¡Casi la tenemos encima! —alargó la mano, hasta encontrar la suya, y tiró de ella echando a correr.

¡Por supuesto que no se le ocurrió protestar!

Corrieron los cuatro kilómetros restantes hasta llegar al desvío del chalet. Una vez allí, y debido a la cercanía de este, decidieron parar el ritmo, lo que Érika aprovechó a soltarse de su mano. Manteniéndose con la idea firme de creer que era lo mejor para ella.

La cara de desolación de Hugo habló por sí sola. Tensó la mandíbula derrotado y se convenció de que no podría hacer nada para enmendar el terrible error que cometió. Comprendiendo que la última palabra estaba dicha.

¡No había vuelta atrás!

Las gotas de lluvia mientras, seguían cayendo sobre ellos con mayor fuerza, seguidas de los rayos y truenos, que también recobraban intensidad.

Menos mal que les faltaba poco para estar en casa. Debían de resguardarse de la tormenta antes de que los empapara, porque como muy bien dijo Hugo, aquella iba a ser una de las grandes.

Por fin llegaron, Hugo sacó las llaves y se dispuso a abrirla, cuando su teléfono móvil volvió a sonar de forma reiterada.

—¡Joder! —protestó, dejando la llave dentro de la cerradura para coger el teléfono.

Un escalofrío recorrió su cuerpo en cuanto vio, en la pantalla, quién era el que llamaba. Teniendo la certeza de que algo malo había sucedido.

Rápidamente pulsó el botón y se llevó el móvil a la oreja.

—¿Qué pasa Juan?

A Érika le sucedió exactamente lo mismo que a Hugo, entonces, sus peores presagios, se vieron cumplidos al ver la cara desencajada de él.

¡Realmente debía de haber sucedido algo terrible!

CAPÍTULO 15

Érika mostró su preocupación y esperó a que colgara para enterarse de lo que había pasado. Tuvo que esperar. Hugo parecía en estado de trance después de lo que Juan le hubiese dicho a través del teléfono móvil.

El estado de nervios de Érika aumentó.

¿Qué sucedía?

Avanzó un paso y se olvidó de la lluvia, que seguía empapándolos, para preguntar de manera impaciente:

—¿Hugo?

No contestó. Lo que él solamente podía hacer, en ese momento, era ponerse en el lugar de Noelia y de Judith, intentando, por todos los medios, saber qué estarían pensando para poder ayudarlas.

—¡Por el amor de Dios Hugo! —volvió a insistir a punto de gritar—: ¿Vas a decirme qué es lo que pasa?

La voz preocupada consiguió que volviera en sí. La miró detenidamente y dijo:

—No saben cómo pero por lo visto la tormenta ha asustado a los más pequeños, y en un despiste, cuando se han querido dar cuenta, Noelia y Judith ya no estaban.

—¿Cómo que ya no estaban? —alzó la voz nerviosa.

—María y Juan están bajando con el resto de los niños, Héctor y Ester las están buscando.

—¡Oh Dios mío!

Un trueno sonó sobre sus cabezas, avisándoles de la terrible situación en la que se encontraban, cuando de pronto pareció que el mismo diluvio acababa de empezar. Envolviéndolos en una negrura absoluta.

El primero en reaccionar fue Hugo, y tuvo que alzar la voz debido a que, un aire tremendo, soplaba cual huracán.

—Tenemos que encontrarlas. No te apartes de mí.

—No te preocupes, vámonos. —Le apremió debido a la urgencia de las circunstancias.

Sin tiempo que perder, los dos echaron a correr mientras el aire y la lluvia les daba en plena cara, hasta llegar al lugar exacto en el que comenzaban a alinearse las piedras, unas contra otras. Soltaron el aire a la par

y levantaron la vista con respeto. Descubriendo la magnitud de la montaña, envuelta en una neblina terrorífica, que asustaba incluso a un chico acostumbrado a escalar por unas rocas que casi conocía de memoria. Armándose de valor, para no infundir lo que no debía, a la chica que estaba a su lado y que parecía encogerse por momentos.

—¿Estás segura que quieres subir? Es peligroso y puedes esperar a que vuelvan. Ya se ven por allí —señaló con el dedo.

—Voy contigo —dijo completamente segura.

Hugo ni siquiera quiso hacerla cambiar de opinión.

—Está bien. Ya sabes, pégate a mí todo el tiempo, ¿vale?

—Lo haré.

Hugo dejó de mirarla y emprendió la subida, a paso no muy rápido, para que se pudiera adaptar al ritmo que empezó a marcar.

A los pocos minutos se encontraron con el grupo que bajaba. Juan llevaba cogida a la espalda a la pequeña para tratar de tranquilizarla. El resto de los niños, menos Miguel, hacía lo posible por no llorar y mostrarse valientes. En cambio el pobrecito Miguel, en cuanto vio a Hugo, corrió hacia él, rompiendo a llorar desconsoladamente entre sus brazos.

—Te prometo que voy a encontrarlas, ¿vale?

El niño asintió con la cabeza sin dejar de llorar en ningún momento.

—¡Mírame campeón!

El niño consiguió hacerlo y rompió el corazón de Hugo. La cara de desolación del pequeño era un poema.

—¿Confías en mí?

—Sí.

—Sé que están bien, son unas niñas muy listas, y sabes que tu hermana sabe varios caminos de vuelta.

—Sí pero...

—Pero nada. Ya verás cómo, antes de que te des cuenta, están en casa. Créeme.

—¿Me lo prometes?

—Ya te he dicho que sí y nunca miento.

Érika escuchó la conversación y no pudo evitar que alguna lágrima asomara a sus ojos debido al dolor de Miguel. Tampoco pudo evitar un sobresalto a consecuencia de la última frase. Creyendo que el mensaje, en cierta manera, también iba dirigido a ella.

—Ahora te vas a ir con Juan y con María. Te pondrás ropa seca, y os

tomaréis un chocolate caliente, ¿te parece bien? Nosotros mientras las buscaremos hasta encontrarlas. Venga... —y le dio una palmadita en la espalda tratándolo como a un niño mayor.

Miguel obedeció a la primera con el convencimiento de que no tardarían en encontrarlas.

Cuando el niño estuvo algo tranquilo se dirigió a Juan y habló en voz baja. Por nada del mundo haría partícipes a los niños de la alarma que los mayores tenían.

—¿Dónde ha sido la última vez que las habéis visto?

—En la cara del indio, cuando empezábamos a bajar al ver que la tormenta cambiaba de dirección.

—Vale —contestaba de forma automática mientras veía reflejadas, en su cabeza, las distintas posibilidades de bajar— ¿Por dónde están buscando Ester y Héctor?

—Se han separado. Ester ha ido por detrás de la cara del indio, y Héctor por las piscinas naturales.

—Ósea que solo quedan dos posibilidades, en el caso de que se puedan orientar con esta puta tormenta.

—Sí. A menos que se hayan puesto nerviosas y se hayan desorientado del todo.

—Puede ser, pero conociendo el sentido común de Noelia no creo que se muevan. En el caso de que realmente estén perdidas te aseguro que se habrán quedado refugiadas debajo de alguna roca.

—Lo que más me preocupa es que puedan haber resbalado y se hayan hecho daño.

—No adelantes acontecimientos. Érika y yo las buscaremos por el sendero largo así que solo falta el camino que les llevaría al camping.

—Dejaré a los niños en casa y subiré por él.

—Vale, así ya están los caminos que conocen cubiertos. ¿Vamos todos con móviles?

—Sí.

—Entonces no perdamos más tiempo. ¡Vamos Érika!

Se separaron del grupo y continuaron con el ascenso, apartándose lo que podían de los árboles, que se iban encontrando, por si atraían algún rayo. La lluvia no les daba tregua alguna, calándoles hasta los huesos, pero sin darse cuenta del frío que tenían debido a la tensión que los hacía seguir gritando los nombres de las dos niñas, cada vez más fuerte, y sin que por el momento se

empezase a notar ni el desánimo ni el agotamiento.

Una hora y media después todo seguía igual. No había ningún rastro de las niñas desaparecidas.

Hugo volvió a mirar el teléfono, asegurándose que seguía teniendo cobertura, y al comprobar que sí lo volvió a meter dentro del bolsillo empapado. De momento nada. Ninguna noticia. Algo verdaderamente preocupante. La tormenta seguía en toda su plenitud, y ellas ya deberían de haber regresado a casa. Empezando a barajar la posibilidad de que, efectivamente, se habían perdido. Además, a esas alturas las rocas estaban tan mojadas que se empezaba a hacer prácticamente imposible seguir ascendiendo. Convirtiéndose en un disparate pensar que hubiesen emprendido ese camino para refugiarse. Pero entonces:

¿Dónde estaban metidas?

El grito de dolor de Érika lo devolvió a la cruda realidad, girándose rápidamente para averiguar qué era lo que había sucedido.

Se quedó blanco del susto. Viéndola dos metros más abajo debido a la caída que se acababa de pegar.

—¿Estás bien? —preguntó con la preocupación reflejada en la cara. Bajando a toda leche y olvidándose de que él también podría resbalarse.

—Sí, sí. —Admitió sin querer darle importancia a la caída.

Hugo se agachó a su lado y comprobó, in situ, que efectivamente estaba bien. Unos cortes sobre la rodilla derecha que empezaba a sangrar, y alguna que otra magulladura sobre las palmas de las manos y los codos.

—¿Te duele?

—No es nada, de verdad —trató de levantarse y a él le faltó tiempo para ayudarla—. Gracias.

Otro trueno los ensordeció y empezaron a notar las primeras fuerzas de flaqueza. Hugo fue consciente que de seguir así terminarían haciéndose verdadero daño, resultaba completamente imposible seguir avanzando. Las rocas se habían convertido en una trampa mortal, y si no era suficiente, la poca luz de la que disponían, para seguir viendo, se estaba apagando poco a poco. Comenzando a oscurecerse, más de lo que ya estaba, puesto que la noche se les había echado encima sin darse cuenta. Y aquello sí que era un problema.

—Hugo... —susurró al borde de las lágrimas.

—¿Sí?

—¿Crees que están bien?

—Sí, sí que lo creo —y la miró con lástima deseando tener el poder de

consolarla—. Son unas chicas muy listas, y seguro que ahora mismo están mejor que tú y que yo.

El móvil de Hugo empezó a pitar una y otra vez, advirtiéndoles que había varios mensajes dentro de su memoria.

—Debe de ser Juan.

Lo sacó del bolsillo y vio que tenía al menos diez mensajes con llamadas perdidas. Pulsó el número que lo había llamado, en reiteradas ocasiones, y esperó. La voz de alarma de Juan por un momento le hizo temerse lo peor.

—¡Por todos los santos! ¡¿Estáis los dos bien?! Llevamos más de una hora intentando localizaros y nos daba fuera de cobertura.

—Estamos bien Juan. —Y añadió rápidamente— ¿Y las niñas?

—Llegaron a casa hace más de una hora. Tenías razón. Bajaron por el camping.

La cara de Hugo habló por si sola. Lo que Érika interpretó como buenas noticias, alegrándole el alma. Y se dejó caer, aliviada, sobre una roca de lo agotada que estaba. La rodilla no dejaba de sangrar y la lluvia seguía cayendo. Desanimándose, ahora que sabía que las niñas estaban bien, ante la situación que tenían ellos ahora. Comenzando a tiritar de frío.

—¿Y Ester y Héctor? —preguntaba entonces.

—También están aquí. Y vosotros, ¿por dónde estáis?

—Ya casi hemos llegado al refugio.

“¿Refugio? ¿Qué refugio?”, pensó una Érika a la que se le empezaban a entumecer los huesos. Implorando a quien fuese para que pudiesen refugiarse en cualquier sitio y tener la oportunidad de dejar de congelarse. Ese maldito agua estaba helada y lo empezaba a odiar con todas sus fuerzas.

“¿Podría ser que allí arriba hubiese un refugio?”

La esperanzadora idea consiguió que reuniese las últimas fuerzas que le quedaban.

—¡Joder! —exclamó Hugo de repente.

Érika se asustó.

—¿Qué pasa?

—Me he vuelto a quedar sin cobertura... menos mal que por lo menos sabemos que están bien. Ya te dije que son unas chicas muy listas.

—Sí pero... ¿qué pasa con nosotros? —preguntó una chica derrotada, echándose a llorar—, no puedo más.

Hugo se sentó a su lado, se olvidó de la lluvia, y cogió sus manos,

mirándola con tranquilidad para decir:

—Has sido muy valiente Érika. Solo has pensado en las niñas cuando tuviste la oportunidad de quedarte.

—No podía hacer otra cosa.

—Sí, sí que podías y eso lo dice todo de ti. Gracias por querer acompañarme.

—Lo he hecho por ellas —le cortó para que no se hiciera ideas erróneas.

—Lo sé.

—Oye, ¿qué es eso de que estamos cerca del refugio? —preguntó entonces esperanzada, apartándose las lágrimas y el agua de la cara—, dime por lo que más quieras que hay una posibilidad de que podamos dejar de mojarnos de una vez.

—La hay —le dijo complacido—. Por un momento llegué a pensar en la disparatada idea de que, a pesar de lo lejos que está, ellas hubiesen subido para resguardarse. Tanto una como otra sabían el camino.

—Entonces... —siguió esperanzada y muerta del agotamiento— ¿es verdad que hay un refugio?

—Sí. Tenemos que encontrarlo antes de que anochezca.

—¿Y si no lo hacemos?

Hugo no la mintió.

—Tenemos que hacerlo Érika. No podré orientarme cuando anochezca, algo que sucederá en una media hora. Siento decirte esto pero, o nos damos prisa, o tendremos que buscar algún hueco en alguna roca para pasar la noche.

Érika se levantó como pudo y estuvo a punto de caerse. Las piernas no tenían fuerzas para sostenerla. Algo que Hugo interpretó porque la cogió del brazo y la ayudó a que se incorporara.

—No te puedes venir abajo Érika. Solo será un último esfuerzo y te prometo que te prepararé algo caliente.

“Qué bien sonaba lo que le decía. Un techo bajo el que cobijarse y algo caliente para llevarse a la boca”.

Consiguió ponerse en marcha y dejó que la cogiese de la mano para ir tirando de ella. No podían rendirse y le había dicho lo de tomar algo caliente con el propósito de que no se diese por vencida.

Irremediablemente la noche se les acabó echando encima, envolviéndolos en una negrura absoluta, resultando que parecía que se los había tragado la montaña.

Y claro, los sollozos incontrolados de Érika, no tardaron en escucharse. La cruda realidad le decía que tendrían que pasar la noche a la intemperie, muertos de frío y de hambre. Pero si por un momento llegó a pensar que lo peor era lo que estaban viviendo, se equivocó.

¡Vaya si lo hizo!

La lluvia de pronto se convirtió en granizo, sintiendo los pedruscos por el cuerpo dolorido, como si fuesen agujonazos, dando lugar a que los sollozos se convirtieran en gritos histéricos.

Hugo quiso tirar nuevamente de ella y comprobó que se había parado.

“No por Dios”.

Y eso significaba que se acababa de dar por vencida.

¡Algo que por supuesto no podían permitirse! ¡No ahora!

—Érika, Érika —suplicaba tirando de ella sin conseguir moverla apenas. La preocupación lo engulló.

—¡Déjame! —gritó apartándose de él—, no hay ningún refugio, ¿acaso crees que soy idiota?

—Ya casi hemos llegado —le contestó armándose de paciencia. Estaba totalmente exhausta— vamos, unos pasos más por favor.

—¡No me mientas más! —exclamó tozuda mientras volvía a sentarse sobre una piedra sin dejar de llorar, terriblemente empapada.

Hugo se agachó a su vez. Necesitaba que confiara en él, mientras el granizo seguía cayendo sobre ellos implacablemente.

—No lo estoy haciendo —le aseguró con perseverancia, pretendiendo consolarla costara lo que costara. Dejándose llevar—: nunca lo he hecho... amor.

Esa simple palabra consiguió que se quisiera agarrar nuevamente a él, lo necesitaba tanto. Además, debía ser realista, y la realidad le decía que solo Hugo sabía tranquilizarla.

Hugo creyó ver algo de debilidad en su mirada y aprovechó la oportunidad. Era primordial que confiara en él.

No lo dudó. La oportunidad que había esperado se le acababa de poner en bandeja y la aprovecharía.

—Amor, a ti no puedo mentirte. Puede que parezca que lo haya hecho pero debes saber que al único que he mentido ha sido a mí mismo. Y por supuesto ahora tampoco podría hacerlo. Te aseguro que son unos pasos, y no puedo cogerte porque no me perdonaría si me resbalo y te hago daño. ¿Me crees?

La situación era tan desesperada que a ella no le quedó otra opción que fiarse de él. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—Está bien. —Volvió a levantarse y comprobó que, además de los aguijonazos, los calambres en las piernas le hacían imposible ponerse en marcha.

No podía.

—Vamos cariño, un último esfuerzo y no te arrepentirás. Te lo juro.

—Lo intentaré.

Volvió a cogerla de la mano y, gracias a la poca luz del teléfono móvil, consiguió encontrarlo cinco minutos después.

—¿Lo ves? Lo hemos conseguido —anunció satisfecho.

Érika vio, gracias al último resquicio de luz, procedente del bendito teléfono móvil, lo que parecía una cabaña para proteger a los montañeros en caso de tormenta.

La miró, la re que te miró, y la volvió a mirar. Temía que se tratase de un espejismo y que desapareciera.

Un minuto después escuchó el maravilloso ruido de la puerta, abriéndose, gracias a la mano de Hugo. Y fue cuando, una Érika optimista, tras saber que efectivamente no la había mentado, entró en la oscuridad que la estaba esperando y se echó a llorar. Esta vez de verdadero alivio porque llegó a pensar que no lo iban a conseguir...

CAPÍTULO 16

—Quédate donde estás. Tiene que haber cerillas por alguna parte —le dijo Hugo comenzando a moverse por la cabaña en busca de varias cosas.

El hecho de que el teléfono móvil hubiese dejado de funcionar, posiblemente a consecuencia de estar completamente empapado, dificultaba encontrar lo que estaba buscando. Por ello aprovechó el resplandor, de un nuevo rayo, para dirigirse hacia una estantería colgada sobre la pared con lo que por el momento era primordial. Escuchando el castañeteo de dientes de la pobre chica.

—¡Bien! —se escuchó a Hugo de pronto.

—¿Las has encontrado? —terminó preguntando sin entender de qué le iban a servir unas simples cerillas.

—Sí. Y después de lo que acabamos de pasar ten por seguro que se acaban de convertir en un auténtico tesoro.

—Si tú lo dices...

Érika no terminó de hablar. El motivo fue porque se acababa de quedar perpleja. No podía dar crédito a lo que sucedió a continuación. Mostrando una sonrisa, a pesar de las penurias, en el instante en el que Hugo encendió una cerilla y la aproximó a una vela. Resultando, realmente gratificante, tener esa pequeña luz para no estar envueltos en aquella oscuridad tenebrosa.

—Mejor ¿no? —le preguntó Hugo mediante una sonrisa, fijándose en el terrible aspecto que tenía. Seguidamente actuó con rapidez para tratar que entrase en calor lo antes posible.

Cogió la vela y fue, esta vez, hacia el lado opuesto.

Una chimenea y varios trozos de leña aguardaban el cometido de caldear el ambiente. Preparando los palos pequeños, que no tardarían en prender, mientras arrancaba varias hojas de una revista. Después lo puso todo junto y acercó la vela.

Una gran llama prendió los papeles, después los palos pequeños, y finalmente las piñas secas que acababa de echar. Comprobando que rápidamente se empezaba a calentar la cabaña.

¡Un auténtico gusto para los sentidos castigados de los dos!

Las llamas iluminaron la estancia y mostró a una mujer que parecía, no creerse, lo que estaba viendo. Emocionándose ante la evidencia de que se

podía acercarse. Haciéndolo, a medida que estiraba las manos para calentarlas, mientras que el atronador ruido provocado por el granizo se escuchaba sobre el techo.

—¿Qué importaba? Estaban sanos y salvos.

Se acercó lo que pudo pero no era suficiente. Estaba helada de frío.

—Tenemos que quitarnos la ropa si no queremos coger una pulmonía — dijo Hugo dirigiéndose a un armario destartado.

El comentario, a Érika, podría haberla hecho protestar, solo que la importancia de que el sentido común actuase resultaba primordial. Si querían entrar en calor antes tendrían que desnudarse. Las ropas mojadas se adherían a los cuerpos entumecidos. Y a esas alturas, tras el calvario por el que habían pasado, el menor de sus problemas desde luego pasaba por ese detalle. Convencida de que haría lo que él le pidiese porque lo que buscaba era el bien estar de los dos.

—¿Qué buscas?

—Mantas para taparnos —informó, sacando dos y volviendo sobre sus pasos—, toma.

—No me lo puedo creer. Esto es mucho mejor de lo que me esperaba — confesó entusiasmada estirándola sobre el fuego para calentarla.

—La verdad es que este refugio reúne las cualidades necesarias para un caso de emergencia como el nuestro.

—¿Quién se encarga de que no falte lo imprescindible?

—Las personas que lo utilizan. —Y le explicó—: Para que te hagas una idea te pondré un ejemplo. Tú y yo somos por el momento los últimos que hemos estado aquí, ¿no? pues nuestra obligación es dejar todo como estaba y reponer lo que gastemos en el menor tiempo posible.

—Ostras, que buena idea —tocó la manta, comprobando que estaba caliente, y dijo—: date la vuelta por favor.

—¿Por qué?

—Voy a desnudarme y...

—¡Ah sí! —exclamó algo nervioso—, perdona.

Actuó con una rapidez sorprendente aunque le dolía todo el cuerpo. Se quitó en orden los pantalones cortos, la camiseta, la ropa interior, e inmediatamente después se cubrió con la manta. Solo entonces se quitó las zapatillas deportivas y los calcetines.

—Ya puedes darte la vuelta, gracias.

Cogió la ropa, sin saber muy bien qué hacer con ella, y cuando la iba a

dejar sobre el suelo le escuchó decir:

—Espera. Debe de haber una cuerda por aquí —volvió hasta el armario y la cogió. Después ató una esquina de la cuerda en un clavo, que sobresalía, e hizo exactamente lo mismo con la otra esquina.

En un par de minutos la ropa de Érika se secaba delante del fuego y a considerable altura para no quitarles el calor.

—¿Tú no te quitas la ropa? Deberías hacerlo.

—Sí, pero antes tengo que hacer una cosa.

Se acercó a la estantería del principio y cogió una cazuela.

—¿Qué haces? —quiso saber.

—La cena.

Las tripas de Érika sonaron impacientes, olvidándose de ellas, en el instante en que le vio abrir la puerta para dejar la cazuela fuera. Llenándose de agua.

Después volvió a entrar.

—Cuando te dije que te prepararía algo caliente no mentía.

Y la volvió a mirar, en lo que volvía a ser una intención, antes de volver al fuego. Comenzando a desabrocharse los pantalones.

—¿Qué haces? —volvió a preguntar pero esta vez con voz de alarma.

—Desnudarme, ¿qué si no? —contestó con total naturalidad.

—Pues avisa para que me dé la vuelta.

—A diferencia de ti, Érika, no me importa que me veas desnudo —le respondió de manera burlona. Sonriendo divertido porque inmediatamente la vio dándose la vuelta.

Érika tragó saliva con dificultad. No era fácil imaginar su cuerpo desnudo detrás de ella. E incomprensiblemente sintió la necesidad de pegarse a él para que le diera calor.

“¡Mierda! ¿Qué estoy pensando?”

Apartó la absurda idea de su cabeza, aunque le costó hacerlo.

—¡La hostia! se podría decir que estoy en la gloria.

Semejante comentario la hizo sonreír. Sabía exactamente de lo que hablaba.

—No está terminando mal el día, ¿no crees?

—Ni en mis mejores sueños pensé, cuando empezamos a subir, que podría resultarme fantástica una manta vieja y sabe Dios utilizada por quien.

—¿Y si te digo que hay más sorpresas?

—A estas alturas ya me lo creo todo —confirmó encantada.

—¿Qué te parece si empezamos con una sopa instantánea calentita?

—Daría mi vida por ello.

—No hace falta —se rió. Seguidamente volvió a salir, en busca de la cazuela, para una vez dentro ponerla a hervir sobre el fuego.

Todo bajo la atenta mirada de Érika, que se apretujaba fuerte contra la manta, porque no conseguía entrar en calor. El frío helado se colaba por las rendijas del refugio.

La sopa instantánea obró maravillas, se la llevó a la boca, quemándose de lo caliente que estaba, pero pudiendo calentarse por dentro.

—Qué buena —dijo a punto de que se le saltasen las lágrimas de placer.

Se relajó. Su cuerpo entonces le pasó factura y se terminó sentando sobre el duro y frío suelo.

Hugo dejó la taza, volvió hasta el armario, y regresó con lo que eran dos sacos de dormir, y una almohada grande.

—¿Qué te parece si en lugar de sentarte sobre el suelo lo haces dentro de este saco?

Érika dio el último trago a la sopa, comenzando a relajarse, y notó cómo, poco a poco sus huesos se fueron desentumeciendo. Todo antes de ver lo que Hugo sostenía entre sus manos. Ofreciéndole una sonrisa, de agradecimiento, por el empeño que estaba poniendo para que no le faltara de nada.

Aquellos gestos hacia ella ¡la volvían loca! Tanto que empezó a tener dudas.

La explicación de lo que había ocurrido entre ellos, y la que se había empeñado en no escuchar, bien podría ser diferente a lo que ella pensó desde un principio. Y de ser así acabaría por cambiarlo todo...

“¡Estoy perdiendo la cabeza! Un poco de sopa, y un saco de dormir, y ya creo que es el hombre ideal. ¿Qué me está pasando?”, se dijo enfadada.

—Me parece estupendo —se limitó a decir.

—Ya lo sabía.

Estiró los dos sacos, juntos, y puso la cabecera pegada a la pared. Después puso la almohada sobre ellos ya que les serviría a los dos.

—Ya casi está. —Abrió las dos cremalleras y los dejó abiertos, dispuestos a ser utilizados—. El tuyo es el que está cerca del fuego, ¿vale? —la mirada le seguía diciendo que estaba empeñado en ofrecerle todas las comodidades que estuviesen a su alcance. ¿Quizás por el sentimiento de culpa? Y le escuchó añadir—: Espero que no te moleste que tengamos que

dormir un poco juntos. Esta es la única almohada que hay.

—No me molesta Hugo. Sería una desagradecida si lo hiciera.

El hombre permaneció en silencio y analizó cada gesto, cada mirada, cada acto.

¡Y le gustó tanto lo que vio...!

¿Qué había sucedido con la mujer a la que fue a buscar, y que le roció la cara con el spray de pimienta? Apenas habían pasado unos días. Los suficientes, según parecía, para que pudiera estar en un refugio apartado, en mitad de una tormenta de las grandes, y encima con la única compañía que la de él.

La realidad se abrió entonces con una claridad sorprendente a un chico atormentado a causa del sufrimiento que provocó.

¡Volvía a confiar en él! Y después de su comportamiento no se lo merecía.

Aun así no iba a desaprovechar la oportunidad. Mucho menos tras la agónica semana que había pasado separado de ella. El martirio que le supuso, aquella lejanía impuesta, a la fuerza, lo tenía descentrado y malhumorado.

Ahora en cambio su estado de ánimo era bien distinto.

Dejó a un lado lo que pasaba por su cabeza, con una prisa inusitada, y volvió otra vez hasta el armario.

¿La razón? Pues nada más y nada menos a la imperiosa necesidad de mantenerse ocupado, y sobre todo alejado. El momento de debilidad que acababa de pasar le hizo luchar contra su cuerpo, porque, en caso de que no lo hubiese hecho, no habría resistido el impulso de besarla, de la manera que fuese, una y otra vez.

“Joderrrrrr”

Comenzó a revolver, inquieto, el contenido del armario, mientras maldecía a aquella puta tormenta que seguía con toda su fuerza. Le iba a resultar especialmente duro pasar la noche entera con ella. Las ganas de hacerle el amor debilitaban su contención, de tal manera, que no sabía qué hacer para contenerse...

A Érika no le pudo pasar por alto el cambio de él, siendo testigo de que, de pronto, parecía estar encarcelado entre aquellas cuatro paredes.

¿Por qué? ¿Es que lo que le pasaba era que estaba nervioso por verse en la obligación de pasar allí la noche? ¿Acaso el querer mantenerse ocupado tenía algo que ver con su persona?

No pasó ni un minuto cuando Hugo se acercó hasta el saco de dormir, en

el que Érika estaba, con un paquete de gasas y un bote que contenía un líquido transparente.

—¿Qué es eso? —preguntó con curiosidad, llevándose la segunda taza de sopa a la boca.

—Es para curarte. Ahora que has entrado en calor, y que tienes algo caliente en el estómago, es el momento de ver esa rodilla.

—No ha sido nada. No te preocupes.

Se arrodilló frente a ella, ignorando sus palabras, y la miró. Permaneciendo a escasos centímetros de la mujer, a la que se sometería, en el caso de que ella le dejase. Reforzando la actitud de que tenía el control de la situación, abriendo la boca para decir:

—Siempre me preocuparé por ti. —En un momento de debilidad estiró el brazo y le pasó la mano por una de sus mejillas—. No puedo evitarlo después de saber lo mucho que confiaste en mí a pesar de por lo que tuviste que pasar. Y necesito que sepas...

—No Hugo —le cortó inquieta, apartando la cara para que la dejara de acariciar, ante la evidencia de que si le dejaba continuar estaría perdida.

—Por favor... —insistió mediante un susurro, revelándole el dolor en su mirada por apartarse—, déjame que te dé una explicación que sé que te debo.

—No. No te equivoques —negó, permaneciendo con una actitud distante. Convencida que hacía lo correcto y por tanto lo mejor para ella—. Tú no me debes nada. He sido yo la que me he expuesto demasiado, y soy yo la que tiene que cargar con las consecuencias.

—¡No digas eso! —Levantó la voz preso de una angustia infinita. ¿Cómo podía pensar algo así? Se pasó la mano por el pelo nervioso, lleno de unos remordimientos implacables que lo consumían, y se arrodilló sobre el suelo. Buscándola.

La reacción de ella fue la misma. Continuó rehuyéndole. Así que Hugo pisó el freno y decidió darle una tregua.

—¿Me enseñas esa rodilla?

—Yo me curaré —fue lo que dijo antes de cogerle el bote y las gasas.

¡Dejando bien clara su postura!

—Está bien —admitió derrotado. Se levantó y echó el agua restante en otro par de tazas. A continuación añadió una cucharada de café soluble, y una de azúcar, a cada una de ellas—, ¿quieres un café?

—¿También hay café? —preguntó sorprendida, siendo capaz de

arrancarle una sonrisa después de la tensión que acababa de producirse. Relajándose otra vez.

—Ya te dije que había varias sorpresas —y decidió aprovechar la ocasión, volviendo a insistir—: déjame cuarte Érika. Por favor.

La firmeza que en un principio tuvo empezó a flaquear, y ella sabía que si le dejaba, sería prácticamente imposible volver a levantar la barrera que debía separarlos.

¿Qué hacer?

Entonces, y a pesar de que posiblemente se estuviera equivocando, al final no pudo resistirse a lo que le estaba pidiendo.

¿Cómo iba a hacerlo si lo que deseaba era que permaneciera a su lado? Implorando porque fuera así las dos semanas que les quedaban.

La simple verdad traspasó sus sentidos y, plenamente convencida de lo que quería, contestó con segundas intenciones:

—¿Me prometes que no me harás daño?

Hugo supo interpretar a lo que se estaba refiriendo, cogiendo al vuelo la nueva oportunidad que le brindaba.

—Nunca quise hacerlo. —Le ofreció la taza de café y volvió a ponerse en cuclillas con la intención de volver a estar a su lado. Después la miró de una manera muy especial, y confesó antes de que le cortara—: Héctor y yo llevamos un par de años apostando a ver cuál de los dos es más cabrón. La apuesta consistía en averiguar quién de los dos tardaba menos en ligarse a la chica extranjera que venía. Se trataba de un absurdo juego y...

—De verdad que no hace falta que digas nada.

—Sí, sí hace falta Érika, ¿y sabes por qué? Porque esta semana ha sido posiblemente la peor de mi vida. Los remordimientos no me han dejado ni dormir después de que me contaras tu historia, y no me compensa nada que no sea tu perdón.

—Pero...

—No. Déjame terminar —exigió decidido ya que era ahora o nunca, viendo cómo su niña desvalida se callaba para dejarle decir lo que quisiera —, debes saber que este mes me tocaba a mí llevarte a la cama para ganar a Héctor, y también debes saber que estuve a punto de tirar la toalla debido a los primeros encontronazos que tuvimos. Pero decidí seguir adelante, engañándome, porque creía estar convencido de lo que tenía que hacer. Sin querer indagar en la curiosidad que me empezaste a despertar desde casi el principio.

Aprovechó ese momento de silencio para coger el bote y abrirlo, después empapó una de las gasas y esperó su respuesta.

Érika no tardó en dársela, se subió la manta por encima de la rodilla, y dejó que la curase. Sintiéndose cuidada y mimada, como nunca antes lo había sentido, mientras pensaba cómo era posible que le sucediera con aquel hombre en concreto y además en tan poco tiempo.

Reconociendo, de una vez por todas, lo que ya sabía, por muy incomprensible que pareciera. No podía seguir dudando.

Lo cierto era que... ¡¡Estaba profundamente enamorada!!

Hugo comenzó a curarla envuelto en una paciencia desbordante. Permaneciendo atento a cualquier reacción por parte de ella. Por nada del mundo la haría daño. Y continuó:

—Pero la curiosidad creció y llegó la noche del baile, ¿te acuerdas?

Ella asintió.

—Esa noche pretendía sacarte a bailar, pretendía empezar a actuar para terminar cuanto antes, ¿sabes por qué? porque me empezabas a volver loco y no quería involucrarme más de lo que debía, y entonces... —se calló, dejó la mano quieta, y alzó la mirada, descubriendo a una chica indecisa pero con ganas de escucharle hasta el final. Algo que hizo a continuación—: y entonces, cuando te agarré, pude sentir el temblor que tenías por el miedo que te provocaron aquellos dos chicos. En ese momento supe que todo acababa de cambiar, que tú eras especial, y que no podría hacerte daño. El grave error que cometí entonces fue el de no tener los cojones suficientes para decírselo a Héctor. Y ese error me está matando. El daño que terminé haciéndote después de saber lo mucho que habías confiado en mí fue demoledor. Y todo por esa jodida apuesta. Siento tanto haberte fallado Érika...

—Sabía que no podía haberme equivocado tanto contigo —logró decir emocionada— ¡lo sabía!

—Ven aquí amor.

Hugo dejó la gasa sobre el suelo y la abrazó con fuerza, estrechándola entre unos brazos que la habían echado tantísimo de menos, que hasta dolía.

—Te prometo que no volveré a defraudarte. Eres tan importante para mí... de verdad que no te puedes hacer a la idea. Y nunca antes me había sucedido algo así Érika. Nunca.

Y mientras seguían abrazándose la tormenta seguía sin tregua.

A ninguno le importó, centrándose en abrazarse después de tan conmovedoras y sinceras palabras.

Mucho tiempo después Hugo la soltó y permaneció atento a cualquier cosa que ella quisiera. Comprobó que la ropa estuviera seca y se dispuso a cogerla. No soportaba la idea de saber que, debajo de la manta, no había nada más que su cuerpo desnudo. Imaginándose lo fácil que sería quitársela para terminar lo que habían empezado hacía una semana.

Pero para ser franco necesitaba hacerlo bien por mucho que le estuviese resultando una tortura seguir conteniéndose. Bajo ningún concepto se aprovecharía de ella, estaba tan exhausta que difícilmente podría resistirse. Decidiendo que lo mejor sería dejarla dormir y que descansara.

—Ya está seco. Toma.

Al ver cómo cogía sus braguitas y su sujetador no pudo evitar ruborizarse, comenzando a sentir los estragos del cansancio acumulado después de relajarse gracias al fuego y al líquido caliente ingerido. Por ese motivo le costó bastante esfuerzo volver a levantarse, a medida que irremediablemente empezaba a sentir el peso de los párpados que querían cerrarse a toda costa.

—Venga —insistió él al darse cuenta. Volviéndose hacia el otro lado para darle un poco de intimidad—, cámbiate rápido. Antes de que te quedes dormida.

Érika bostezó muerta de cansancio y consiguió vestirse, después cogió la manta y se la volvió a enrollar para terminar acostándose dentro del saco. El calor que la envolvió pareció elevarla hasta el mismo cielo. Pero si era sincera consigo misma, sabía que faltaba un detalle para que todo fuera perfecto.

Y ese detalle volvía a estar a su alcance. Deseaba, con todas sus fuerzas, quedarse dormida entre sus brazos.

—Hugo —le llamó mediante un susurro, notando lo sumamente que le costaba hablar.

—Creo que sé lo que quieres —se adelantó con la certeza de que no se equivocaba.

—¿Ah sí?

—Sí, y quiero que sepas que por esta vez te voy a dejar escapar. Me meteré en tu saco y nos dormiremos. Sé que estás terriblemente cansada, y sé que debo dejarte descansar... pero la próxima vez no te escaparás tan fácilmente. No te lo voy a permitir.

—Te tomo la palabra —consiguió decir antes de sonreírle y sin saber muy bien lo que aguantaría antes de sucumbir al dulce sueño que la envolvía.

Él también se vistió y se acercó. El corazón de Érika se aceleró ante la evidencia de que su deseo iba a ser concedido.

Lo que sintió a continuación fue inexplicable, sintiéndose en la luna al comprobar cómo se metía dentro de su saco y se acoplaba a su cuerpo. Abrazándola con una delicadeza única que consiguió dejarla en una paz infinita. Fue entonces cuando apoyó la cabeza contra su pecho y se quedó profundamente dormida envuelta en una dichosa felicidad.

Hugo sonrió una vez que comprobó lo poco que había tardado en dormirse. Acarició su pelo una y otra vez sopesando que, efectivamente, iba a ser una noche muy larga. La deseaba demasiado.

Pero en el fondo se alegraba de la manera en la que se habían desarrollado los acontecimientos. Y sinceramente, el hecho de terminar durmiendo juntos abrazados lo hacía sentirse muy bien, deseando tener la oportunidad de compensarla por el mal entendido entre ellos.

Ni siquiera supo los minutos que estuvo mirándola embobado... tampoco prestó atención a la tormenta que parecía perder fuerza... y mucho menos le importó cuando se apagó el fuego...

Lo único de lo que si se dio cuenta era de lo a gusto que se encontraba con esa mujer en concreto. Y con aquella sensación de plenitud acabó quedándose dormido sin soltarla en ningún instante.

CAPÍTULO 17

Eran las seis de la mañana cuando Érika tuvo que sucumbir a las ganas de seguir durmiendo. La necesidad urgente de hacer pis pudo con el sueño.

Poco a poco comenzó a abrir los ojos y se esforzó para que su mente despertara. No entendía el motivo del porqué se encontraba tan cansada. Miró, un poco confundida, la única luz que se veía a través de las rendijas, y se extrañó. Se encontraba en un lugar oscuro y desconocido, provocando que se le tensara el cuerpo. Removiéndose inquieta y palpando con la mano aquello que no conseguía ver.

El susto que se pegó al sentir cómo alguien la estrechaba, entre unos brazos desconocidos, estuvo a punto de hacerla desmayar. Algo que sin ninguna duda hubiese sucedido si no hubiese escuchado a continuación:

—¿Qué pasa? —preguntó Hugo sin despertarse del todo.

—¿Hugo?

Las escenas vividas el día anterior, y como si se tratasen de diapositivas, fueron pasando una a una por la mente de Érika.

Y consiguió tranquilizarse, olvidándose de que había estado al borde de una fuerte crisis de ansiedad. Comprendiendo el poder que tenía sobre ella aquel hombre adorable, empeñado en no soltarla pasara lo que pasara, y que simplemente, escuchando su voz, le bastaba para estar segura.

¡Dando el paso definitivo para su completa recuperación!

—¿Y quién podría ser si no? —dijo ya completamente despierto.

Hugo se dio cuenta del doble efecto que recorría su cuerpo gracias a la dicha de despertarse juntos. Y tanto él como su miembro erecto estaban entusiasmados por ese motivo.

—Tengo que ir a hacer pis. Ahora vuelvo.

—Vale.

Y mientras ella salía fuera, Hugo aprovechó para encender otra vez el fuego. Consiguiéndolo con gran rapidez, gracias a que todavía había alguna brasa. Después fue hasta el armario, lo abrió, y buscó lo que alguien, muy acertadamente, había dejado en una de las baldas.

¡Una caja de preservativos!

Estaba convencido de que la contención que había tenido hasta ahora, y que por poco lo consume, debería obtener de una vez su recompensa.

¡Era ahora o terminaría explotando de cómo la necesitaba! Mirándola a través de la luz procedente del fuego, cuando volvía a entrar, en lo que fue toda una intención directa.

Érika pudo leer en sus ojos lo que quería, con tal claridad, que se quedó parada apoyándose sobre la puerta. Quería parecer tranquila pero no lo consiguió. El deseo que flotaba en el ambiente se apoderó también de ella, y después de por lo que habían pasado, supo que iba a caer rendida a sus pies. No podría resistirse y menos tras la confesión de anoche.

¡Alegrándose tanto de estar en aquel mágico lugar...!

Hugo la devoró con una mirada llena de intenciones, todas ellas deshonestas, y movió la caja que tenía entre las manos para que la viera en un gesto provocador.

—Fíjate lo que me he encontrado en el armario.

El énfasis empleado a ella le hizo pensar en lo que podría ser, sin imaginarse, en ningún momento, lo que aquella sencilla cajita iba a provocarle en lo más hondo de su ser.

—¿Qué es?

Hugo avanzó hasta donde ella seguía parada, sin atreverse a mover, y antes de tocarla le susurró en voz baja cerca del oído:

—Una caja de condones.

La suavidad con la que lo dijo la atravesó, sintiendo la necesidad de apoyarse completamente sobre la puerta. Y mientras lo hacía un hormigueo la sacudió al notar como él le apartaba un mechón de pelo y lo colocaba detrás de la oreja mirándola con un deseo contenido que la volvía loca.

—Te dije que no te volvería a dejar escapar amor y es precisamente lo que voy a hacer.

Antes de que se diera cuenta la acorraló con su cuerpo, permaneciendo con su boca tan cerca, que Érika cerró los ojos mientras trataba de respirar. Deseando como nunca antes que la besara como solo él sabía hacerlo. Solo que Hugo quería aprovechar cada minuto que se le ofrecía. Quería amarla lentamente, y si la besaba tal y como ansiaba no podría hacerlo. Esperando a ver la posible reacción de ella antes de volver a susurrar:

—Quién lo iba a decir, ¿verdad? Tenemos hasta preservativos y sería de muy mala educación no utilizarlos, ¿no te parece? —la provocó deliberadamente para a continuación apretar la cadera con fuerza para que se hiciera a la idea de cuánto la deseaba.

A lo que Érika contestó abriendo los ojos sobresaltada mientras se le

escapaba un suspiro de placer. Comiéndolo literalmente con los ojos, al tiempo que sabía que era su turno para demostrarle los sentimientos que tenía hacia él, confesándose:

—He deseado tanto este momento contigo Hugo que lo recordaré siempre.

—¿Ah sí?

—Sí.

—Entonces tendré que poner todo mi empeño para no defraudarte, ¿no? —y de manera hipnotizadora abrió la caja, recortando uno de los condones, bajo la atenta mirada de una chica a la que se le acababa de secar la boca de repente, mientras que sentía como una especie de espasmos la sacudían por entero rindiéndose a él y por supuesto a lo que quisiera hacerla.

Hugo se metió el sobrecito plateado en el interior del bolsillo trasero, después apartó con delicadeza su melena, y se la colocó detrás sin dejar de mirarla. Haciéndose a la idea de lo mucho que le gustaba lo que aquellos ojos le decían con total claridad. Y aquel hecho en concreto fue suficiente para, hacerle ver, que su niña era completamente diferente a todas las que habían pasado sin pena ni gloria por su vida, reconociendo la verdadera responsabilidad de lo que aquello significaba ante la evidencia de que en tan solo dos semanas había conseguido lo que ninguna otra en meses, algo que, aun a pesar de la forma en la que él entendía la vida a sus 28 años, no le importaba en absoluto. Deseando poder aferrarse a ella de la manera que fuese.

Sentía que, por primera vez en la vida, estaba dispuesto a cualquier cosa por muy descabellado que pareciera.

Y aquellos pensamientos le hicieron débil, algo a lo que por supuesto no estaba acostumbrado al saber que no podría alejarse de ella así como así...

Al final le costó hacerlo pero tuvo que volver a la realidad. Y la realidad era tan dura como que solo les quedaban dos semanas para estar juntos, provocando en su interior un arrebató de desesperación.

—Hugo, ¿qué te pasa? —le preguntó preocupada. No entendía que se quedara quieto y sin dejar de mirarla de una forma tan atormentaba que dolía —, parece como si no estuvieras aquí y...

—Claro que estoy aquí mi vida —la cortó de pronto. Apoderándose de su boca de manera desesperada, pasándole las manos alrededor de la nuca con un énfasis abrumador.

La forma de besarla en un principio a Érika la sorprendió, pero

rápidamente se acopló a lo que él parecía necesitar, dejándose llevar por el torbellino de sensaciones al tiempo que él la seguía besando con una desesperación abrumadora.

Érika entonces alzó los brazos, los pasó alrededor de los hombros para sujetarse, y soltó un grito que él silenció al notar cómo la levantaba por los aires y la cogía con fuerza sin que en ningún momento dejara de besarla. Llevándola hasta los sacos de dormir que parecían estar esperándolos.

—Te necesito tanto Érika... —susurró sobre sus labios antes de bajarla. Consiguiendo tener la suficiente cordura para preguntar—: ¿Puedo?

Cuando vio sus intenciones supo a lo que se refería, y aunque en un primer momento se puso un poco rígida, fue mirarle y ver tanta preocupación por no hacerla más daño de lo que ya había hecho, sin intención, que solo pudo decir:

—Tú sí. Ya deberías saberlo.

Hugo expulsó el aire que había retenido en los pulmones sin haberse dado ni cuenta y relajó la expresión del rostro ante lo que aquello significaba. Armándose esta vez de paciencia para no asustarla, llevando las manos hasta su camiseta para deslizarla lentamente hacia arriba, consiguiendo sacársela por el cuello.

Si en un primer momento a Érika, se le pudo llegar a pasar por la cabeza el arrepentirse de dejar que incluso él la desnudara de cintura hacia arriba, ese instante se esfumó rápidamente gracias a la extrema delicadez de un hombre que seguía dispuesto a lo que hiciese falta con tal de no lastimarla. Sintióse tan feliz y amada que hasta dolía...

—¡Oh mi dulce niñita! —exclamaba con la voz ronca y llena de emociones a flor de piel— ¡deja que te vea!

—No. Yo...

Sin hacer caso a lo que pedía fue él el que dio un paso atrás, viendo cómo trataba de taparse el costado, pero sin permitirselo. Seguidamente la cogió de las manos y dijo:

—Eres preciosa Érika.

—No. No lo soy —dijo con voz sumamente débil, bajando la mirada para que no viese aquellas lágrimas tan amargas que no podía controlar.

—¡Eh! —Y buscó su barbilla hasta conseguir alzársela—. ¡Mírame!

Ella le obedeció y le mostró su dolor.

—¿Por qué lloras?

—Pensé que jamás nadie me volvería a decir algo así... aunque sea

mentira.

—¿Mentira dices? —Soltó su barbilla y secó con los dedos todas las lágrimas, y cuando no quedó ninguna continuó—: realmente eres una chica preciosa. Y deberías creértelo amor.

Érika dio un respingo al notar cómo, de repente, él llevaba la mano hasta su costado. Y al saber con qué intención quiso apartarlo.

—No Hugo. Por favor... —le suplicó con el corazón encogido de dolor.

—¿Y por qué no? Me gusta todo lo que esté relacionado contigo, y cuando digo todo es ¡todo!

—Pero... —titubeó volviendo a resistirse, dando otro paso hacia atrás.

No le sirvió absolutamente de nada debido a la convicción de un Hugo que no estaba dispuesto a parar ahora, y es que tal y como acababa de decir, lo quería todo de aquella chica que volvía a estar atormentada y anclada en el pasado... un hecho que no iba a consentir. Convencido de la importancia de limitarse a vivir el presente.

¡Lo que de verdad les debería importar a ambos! Por ese motivo, y antes de que siguiera retrocediendo en el tiempo, le pasó los dedos a forma de caricia por la cicatriz, rezando en su interior ante la duda de que se estuviera equivocando.

—¿Te das cuenta? Sigues siendo preciosa y siempre lo serás para mí.

—¿Hablas en serio?

—Nunca antes lo había hecho tanto, y si por un momento llegas a dudar de lo que te digo es que no me conoces nada —terminó diciendo con el gesto serio, atravesándola con la mirada, sin dejar de acariciar aquella parte tan sumamente vulnerable para ella. Esperando cualquier tipo de reacción después de aquel atrevimiento por su parte.

Y el tipo de reacción que tuvo Érika a continuación lo llevó hasta el mismo paraíso. Deleitándose porque nuevamente se aproximaba a él.

El deseo en sus ojos le encantó. Quería seguir hasta el final, transformándola en una mujer diferente, porque realmente creía lo que le acababa de decir.

De todas formas Érika necesitó decírselo.

—¿Sabes qué? Te creo —le dijo con un brillo especial en los ojos antes de abrir la boca y ser ella la que lo buscara. Fundiéndose en un beso apasionante—. ¿Y sabes qué? —volvió a preguntar insinuante sobre sus labios.

—¿Mmmm...?

—Que me muero de ganas de hacer el amor contigo.

—¡Oh amor! —Fue cuanto pudo exclamar antes de hacerse paso a través de la boca hasta encontrar la lengua que le estaba esperando.

El deseo resurgió como una llama, envolviéndolos, a medida que profundizaban cada beso como si fuese el último. Comenzando a desnudarse con demasiadas prisas.

Una a una fueron cayendo las prendas de ropa al suelo, quedando desperdigadas alrededor del fuego, de cualquier manera, mientras se dedicaban el uno al otro en cuerpo y alma.

Cuando estuvieron totalmente desnudos, y sin poder dejar de besarse, Hugo la ayudó a tumbarse sobre el saco de dormir. Después se acopló encima suya con cuidado de no hacerla daño y cerró los ojos debido al placer de sentir piel con piel.

—¡Mierda! — Exclamó de pronto.

—¿Qué pasa?

—Me he dejado el condón en el bolsillo del pantalón —soltó impaciente antes de besarla en la boca. Después se separó de ella. Costándole un verdadero esfuerzo.

La imagen del cuerpo desnudo a través de la tenue luz del fuego, mostrando su erección, a Érika le provocó que se le secase la boca, una vez más.

—Ya estoy aquí —susurró encantado de que los cuerpos desnudos volvieran a sentirse. Después volvió en busca de su boca y se apoderó de ella de una manera escandalosamente sensual mientras la incitaba, con la rodilla, a que abriera las piernas... A lo que Érika accedió con sumo placer, abriendo los ojos loca de deseo, a medida que un ronco gemido escapaba de su garganta al notar cómo él bajaba la mano poco a poco hasta llegar a su sexo. Acariciándola con los dedos suavemente.

—¡Mmmm! —ronroneó loco de placer al ver lo dispuesta que estaba para él— ¡Estás tan mojada que me vuelves loco!

—¿Te gusta? —Logró decir después de sentir los escalofriantes espasmos que le provocaba con sus hábiles dedos. Mostrándose lo desinhibida que quería.

Estaba disfrutando y enloqueciendo con cada nueva caricia. Llegando a olvidarse de todo lo que no fuese Hugo, y la manera tan delicada en la que le hacía el amor. Entregándose de una manera completa, sin reservas, y sin por supuesto ninguna duda.

—¿Estás preparada amor?

—Sí, sí. —Le contestó mediante unos jadeos involuntarios, viéndole incorporarse para coger el sobrecito. Admirando, extasiada, cómo lo sacaba del envoltorio y lo deslizaba sobre el pene erecto con una destreza impresionante.

—Ahora sí voy a hacerte el amor. —La avisó acomodándose entre sus piernas para buscarla con avidez.

Érika se sintió dichosa.

—¡Hugo! —Consiguió decir sintiéndole dentro de su carne, incapaz de frenar el irresistible deseo que la sacudió. Clavándole las uñas en la espalda — ¡Por Dios Hugo!

—¿Qué te pasa amor? —Le preguntó de manera pícaro antes de deslizarse nuevamente en su interior soltando un gruñido.

—Me gusta tanto que no creo que...

—Ni yo amor. Ni yo... —la silenció con la boca penetrándola con más fuerza.

Los dos se dejaron llevar por el deseo y la necesidad que tenían de llegar al clímax. Mirándose mutuamente en lo que fue toda una intención.

Pocos minutos después llegaron al orgasmo entre un grito y un gemido juntos, terminando de disfrutar de los últimos espasmos sin separarse durante unos maravillosos instantes. Después Hugo aprovechó para hacerse a un lado y abrazarla con ternura, mientras besaba sus cabellos una y otra vez.

—¿Estás bien?

—Nunca estuve mejor —le contestó con una sonrisa, arremolinándose en torno a su cuerpo.

Hugo sonrió relajado y respiró con tranquilidad.

—Tengo que decirte que yo tampoco amor... —confesó estrechándola con más fuerza todavía.

Diez minutos después los dos dormían, profundamente, a medida que la claridad del amanecer resurgía.

CAPÍTULO 18

Eran las ocho y media de la mañana cuando Héctor, junto con Juan, afrontaban los últimos metros que los separaban del refugio, después de haber permanecido toda la noche sin poder dormir ante la posibilidad de que les hubiese sucedido algo. Y como el teléfono móvil no daba señales de vida, decidieron que en cuanto comenzase a amanecer, subirían en busca de ellos por si necesitaban ayuda. Permaneciendo completamente en vilo, durante el largo trayecto, hasta que consiguieron ver a lo lejos el humo que desprendía la chimenea del refugio.

Entonces pudieron respirar tranquilos. Ascendiendo los pocos pasos que les quedaban más relajados.

—Bueno... —decía Juan entonces—, por lo menos han podido pasar la noche a cubierto.

—Sí —afirmada Héctor mediante un gesto preocupado — pero, ¿no habrán terminado matándose entre ellos?

—Esperemos que no, aunque después de lo visto no me extrañaría.

—¡Joder! ¡Y todo por mi culpa! —exclamaba Héctor con rabia—. ¿Cómo iba yo a saber lo pillado que estaba?

Terminaron de subir lo que les quedaba, y se quedaron un momento frente a la puerta cerrada, esperando escuchar algún signo de pelea.

Nada, silencio, lo que indicaba que, con toda probabilidad, estarían dormidos.

Los dos hombres se compadecieron del que estaba dentro, ante la evidencia (después del comportamiento de Érika durante la semana), que debía de haber sido una noche horrible, obligado a permanecer junto a una persona que no lo quería ni ver. Claro, sin que se les pasara por la cabeza, a ninguno de los dos, lo que realmente se iban a encontrar...

—Tú primero —le animó Juan, aprovechando para quedarse un poco rezagado, ante la incomodidad de la situación en la que podrían verse involucrados.

Y se hizo a un lado para dejarle pasar.

—Está bien —contestó no muy convencido.

Avanzó hasta la puerta y creyó que no haría falta llamar, abriéndola todavía indeciso.

La luz entró a raudales, iluminando el interior de la cabaña, a la vez que Héctor abría los ojos como platos.

—¿Pero qué cojones...?

No se creía lo que veía.

—¿Qué pasa? ¿Por qué no entras? —preguntaba Juan asustado ante la posibilidad de que no fuesen ellos sino algún montañero.

Avanzó detrás de sus pasos y se quedó junto a Héctor. Escuchándole decir:

—Compruébalo tú mismo —contestó con un tono mezcla entre incredulidad y alegría.

Juan no supo el porqué, pero el cambio obrado en Héctor era significativo. Así que, muerto de la curiosidad, avanzó hasta el umbral de la puerta y miró el interior del refugio.

—¿Pero qué...?

Dejó la pregunta a medias. Se acababa de quedar sin palabras, descubriendo la ropa de los dos tirada por el suelo. También la ropa interior.

Ambos se miraron incrédulos y volvieron a prestar atención a los ocupantes del interior. Y fueron conscientes de lo que allí había pasado.

Estaban dentro del mismo saco y con una caja de preservativos al lado.

—¡Menudo cabrón! —terminó exclamando su amigo con sorna—, mientras nosotros estábamos preocupados mira lo que estaba haciendo. Y pensar que hasta nos estaba dando pena...

La carcajada de Juan, ante semejante comentario, consiguió despertarle.

Hugo echó el saco hacia arriba, con una rapidez sorprendente, para que no se viese nada del cuerpo desnudo de su chica.

—¿Qué os hace tanta gracia?

Érika se despertó inquieta y sobresaltada. Trató de incorporarse pero le resultó completamente imposible. Hugo no la dejaba. Y abrió los ojos sin entender qué era lo que estaba sucediendo.

“¿Hablará en sueños?”

—¡Joder! —exclamó horrorizada. Haciéndose a la idea de lo que pasaba.

No estaban solos, y su reacción fue la de meter la cabeza dentro del saco de dormir muerta de la vergüenza.

—No habéis desaprovechado el tiempo, ¿verdad? —se burlaba de ellos Héctor después del calvario que le supuso ser el causante de su distanciamiento.

Hugo lo miró con gesto divertido y con la expresión relajada. Era incapaz de enfadarse. A continuación levantó un poco el saco para mirarla.

—Anda sal de ahí —le dijo cariñosamente, ignorando a los dos.

—No hasta que se hayan marchado.

—Está bien —dijo poniéndose serio de repente—. Ya lo habéis oído. Érika quiere que salgáis.

—¿Y si no qué?

—Pues que seré yo mismo el que te saque a hostias —respondió tranquilo. Haciéndoles ver que no tenían opción.

—¡Qué capullo! Menuda manera de darnos las gracias después del madrugón que nos hemos dado —apostilló divertido.

—No os las daré. Y mucho menos después de que vuestra incursión acabe de desbaratar lo que tenía en mente.

—¿Por qué?

—Porque se me había ocurrido despertarme de una forma totalmente diferente y gracias a vosotros no he podido hacerlo.

Héctor entró al trapo rápidamente.

—¿Qué pasa? ¿Acaso quieres acabar con todos los condones?

Érika no se podía creer lo que estaba escuchando, permaneciendo ahí abajo con la cara roja de vergüenza.

—Quería Héctor, solo que dos aguafiestas se han encargado de que no pueda hacer. ¡Ay! —se quejó al sentir el codazo que Érika le acababa de dar en las costillas.

Los dos hombres estallaron en sendas carcajadas y, mientras eso ocurría, Érika comenzaba a cabrearse, muchísimo, en parte a la absurda charla que estaba aconteciendo.

¡No le encontraba la gracia por ninguna parte!

Y terminó gritando:

—¿Queréis salir de una vez? ¡Tengo que vestirme!

El énfasis que puso no hizo más que empeorar las cosas para ella, escuchando las ruidosas carcajadas de los dos, que eran incapaces de dejar de hacerlo.

—Está bien —logró decir Juan a duras penas—, os esperaremos fuera.

—Sí pero si tardáis más de cinco minutos volveremos a entrar —añadió el otro muerto de la risa.

—Vaya dos gilipollas...

Según salieron volvieron a cerrar, lo que Hugo aprovechó para meterse

dentro del saco también.

—Buenos días amor. Ya puedes salir.

—¿Seguro?

—Seguro. Este par de mamones me han estropeado lo que quería hacer. Y empezaría por quedarnos aquí. Tú y yo.

—Querrás decir tú, yo... y esos dos graciosos que no paran de reírse de nosotros, ¿no?

—¿Y qué más da? —le decía casi pegado a su boca— a mí lo único que me importa eres tú y la de cosas que me gustaría hacerte...

Érika abrió la boca para contestar, cuando sintió la suya sobre sus labios, apoderándose de ella con lo que resultó ser un beso que despertó el fuego que llevaba dentro. La intención era que se olvidara de todo lo que no fuese él.

Por eso cuando la soltó no pudo evitar quejarse.

—¿Estás jugando conmigo?

—¿Por qué dices eso?

—Porque si me besas así no esperes que me conforme después con nada.

—¡Oh Dios! —apartó la tela a un lado enfurruñado. Necesitaba alejarse antes de hacer una locura.

Y se levantó malhumorado sin que por supuesto le importara que viera lo que la volvía a desear.

Una vez más a Érika se le quedó la boca seca. La evidencia le mostraba que no era la única que se había despertado con aquel beso.

—Tenemos que vestirnos —dijo él poniendo una considerable distancia entre los dos.

Érika le vio raro.

—¿Qué te pasa? —se atrevió a preguntar mientras se ponía la ropa interior.

—¿Que qué me pasa? —seguidamente la miró, con un deseo que la traspasó por entero, y soltó—. Me pasa lo mismo que a ti solo que si no pienso con algo de frialdad no dudaré en tumbarte y volver a hacerte el amor. Eso es lo que me pasa.

Érika tragó con dificultad, se terminó de vestir, y por un instante pensó que podrían decirle a Juan y a Héctor que ellos bajarían un poco después. Quería y necesitaba lo mismo que su chico.

—¿En qué piensas? —preguntó Hugo por su expresión.

—Como tú me dijiste una vez mejor no quieras saberlo.

—Eres una chica mala, ¿lo sabías?

—Estoy aprendiendo de ti, —se terminó de atar los cordones de las zapatillas y se levantó. Después lo miró de forma descarada y le dijo—: no creas que te voy a dejar escapar. Esta noche seré yo la que te busque y no habrá nadie que pueda impedírmelo.

Dicho esto pasó a su lado y salió.

Hugo en cambio terminó superado por lo que le acaba de decir. Quedándose allí hasta que su terrible erección consiguiera calmarse.

Por nada del mundo iba a darle, a esos dos, motivos para que siguieran cachondeándose de él.

Quince minutos después los cuatro comenzaron a descender por la montaña. Hugo y Érika lo hicieron cogidos de la mano, siendo incapaces de soltarse. Aquel simple contacto era necesario para cualquiera de los dos. Convencidos, aunque sonase a disparate, que estaban hechos el uno para el otro.

El revuelo que provocaron, cuando llegaron, les separó de inmediato. Era lunes y por lo tanto había clases.

Desayunaron rápidamente en la cocina, siempre rodeados de los niños que no paraban de hacer preguntas, y después cada uno se puso a hacer lo suyo. Pero antes de que eso sucediera Hugo se acercó hasta Érika, que estaba metiendo los vasos en el lavavajillas, y le susurró para que nadie más lo oyera:

—Ya te estoy echando de menos... —le dijo viendo cómo ella se agarraba a la pila debido a lo sumamente cerca que se encontraban. Y antes de irse terminó diciendo—: y no nos va a resultar fácil después de que María sepa lo nuestro.

“¿Qué querría decir con eso?”

Se dio la vuelta para preguntar pero él ya se había ido.

En fin. No le quedó otro remedio que incorporarse a su rutina diaria.

—Vamos chicos. Es la hora.

Y así empezó ese lunes tan diferente al resto de los días. Esforzándose en concentrarse, en la clase que estaba dando, pero sin lograr conseguirlo.

¿Los motivos? Pues que, a cada instante, le venían los recuerdos vividos en el refugio. Pensando en él y solo en él. Implorando porque la hora de clase

se acabara para ir en su busca. La necesidad de estar cerca de él se estaba convirtiendo en una agonía, muriéndose de ganas de volver a besarle, mientras no hacía otra cosa que mirar el reloj, consciente de lo lento que iba.

¿Podría ser que se hubiese estropeado?

Los minutos que quedaban para acabar la clase le resultaron un auténtico desafío, logrando controlar su estado eufórico, una vez acabada, recogiendo los apuntes de manera calmada para no delatarse ella misma.

Cuando se quedó sola en la habitación fue hasta la ventana y miró a través de los cristales. Quería localizarle pero, al ver a todos menos a él, el desánimo se apoderó de ella.

“¿Dónde se habría ido?”

—Hola amor —escuchó de pronto detrás suya sintiendo como esas simples palabras la envolvían en un estado de anhelo hacia él. Dándose la vuelta apresuradamente para mostrarle lo mucho que se alegraba de verlo.

Él ya estaba allí, pegado a su cuerpo, cogiéndola de la cintura.

—No debería estar aquí pero me resulta imposible permanecer en mi sitio cuando sé dónde encontrarte —le susurró en el oído lentamente.

—¡Oh Hugo! —exclamaba con voz sensual—, la clase se me ha hecho eterna pero por fin te tengo.

—No por mucho tiempo.

—¿Qué quiere decir eso?

—Pues que María ya se ha enterado de lo nuestro y no nos va a dejar este tipo de acercamientos entre nosotros.

—¿Por qué no?

—Porque es una de sus primeras reglas. Aquí, en su casa, no está permitida ninguna clase de relación entre compañeros. Y ahora mismo esa regla nos incumbe tanto a ti como a mí.

—Pero entonces...

—Pero entonces nos tendremos que conformar con algún que otro beso robado sin que ella se entere.

—¿Sólo eso? —preguntó alarmada ante lo que aquello significaba.

—Tendremos que ser cuidadosos... —y bajó hasta sus labios para besarla puesto que era lo que deseaba.

Érika se agarró a sus anchas espaldas y se olvidó de cuanto estaba diciendo, dejándose llevar por aquel beso que la hacía temblar de emoción, al tiempo que Hugo iba bajando la mano lentamente hasta llegar a sus redondeadas nalgas. Donde, muy gustosamente, se quedó explorando aquella

parte de la anatomía que tanto le gustaba... hasta que se apartó bruscamente, marchándose hacia el otro lado, como si buscara algo.

Erika se quedó sola sin entender lo que estaba sucediendo.

—¡Ah! Estás aquí.

Era María que por lo visto no había tardado nada en sumar dos más dos.

—Sí. Estoy buscando un libro que pensé que podría estar por aquí.

—Así que un libro, ¿eh? —a continuación miró a Érika y no tardó en descubrir cómo trataba de rehuir de su mirada. Lo que únicamente podía significar lo que había intuido. Avisándola de lo que ella quería saber.

—Mira, aquí está.

Hugo cogió el primer libro que pilló y se dispuso a salir. Aunque si por un segundo creyó que iba a engañar a María iba listo.

—Espera un momento Hugo —éste obedeció y se dio la vuelta—. Ahora que estáis los dos aquí aprovecharé para deciros algo.

—¿Es necesario?

—Por supuesto que lo es, y tú precisamente sabes a lo que me estoy refiriendo—dijo mostrándose demasiado serio—. No sé si has puesto a Érika al tanto de lo que aquí, y bajo ningún concepto, voy a permitir, pero si no es así te diré que están prohibidos los ligoteos de verano. De puertas para afuera podéis hacer lo que queráis, pero de puertas para adentro solo quiero profesionalidad. No quiero que los niños puedan llegar a ver cualquier situación comprometedor que puedan dar pie a comentarios que, llegado el caso, podrían poner en entredicho estos campamentos. Así que si no queréis que vuestros contratos sean rescindidos, haced el favor de no olvidaros que si estamos aquí es por los niños, ¿vale? No me gustaría que me obligarais a hacer algo que no querría, ¿entendido?

Érika se limitó a asentir con la cabeza. Y comprendió lo que él le dijo antes de la clase con respecto a que no les iba a resultar nada fácil. Ahora sabía a lo que se refería y comprendió el verdadero significado de las palabras de María.

“No los iba a dejar solos para evitar posibles tentaciones” pensaba con nostalgia al entender el por qué había ido en busca de Hugo nada más que finalizó la clase. Sabiendo la dirección que este iba a tomar.

—María —contraatacó Hugo con su carita de niño bueno—, te prometo que...

—Lo siento Hugo pero no puedo hacer la vista gorda, tanto a Juan como a mí nos ha costado mucho tener la credibilidad suficiente para que los padres

confíen en nuestro proyecto. Debes comprender que no puedo admitir que los niños vean lo que no deben. De verdad que lo siento pero esto es un trabajo y deberéis cumplir con las normas. Es así de simple.

“¿Simple? ¿Cómo iba a ser simple estar a su lado comportándose como unos simples compañeros de trabajo? Aquello que les pedía era imposible...”

—Ya sabéis —continuaba incansable—, cada uno a lo vuestro, y por el bien de todos espero que no terminéis haciendo lo que no debéis. No es muy difícil, ¿verdad?

—Sí tú lo dices...

—Claro que lo digo, y ahora tú —le decía a Hugo— vete con Juan. Hay que comprar en el pueblo varias cosas.

—Pero, ¿no es Héctor el encargado de eso?

—Ya no. Debido a la nueva situación hemos decidido realizar unos pequeños cambios y...

—Ósea que lo que tratas de decir es que nos va a resultar bien difícil coincidir en algún trabajo juntos, ¿es eso María?

—Más o menos sí. Lo siento chicos pero esto es lo que hay. —Y al ver que él no se movía del sitio terminó diciendo—: Vamos que Juan te está esperando.

—Vale, vale —contestó levantando las manos—, ya me voy.

Miró el libro que sostenía y, ante la evidencia de que los habían pillado, se limitó a dejarlo, después fue hasta la puerta, se giró una última vez para guiñarle un ojo a su chica, y se marchó de allí en busca de Juan. Eso sí, con el pensamiento de qué hacer para lograr la intimidad que tanto querían tras la reconciliación que se había producido entre ellos.

Una ardua tarea puesto que María se acababa de convertir en un hueso duro de roer...

A consecuencia del sermón de María, y por si no les había quedado lo suficientemente claro, tanto uno como otro comenzó a valorar la nueva situación. Hasta en la hora de la comida eran constantemente observados. Y ese hecho influyó tanto, que terminaron por soltarse de la mano, y eso que aquel simple gesto de cariño lo hicieron por debajo de la mesa para que nadie se diese cuenta. Sintiendo observados como si estuviesen haciendo algo malo. Algo que a Érika la hizo venirse abajo.

Pero claro, ¿qué otra cosa podía hacer? y es que a esas alturas, lo que

tenía claro, era que si rompían las reglas de María la primera perjudicada sería precisamente ella puesto que al día siguiente tendría que volver a Dublín... y desde luego que no quería hacerlo hasta que finalizara su contrato.

Antes preferiría mil veces tener que conformarse con seguir viéndole cada día, a arriesgarse a que los pillaran, terminando así su estancia en aquel país tan maravilloso y que le había dado tanto en tan poco tiempo.

El día resultó agotador después de que una infinidad de veces no pudieran evitar la tentación de buscarse, solo que, como siempre que lo hicieron, había algún niño de por medio. Teniéndose que conformar con simples gestos de cariño para no levantar ninguna sospecha, mientras se decían, a través de la mirada, lo mucho que deseaban estar solos. Intentando llevarlo lo mejor posible ya que sabían el riesgo que podían llegar a correr si María o Juan los pillaban. Armándose de una paciencia que les empezaba a faltar.

Los adultos de alrededor se daban cuenta, pero tampoco podían hacer nada al respecto. La evidencia les hacía partícipes de que lo que ellos querían, resultaría imposible.

Y María, que no perdía detalle de cómo se miraban, sabía que, una vez que estuvieran en sus respectivas cabañas, tanto uno como el otro intentarían, por todos los medios, escabullirse en mitad de la noche para pasar la noche juntos. Y aquel hecho en particular no se podría producir bajo el techo de su casa.

Tenía la solución para que no ocurriera y zanjó el asunto como debía. ¿Y cómo lo hizo? Pues simplemente trasladando a Érika al interior del chalet para evitar males mayores.

Y es que si por casualidad algún niño se levantaba por la noche, y miraba por la ventana en forma de círculo, muy posiblemente podrían verles donde no debían, y sintiéndolo mucho no podía consentirlo. Aunque fuese una casualidad entre un millón...

Por ese motivo después de la cena, y de que se acostasen los pequeños, María les informó de las novedades de la nueva situación.

No tenía otro remedio. Y claro, Hugo no tardó en montar en cólera, al tiempo que Érika sufría en silencio por aquella anómala situación.

Limitándose a escuchar lo que ahora Hugo decía:

—¡Por todos los santos María! ¿Es que tienes algo personal contra

nosotros? Puedo entender que nos pidas discreción, pero de ahí a trasladarla aquí hay un trecho —se quejaba completamente ofuscado por lo que pretendía hacer, sin que le sirviese de nada, porque María tenía más que claro hasta dónde podía llegar.

—No me fío de ti. En cuanto nos acostemos irás corriendo a la cabaña azul y no puedo tolerar este tipo de comportamiento en mi casa. Además, tú ya deberías saberlo. Llevas con nosotros desde que empezamos.

—Pero, ¿no te das cuenta de que solo nos quedan dos semanas para estar juntos? ¿Cómo puedes actuar con tanta frialdad después de saber su historia y mis intenciones con ella?

—¡Ah no! ¡Por ahí no jovencito! —le recriminó—. No pienses que vas a hacerme sentir culpable. Yo soy la que dispongo. Por nada del mundo, ni siquiera por el enorme cariño que sabes que te tengo, voy a consentir que mi casa se convierta en el lugar idílico para que los dos disfrutéis como si estuvierais de vacaciones. No y no. Y no hay más que hablar. Apaños como podáis.

Ester escuchaba la reprimenda y se hizo a la idea de la suerte que había tenido ella en particular cuando estuvo Brian. De haberlo sabido ya no estaría trabajando allí. Menos mal que al final no se enteró de nada.

—Érika recoge tus cosas y pásalas a la habitación libre. Esa será tu habitación hasta que termine tu trabajo aquí.

La aludida no se podía creer lo que estaba escuchando, permaneciendo con las manos atadas porque, fuera justo o no, ella era la dueña y por lo tanto era la que mandaba. Limitándose a obedecer antes de que a Hugo le diese algo.

—Está bien María. Empezaré ahora —dijo mediante su susurro. Le costaba hasta hablar. Y se levantó de la silla.

—¿Puedo ayudarla? ¿O también eso me lo vas a negar?

María a esas alturas se encontraba fatal, pero debía mantenerse más firme que nunca.

—Claro que puedes solo que... ya os podéis dar prisa porque en diez minutos iré a buscaros.

—¡Joder! ¡No me lo puedo creer! —bramó sin control— ¿Te crees que somos críos o qué?

—Es lo que hay —se limitó a decir—, y si no espabiláis al final iré con vosotros.

Hugo la miró fuera de sí. Calibró lo que acababa de decir, y claudicó.

Al fin y al cabo eran mejor diez minutos que nada.

—Vale, tú ganas —dijo convencido mientras se le pasaba por la cabeza una idea completamente descabellada. Sabiendo que le resultaría completamente imposible permanecer alejado de su chica toda la noche, y mucho menos después de saber la infinidad de posibilidades que ella le podía ofrecer—. Vamos amor, te ayudaré.

Érika no pudo evitar ruborizarse ante el apelativo cariñoso delante de los presentes.

Y es que Hugo quiso dejar bien claro que era lo más importante que le había pasado en meses, puesto que él nunca se dirigía así a ninguna mujer. A continuación se levantaron y caminaron a la par, comportándose como debían, hasta que entraron en la cabaña azul.

El lugar en el que se volvieron invisibles. Algo que Hugo aprovechó porque, nada más hacerlo, y antes de que se diera cuenta, la cogió de las manos y tiró con fuerza hasta hacerla chocar con su cuerpo, bajando a unos labios que ya lo estaban esperando.

El beso que se empezaron a dar los terminó de desbordar, siguiendo los impulsos de cada uno al querer que nada, ni nadie, los pudiera separar. Olvidando rápidamente el martirio que habían pasado durante aquel agónico día en el que estuvieron buscándose sin ningún resultado, para en cambio poder saborearse por entero, disfrutando de aquella pequeña recompensa que bien merecía la pena.

El cautivador beso pronto empezó a levantar signos de alarma, dando lugar a quererlo absolutamente todo y de una manera urgente además, por lo que Hugo, completamente loco de deseo después de la contención del interminable día, comenzó a tirar de la camiseta que llevaba puesta ante la idea de querer ver sus pechos desnudos y poder explorarlos. Muriéndose de ganas de hacerlo puesto que era algo que todavía no había hecho con la boca...

—¡Hugo! ¡Hugo! —logró decir la chica que sentía sus manos por debajo del sujetador— ... para por favor.

—No puedo amor, ya no.

—Pero...

—A la puta mierda con todo —fue cuanto dijo, fuera de sí, antes de apoderarse de su boca de una manera casi salvaje. Arrastrándola hasta el deseo que la empezaba a enloquecer.

Muy a su pesar, y tal y como se encargó de informarles, a los diez

minutos exactos María llamaba a la puerta haciéndoles ver que iba completamente en serio.

—¡Joder! —fue capaz de decir con la erección a punto de explotar dentro de sus pantalones.

Érika susurró apenada:

—Lo siento cariño pero tendremos que esperar a que llegue el fin de semana. Entonces tendremos dos días enteros para nosotros.

—¿Tú crees que yo puedo esperar cuatro días?! —casi gritó. Y para que lo entendiese se frotó contra ella consiguiendo que Érika soltara un pequeño jadeo—, ni siquiera sé si puedo esperar a mañana.

—No nos queda otra opción.

—Bueno, eso ya lo veremos —le dijo con voz ronca y sumamente sensual, acariciando deliciosamente la suavidad de su piel en lo que se convirtió en una auténtica promesa.

La voz de María se volvió a escuchar desde fuera, cortándoles el rollo.

Y Érika se quedó con la incertidumbre de no saber a lo que podría referirse con lo que acababa de decir, aferrándose a la esperanza de que sí que pudiese haber alguna manera de verse en la intimidad.

Tendría que esperar para averiguarlo. No le dio a tiempo ni a preguntarlo porque fueron interrumpidos, bruscamente, limitándose a escuchar:

—Ya que no me invitáis a pasar lo haré yo misma.

Dicho y hecho. Abrió la puerta, sin ser invitada y entró. Viéndoles apartarse algo y sobre todo fijándose en Hugo.

O mejor dicho en los pantalones de Hugo. Y no pudo evitar mostrarles la sorpresa que se acababa de llevar.

—¿Ves como no podía confiar en ti? —le recriminó.

—Siento si te he fallado —se burló sin ninguna contemplación, mirándola enfadado para a continuación cambiar de actitud, poniéndose serio porque lo que iba a decir lo requería —: María lo que siento por ella va más allá de todo, y ni quiero ni puedo controlarlo, ¿acaso eso es malo?

—Yo no he dicho eso.

—Pero nos lo haces ver con tus estúpidas normas —casi gritó con impotencia—. ¿No te das cuenta de que es lo que queremos?

—¿Y tú no te das cuenta de que si paso esto por alto después será Héctor o Ester los que lo pidan? Aquí sois iguales y por lo tanto tendréis que cumplir las normas.

—Está bien, tú ganas —se rindió bajando el tono—. Creo que me voy a

mi habitación, necesito una copa con algo fuerte.

—Lo que necesitas es una ducha de agua bien fría muchacho, —no pudo evitar decir— eso es lo que necesitas.

Hugo soltó el aire y la miró con un cabreo que parecía no tener fin.

—Eres muy graciosa y yo no estoy para juegos en este puto momento. Me marcho.

Antes de hacerlo se acercó a Érika con la determinación de quitarle la desilusión que se veía claramente en su cara.

—No te preocupes, ya encontraremos la forma de estar juntos.

—Pues no será en esta casa —intervino María siendo fulminada por la mirada de un Hugo a punto de perder la poca paciencia que le quedaba.

En un acto de contención consiguió silenciar las palabras que tenía ganas de decirle, y ese silencio fue a consecuencia de seguir pensando en que se arriesgaría, costara lo que costara, con tal de permanecer juntos y solos aunque fuera un instante. Recordando el plan que había urdido dentro de su cabeza y que, debido a lo mucho que la necesitaba, ni siquiera se pararía a pensar en los posibles peros.

Era la hora de arriesgarse.

A continuación actuó con sumo cuidado para que solo Érika lo pudiera escuchar, por lo que le dio un beso rápido, para no levantar sospechas, mientras le terminó susurrando:

—Deja la ventana abierta.

“¿Cómo? ¿Acaso iba a escalar para adentrarse en su habitación? ¿Era a lo que se refería cuando dijo eso de ¡ya lo veremos...!?”

Y aunque la idea era un auténtico disparate, Érika no pudo evitar que un calambre recorriera su espina dorsal. Costándole respirar ante la idea de que si fuera posible volver a estar solos... y esa misma noche. Comenzando a hacerse unas ilusiones que muy posiblemente no la llevarían a ninguna parte, pero que debido a lo que ambos querían por igual, tampoco es que importara mucho, ¿qué más daba? Olvidándose de golpe de las posibles represalias que pudieran tener, si los pillaban infraganti, para centrarse en lo que aquella maravillosa noche les podría ofrecer al final del camino.

—Buenas noches María —le dijo Hugo en tono pasota.

—Lo mismo te digo.

A continuación se marchó sin añadir nada, y aunque a María en un principio le sorprendió lo fácil que al final había sido, no le quiso dar más importancia, viendo a Érika recoger sus cosas sin molestarse en protestar.

Pareciendo tener prisa por instalarse en la otra habitación, sin que María entendiese el por qué.

“Bueno, por lo menos así evitaré que se acuesten juntos en mi casa” pensó una equivocada mujer.

Porque por supuesto, no sabía, que Hugo no se iba a dar por vencido así como así.

¡Vaya que no!

CAPÍTULO 19

El calor de la noche era asfixiante, y si aquello no parecía ser suficiente, encima no corría nada de aire, por lo que Érika tuvo que volver a salir de la nueva habitación en busca del cuarto de baño para volver a refrescarse.

Abrió el grifo del agua fría y se mojó las dos manos, a continuación se las llevó hasta la nuca, y pudo sentir la maravillosa sensación de frescura. Después hizo lo mismo con el cuello, los brazos, las piernas y la cara. Cerrando los ojos de verdadero alivio.

Cuando terminó volvió sobre sus pasos, con sumo cuidado, al pasar ante la puerta que llevaba hasta la habitación de Juan y María. A continuación se adentró en la suya y cerró sin hacer nada de ruido, escuchando, a través de la ventana abierta, el zumbido del aire acondicionado. Miró otra vez el reloj y el desasosiego se apoderó de ella. Eran las dos y veinte de la madrugada y él no había dado señales de vida. Y ese hecho podía significar que no iba a aparecer. Dejándola sumida en una tristeza sin esperanza, mientras su cuerpo comenzaba a protestar debido a las expectativas tan altas que tuvo después de que todos se fueran a dormir, para tener que sucumbir ahora a la cruda realidad, sabiendo que aquel encuentro que ambos deseaban no se produciría. Y eso la cabreaba a rabiar después de ser capaz de disfrutar en compañía de Hugo.

Y pensó en lo difícil que le iba a resultar simplemente verle, cuando lo único que ella ansiaba era que la volviera a llevar de la mano hasta aquel mundo sensual y placentero del que no quería regresar, tras permanecer casi un año sin sexo. Reconociendo, en su fuero más interno, que lo deseaba como nunca antes deseó a nadie.

Érika cerró los ojos y soltó el aire, poco a poco, en lo que fue un intento por calmar el fuego que la envolvía. Pensar en él no le hacía ningún bien. No ahora. Torturándose ella misma ante la evidencia de que no podía apartar de su mente todos y cada uno de los besos que se habían dado... todas y cada una de las caricias que la estremecieron infinitamente... y por supuesto la manera en la que le hizo el amor, ocasionando que volviera a abrir los ojos mientras la temperatura de su cuerpo parecía subir de grados irremediabilmente. Percatándose de lo que verdaderamente parecía necesitar y con verdadera urgencia además...

—¡Mierda! Esto va a ser más difícil de lo que pensaba.

Se acercó a la ventana, todavía con un rayo de esperanza, pero no vio nada.

Volvió a la cama y se sentó.

—Esto es ridículo —se regañó ella misma—. Es imposible que pueda subir por ahí.

Al final, y presa de un estado de ánimo pésimo, se volvió a levantar cuando notó, otra vez, aquel calor asfixiante. Echó un último vistazo, por si veía algún movimiento, y como no lo hizo se decidió a hacer lo que era más sensato.

Cerró la ventana y puso el aire acondicionado. Se tumbó sobre la cama, con aquel camisón de raso negro que casi no le llegaba a las rodillas, que se había puesto expresamente para él, y suspiró.

Pasaban de las dos y media de la madrugada cuando se decidió a apagar la luz. La evidencia de que no vendría era una realidad. Y no le quedó otro remedio que tragarse las ganas que tenía de volver a hacer el amor con él.

Cerró los ojos y quiso que su mente permaneciera en blanco. Tenía que descansar o a la mañana siguiente lo pagaría. Pero claro, la obiedad le hizo saber que no sería nada fácil, limitándose a dar vueltas y más vueltas sobre la cama, mientras Hugo permanecía en su pensamiento a cada instante, sin poder evitarlo, por mucho que lo intentó.

Eran cerca de las tres y media de la madrugada cuando Hugo terminaba de subir por la escalera, que había puesto con cuidado, antes de darse de bruces con la ventana cerrada. Lo que provocó que pasara de la alegría al enfado en décimas de segundo.

“¿Qué hacía la ventana cerrada? ¿Acaso no se había explicado bien cuando le dijo que la dejara abierta?”

El cabreo que tenía se apoderó de su cuerpo ante la evidencia de que si Érika no le abría él no podría entrar, y después del tiempo que había esperado, y que se le terminó haciendo eterno, ahora no estaba dispuesto a simplemente dar media vuelta y marcharse por donde había venido.

De eso nada, así sea que llegaran a descubrirle. No volvería a su cabaña, y menos después de saber lo que le esperaba al otro lado.

Miró impaciente a través de los cristales, con el propósito de verla, pero como no había ninguna luz encendida no pudo hacerlo, entonces y sin

pensarlo, golpeó el cristal suavemente con los nudillos limitándose a esperar a que simplemente le abriera... sin ningún resultado. Consiguiendo que se exasperase aún más.

“¡Joder Érika!”, farfulló para dentro.

Miró hacia la ventana contigua y, como permanecía a oscuras, se decidió a golpear el cristal otra vez, con algo más de fuerza, suspirando aliviado porque el ruido de las aspas de los aires acondicionados lograra absorber parte del ruido.

Pero a la segunda tampoco pasó nada, lo que propició a que soltara de forma abrupta en voz alta:

—¡Me cago en la hostia! —se calló inmediatamente después de darse cuenta de lo que se acababa de exponer. Y miró nuevamente hacia la otra ventana, respirando tranquilo porque no le habían escuchado.

Dos segundos después volvió a la carga. No iba a darse por vencido.

Se quedó encaramado, en lo alto de la escalera, sin que pareciera que le importase mucho el hecho de que se pudiera caer desde casi cinco metros de altura. Obcecado en sí o sí tener un encuentro privado con la chica que conseguía robarle el sueño, y que había logrado desbancar a tantas otras que habían pasado por su vida. Un hecho verdaderamente memorable, perdiendo la razón tal y como estaba demostrando, puesto que llegaba a jugarse la vida de aquella manera... ¡Y sin que le pareciese importar a la que debía de estar dentro dormida como un tronco!

“Vamos Érika. Abre la puta ventana antes de que la rompa y despierte a la casa entera”, pensaba con verdadera frustración volviendo a insistir con más fuerza.

Ya se iba a dar por vencido cuando algo sucedió.

De repente la luz de una lámpara se encendió en el interior de la habitación. El sobresalto que en un principio se dio no fue nada en comparación con lo que vio. Descubriendo a una Érika súper sexy, con aquel camión, mientras que se acercaba con una sonrisa. Propiciando que tuviese que agarrarse, con fuerza, porque la escalera se acababa de mover ante el movimiento involuntario que tuvo provocado por la sorpresa de saber que sí que lo estaba esperando. Abriéndole la ventana para dejarle entrar.

—Estás loco —le susurró mediante un susurro— podrías haberte matado.

Lo agarró del brazo, para ayudarlo, y fue consciente del cambio obrado sobre su cuerpo ante la evidencia de lo que vendría a continuación.

Hugo terminó de entrar con cuidado, para que no le descubrieran, y a continuación la observó de arriba abajo, deleitándose con lo que veía.

La espera había merecido la pena.

—Cómo no voy a estar loco después de verte así... —y se acercó hasta el cuerpo que lo esperaba ansioso.

—Te he esperado una eternidad y pensé que no vendrías.

—¿Y perderme encontrarte con este camisón? ¡Ni muerto amor!

No pudo permanecer, ni un instante más, alejado de ese cuerpo que tanto le gustaba. Se acercó hasta conseguir tenerla donde quería y entonces la besó.

Ambos se fundieron con ardor a ese beso tan intenso que se empezaban a dar a la vez que trataban de silenciar cualquier tipo de ruido que pudiera salir de sus bocas, resultándoles de vital importancia para que no fuesen descubiertos ya que el deseo se adueñó de aquel espacio en el cual se comían literalmente a besos. Acariciándose sin descanso. Disfrutando de lo que, durante todo el día, habían querido pero sin conseguir ni un mísero beso como era debido.

Por eso ahora afloraba el deseo contenido, siendo conscientes, además, que el morbo añadido de saber que podían ser descubiertos multiplicaba por tres las ganas de fundirse el uno en el otro.

—Ven cariño —la apremió de pronto con voz ronca, arrastrándola en dirección a la cama—, si por un casual llegan a oírnos no habrá quien pueda apartarme de ti, así que démonos prisa.

Érika se dejó llevar sin apartar los ojos de los suyos notando extasiada, cómo de pronto, se le erizaban los pelos de la nuca al sentirle deslizar la fuerte mano desde el tirante del camisón hasta llegar a su terminación. Donde, una vez que se acabó el raso, simplemente actuó metiendo la mano hacia el interior de sus muslos, traspasando los límites y llegando al minúsculo tanga que llevaba puesto.

Hugo no pudo evitar soltar un suspiro, que resultó más ruidoso de lo que debía, sin dejar de acariciar lentamente sus redondeadas nalgas, volviendo a besarla en la boca para mostrarle la lujuria que llevaba dentro. Y todo mientras avanzaban hasta la cama.

Hugo siguió empujando y los dos cayeron sobre el colchón, haciendo chirriar las patas que lo sujetaban con demasiado ruido.

—Nos van a pillar —se quejó Érika. Urgiéndole a que fuera más deprisa ante la posibilidad de que pudiera ocurrir.

—¿Acaso tienes prisa cariño?

—No te imaginas cuánta...

—Realmente eres una niña mala, ¿eh? —con un movimiento rápido la sorprendió, deslizando el camisón hacia arriba, hasta quitárselo.

La dejó completamente desnuda a excepción del minúsculo tanga que tapaba lo justo, y que fue el causante de que Hugo la mirara embobado, mientras ella le hacía partícipe del logro de no necesitar taparse la cicatriz.

Era el menor de sus problemas.

—¿Tienes preservativo?

Él asintió, lo sacó del bolsillo del pantalón, y lo puso sobre la mesita de noche. A continuación volvió a colocarse sobre ella, apoyando las rodillas una a cada lado del colchón, dejándola justo debajo, a su completa merced. Mirando sus pechos desnudos que parecían llamarlo a gritos.

Bajó hasta ellos y dijo:

—Ahora tendrás que estar callada, ¿vale?

Érika tragó saliva con dificultad, entendiendo el por qué le decía eso, pero preguntando:

—¿Por qué? ¿Qué vas a hacerme?

A lo que él simplemente respondió:

—Esto... —no dijo más. No hizo falta. Abrió la boca y se metió el pezón en el interior, comenzando a succionar con una lentitud desbordante.

Por supuesto que Érika no pudo controlarse, y eso que lo intentó, escuchando un grito salir de su boca. Dejándose arrastrar por aquella maravillosa boca. Revolviéndose inquieta puesto que quería mucho más.

—¡Schsss! Si no puedes controlarte tendré que parar.

—¿Qué? —volvió a gritar demasiado alto, abriendo los ojos y arrepintiéndose al volver a la realidad—, lo siento pero no puedo.

—¿Ah no? —preguntó juguetón, hinchándose de placer por el poder que sabía tenía sobre ella—, entonces ¿cómo vamos a seguir si vas a conseguir despertar a todos?

—No lo sé —contestó deprisa—, pero por lo que más quieras no me dejes ahora.

—¿Dejarte dices? —se desabrochó el pantalón y se los bajó junto con el bóxer que llevaba, descubriendo la enorme erección que se mantenía poderosamente firme—. Ya deberías saber que te necesito tanto como tú a mí.

Érika no pudo apartar la mirada de su pene erecto, consiguiendo agarrarlo con la mano, y acariciándolo con destreza notando las palpitaciones.

Hugo soltó un gruñido. Si seguía no podría terminar lo que gustosamente

habían empezado.

—¡Oh mi dulce Érika! Terminemos con esto antes de que sea demasiado tarde.

Cogió el preservativo y rasgó el envoltorio con demasiadas prisas. Se lo puso y se terminó de quitar los pantalones. Volvió a acoplarse encima y comprobó que tenía el acceso libre y por supuesto bien lubricado, haciéndose paso, fácilmente, mientras se deslizaba todo lo lento que era capaz. La cama chirriaba mucho si embestía con fuerza. Marcando un ritmo absolutamente provocador, notándola mover las caderas, para ir a su encuentro a la vez que se tapaba la boca con la almohada. No podía permanecer callada. Y mientras, Hugo la poseía, adentrándose cada vez un poquito más y resultándole casi imposible seguir con ese ritmo que lo martirizaba, ante el férreo deseo que lo corroía por entero, dificultándole el poder controlarse como debía, suplicando:

—Ven conmigo, ¡te necesito ya Érika!

—¿A dónde? —preguntó un tanto confusa y algo enfadada porque se apartó, sintiendo el vacío que él acababa de dejar dentro de su cuerpo.

—Al suelo, no soporto esta lentitud —decía atormentado cogiéndola de la mano y tirando de ella con fuerza sin ser capaz de esperar.

Érika lo entendió perfectamente.

Hugo se sentó sobre el duro suelo y la invitó a que se sentara encima. Algo a lo que accedió, encantada, acoplándose a su vez y siendo ella la que empezó a marcar el ritmo. Haciendo lo humanamente posible por silenciar sus bocas, besándose sin descanso, hasta lograr llegar a la explosión de sus cuerpos.

Solo entonces se abrazaron ante la necesidad de demostrarse lo mucho que se amaban.

Volvieron a la cama, para disfrutar del poco tiempo del que disponían, y así poder seguir abrazados. El tacto de piel contra piel era un placer indescriptible.

—Ha estado bien, ¿verdad? —le susurró completamente relajado besando la punta de su nariz.

—Más que bien Hugo, menos mal que no nos han escuchado porque si no...

—Pues deben de estar sordos porque lo que se dice tú no es que te hayas quedado calladita, ¿eh? —y la pellizcó en el culo con cariño.

—No lo he podido evitar, haz lo que me hazas consigues que logre

olvidarme de lo que me rodea.

—¿Y eso es bueno?

—Creo que sí, aunque para serte sincera también tengo que decirte que no me gusta nada tener que contenerme.

—¿Ah no? Vaya, vaya con la señorita, resulta que nos ha salido algo gritona, ¿no es así? —se incorporó sobre el codo, para poder mirarla a su antojo, y continuó—: tengo la solución a eso.

—¿Ah sí? Sorpréndeme.

—Es lo que voy a hacer. O mejor dicho, es lo que haré este fin de semana. Te prepararé dos días inolvidables, en los que nos tendremos el uno al otro tanto tiempo como queramos, y por supuesto solos ¿qué te parece?

—Me parece que se me va a hacer eterno el tiempo hasta que llegue el viernes por la tarde.

—Nenita impaciente... —bajó hasta sus labios y volvió a fundirse en aquella boca que tanto placer le daba antes de afrontar lo que venía a continuación. Cambiando la expresión de su cara al decir—: Lo siento pero tengo que irme.

—¿Ya? —protestó con un mohín—. Quédate un poquito más por favor.

—Lo siento pero no podemos correr el riesgo de quedarnos dormidos. Te prometo que el fin de semana te compensaré, ¿vale?

—Vale —se limitó a contestar enfurruñada.

—Anda, alegre esa cara y piensa solamente en lo bueno.

A medida que decía eso se levantó en busca de su ropa y se vistió con rapidez. Después volvió a acercarse hasta la cama, y le tendió el camisón para que se lo pusiera.

—Hasta dentro de un rato amor, duerme lo que puedas.

—Lo mismo te digo —cogió el camisón y también se lo puso, acompañándolo a la ventana.

—Ya vuelvo a echarte de menos y eso que todavía no me he marchado.

—Anda no seas tonto y bésame antes de que lo hagas.

—Deseo cumplido vida mía —así lo hizo, besándola una vez más antes de marcharse, poniendo especial cuidado para no abrirse la cabeza en la bajada.

Solamente cuando estaba a ras del suelo levantó la mirada hacia arriba. Le tiró un beso y desapareció.

CAPÍTULO 20

El martes 16 de julio (ósea al día siguiente), el reportaje relacionado con aquel campamento de verano salió a la luz a través de la revista local que llevaba la zona norte de la sierra. Allí en la comunidad de Madrid.

El reportaje acaparaba las páginas más importantes de la revista, y la foto tomada, de los integrantes encargados de que todo fuese posible, aparecía en el centro de la portada. Mostrando a una Érika completamente radiante después de haber conseguido dormir en casa de Hugo sin que le diese ningún ataque de ansiedad.

El redactor jefe, encargado de aquel reportaje, pensó en la importancia del trabajo tan metódico que en ese chalet se practicaba y, bajo su cuenta y riesgo, decidió colgarlo en internet, como si se tratase de un favor personal, después de lo bien que lo habían tratado. Pensando únicamente en darles un poco de publicidad gratis, sin ser verdaderamente consciente de lo que iba a terminar sucediendo a raíz de que, una persona en concreto, viese esas imágenes que nunca debió ver, y que por una simple casualidad del destino, terminó haciéndolo. Removiendo sus sentimientos mientras se quedaba perplejo, y completamente hipnotizado, quedándose completamente pegado a la pantalla del ordenador.

¡Incapaz de apartar los ojos de la mujer que tan importante había sido en su vida hace tiempo!

La idea de huir se le pasó irremediablemente por la cabeza, tenía la certeza de que solo así seguiría libre. Y logró, una vez superada la primera impresión, levantarse de la silla para cruzar los pocos metros que lo separaban de su habitación, agachándose hasta conseguir coger el asa de la maleta. Tiró de ella con fuerza y la puso sobre la cama con las prisas de empezar a guardar sus cosas, cuanto antes mejor. Sin perder un tiempo que parecía no tener.

¡Qué pequeño era el mundo! De habérselo contado otra persona no lo hubiese creído posible. En cambio allí estaba.

Menuda situación se acababa de encontrar.

Hugo entró en la cocina bostezando. Prácticamente no había dormido

nada y el olor a café, recién hecho, logró espabilarlo un poco. Lo suficiente para saludar puesto que le costaba bastante esfuerzo simplemente abrir la boca.

—Buenos días.

—Vaya careto tienes —le dijo Héctor sirviéndole un café solo para que se espabilara—, ¿una mala noche?

—Nada de eso —y le mostró una amplia sonrisa.

—¡Qué cabrón! —rió—, ¿cómo lo has hecho?

—Casi me parto la crisma pero gracias a las escaleras conseguí colarme en su habitación.

—¿Qué?!

—Como lo oyes —a continuación bebió un trago de café para despertarse.

—Hola chicos.

Ambos se giraron para saludar a Ester.

—¡Joder Hugo! ¡Vaya careto tienes! —exclamó, acercándose a la cafetera.

—No te lo vas a creer... —informó Héctor sin poder permanecer callado.

—¿El qué?

—Anoche Érika y él consumaron, ¡vamos, que follaron como locos!

—¿Cómo? —miró al protagonista, sin llegar a creérselo, y dejó lo que estaba haciendo—. Eso es imposible.

Pero como Hugo permanecía callado preguntó:

—¿De verdad?

—¿Y sabes cómo lo hizo? —siguió Héctor, hablando despacio por si lo escuchaba quien no debía—, subió por las escaleras que hay en el garaje hasta la ventana, ¿qué te parece?

—Pues sí que estás mal de la cabeza, un mínimo despiste y la hostia que te hubieses dado hubiese sido acojonante.

El ruido proveniente del piso de arriba les hizo saber que los niños se estaban levantando, por ello, y sabiendo que todavía tardarían, Héctor preguntó con envidia:

—¿Y cómo fue?

Hugo no le hizo ni caso, y gracias al café, se le fue despejando la mente poco a poco.

¡Un momento!

Entonces pensó que si todavía no había aparecido por la cocina sería porque estaría en su cuarto... allí, al alcance de su mano. Y dejó de prestar atención.

—Quiero decir que habrá sido la hostia después de lo que tuviste que hacer para tirártela sin hacer nada de ruido, ¿no? ¡Vaya morbo!

—Estás enfermo tío —le decía Ester comenzando a partir rebanadas de pan.

—Ahora vuelvo —se limitó a decir Hugo ignorándolos. Salió de la cocina y se quedó quieto para saber dónde estaban las personas que le interesaban.

La voz de María la escuchó a continuación, estaba en el piso de arriba con los niños.

—¿Qué haces? —le preguntó Héctor intrigado.

—¿Sabes dónde está Juan?

—Acaba de ir a por la leche. —La cara le cambió—. ¿Qué vas a hacer?

—Tú vigila, ¿vale? Voy a despertarla.

—La debes de haber dejado completamente agotada para que no sea capaz ni de levantarse —le dijo mordaz, cachondeándose de él.

—¿Envidioso?

—No sabes cuánto, ¡anda date prisa!

Cruzó el pasillo que los separaba y en un abrir y cerrar de ojos ya estaba dentro. Aproximándose a la cama en la que dormía plácidamente.

—Érika —la llamó apartándole varios mechones que caían sobre su cara— vamos Érika ¡despierta!

—Mmmm...

—Solo tenemos unos segundos —seguía hablando sentándose sobre la cama con demasiadas prisas.

—¿Qué hora es? —logró preguntar desde la somnolencia.

—Las nueve y cuarto.

—¿Las nueve y cuarto? —repitió incorporándose rápidamente.

El susto que se dio, a raíz de saber que se había quedado dormida, pronto quedó en nada. Limitándose a mirar a la persona que tenía de frente, recordando lo sucedido entre ellos hacía apenas unas tres horas, y rememorando cada minuto en el que se dedicaron a amarse tan gustosamente.

—¿Qué haces aquí? ¿Acaso te has vuelto loco? —preguntó regañándolo pero sin poder evitar estar encantada.

—María está arriba y Juan tardará un poco en venir, y he pensado... —

continuaba a medida que se iba acercando, estrechando el cerco— que no estaría mal un beso de buenos días, ¿no te parece?

—Ni siquiera me he lavado los dientes —protestó viendo que casi lo tenía encima.

—¿Y qué más da? ¡Déjate de tonterías y aprovechemos el tiempo!

Érika quiso protestar nuevamente. No le dio resultado.

Antes incluso de añadir nada sentía cómo metía los dedos entre su pelo, alrededor de la nuca, y tiraba de ella hasta conseguir que sus bocas se acercaran. Juntando los labios a medida que cerraba los ojos, dejándose llevar por el beso que le empezaba a dar, y que la hizo olvidarse de todo.

No podía luchar contra él, precisamente las atenciones que le daba, eran las que le hacían perder la cabeza, dejándose arrastrar así estuviese bien o mal, dando lugar a sentir la abrumadora necesidad que tenían el uno del otro como muy bien ya sabían.

Unos segundos después Hugo la soltó.

—Me gustaría darte un beso así todos los días ¿sabes?, aunque debo reconocer que para ser perfecto tendríamos que despertarnos juntos.

Érika trató de respirar después de aquel delicioso beso y, después de escucharle, notó su cuerpo que parecía no responderle.

Y eso sucedía porque aquel beso había conseguido despertar el deseo y la excitación de una mujer que quería más... mucho, mucho más.

—¡Por Dios Hugo! ¡Lo estás volviendo a hacer!

Él la miró enarcando una ceja sin entender a lo que se estaba refiriendo, echando un vistazo rápido hacía la puerta, que había dejado abierta, para que Héctor pudiera avisarle.

Volvió a ella y se dio cuenta del mohín tan sumamente sensual que le dedicaba en exclusiva. Perdiendo la cabeza.

—¿Qué es lo que he vuelto a hacer? —susurró arrastrando las palabras.

—Besarme como me has besado para después dejarme a medias... —y mientras le decía eso se levantó de la cama, poniéndose de pie, hasta quedar en frente con los brazos en jarras. Dejándole con la cabeza a la altura de su cintura (él seguía sentado encima de la cama), lo que aprovechó para mirar hacia arriba. Pasándole las manos alrededor de las caderas deleitándose con la suavidad del camisón.

—¿Y no es mejor esto que nada? —preguntó de forma sensual, provocándola y estrechándola con fuerza. Comenzando a bajar las manos hasta su trasero, extasiándose con cada nueva caricia.

Érika trató nuevamente de respirar y dejó escapar un suspiro prolongado en el tiempo. Sintiendo el roce de sus dedos, por debajo, con la única intención de explorarla. Alargando la sensación de placer, que la consumía, a medida que los dedos masculinos seguían avanzando por sus muslos hasta llegar a la ropa interior hasta que...

La señal de Héctor le avisó.

—¡Joder! ¡Todavía no! —exclamó frustrado, lleno de contención, y actuando con rapidez.

Érika sintió un vacío estremecedor en el instante que supo lo que estaba ocurriendo, volviendo a la realidad, a la vez que Hugo la apartaba deprisa y salía corriendo. Cerrando la puerta tras de sí.

Se quedó, tal y como ella misma había dicho antes, a medias y completamente sola.

—¡Por todos los santos! —bramó enfadada cogiendo algo de ropa para darse una ducha bien fría—, y solo es martes... ¡Esto va a ser un sufrimiento continuo joder!

Con cara de pocos amigos salió en busca del cuarto de baño, para darse prisa, y estar lista en el menor tiempo posible.

Ese día a nadie le pasó por alto el estado de desánimo y de frustración de una chica que decidió poner algo de distancia entre los dos. Le resultaba imposible permanecer cerca de él sin poder acercarse como deseaba. Mostrando una parte que no les gustaba a ninguno, y que debido a las circunstancias, no les quedaba otra opción que tragar y seguir aguantando.

¡Por mucho que les costase!

Ya avanzada la noche, y cuando los niños estaban acostados, María les brindó la oportunidad de poder salir a tomar algo. Necesitaban distraerse de la tensión que provocaron en todos ellos. Dándose cuenta de que Érika seguía mostrándose alicaída y poco comunicativa.

—¿Por qué no aprovecháis a tomar algo los cuatro? Juan y yo nos acostaremos pronto, y como los niños ya están listos...

—¿Acaso nos estáis echando para quedaros solitos? —bromeó Héctor.

—No digas bobadas muchacho, ¿o prefieres quedarte con nosotros?

—¡Por supuesto que no! Una cerveza fría es lo que necesito ahora,

¿quién se viene?

La primera en contestar fue Ester.

—Yo.

Hugo se limitó a levantarse de la silla, fue hasta el lado contrario, el lugar en que ella se había sentado sobre el columpio dejando bien claro que lo que quería era permanecer lo alejada que podía, y preguntó:

—¿Qué dices? —Hugo acaparó la atención de los allí presentes—, ¿te apetece que tomemos algo juntos?

—Depende.

La respuesta en un primer momento lo dejó sorprendido.

¿A qué se refería?

—¿Cómo dices?

—Que depende.

—No te entiendo, ¿de qué depende?

Érika se levantó y bajó el tono para que nadie escuchara lo que tenía que decirle.

—Depende única y exclusivamente de lo cerca que estés de mí.

Después de aquello entendía menos si cabe a lo que se estaba refiriendo, mostrando una cara de póker absoluta.

—¿Y qué significa eso exactamente?

—Pues eso, llevo todo el día intentando permanecer alejada de ti para que se me haga un poco más fácil, y aunque me está costando demasiado, solo así podré estar tranquila. Así que tomemos algo rápido. Necesito desconectar aunque sea media hora —y se alejó, cogiéndose al brazo de Ester, con la idea firme de seguir manteniendo las distancias después de lo sucedido por la mañana. Llegando incluso a estar a punto de mandarlo todo a la mierda con tal de poder estar con su chico como quería y añoraba, hasta lograr la coherencia que indudablemente necesitaba. Si actuaba así lo estropearía y tendría que regresar a su país antes de tiempo. Replanteándose la idea que había llevado a cabo durante aquel martes, interminable, y que, al menos, la hizo padecer un poco menos tras convencerse que lo mejor sin duda era hacer como que él no estaba presente. Contando los días hasta que pudiesen comportarse con normalidad.

—¿Vas con ellas o te quedas? —le preguntó María preocupada debido a lo que acababa de ver. Ayudándole a que reaccionara porque se había quedado plantado.

Hugo consiguió reaccionar y siguió con la vista tanto a Érika como a

Ester, las cuales seguían caminando como si nada.

Enfureciéndose demasiado.

—Vámonos Héctor, tomémonos una copa.

—Te sigo tío. Buenas noches María.

—Divertiros un poco chicos, buenas noches —María se sintió culpable, en gran medida, por el desánimo de la joven pareja.

Entró en su habitación, para ponerse el camisón, y se mostró ante Juan taciturna y pesimista.

¡Demasiado pesimista después de ver lo que vio!

—¿Qué te ha dicho para que tengas esa cara de mala hostia? —preguntó Héctor para romper el tenso silencio que los envolvía. Saliendo del chalet y tomando el camino que les llevaría al camping.

Hugo permaneció erguido, con gesto serio, y no prestó atención a lo que su amigo le preguntó. El estado de furia lo consumía después de ver, a través de los ojos de su chica, la tristeza que la inundaba, siendo consciente de lo que ella pedía. Algo tan simple como un poco de atención tras el calvario por el que había pasado. Y ninguno de los dos podía actuar como realmente quería. Estaban atados de pies y manos.

Y la evidencia de que si se limitaban a expresar lo que sentían el uno por el otro obraría en su contra, era real. Estaba claro. Un detalle que a Érika no le gustaría ya que su marcha tendría que adelantarse. Soportando aquella lejanía impuesta que los estaba haciendo perder la cabeza y la paciencia.

—¿Hugo?

—¿Qué? —contestó volviendo a la realidad.

—Te preguntaba qué es lo que te ha dicho para que estés así.

—¿Así cómo?

—Pues tan de serio y distante —dijo con sinceridad—. Nunca desde que te conozco te había visto así por ninguna mujer y empiezo a pensar que ojalá me hubiese tocado a mí llevar a cabo la apuesta que hicimos. Te veo tan implicado que empiezo a asustarme, y cada vez que pienso que queda poco más de una semana para que se vaya...

Aquella verdad, que acababa de escuchar, le dolió terriblemente. Sabía lo muchísimo que se habían involucrado tanto él como ella, obviando la parte de la despedida. No tenía ni fuerzas ni ganas para pensar en ese detalle.

—Me ha dejado claro que hasta que no llegue el fin de semana nada de

acercamientos de ningún tipo si al final no vamos a poder estar juntos.

—¡Vaya! —silbó con ganas—, hay que reconocer que saltan chispas cada vez que se os ve juntos, pero tú tranquilo coño, que en cuanto estemos de vuelta podrás volver a coger esas escaleras y volver a subir para disfrutar de otra noche follando como un loco, ¿no? Así que en cuanto lleguemos al bar tienes vía libre para demostrarle que puedes acabar lo que tan gustosamente empezarás ahí dentro. —Y le sonrió con el propósito de que se relajara de una vez.

—Eso va a ser difícil —le respondió con pesar, parándose frente a la puerta del bar desde la que se escuchaba la música a todo volumen.

—¿Por qué?

—Porque cuando he ido esta mañana al garaje he visto que las escaleras no estaban.

—¿Qué? —preguntó con incredulidad.

—Lo que oyes. Yo creo que Juan ha sospechado algo y, aunque no se lo ha dicho a María, puesto que ya habría hablado con nosotros, habrá pensado en cortar con el problema escondiéndolas en un lugar más seguro.

—Lo siento tío.

—Es por eso que lleva todo el día así, y es por eso que me ha pedido mantener un poco las distancias. Lo que todavía no sabe es lo que nos va a costar hacerlo fuera.

—Anda entremos. No hay que ser muy listo para saber lo mucho que necesitas una copa.

Hugo se encogió de hombros y abrió la puerta. Dándose de bruce con la mirada de la camarera, la cual no disimulaba lo mucho que se alegraba de verle otra vez.

Mientras eso sucedía, la persona que terminó viendo aquel reportaje, en el que ella salía, aparcó el coche en una de las calles paralelas donde se encontraba el chalet que hacía referencia el texto. Apagó el motor, también las luces, y se bajó del coche, mirando todo cuanto le rodeaba, haciéndose a la idea de la tranquilidad de la zona. Después, y por si acaso, se puso una gorra sobre la cabeza pensando que toda prudencia sería poca ante la posibilidad de que alguien que no debía le pudiese ver. Comenzando a andar por la acera, con tranquilidad, y como si se tratase de un simple vecino, encaminándose hacia el lugar que deseaba ver.

Posiblemente ella estuviese dentro. Aquella idea le produjo un estremecimiento mezcla entre deseo y odio. Armándose de paciencia porque el viaje que había hecho no servía para nada. El muro con las arizónicas, y la puerta cerrada, no le permitía ver nada del interior. Sintiendo de repente una furia incontrolada que se empezaba a apoderar de su cuerpo, a la vez que no podía evitar pensar en el terrible error que había cometido al dejarse llevar por el impulso de querer volver a verla una vez más. Perdiendo el vuelo que debería haber tomado con dirección a Tailandia, y que en el último instante, no pudo coger.

—¡Joder! —terminó exclamando.

Volvió junto a su coche, se quitó la gorra y la tiró de mala gana sobre el asiento, seguidamente se subió y sopesó qué hacer a continuación. No podría volver a su apartamento, había entregado las llaves a su dueño diciéndole que se cambiaba a otro piso más céntrico.

Se tocó el bolsillo del pantalón y suspiró aliviado. Lo único que le faltaba era que perdiera el dinero del que disponía, y que sacó del banco esa misma mañana, sabiendo que lo único sensato, en ese momento, sería pasar la noche allí y esperar a que amaneciera para nuevamente dirigirse hasta el aeropuerto. Debía conseguir otro billete con el destino que fuese antes de cometer una locura que podría llegar a ponerlo en un verdadero apuro. Maldiciendo a la mujer que había logrado despertar, lo que llevaba dentro, desde el mismo instante que la vio en la portada de aquella revista. Descubriendo, sorprendido, lo condenadamente guapa y feliz que parecía, además del hecho añadido de creer intuir que estaba demasiado cerca del hombre que tenía justo al lado. Provocando que unos celos infinitos le traspasasen por entero.

Algo que pensó que nunca volvería a ocurrirle...

CAPÍTULO 21

Entraron en el alborotado bar y fueron recibidos por lo que parecía una verdadera fiesta, comprobando cómo estaba a rebosar de gente, con la idea de pasar unos días de vacaciones. Escuchando la música que estaba a tope, mientras se daban cuenta de que varias personas bailaban al ritmo de la música en lo que habían improvisado como una pista de baile. Mostrándose relajados.

—¿Qué pasa aquí hoy? —gritó para hacerse oír.

—Es lo que tienen las vacaciones, quién sabe, a lo mejor consigo enrollarme con alguna chica —decía Héctor con alegría, echando un vistazo a las que meneaban el esqueleto y que dejaban ver las ganas que tenían de divertirse—, pero antes pediré algo.

—Vamos entonces.

Hugo dejó de sujetar la puerta y se cerró. Después se hicieron paso con el objetivo de llegar a la barra. Comprobando cómo Rebeca, la camarera con la que se había enrollado un par de veces, volaba por el bar con el propósito de llegar a todas partes.

Ellos se hicieron paso y Hugo buscó a Érika y a Ester. Todavía no las veía por ningún lado, intuyendo que estarían en la barra.

¡No se equivocó!

Y Hugo se quedó momentáneamente parado. No podía creerse lo que veía con sus propios ojos.

—¿Pero qué coño...? —ahí dejó la pregunta, a medias, mostrando una cara de sorpresa absoluta.

¿La razón? Arremolinados entre ellas había un par de chicos. Un detalle que a Hugo no le gustó mucho, precisamente.

¿Acaso era su forma de que se diera cuenta que hablaba en serio? No se lo podía creer. Además, no le gustaba nada que para hacérselo ver tuviese que enfrentarse al reto de hablar con hombres desconocidos. Y por lo que tenía delante, gracias a la colaboración de Ester, era capaz de llevarlo a cabo.

—¿Qué pasa?

Hugo se limitó a hacerle una señal, con la cabeza, indicándole la dirección para que mirase.

—Vaya, vaya. Esto se pone interesante.

—¡Calla la puta boca! —contestó mordaz para que no siguiera. Y para empeorar las cosas Rebeca pasó cerca de ellos y aprovechó para guiñarle un ojo.

A Héctor no se le escapó por lo que volvió a decir entre risas:

—Realmente interesante amigo. Qué... ¿una copa?

—¡Vete a tomar por el culo Héctor! —exclamó volviendo a centrar su atención en Érika y en lo bien que parecía estar pasándoselo.

Creyendo que aquel cabrón se le arrimaba demasiado entonces, y sin poder soportarlo por más tiempo, empezó a avanzar decidido, logrando escuchar de lo que hablaban, y sobre todo logrando ver la manera tan sumamente natural de comportarse ante aquellos extraños. Riéndose a carcajadas como si se conociesen de toda la vida. Tomándoselo como una provocación absoluta. Llegando a preguntarse a qué coño estaba jugando.

Y como todavía no había sido visto, y como por supuesto no quería seguir prolongando aquella situación que le estaba exasperando los nervios, actuó sin pensar y con el único propósito de hacerle ver, a aquel cabrón, que se estaba equivocando de chica ya que por el momento, y hasta que no se marchara, ella le pertenecía a él. ¡Solamente a él!

Terminó de avanzar. Se situó detrás de ella, mirando a aquel fulano con lo que fue una mirada de aviso, y le pasó la mano alrededor de la cintura para terminar estrechándola contra su cuerpo endemoniado, de una manera brusca y posesiva, en un gesto que lo dijo todo. Limitándose a actuar como él creía que debía, y sin prestar atención a las caras de burla tanto de Héctor como de Ester. Obteniendo los resultados esperados.

A aquel chico le faltó tiempo para darse la vuelta y marcharse. Saliendo victorioso... o eso creía él.

Érika se apartó, se dio la vuelta, y se empeñó en mantener la distancia. Tenerlo cerca la volvía descontrolada y vulnerable, y no le servía de mucho. Logrando pagarlo con la persona que desde luego menos culpa tenía. También era parte implicada, pero no podía evitarlo debido a la necesidad de desahogarse de la manera que fuese.

Aunque esta resultara demasiado cruel y egoísta.

Hugo volvió a cambiar drásticamente la expresión de su cara, molestándole hasta el límite de su maltrecha paciencia, a esas alturas, el que se hubiese apartado como si nada, provocando en él que no fuese capaz de morderse la lengua. Entonces, y sin poder permanecer por más tiempo callado bramó enfurecido:

—¡Coño Érika! ¿Me puedes decir qué estás haciendo?

A lo que ella se limitó a decir, como si realmente pensase que era el culpable de todo:

—Lo que ya sabes.

—Estás de broma, ¿no? —supo que de broma nada de nada. Provocando que se cabreara todavía más, si aquello era posible.

Tanto Héctor como Ester supieron que era el momento de apartarse de allí antes de que, lo que parecía la primera pelea entre ellos, desde que empezaran a salir, los terminara salpicando de la manera que fuese. Comprendiendo que lo único que les sucedía era que se querían tanto que no soportaban el hecho de no poder demostrárselo a cada segundo, para en cambio estar obligados a convivir bajo el mismo techo pero manteniendo las distancias. Algo que, y como estaban viendo, les estaba empezando a influir negativamente. Sobre todo a Érika que no conseguía ver que precisamente ahora es cuando se lo podían demostrar. Desaprovechando la ocasión porque parecía empeñada en quererlo absolutamente todo.

Y aquello no sería posible hasta que llegara el viernes por la tarde.

—Bueno os dejamos solos, ¿vale?

Ninguno de los dos prestó atención a lo que Héctor acababa de decir, cogiendo a Ester de la mano para cambiar de sitio. La tensa mirada que seguían cruzándose hablaba por sí sola, alargándose en el tiempo mientras Hugo, que permanecía desubicado por tan peculiar reacción, lograba mantener la suficiente sangre fría. Estaban desperdiciando un tiempo que de verdad no tenían. Dando lugar a volver a reconducir la situación entre ellos. Deseando únicamente poder tocarla y besarla, de forma natural, delante de toda aquella gente como si realmente fuesen una pareja más. Algo que empezaba a necesitar de una manera brutal y sorprendente.

Dejó escapar el aire y se armó de valor.

—Cariño, no me puedo creer que cuando por fin puedo tenerte sin que nadie nos vigile vayas tú y seas la que lo termine estropeando. De verdad que no puedo creérmelo.

La reacción de Érika volvió a ser inesperada, dejándole a cuadros:

—¿Estás insinuando que me gusta sufrir? —levantó la voz gritando—: si es lo que crees te aclararé que lo que más me gustaría es que pudieras coger la moto para llevarme a tu casa. Quiero pasar la noche contigo, y no un ratito a escondidas, sin que ese sea motivo de nuestro despido inminente.

—Pero sabes...

Érika lo cortó abruptamente echando chispas a través de los ojos.

—¿Puedes ofrecerme eso?

Nada, ella parecía obstinada en complicar las cosas entre ellos, y la manera de seguir actuando hizo que Hugo volviese a cabrearse, fulminándola con la mirada.

—Sabes que no —contestó con frialdad.

—Entonces tomemos algo tranquilos y después volvamos a casa. Es así de simple.

Hugo abrió los ojos como platos llenos de incredulidad. No podía hablar en serio. Justo en ese instante la camarera pasó junto a ellos con la bandeja llena de consumiciones, gritando para que se le escuchara bien:

—Ya se te echaba de menos por aquí.

A Érika no le gustó nada, ni la manera de dirigirse a él, ni por supuesto la forma en el que lo miró antes de volver a perderse.

E igual que él antes, se puso un poco celosa y se dejó llevar por los sentimientos encontrados.

¿Cómo lo hizo? Pues simplemente dándole la espalda para coger el vaso de refresco, que se había pedido, para a continuación buscar a Ester. Ignorándole en un afán de demostrarle que nada le importaba, mintiéndose a ella misma. No soportaba la situación que había terminado provocando y tenía unas terribles ganas de echarse a llorar. Superada por los acontecimientos.

Y mientras tanto Hugo permanecía inmóvil, completamente paralizado, y maldiciendo su mala suerte a la vez que resoplaba enloquecido.

Después de un tiempo indeterminado logró despertar. Necesitaba una copa, así que se adentró en la barra y se tomó la libertad de empezar a echar hielo dentro de uno de los vasos.

Nadie de los que le rodeaban se dio cuenta de lo que hacía. Nadie a excepción de dos mujeres.

La primera de ellas una Érika que por más que lo intentó no pudo evitar mirarle, y la segunda una Rebeca que veía esperanzas donde no las había, dando lugar a que corriese a su encuentro. Tenía la equivocada idea de que quería llamar su atención, y ella estaba dispuestísima a hacerlo. Entonces, y por supuesto olvidándose de los clientes, le siguió y se quedó detrás de él para a continuación pasarle los brazos alrededor de su bien formado abdomen. Un hecho que ha Hugo le molestó, alzando la vista, un poco desubicado, hasta quedarse petrificado.

Érika estaba pendiente de sus movimientos y se echó a llorar.

Internándose entre el barullo de la gente para conseguir llegar a la puerta. Desapareciendo sin más.

—Mierda.

Hugo maldijo en alto, la apartó, y salió corriendo tras ella haciéndose paso de malas maneras.

“¿Qué más podía salir mal después del puto día que llevaban?” Llegándose a hartar de la situación y también del comportamiento endiabladamente infantil que lo acababa de dejar sumido entre una mezcla de dolor y enfado.

Llegó a la puerta y la vio.

—¡Érika! ¡Érika espera! —gritó echando a correr tras ella.

Érika no se paró sino que hizo justo lo contrario, corriendo lo deprisa que le permitían sus piernas con la cara anegada en lágrimas.

—¡Érika! ¡Érika!

A la persona que estaba dormida, sobre el incómodo asiento del coche, le pareció escuchar que alguien pronunciaba el nombre que le resultaba tan familiar. Se incorporó bruscamente y puso especial atención.

¿Le habría jugado una mala pasada su imaginación?

No tardó en escuchar cómo, efectivamente, alguien pronunciaba el nombre de Érika a gritos.

Un hecho que ocasionó que sintiese el irrefrenable deseo de salir del coche, ponerse la gorra con rapidez, y comenzar a correr hasta el lugar del que provenían los gritos. Una vez que llegó a la esquina, y conservando un poco de sentido común, ante la evidencia de que haría lo que fuese con tal de verla nuevamente, se paró en seco. Recobrando el aliento mientras se asomaba un poco. Consiguiendo escuchar los pasos de alguien que se acercaba a la carrera, poniéndole la carne de gallina, ante la idea de que pudiera tratarse de la Érika que él tan bien conocía. Permaneciendo lo alerta que su cabeza desbordada le permitía, tratando de ver, gracias a la luz de las farolas, a la persona que debía de estar a punto de aparecer en escena.

Su cuerpo entero no tardó en descontrolarse y reaccionó, de repente, con una gran erección, recordando varios momentos vividos en el pasado...

Y en ese preciso instante se hizo a la idea de que no podría abandonar aquel país. No hasta que consiguiera tenerla nuevamente entre sus brazos. ¡Por muy disparatado y peligroso que le pudiera resultar!

“Oh Dios”.

De pronto apareció en su campo de visión. Demostrándose el auto control que tenía porque tuvo que resistirse para no salir en su busca. Parecía como si el tiempo acabara de paralizarse, conteniendo el aire en los pulmones, mientras se fijaba en la figura de ella corriendo como alma que lleva el diablo hasta perderse en la otra calle. Desde la que, muy a su pesar, no la pudo seguir ante el inminente peligro que le podría llegar a ocasionar si el hombre que la seguía lo veía.

Y aunque el desconocido sabía, que nunca podría ni imaginarse quién era él, comprendió que no estaba de más cubrirse las espaldas por si acaso. Dejando que también pasara, manteniéndose escondido, pensando qué hacer a continuación. Verla le había afectado demasiado. Mucho más de lo esperado, y eso que sabía que terminaría sucediendo.

Ahora, tras verla, deseó arrastrarla hasta el interior del coche, para después... ya vería lo que hacer con ella.

—¡Joder!

Aquellos pensamientos lo excitaron terriblemente. Convencido de que pasara lo que pasara habría merecido la pena si conseguía tan ansiado trofeo. Relamiéndose de gusto, ante tan dispar situación, después de no llegar a creerse que estuvieran tan relativamente cerca. Y es que la casualidad quiso que se encontraran. Algo que no hubiese ocurrido si no llega a ojear, en el ordenador, la noticia de ese campamento de verano con la foto de ella.

¿Quién iba a suponer que la tenía tan cerca?

También supo que no podría esperar ni un segundo más. Se llevó la mano hasta el bolsillo del pantalón y palpó la navaja que siempre llevaba consigo desde que su vida empezó a cambiar. Seguidamente comenzó a andar en la misma dirección. Caminando despacio para no llamar la atención en un intento ferviente de poder pillarles por la espalda, queriendo sorprenderles, sin que le importase nada, en caso de ser necesario, acabar con la vida de aquel hombre que seguía corriendo tras ella como si se tratase de alguien importante, y que de ser así, ya se encargaría de cortarlo de cuajo ante la evidencia de que aquella mujer le pertenecía solamente a él por el resto de la vida...

¡Eso seguro!

CAPÍTULO 22

—Por todos los santos, ¿quieres hacer el puto favor de pararte de una vez? —logró decir agarrándola del brazo para que parase. Quedándose delante de la puerta que permanecía cerrada con llave. Ajenos al peligro que los acechaba.

Y como ella estaba empeñada en seguir dándole la espalda, no dudó en tirar del brazo, con algo de brusquedad, hasta conseguir que se diera la vuelta. Mirándola en profundidad mientras sus respiraciones iban recuperándose en cierta medida después de la frenética carrera que se acababan de pegar.

Hugo fue consciente de que seguía llorando desconsoladamente. Entendiendo, menos si cabe, qué es lo que estaba pasando, pero teniendo la seguridad de que su niña desvalida lo necesitaba como nunca antes. Quedando herido de muerte al ver tanto dolor. Actuando como le dictaba su corazón en esos mismos instantes.

—¡Anda ven aquí! —susurró con voz deliciosamente suave, dejando atrás el cabreo.

Y antes de que se le pudiera pasar alguna idea extraña sobre la mente, y antes de dejarla pensar por sí nuevamente trataba de apartarse, la estrechó entre sus brazos envolviéndola en un amor infinito, notando que aquel gesto la hacía llorar todavía con más fuerza... pero también notando cómo, no solo lo dejaba abrazarla, sino que además le correspondía de manera rápida queriendo agarrarse a él. Propiciando a que Hugo cerrase los ojos. Suspirando profundamente, mientras besaba sus cabellos sin soltarla en ningún momento.

Una mirada de profundo odio (a escasos metros) analizó la escena. El desconocido entonces se echó la mano al bolsillo y consiguió sacar la navaja, sin quitar los ojos de lo que veía con repulsión.

“Pagarán caro lo que están haciendo. Ella es mía”, se dijo acercándose peligrosamente con la idea de que sería demasiado fácil librarse de aquel hijo de puta. Lo siguiente, por supuesto, sería llevarse a la mujer de su vida para siempre.

Esa al menos era su intención hasta que, incomprensiblemente, y en un abrir y cerrar de ojos, sus planes se vieron de pronto desbaratados. El silencio de la noche hizo que escuchara a alguien correr en la misma dirección. Incluso parecía que lo estuviese persiguiendo a él concretamente. Y claro, el pánico

absoluto le atenazó los músculos.

¿Qué estaba sucediendo?

Se dio la vuelta, preparado en el caso de que tuviese que actuar, y guardó la navaja en un movimiento rápido. Las personas que se acercaban le resultaron conocidas. Descubriendo, gracias a la foto de aquel reportaje, que se trataba de los compañeros de Érika.

Pasaron delante de él.

—Buenas noches —le saludó Héctor. Allí era costumbre saludar, educadamente, a las pocas personas que se dejaban ver.

—Buenas noches —contestó el desconocido para no levantar sospechas.

Héctor y Ester siguieron con su camino y se pararon en el lugar en el que la pareja seguía abrazada.

En ningún momento fueron conscientes de que los acababan de salvar de una muerte segura.

—Bueno, por lo menos sabemos que estáis bien, ¿verdad?

Hugo les indicó con la mano que no era el momento. Ella seguía acurrucada sobre su pecho sin parar de llorar. Ni siquiera al escuchar la voz preocupada de Héctor.

—Os hemos visto salir corriendo y nos hemos asustado —informó rápidamente su amigo antes de abrir la cerradura de la puerta. Queriendo aclararlo porque allí sobran—. Ester y yo hemos pensado que esta noche, si os parece bien, será ella la que se acueste en la casa haciéndose pasar por Érika y así podréis pasar la noche juntos. En el caso de que al final os pillen se darán cuenta de que nosotros también hemos participado, y estoy convencido que no podrán echarnos a todos así que pase lo que pase estáis cubiertos.

Hugo miró primero a uno, y después al otro, agradeciéndoles lo que estaban dispuestos a arriesgar por ellos.

—Gracias.

—No tienes que darlas, ya lo sabes. Hasta mañana chicos... ¡ah! y por lo que más quieras —dijo Héctor bajando la voz—, ¡haz lo que tengas que hacer pero consigue que deje de llorar!

Hugo miró a su amigo, emocionado, y no pudo decir nada. No importó, porque a veces las miradas bastaban.

A continuación entraron en la seguridad del chalet y Ester, que fue la última en pasar, no pudo dejar de reparar en un pequeño detalle en el que se había fijado, creyendo que no tenía la menor importancia. Entonces asomó la

cabeza fuera, tratando de saber si estaba equivocada, cuando volvió a ver a aquel hombre que llevaba una gorra puesta y que seguía allí parado.

También pudo descubrir que se daba la vuelta en cuanto fue descubierto, perdiéndose en la otra calle.

“Qué raro”

No supo el por qué, pero no pudo evitar un estremecedor escalofrío, recorriendo su cuerpo, debido a la intuición de que algo peligroso había estado cerniéndose sobre sus cabezas. Adentrándose en el interior, cerrando de prisa, consiguiendo apaciguar los latidos de su corazón que latían demasiado deprisa.

Un tiempo después trató de apartar cualquier pensamiento negativo, que no venía a cuento, y se limitó a ir a su cabaña para coger las cosas que necesitaría. Una vez hecho se marchó en dirección a la casa donde pasaría la noche haciéndose pasar por Érika.

Y con una rapidez sorprendente se olvidó de lo que sintió al ver a aquel desconocido...

—Vamos amor, ven conmigo antes de que sigamos tentando a la suerte quedándonos aquí. Ni siquiera sabemos si están acostados —decía con calma, separándola un poco y fijándose en que por menos había dejado de llorar.

Le tendió la mano de manera caballerosa y esperó a lo que ella quisiera.

Y lo que por supuesto ella quería, precisamente, era permanecer a su lado en lo que se acababa de convertir en una cuestión prioritaria. Necesitaba, como nunca antes en los veinticuatro años que tenía, sentirse arropada y cuidada por aquel hombre que tanto le había demostrado. Comprendiendo lo egoísta que acababa de ser, y sobre todo comprendiendo lo realmente que la debía de querer, siguiéndola tan deprisa, en vez de quedarse en el bar y con la mujer que tan explícitamente se le había insinuado.

La realidad para cualquier otro sería tan simple como dejarse llevar y no lo que él acababa de hacer. Demostrándole con aquel acto lo mucho que sentía hacia ella.

Entonces alzó la mirada, alegró la cara para que dejara de atormentarse, y después se cogió a la mano que le ofrecía dispuesta a seguirle al fin del mundo.

Hugo la cogió con suavidad, tiró de ella, y la llevó hasta el interior de la cabaña. Cerró la puerta y a continuación quiso averiguar qué era lo que se le

pasó por la cabeza para acabar como lo habían hecho. Estaba plenamente convencido de hacer lo que fuese para averiguarlo. Solo así podrían disfrutar del tiempo que les quedaba.

Érika echó un vistazo a la habitación desconocida y vio que era casi igual que la suya pero en color verde. Avanzó hasta la cama y se sentó encima.

Hugo la siguió en silencio.

—¿Quieres que hablemos?

Érika asintió con la cabeza.

—Está bien —arrastró el butacón y lo dejó junto a la cama. Después se sentó—. ¿Por dónde quieres empezar?

Ella se limitó a permanecer con la mirada fija, tocándose las manos nerviosa, llegando a recordar tiempos lejanos. Y tuvo que hacerse a la idea de que, incomprensiblemente, y por primera vez desde que consiguiera adaptarse a aquel lugar, retrocedía en cuanto a lo referente a sus miedos y a la depresión casi curada. Continuando frotándose las manos a medida que una fuerte presión sobre el pecho le dificultaba respirar con la fluidez que necesitaba.

Lo que indicaba que una nueva crisis no tardaría en aparecer. Nublándole la razón pero fijándose en la mirada del hombre que no la perdía de vista. Un hombre que reflejaba un dolor real debido a lo mucho que transmitían aquellos ojos tristes y atormentados.

Hugo parecía dispuesto a tranquilizarla. Sabía a lo que se enfrentaba y por supuesto él no la dejaría caer. Al contrario, estaba dispuesto a sujetarla a cualquier precio. Aunque tuviese que vender su alma. Considerándolo natural porque aquella mujer especial bien se merecía eso y por supuesto mucho más.

Echó el cuerpo hacia delante y consiguió cogerla de las manos. Acariciándoselas con una delicadeza inaudita con el único propósito de que confiase en él.

Ni siquiera sabía si lo estaba viendo. Y tendría que luchar contra los fantasmas que se afanaban en aparecer si quería rescatar a su niñita.

Algo a lo que, indudablemente, estaba dispuesto a hacer. Faltaría más.

—Tranquila ¿vale? Estoy aquí y aquí me voy a quedar el tiempo que necesites hasta que estés preparada para hablar. Me crees, ¿verdad?

Érika escuchó sus palabras. Miró aquellos ojos que querían sujetarla... e incomprensiblemente dejó de frotarse las manos.

Y dijo:

—Claro que te creo Hugo.

Se abalanzó sobre él y comenzó a gimotear sobre su hombro de manera

esperanzadora. El consuelo de aquellos brazos era abrumador y la cura que necesitaba para acabar con su pasado. Ahora bien, tenía que reconocer que el episodio de esa noche no fue a raíz de lo que le tocó vivir. Reconociendo que lo que realmente se le pasó por la cabeza fue el causante de que terminara como lo estaba haciendo. Hundiéndose en el fango, porque no parecía tener las fuerzas suficientes para tratar de amortiguar el golpe que la llevaría, al descalabro emocional que terminaría con ella para siempre.

—Amor estoy aquí para lo que necesites, ¿y sabes qué? Creo que llorar como lo estás haciendo te ayudará. Así que aprovecha y desahógate lo que quieras, aquí estoy.

Vaya si lo hizo, permaneció desconsolada además de temblorosa, casi veinte minutos, en los cuales, y como no podía ser de otra forma, Hugo permaneció en todo momento atento a lo que pudiera necesitar. Armándose de una paciencia inaudita siguiendo dispuesto a todo por ella.

¡La chica más importante de su vida!

Ni siquiera se molestaba en ocultarlo. La seguridad que tenía acerca de sus sentimientos, hablaban por sí solos. Amándola tanto que llegó a asustarse puesto que aquella vorágine, que estaba viviendo, era una novedad. Pero sin que ello le resultase un lastre, en ningún sentido, reconociendo que estaba encantado y feliz al saber lo que suponía estar profundamente enamorado de una persona.

—Lo siento pero te he empapado la camiseta —logró decir un poco más calmada. Dejó que la viera y volvió a sentarse encima de la cama.

—No importa, tienes permiso para lo que necesites, ya deberías saberlo.

—¡Oh Hugo! De verdad eres un hombre totalmente excepcional y...

No pudo terminar la frase, volviendo a sentir un nudo en la garganta.

—¿Y? —la animó a continuar. Acariciando sus manos con suavidad—, por favor amor continúa.

—Pero es que... —no podía y volvió a quedarse sin palabras.

—Pero es que, ¿qué? Venga Érika suéltalo de una vez cariño para que te quedes en paz.

—Vale, lo intentaré —susurró dándose ánimos a sí misma.

—Dímelo cariño, dime eso que no te deja actuar con normalidad.

Lo hizo y lo soltó indefensa, mordiéndose el labio:

—¿Qué es lo que voy a hacer cuando ya no te tenga?

“Así que era eso”.

—Cariño... cariño... —repetía Hugo una y otra vez, alargando los

brazos para situarla sobre su regazo, donde aprovechó acurrucándose sobre él.

Aspiró el aroma de su colonia y consiguió permanecer tranquila después de conseguir decir lo que la estaba matando. Admirando a ese hombre por ofrecerle su ayuda para abrirse en canal tal y como acababa de suceder. Quedándose en paz, y por supuesto sin poder apartar la realidad de lo que estaban viviendo.

Incluso llegó a creer, que lo mejor para los dos, hubiese sido no involucrarse como lo habían hecho pero claro... ¡ya era tarde! El amor que se procesaban, era tan grande, que de momento no podría haber marcha atrás. Dispuestos a demostrarse lo que sentían sin que les importase mucho lo que pudiera suceder después. O a menos tratar de que no importara demasiado, tal y como habían hecho hasta ahora, y donde una Érika más débil, emocionalmente, tuvo que sucumbir después de todo...

Hugo eligió bien las palabras que quería decir. Estaba dispuesto a que se hiciera a la idea de que todavía podían disfrutar juntos. Por nada del mundo pensaría en la partida de su chica. No sabría cómo le podría llegar a afectar. Empeñado en disfrutar del momento. Y si para conseguir que ella, lograra dejar atrás cualquier malentendido para en cambio simplemente dedicarse a disfrutar, pasaba por ser el encargado de tirar del carro en ese delicado momento, lo haría.

¡Vaya si lo haría!

No le importaba dejar atrás a un hombre que solo pensaba en ampliar sus conquistas, al precio que fuera, sin dejar que su corazón se implicara nunca jamás.

Y el hecho irrefutable era porque ese hombre ahora mismo no existía.

—Sé que no es fácil —comenzó a decir—, pero lo mejor que podemos hacer es vivir cada segundo que pasemos juntos. Tenemos mucha suerte de poder hacerlo ¿no crees?, porque de lo contrario nos va a resultar bastante duro, y por lo menos yo, lo que quiero es seguir teniendo la maravillosa oportunidad de seguir conociéndote cada vez un poquito más, mientras aprovecho el tiempo que puedo para hacer lo que más me gusta, ¿y sabes qué es lo que más me gusta amor?

Érika negó con la cabeza.

—Pues ya deberías saberlo —la regañó de forma cariñosa—. Lo que más me gusta es tenerte cerca de la manera que sea, y por lo tanto es con eso con lo que me quedo. ¡Solo con eso!

—Si pero...

—Nada de peros cariño. Sabíamos a lo que nos exponíamos y tanto tú como yo hemos dejado bien claro lo que queremos. Vivamos el presente y se acabó. No hay más.

Las palabras eran duras como puñales pero eran la realidad.

—¿Y entonces...? —continuó Hugo dándole la oportunidad para que terminara la pregunta.

—¿Y entonces qué?

—Te estoy preguntando que qué es lo que quieres tú amor. Solo eso me importa, ya sabes lo que opino yo.

Érika entonces se incorporó un poco hasta que quedaron sus caras frente a frente. Solo así le respondió:

—Quiero lo mismo que tú solo que he de reconocer que hoy me he visto superada por las circunstancias, te pido disculpas. He actuado como una niña pequeña.

—Mi niña pequeña querrás decir, ¿no? —le pasó las yemas de los dedos por su cara tan bonita y soltó—: mira Érika, te quiero tanto que no me importa nada que no seas tú, y si me lo permites estoy más que dispuesto a demostrártelo el tiempo que sea y a costa de lo que sea. ¿Qué más da lo que suceda cuando ya no esté? Solo quiero aferrarme al ahora amor, para mí el mañana, ahora mismo, no existe.

—¡Por Dios Hugo! —exclamó con los ojos empañados nuevamente— dices unas cosas tan bonitas...

—Digo la verdad amor. Solo eso.

Érika volvió a acurrucarse contra su pecho y se sintió la mujer más feliz del mundo.

—Yo también te quiero Hugo. Te quiero demasiado.

—También lo sé amor. También lo sé.

Y continuó abrazándola, sin prisa, ya que para la felicidad y satisfacción de los dos esa noche no la había. Aprovechando para compartir confidencias a cerca de sus vidas, de sus familias, de sus trabajos... aprovechando ese tiempo que se les ofrecía por primera vez, y el que decidieron invertir en comunicarse para conocerse a fondo, sin dejar de sentir la cercanía el uno del otro, en lo que terminó siendo una revelación absoluta.

Y es que a pesar de no haber besos subidos de tono..., a pesar de no haber caricias íntimas..., y a pesar de que no terminaron haciendo el amor..., esa maravillosa noche la recordarían hasta el resto de sus vidas. Consiguiendo llegar a conocerse como ambos deseaban y sin que pudieran dejar de hablar

durante horas.

Cuando finalmente decidieron que querían descansar se acostaron y simplemente disfrutaron de poder estar así, antes de que el sueño se apoderada de ellos. Durmiendo en paz y plenos en todos los aspectos posibles...

CAPÍTULO 23

Hacía rato que las primeras luces del alba habían dejado atrás la oscuridad de la noche, ya acabada, dando paso a un nuevo y espléndido día que comenzaba. Escuchándose con insistencia el pío de los pajarillos madrugadores, además de los ladridos de un perro a lo lejos. Por lo demás nada. Un silencio absoluto envolvía a los ocupantes de la cabaña verde, que dormían a pierna suelta, permaneciendo con los cuerpos entrelazados de forma inconsciente. Necesitando sentirse cuerpo contra cuerpo sin importar la maraña de piernas y brazos. Descansando las pocas horas disponibles después de las confidencias.

El primero en despertarse fue Hugo. Entonces una sonrisa tranquila acaparó gran parte de sus atractivas facciones ante la maravillosa sensación de poder tenerla en su cama. Tal y como deseó infinidad de veces, creyendo que no lo lograría.

Con sumo cuidado, de no despertarla, giró la cabeza en dirección a la mesita de noche para mirar la hora del despertador. Comprobando, para su pesar, que ya eran las ocho menos veinte de la mañana, y por lo tanto no tardaría en sonar. Quejándose internamente ante la inoportuna hora.

La evidencia de no poder despertarla como quería era evidente. Tragándose las ganas de hacer el amor con ella, para simplemente limitarse a mirarla completamente embobado, sintiendo dentro de sí lo que ya era de sobra sabido. Admirando la oportunidad de verla dormir.

“¡Joder! ¡Cómo la quiero!”

Los ladridos del perro, aunque seguían lejos, se intensificaron largamente. Tanto que finalmente consiguieron despertarla, algo que a Hugo le extrañó, llegándose a preguntar qué sería lo que podría estar sucediendo para que el perro de la casa a la que iban a por leche, el único de por allí, estuviese provocando tanto revuelo y alboroto. Olvidándose de tan anómala situación en cuanto su novia comenzó a abrir los ojos lentamente.

—Buenos días cariño, ¿has dormido bien?

Érika se desperezó, sintiéndose bien, y por supuesto plenamente feliz, mostrándole una amplia sonrisa porque se dio cuenta que ni siquiera se había

asustado al notar que no estaba sola en la cama.

—Mejor que bien y todo gracias a ti. Eres un cielo —y se acurrucó contra él inmensamente dichosa.

—¿Sabes una cosa?

—¿Sí? —preguntó sin moverse.

—Me ha gustado mucho despertarme y tenerte en mi cama —le susurró estrechándola lo que pudo—, eres tan importante para mí Érika que me encantaría que pudiese seguir siendo así.

—Ya queda poco para el fin de semana —lo animó—, casi lo hemos logrado, ¿pero qué...?

No pudo acabar la frase, silenciando el grito que estuvo a punto de salir por su boca, viéndose sorprendida por un Hugo veloz como el rayo, y que sin darse ni cuenta, terminó con el cuerpo sobre ella. Aprisionándole las manos sobre la almohada antes de avisarla provocativamente:

—Te diré que voy a mantenerte bastante ocupada durante el tiempo del que dispondremos nena. Solos tú y yo.

—¿Ah sí?

—Por supuesto, —bajó y se acercó peligrosamente a su boca antes de continuar—: solo te dejaré que abandones la cama para recuperar fuerzas ¿qué te parece?

Érika tragó la saliva, que se le había quedado en la boca de repente, y lo miró con una intensidad abrumadora. Una mirada que le hacía partícipe de la completa disposición que tendría para él, y por supuesto para cuanto quisiera hacer con ella.

Cuando, unos segundos después, creyó estar lista para contestarle, no pudo hacerlo, y es que fue abrir la boca y sentir cómo su lengua se hacía paso para entrelazarse con la suya. Besándola con un frenesí abrasador, sin que le pareciera importar los primeros pitidos que se empezaban a escuchar a través del despertador, y que poco a poco iban en aumento debido a que acababa de quedar en un segundo y olvidado plano. Besándola durante un largo tiempo antes de verse obligado a la difícil tarea de apartarse de aquellos labios que lo volvían loco.

Apretó el botón del despertador de un manotazo y lo tiró exasperado.

—¡Coño! ¡Cállate ya! Nada me gustaría más que partirlo por la mitad... ¡menudo aguafiestas! —gruñó, volviendo a meterse en la cama—. ¿Dónde estábamos?

Pero Érika ya se estaba incorporando, dejándolo con un mohín en la

cara, a modo de querer dar lástima.

—¿Qué haces? ¿Dónde crees que vas? —preguntaba a medida que observaba detenidamente su apetecible cuerpo con la ropa interior puesta. Lo que había utilizado para dormir.

—A la ducha.

—Voy contigo —se ofreció hábilmente. Se levantó de la cama, de un salto, y mostró la erección bajo el bóxer ante la idea de compartir la ducha.

—Lo siento Hugo pero no puede ser.

—¿Qué? —preguntó enfurruñado tratando de llegar hasta ella. Algo que por supuesto no consiguió.

—¡Quieto! —exclamó con voz autoritaria como si se tratase de una orden—, si entras conmigo en el baño nos terminarán descubriendo.

—Vamos Érika... por favor... —suplicó.

—No me lo hagas más difícil, sabes que lo deseo tanto como tú, pero no pondré ni a Ester ni a Héctor en ningún apuro después de ayudarnos como lo han hecho. No podemos.

Hugo se pasó la mano por el pelo, conteniéndose, y supo que era lo único sensato que podrían hacer.

—Tienes razón, dúchate tú primero —terminó cediendo con dolor en la entre pierna.

Antes de internarse en el cuarto de baño se giró para decirle:

—El fin de semana... piensa en el fin de semana...

—¡Por lo que más quieras Érika! —protestó enérgicamente—. Métete de una vez en la ducha o no respondo.

Solo entonces, ante la amenaza explícita de su novio, y sabiendo que hablaba muy en serio, cerró la puerta tras de sí. No sin antes echarle una última mirada. Profiriendo una sonora carcajada para aplacar los ánimos.

Primero uno, y luego el otro, pasaron por la ducha, coincidiendo en que lo más adecuado sería hacerlo con agua fría. Así les resultaría más fácil controlar sus cuerpos ante el deseo con el que parecían haber amanecido de buena mañana. Comenzando a contar las horas, que los separaban, de poder hacer lo que les viniera en gana...

Afortunadamente todo salió según lo planeado, y ni María ni Juan, se percataron del cambio de habitaciones que había tenido lugar durante la noche. Creyendo firmemente, al verlos más relajados, que lo que ocurría es que el

ansiado fin de semana estaba a la vuelta de la esquina. Alegrándose por ellos puesto que, aunque quisieran preservar el lugar del trabajo con ese único fin, eso no quería decir, ni muchísimo menos, que no aprobaran esa relación una vez que estuvieran fuera de sus dominios. Percatándose de lo bien que les sentaba aquella relación sentimental que habían empezado.

—Por cierto —decía Juan aprovechando ese momento en el que preparaban el desayuno —, cuando he ido esta mañana a por la leche, Pepe me ha dicho algo que me ha dejado un poco intranquilo.

Todos dejaron lo que estaban haciendo y lo miraron intrigados.

—¿Qué es lo que te ha dicho?

—Por lo visto un Ford Escort lleva aparcado en su calle desde ayer y no lo había visto antes por aquí.

—Será de algún montañero —intervino Héctor, quitándole importancia puesto que parecía no tenerla.

—Sí, eso es lo que también me ha dicho, pero hay otra cosa en relación a este tema que le ha sorprendido.

Los presentes volvieron a mirarle.

—Por lo visto estaba esta mañana paseando a Blacky, cuando el dueño del coche ha salido del interior y, ¿sabéis qué?

—Por el amor de Dios Juan, habla claro de una vez.

—Pues que según Pepe el perro es como si de pronto se hubiese vuelto loco y no paraba de gruñir y de ladrar.

—¿Blacky? —preguntó con sorpresa Hugo—, pero si ese perro es lo más tranquilo que yo he visto.

—Por eso me ha extrañado. Por lo visto ni siquiera cuando han entrado en casa ha dejado de ladrar, y al final le ha tenido que pedir disculpas al pobre hombre antes de llevárselo.

—Qué raro.

—¿Verdad?

—De raro nada —intervino Ester cogiendo otra barra de pan mientras continuaba—: ya sabéis cómo se pone cuando no se le hace caso. Simplemente ese hombre habrá pasado de largo y Blacky se habrá vuelto loco por no recibir ninguna caricia extra, ¿dónde está el problema? Además, que yo sepa solamente está prohibido aparcar en los vados, y en la calle de Pepe solo está el suyo.

—Sí, puede que tengas razón.

—Pues claro que la tengo, a ver si resulta que ahora ese perro se ha

puesto así por creer que el hombre ese es un sicópata —terminó bromeando sin saber que acababa de dar en el clavo, cortando rebanadas de pan como si nada.

—La verdad es que desde que se quedó viudo, el pobre hombre hace lo que sea por mantener una conversación con alguien. Quién sabe, puede que vea hasta cosas donde no las hay.

—En fin, voy a despertar a los niños.

Ninguno de los presentes dio más importancia a aquel tema, olvidándolo tan pronto como Ester, la noche anterior, cuando sintió que algo malo los estaba acechando.

Cuando los pequeños estuvieron listos bajaron y desayunaron juntos, ante un aire distendido, y después cada uno se puso a hacer lo que debía.

Ese día el calor llegó a ser sofocante, como muy bien habían informado en el telediario. Por lo visto estaban en alerta amarilla debido a un aire cálido proveniente de África y duraría todo el día por lo que, aparte de los ratos en los que estuvieron en la piscina, no les quedó otra alternativa que quedarse dentro de la casa con el aire acondicionado funcionando sin descanso. Convirtiendo el encantador chalet en lo que para algunos de los niños resultó un tanto aburrido, debido en parte al despliegue de oportunidades que había allí fuera, lo que hizo que los mayores tuviesen que agudizar el ingenio para conseguir mantenerlos ocupados durante aquel abrasador día, que resultó agotador para niños y mayores.

El reloj de la cocina marcaba las diez y veinticinco de la noche cuando Ester entró con los últimos platos de la cena. Se ayudó del tenedor y tiró las sobras de las espinas al cubo de la basura, después cerró la bolsa.

—Menudo día tan largo —escuchó detrás de ella.

—Sí. Ni siquiera hemos podido cenar en la terraza, menos mal que mañana parece que bajarán un poco las temperaturas y podremos hacer algo.

—Sí. La verdad que el único pero que pondría a vuestro país serían las temperaturas tan extremas que tenéis. Hay veces que te cuesta respirar con normalidad.

—Menos mal que tenemos aire acondicionado —rió—, ¿no es verdaderamente un alivio?

—Ya te digo Ester.

—Oye... —terminó de meter los platos en el lavavajillas y pulsó el botón de inicio— creo que hoy paso del café, si no salgo de aquí me voy a volver loca.

—Te entiendo. —Respondía de manera casual, viendo a María entrar en la cocina con el mantel hecho un gurrúño para sacudirlo sobre el suelo.

—Chicas, hoy os habéis ganado el café en el bar. No os preocupéis por los niños.

—Gracias María, eres un sol —y se precipitó sobre ella dándole un gran abrazo ante la mirada divertida de Érika.

Cogió la bosa de la basura, entre los dedos de la mano derecha, y tiró de ella con fuerza. Las ganas de salir de inmediato eran tremendas. Pensando exclusivamente en responder a la llamada perdida que tenía en el teléfono móvil.

—Voy a tirar la basura —anunció antes de marcharse.

—¿No nos esperas?

—No, tengo que hacer una llamada. Os esperaré en el bar.

—Está bien, como quieras.

Y así fue como se separaron, Ester con la intención de ir a tirar la basura, y Érika con la intención de avisar tanto a Hugo como a Héctor. Absolutamente ajenas a lo que esa noche les terminaría sucediendo...

Érika no tardó en asomarse al salón, donde los hombres parecían discutir de fútbol, cuando dijo:

—¿Quién se viene al bar? María nos da permiso.

La discusión de fútbol quedó rápidamente olvidada y se levantaron del sillón con rapidez.

—Lo sentimos Juan pero ya terminaremos mañana.

—Por supuesto chicos, divertiros.

—Hasta luego.

Cerraron la puerta detrás de ellos y un Hugo pletórico no pudo contener, durante más tiempo, las emociones de su interior. La perspectiva de tener alguna hora para disfrutarse mutuamente le agradaba muchísimo, deseando actuar como una pareja cualquiera. Agarrándola por detrás, pegándola a su cuerpo, a medida que acoplaban sus pasos sin que Érika pusiera ninguna objeción al respecto. Ni tan siquiera ante la idea de que muy posiblemente les

podrían estar viendo a través de la ventana.

—¿Preparada para tomarte una coca cola conmigo amor?

—Siempre —respondió con dificultad ante el vaivén de emociones. Deleitándose y embriagándose con el poder que tenía el uno sobre el otro.

—¡Mmmm...! No te defraudaré, vaya que no... —y le rozó el cuello con los labios entre abiertos, de forma deliberada, y sensual, notando como a su querida chica se le ponía la carne de gallina.

—¡Buffff! —exclamó de pronto Héctor en tono burlón— a ver quién consigue separaros esta noche, me da a mí que a Ester no la libra nadie de volver a dormir en tu nueva habitación, ¿me equivoco Érika?

—No. No te equivocas.

Héctor abrió la puerta y se apartó un poco.

—Las damas primero.

Y así, entre risas, se alejaron. Pensando exclusivamente en hacerla feliz.

Diez minutos antes:

Ester avanzaba en dirección a los cubos de basura mientras conversaba con Brian para ponerlo al detalle de cuanto ocurría. Incluida la relación que su hermana y Hugo continuaban teniendo, haciéndole llegar, a través de su boca, lo muy enamorados que estaban.

Sujetó el móvil como pudo entre la oreja y el hombro, y a continuación levantó la tapa del contenedor, después lanzó la bolsa hacia el interior, y siguió parloteando encantada de escucharle. Sonriendo porque en esos precisos instantes le decía lo muy interesado que estaba en volver a Madrid el siguiente fin de semana, aprovechando que ella lo tenía libre.

Continuó caminando, tan tranquila, cuando algo le llamó la atención. Viendo aquel coche del que había hablado Pepe.

—Te tomo la palabra Brian —terminaba de decir con una sonrisa—. Estoy deseando volver a verte. Chao.

Pulsó el botón de finalizar llamada y se lo metió en el interior del bolsillo. A continuación, y dejándose llevar por un impulso, cambió de dirección sin percatarse del grave error que estaba a punto de cometer...

CAPÍTULO 24

Ester se acercó, con pasos dubitativos, y observó el interior. Estaba vacío así que se acercó otro poco. Suspirando aliviada porque el corazón se le acababa de acelerar sin motivo aparente.

“¿Sería tonta?”, y se dijo que Pepe muy posiblemente hubiese exagerado.

La oportunidad de dar media vuelta y emprender el camino hacia el bar hizo que se relajara. Tanto fue así que debido ello, y sobre todo a la curiosidad que no conseguía apaciguar, decidió echar un último vistazo a través del cristal. Después se olvidaría de aquel asunto sin importancia.

Se agachó un poco, lo suficiente para ver bien, y comprobó la suciedad que había dentro. Un paquete de cigarrillos vacío, algún bote de refresco volcado, restos de comida, el asiento reclinado como si el dueño lo hubiese puesto así para echar una cabezadita...

¿Acaso es que el tipo del que hablaba Pepe vivía en el interior de aquel Ford Escort? La respuesta a aquella pregunta, después de lo que estaba viendo, era obvia. ¡Claro que vivía allí! Por lo menos durante el tiempo que había permanecido en aquel lugar aparcado.

¡Qué raro!

Y sin saber cómo, ni el motivo, un escalofrío le recorrió desde la punta del pelo hasta la punta de los dedos de los pies, recordando la misma sensación de la noche pasada sin tener la menor idea del por qué. ¿Acaso empezaba a ver cosas donde no las había? ¿Y si realmente el perro había olido el mal en aquel hombre desconocido?

Varios papeles que estaban sobre el asiento del copiloto llamaron su atención, acercándose hasta el otro lado para fijarse bien.

Se quedó desubicada. Reconociendo la foto en la que aparecían en aquella revista. Una revista que permanecía abierta justo por la página en la que hablaban de aquel campamento de verano, comprobando, con horror, la cara de Érika. Una cara que había sido tachada con un rotulador rojo. Pero... ¿Por qué? ¿Sería una simple casualidad?

“¡Márchate de aquí cagando leches!”, se dijo a sí misma con la expresión turbada en su rostro.

Pero no lo hizo, desaprovechando unos segundos verdaderamente

importantes en cuanto a la seguridad de su vida se refería. Y descubrió, esta vez, una foto en la que acababa de reparar. Una foto en la que aparecía Érika junto a un hombre que no terminaba de ubicar, pero que creía haber visto en alguna parte... quedándose completamente inmóvil. Tratando de recordar.

De pronto el tiempo pareció pararse, a medida que algo le decía que debía averiguar el por qué la foto de su amiga estaba allí dentro.

¿Quién era aquel hombre?

Y lo que era más importante...

¿De qué conocía a Érika?

Por desgracia no tardó mucho en comprender en el verdadero lío en el que se había metido por entrometerse donde no la habían llamado. Quedándose paralizada, por el terror, ante la evidencia de que alguien se le había acercado de manera tan sumamente sigilosa que ni se dio cuenta. Comenzando a temblar de miedo ante aquella cercanía que, ahora sí, conseguía ponerle los pelos de punta. Comprendiendo, demasiado tarde, el por qué Blacky parecía haberse vuelto loco al oler a aquel tipo.

—Hola Ester —escuchó a su espalda muerta de miedo—, no has podido mantenerte al margen, ¿verdad?

Fue entonces cuando supo que si no gritaba lo lamentaría el resto de su vida... o lo que quedaba de ella.

No pudo hacerlo ante la rapidez de aquel hombre que no había tardado en adivinar lo que haría. Tapándole la boca, con una enorme mano, y reduciéndola con el cuerpo bruscamente.

¡Ester supo que no tenía nada que hacer!

El desconocido la obligó a darse la vuelta y se encontró, cara a cara, con el rostro de la foto. Descubriendo que se trataba de la misma persona que anoche se encontraron cuando regresaban a casa.

“¡Oh Dios mío! ¡Iba a por ella! ¡¡Iba a por Érika!!!”

Antes de darse cuenta, y sin poder articular palabra, se vio indefensa. Amordazándola con un trozo de tela, que se sacó del bolsillo, para después atarla con unas bridas.

—Así aprenderás a no meterte en asuntos que no te importan —decía el desconocido apretando las bridas con fuerza. Provocando un terrible dolor sobre las muñecas de la chica, pareciendo disfrutar—, ahora te meteré en el maletero y ya veré lo que hago contigo. No puedo desperdiciar el tiempo. Ha llegado la hora.

“¿Que había llegado la hora? ¿Qué hora?”

—Vaya sorpresa que se va a llevar cuando me vea, vaya que sí. Venga vamos.

Pero ella no se movió, alzó la mirada y se encontró con aquellos ojos fríos como el hielo. Tratando de oponer resistencia, mientras imploraba a que alguien los viese.

Tenía las de perder si la encerraba dentro del maletero.

—¿No me has oído puta? He dicho que vamos —pronunció con seguridad antes de propinarle un puñetazo que la dejó casi inconsciente, tirada sobre el suelo.

Después de aquello, y del aturdimiento en el que se encontraba, habría dos cosas que más tarde recordaría... La primera, que no pudo hacer absolutamente nada para evitar que la encerrara dentro del maletero, y la segunda resultó completamente impactante. Escuchando en tono macabro:

—¿Sabes qué? Como que me llamo Eidan que no tardarás en tener compañía. Iré a buscar a Érika para que permanezca donde siempre tuvo que estar. A mi lado.

Ester contuvo la arcada que la sacudió, como buenamente pudo, ante la posibilidad de ahogarse con su propio vómito. Percatándose de quién era en realidad aquel hombre. Después simplemente perdió la noción del tiempo. Dejándose llevar por la oscuridad de la inconsciencia justo cuando, sus tres compañeros, pasaban por la calle de al lado, a escasos metros de donde se encontraban, completamente ajenos a lo que estaba sucediendo.

CAPÍTULO 25

Una noche más el bar estaba lleno hasta la bandera, por lo que agarró a Érika con fuerza, para que no se soltase, y se hizo paso entre aquel barullo de gente. Saludando con la cabeza a algunos conocidos. Mostrándose relajado y dispuesto a disfrutar de su chica sin ningún tipo de restricción.

Continuó avanzando y llegó a la barra, el lugar en el que, una Rebeca enfadada, le echó una mirada de pocos amigos.

Érika no pudo evitar sentirse un poco incómoda, la verdad, pero debía reconocer que ella también se molestaría si estuviese en su lugar. Bajo ningún concepto le gustaría ver a Hugo en brazos de otra.

¡Solo de pensarlo le daban escalofríos!

—Anda, si está aquí la pareja feliz —les dijo escupiendo las palabras, echando a Érika una mirada llena de odio.

Hugo apretó la mandíbula y la avisó a través de unos ojos fieros. No le iba a consentir que se pasara de la raya.

Y sus señales de aviso obraron el efecto contrario porque a Rebeca le pudo la envidia ante la evidencia de lo mucho que se molestaba en protegerla, diciendo furiosa:

—¿Qué día era cuando te marchabas cielo? —dijo en tono burlón, mirando a Hugo descaradamente—. No creas que soy rencorosa. Estaré esperándote en cuanto se haya marchado a su país.

“¡Zorra!”, pensó Érika sin poder articular palabra alguna. La acababa de dejar cao.

—Pues no lo hagas cielo —intervino él deprisa imitando su mismo tono burlón, marcando bien las palabras—, no pierdas el tiempo porque no estoy, ni estaré, interesado en ti, así que deja de hablar y ponnos una cerveza y una coca cola, que para eso hemos venido.

“¡Toma! ¡Se lo tenía merecido!”.

Rebeca los escrutó con la mirada y, roja de indignación, no le quedó otra opción que servirles lo que le acababa de pedir. Después se olvidó de ellos. O lo intentó.

—¿Qué es lo que ha sido eso? —preguntaba Héctor que había escuchado parte de lo que su amigo le dijo a aquella lista.

—Sabes que no soy de esos pero he tenido que ponerla en su sitio.

—¡Vaya! —Silbó alucinado— mira Érika, debes saber que él nunca hace lo que acaba de hacer. No sé qué es lo que le estás haciendo a mi amigo, pero desde luego parece otro.

—¿Ah sí? —sonrió prestando atención a la cara de niño bueno que su chico ponía a propósito.

—Es que soy otro —confesó—, y lo soy por la sencilla razón que nunca ninguna otra me había importado lo suficiente para hacerlo.

—¿Ves? Ahí lo tienes —intervino Héctor—, y es todo tuyo. Aquí ya estoy sobrando.

Dio media vuelta y ojeó a las chicas que había en el bar. Perdiéndose entre la multitud.

Una vez solos Érika le preguntó:

—¿Es eso cierto?

—¿El qué? —se pegó provocativamente a su cuerpo y continuó mirándola con esa carita de niño bueno. A continuación bajó hasta sus labios y susurró sobre ellos—: ¿te refieres a que si haría lo que fuese con tal de salir en tu defensa? Pues claro nena. No lo dudes nunca. —Terminó diciendo antes de abrir la boca con ansia y besarla intensamente. Tanto que Érika tuvo que agarrarse a sus anchos hombros al cogerla desprevenida. Entregándose a aquel beso cálido y húmedo sintiendo cómo el corazón latía incansable de lo mucho que lo amaba.

—¡Joder Érika! Esto sí que es un beso en condiciones —dijo apartándose un poco para recobrar el aliento. Mirándola con unos ojos deliciosamente sexys ante lo que les esperaba en unas horas.

Érika siguió sujetándose mientras trataba de respirar con algo de normalidad después de aquel arrebatador beso, y dejó que la cabeza descansara sobre su pecho.

—Sí —admitió encantada—. No ha estado nada mal.

—Pues es un aperitivo de lo que te espera amor.

—¿Qué...?

Ella entonces alzó la mirada y se encontró con aquellos ojos traviesos y llenos de intención.

—Era una sorpresa pero no aguanto más. Mañana, cuando terminemos de comer, te llevaré a Valencia.

—¿A Valencia?

—Sí. A la playa.

—¿A la playa? —gritó entusiasmada dando palmas.

—Sí, he encontrado una habitación en un hotel a pie de playa. Pero he de advertirte que no te hagas muchas ilusiones... —Hugo la observaba detenidamente, a continuación levantó las manos y llegó a sus hombros desnudos, deslizando las yemas de los dedos por ellos. Despacio, muy despacio, provocando en ella oleadas de placer anticipado diciendo con voz sensual—: tendrás que complacerme si quieres llegar a ella.

—Lo haré.

—Soy un hombre difícil de complacer —la provocó sin poder apartar los ojos de su boca—, y sobre todo soy insaciable.

“¡Bufffff! como siga mirándome así lo arrastraré hasta un callejón oscuro...”, pensó embriagada de amor y de pasión.

—Entonces tendré que poner mi empeño porque sí quiero disfrutar de un poco de playa.

—Deseo concedido siempre que tengamos sexo dentro del agua. Será acojonante —le susurró pasando las manos, esta vez, alrededor de su estrecha cintura, pegándola contra la inminente dureza que acababa de despertar debido a tantas expectativas. Bajando poco a poco hasta su trasero, enfundado en unos shorts cortos de color azul, restregándose contra ella sin afectarle que estuvieran rodeados de gente—, no sabes lo que deseo tenerte sólo para mí.

Érika no contestó, decidida a dejarse llevar por aquellos calambres de placer que la sacudían, debido al inescrutable y todopoderoso deseo que se manifestaba en toda su extensión a través del roce de sus ropas. Perdiendo el decoro y la noción de donde se encontraban.

Un gemido se escapó de su boca y Hugo no tardó en silenciarlo, apoderándose de sus labios y haciéndose paso hasta entrelazar las lenguas de manera casi salvaje.

—¡Oh nena! ¡Cómo me gustan tus besos! —Cogió la cerveza y se la bebió de un trago para calmar el fuego que ardía por sus venas.

¡No lo consiguió! Decidiendo que era la hora de pasar al whisky.

—Voy al baño cariño. No tardo.

—Vale.

—¿Estarás bien sola?

—También eso lo he superado, no te preocupes por mí.

—¿Estás de broma? Siempre me preocuparé por ti. —Le dijo como si nada, completamente en serio. Después la besó con rapidez, o no podría marcharse, y se alejó.

El estado de Érika, mientras Hugo se dirigía hasta el cuarto de baño, era

de auténtica nostalgia. Sopesando la magnitud de lo que él acaba de decir aunque supiera que no era posible.

¿Cómo se iba a preocupar siempre por ella cuando dentro de pocos días su estancia allí habría terminado?

“Creo que yo también necesito un whisky”, se dijo con pesar. Dispuesta a apartar esa melancolía que de pronto se había apoderado de su alma.

Rebeca en ese instante pasó junto a ella, aprovechando seguramente que estaba sola, y al ver su mirada de desprecio dirigida, únicamente a ella, pudo reaccionar. No se dejaría amilanar ni por ella ni por nadie. Devolviéndole la mirada, de igual a igual, pero con el entusiasmo de verse ganadora.

“¡Hugo es mío!”, le dijo claramente a través de los ojos.

Y aunque todavía no podía llegar a creerse, que un hombre como aquel bebiera los vientos por ella, aquella era la única realidad. Hinchándose de satisfacción al recordar su cara anhelante cuando le dijo que pasarían el fin de semana en la playa los dos solos. Empezando a echarle terriblemente de menos y eso que apenas si llevaban dos minutos separados.

—Hola guapa, ¿estás sola?

“Lo que faltaba”.

—Pues de hecho no —contestó de manera educada pero con seriedad. Haciéndose cargo de la situación sin ningún esfuerzo—, estoy esperando a mi novio.

—Vale, vale. —Dijo el desconocido levantando las manos. Comprendiendo que allí no había nada que hacer.

“¡Guau! Y ni siquiera está Ester como aquel primer día que vinimos a tomar algo y tuvo que acudir en mi ayuda... ¡Un momento!”, se dijo alarmada echando un vistazo rápido a su alrededor.

“¿Dónde está Ester?”

Llevaba dentro del local veinte minutos y se acababa de percatar que no había rastro de ella, sabiendo que la pasión desenfrenada que sentía por su novio era la única causante de que hubiese tardado tanto en darse cuenta. No estaba por ningún lado. ¿Dónde demonios se habría metido? Se preguntó recordando que había sido la primera en salir a tirar la basura.

Al ver cómo Hugo salía del baño no lo dudó y comenzó a caminar en esa dirección. Lo que él interpretó como que posiblemente le hubiese estado a punto de dar otro ataque de ansiedad al verse sola, rodeada de hombres desconocidos.

—¿Qué pasa Érika? —preguntó alterado, cogiéndola rápidamente de la

mano— ¿estás bien?

—Sí, sí. Estoy bien, solo que me acabo de dar cuenta de que Ester no está. No la veo por ningún sitio.

Hugo cerró los ojos aliviado y la atrajo hacia sí. Abrazándola con fuerza.

—Por un momento pensé que te había sucedido algo —pronunció aliviado, besando sus cabellos.

—¿Dónde puede estar?

—¿Qué?

Érika se apartó para que la escuchara.

—¿No me has oído? Ester no está aquí.

—Ah sí, Ester —dijo empezando a valorar la situación una vez que supo que ella estaba bien. Mirando el abarrotado bar como ya hiciera ella hacía unos segundos.

—Vamos a preguntarle a Héctor si la ha visto.

—Vale.

Héctor bailaba pegado a una atractiva morena cuando se vio interceptado por ellos, poniendo mala cara.

—Oye, vosotros, ¿queréis hacer el puto favor de dejarme ligar tranquilo?

—¿Has visto a Ester? —dijo Érika deprisa, olvidándose de lo que acababa de decir.

—No. No la he visto. ¿A qué viene eso ahora?

Hugo lo apartó de la morena lo suficiente para que les hiciera caso.

—No la hemos visto desde que hemos llegado, ¿no te parece un poco raro?

—Puede que se haya enrollado con alguien, ¿no? —y se encogió de hombros como si el asunto no le importara mucho, volviendo la vista hacia la morena que le esperaba—. Estará en la calle con algún tío.

—Vayamos a ver Hugo —imploró una Érika un poco nerviosa.

—Sí, vamos.

Pero en la calle tampoco estaba.

—Qué raro, parecía querer salir de casa a toda leche. Ni siquiera quiso esperarnos para adelantarse a tirar la basura y hacer una llamada.

—Quizás esté hablando con Brian —la tranquilizó—. Seguro que de ser así se habrá quedado en la calle para hablar tranquilamente.

—Sí, puede ser.

—Anda entremos otra vez y tomémonos algo más fuerte ¿qué dices? Todavía podemos quedarnos un rato más.

—No sé... —dijo dubitativa antes de mirar su ancha sonrisa y su preciosa cara que tanto parecían ofrecer. Escuchándose decir—: vale. Acepto.

Volvieron a entrar cogidos de la mano entre risas y, sin darse cuenta, de haberse dado la vuelta, que un hombre con gorra se acercaba hasta el bar con la determinación de saber lo que quería dibujada en una cara cruel y macabra. Sabía, después de tanto tiempo, que había llegado la hora de poner cada cosa en su sitio. Teniendo la certeza de que el efecto sorpresa jugaba a su favor...

¡Vaya que sí!

No tenía la menor idea de lo que podría llevar allí encerrada, era como si la noción del tiempo no existiera. Luchando por calmarse para no perder el control sobre sí misma. Centrándose en lo que podría hacer con tal de que alguien pudiera escuchar algo raro que le llamara la atención. Teniendo la certeza, a pesar del golpe recibido que la dejó tan aturdida, de que era de vital importancia si de verdad quería salir airosa de tan nefasta situación. Recordando cómo se le puso la carne de gallina al comprobar que el hombre que tenía de frente tenía un brillo escalofriante y enloquecedor en los ojos. No había que ser muy lista para saber que no dudaría, una vez que cogiera a Érika, en desprenderse de la dos. Y eso solo podía significar que acabaría con la vida de ambas. Manteniendo la sangre fría mientras que golpeaba, con ambos pies, la estructura de dentro del maletero. Lo único que era capaz de hacer al hallarse atada de manos y amordazada. Implorando para que Érika lo descubriera antes de que fuera demasiado tarde para cualquiera de las dos, a la vez que, con lágrimas de impotencia, golpeaba con todas sus fuerzas y de manera incansable ante la mínima posibilidad de que la pudieran oír.

Comenzando a rezar y eso que no era creyente.

La idea de que posiblemente se hubiese quedado un poco rezagada, ante la evidencia de necesitar intimidad para hacer esa llamada de teléfono, la terminó convenciendo. Situándose junto a su adorado Hugo, con el vaso de tubo en una de las manos, y con la cara relajada riéndose de cualquier cosa. Absolutamente integrada en aquel ambiente festivo que la llevaban a actuar con plena normalidad para agrado y disfrute de él. Permaneciendo pendientes

el uno del otro sin dejar de tocarse y besarse. Dispuestos a saborear cada segundo que se les brindaba como si realmente se tratase del último, y sin que ninguno de los dos pensase en la posibilidad de marcharse de allí. Al menos no de momento y después de lo mucho que estaban disfrutando.

—Ahora vengo —dijo Érika dejando el vaso encima de la barra y mirándolo por encima del hombro—. Voy al baño.

—Vale nena —y la atrajo hacia si plantándole un beso en la boca, dejándola sorprendida y sin aliento—. No tardes en venir. Ya te estoy esperando.

—¡Joder Hugo! Unas cuantas palabras y ya consigues que caiga rendida a tus pies, ¿cómo es posible?

—¡Eh señorita! ¡Esa boca! —bromeó sin soltarla, complacido por su sinceridad.

—¿Qué pasa con mi boca? —preguntó con un mohín, entrando al trapo, a medida que deslizaba los dedos por el interior de sus cabellos. Percibiendo el olor característico de su colonia y que ni que decir tiene le encantaba.

—Nada... —contestó con una mirada arrebatadoramente sexy y provocativa—, solo que me vuelve loco. Y tengo tantas cosas en mente para que hagas con ella...

Inevitablemente Érika terminó ruborizada ante la imagen que se le pasaba a ella también por su mente. Y susurró acalorada:

—¿Sabes qué?

—No amor. Dime.

—En cuanto venga del baño quiero que nos vayamos.

—¿Ah sí? —preguntó juguetón, aprovechando para aprisionarla contra su cuerpo, despertando los sentidos que les depararía aquella deliciosa noche.

—Sí.

—¿Y con qué fin si se puede preguntar?

—Con el fin de que seas tú —y se acercó peligrosamente hasta su boca —... el que me complazca a mí. Porque para que lo sepas yo también soy insaciable y deseo que me hagas el amor durante toda la noche.

—¡Vaya! —soltó Hugo mediante un silbido, abriendo los ojos con expectación y dejando de retenerla. Deseando su vuelta, de manera clamorosa, y eso que todavía no se había ido.

—Enseguida vuelvo cariño.

—Ya estás tardando.

Hugo no dejó de devorarla con la mirada hasta que la dejó de ver,

pensando en lo verdaderamente afortunado que era. Degustando que su fin de semana comenzaría antes de tiempo. Justo en el instante en que atravesaran la puerta de la cabaña.

Echó un barrido rápido al local, con el vaso en la mano, y vio a Héctor enrollado con la morena. Y no pudo por menos que echarse a reír ante la evidencia de lo bien que se lo parecía estar pasando... Y sin que en ningún momento fuese consciente de que Ester seguía desaparecida en combate. Apurando el contenido del vaso para no hacer esperar a su chica. La cual aparecería en cualquier momento.

La espera se le hizo eterna...

Érika tiró de la cadena del baño y quitó el cerrojo de la puerta. Después salió y se lavó las manos a medida que echaba un vistazo al reflejo de su cara. Reflexionando lo que veía a través del cristal.

Y la verdad que no hizo falta mirarse durante mucho rato. El brillo que veía en sus ojos, además de la expresión relajada de su rostro, hablaban por sí solos. Maravillándose por el cambio que se había producido no solo en su físico sino en lo más importante, su autoestima. Confesando, para su satisfacción personal, que se volvía a querer. Algo que pensó que no volvería a ocurrir. Sintiendo orgullosa de sí misma y sobre todo del hombre que lo había hecho posible. Su Hugo.

¿Quién sino?

Se secó las manos y de forma apresurada comenzó a abrir la puerta que daba al bar, deseando con urgencia verse nuevamente rodeada de aquellos brazos fuertes que tanto le daban. Alzó la vista y no le vio. La aglomeración de personas era tal que ni siquiera veía la barra. Comenzando a caminar con la idea de sortear a toda aquella gente cuanto antes, y sin por supuesto darse cuenta de que alguien acababa de reparar en ella...

La primera impresión que se llevó, en cuanto alguien la cogió de la mano con fuerza, fue de auténtico desconcierto. Pasando de la sorpresa a la intriga al darse cuenta que no se trataba de la mano de Hugo, esta era más grande.

La idea de que un desconocido era el causante, para muy posiblemente sacarla a bailar, al principio la desconcertó un poco, siendo capaz de sorprenderse, una vez más, permaneciendo tranquila. Creyendo tener el control de la situación.

¡No sabía lo equivocada que estaba!

Se giró hacia la mano que la seguía sujetando, con demasiado énfasis, y tuvo el propósito de apartarlo, pensando únicamente en la persona que la esperaba en la barra y que, cómo no, acaparaba sus pensamientos calenturientos. Encontrándose de frente con un hombre que medía unos dos metros, y que tapaba parte de la cara con una enorme gorra.

La sonrisa de ella se borró al instante, y es que, a pesar de que sería imposible, aquel tío empeñado en no soltarla se parecía a... ¡Eidan!

¡¡No!!

¡¡¡NO PUEDE SER!!!

Un escalofrío la sacudió sin que lo pudiese evitar, y aunque era remotamente imposible que se tratara de él, se quedó paralizada. Viendo cómo, sus miedos y temores, parecían resurgir para llevarse lo que había conseguido superar, sintiendo la irrefrenable necesidad de llevarse la mano al costado, sabiendo que de hacerlo estaría perdida...

¡Completamente perdida!

El desencadenante de que sus peores presagios se vieran realizados fue, cuando de pronto, escuchó la voz del que seguía empeñado en creer que solamente se parecía a su ex novio. Nada más.

Escuchándole decir a través de una mueca socarrona:

—Hola Érika. Cuanto tiempo ha pasado.

Un horror terrorífico la inundó, percatándose de que volvía atrás, en el tiempo, para quedarse en el día en el que sucedió la agresión. Llevándose por entero a la Érika que quiso reconstruir, y que irremediablemente volvía a la posición de la casilla número uno. Donde el macabro juego parecía estar encaprichado de arrastrarla hasta el comienzo, una vez más...

CAPÍTULO 26

A pesar de estar rodeada por una multitud de personas, en esos agónicos instantes, Érika no conseguía ver a nadie. Tan solo era consciente de aquella mano que la aprisionaba el brazo de manera posesiva, notando cómo la frente, y la nuca, se perlaban de un sudor frío a medida que el corazón palpitaba fuera de control. Inmersa en lo imposible de poder respirar, y dejando que la mano se apretase aquella zona del costado dándose por vencida. Teniendo la certeza de que nada podría hacer contra el hombre que en el pasado había sido tan importante en su vida, hasta acabar siendo su peor pesadilla. Tal y como se manifestaba ahora. Quedándose completamente paralizada y por supuesto muerta de miedo.

La indefensión que la acobardaba era tan real, y tan dolorosa, que ni siquiera podía recordar el lugar en el que se encontraba, tampoco qué estaba haciendo antes, y ni si quiera si estaba acompañada. Una neblina ocupaba su mente y aunque algo en su interior la hacía ver, que debería reaccionar, de la forma que fuese, era absolutamente incapaz de hacerlo. Quedándose quieta a excepción de las piernas, las cuales temblaban hasta el punto de que no sabía por cuánto tiempo podrían seguir sosteniéndola.

Cuando volvió a escuchar la voz conocida creyó que habría pasado un tiempo considerable, cuando la realidad era que apenas habían sido unos segundos.

—Vámonos de aquí. Tengo el coche cerca.

Y la agarró con más fuerza. Actuando convencido que ella era de su propiedad.

El dolor que notó en el brazo hizo que le saltasen las lágrimas, consiguiendo despertar del estado de aturdimiento en el que se encontraba inmersa, escuchándose a sí misma ante la desesperada idea de no querer volver a que le sucediera lo mismo una vez más. ¡Al menos no sin haber luchado! Y es que a diferencia de la vez anterior, ahora sí sabía hasta dónde aquel hijo de puta podía llegar. Dejando a la Érika destrozada emocionalmente, apartada a un lado, para infundirse de una fuerza que necesitaba más que nunca. Alejando la mano del costado con determinación a la vez que lo miraba con un brillo desafiante en los ojos, sosteniéndole la mirada.

—¡Suéltame cabrón! —Y tiró del brazo ante la repulsión de que la siguiera tocando.

Eidan torció la boca y, sin ninguna compasión, apretó la mano.

—No te pases de lista Érika o lo pagarás demasiado caro. Piensa que lo que te hice entonces no fue nada con lo que puedo hacerte ahora.

Un escalofrío la sacudió pero no por eso se dio por vencida. Enfrentándose a él sin que le importara nada el dolor que la taladraba, convencida de que lucharía con uñas y dientes para librarse de aquella escoria inmunda. Lo que hiciera falta y a costa de lo que fuera con tal de que la dejara seguir disfrutando de...

¡Hugo!

De pronto, y de manera casi mágica, todo volvió a colocarse en su sitio, consiguiendo volver a la realidad. Armándose de fuerzas renovadas al saber que tenía la oportunidad de acabar con aquello para siempre. En cuanto llamase la atención de Hugo o de Héctor, lo reducirían y acabaría donde siempre hubo de estar si no hubiese conseguido huir del país después de lo sucedido.

Un nuevo tirón fue el causante de sacarla del estupor que sentía, actuando con rapidez, comprendiendo que si no estaba perdida. Giró la cabeza en dirección a la barra, y aunque no lo conseguía ver bien, abrió la boca con la única intención de ponerse a gritar. Permaneciendo algo tranquila ante la evidencia de que efectivamente podría lograrlo cuando...

—Si lo haces nunca más verás a esa compañera tuya que tengo a buen recaudo.

Un dolor interno se apoderó de su ser al saber la envergadura de los hechos ¡Menudo cabrón! Por supuesto de su boca no salió ningún ruido, pensando en lo ingenua que había sido si por un segundo, y después de todo lo que había sufrido, creyó que acabaría con él tan fácilmente. Notando cómo la Érika valiente comenzaba a desinflarse ante la sola idea de que pudiese hacer daño a su amiga, mientras se obligaba a pensar, con rapidez, ante la impotencia de no saber qué sería lo mejor...

¿No resistirse y acompañarle hasta que comprobase si Ester estaba bien? ¿O por el contrario gritar y esperar a ver qué sucedía?

Total, si optaba por lo primero el riesgo que correrían ambas sería realmente preocupante así que...

Una vez más, y como si Eidan tuviese el poder de leerle la mente, la ayudó a decidirse. Sabía que con aquel simple gesto acabaría con la absurda

idea de seguir resistiéndose, así que se llevó la mano libre hasta el bolsillo del pantalón, con destreza, hasta conseguir sacar la navaja para colocársela, como si tal cosa, en mitad de la cicatriz. Y apretó lo suficiente para que supiera que no estaba bromeando. Riéndose abiertamente de la expresión de su cara.

Además de quedarse pálida, de no haberla sujetado, habría caído contra el suelo de la impresión que se acababa de llevar. Recordando, nítidamente, la punta de la afilada navaja sobre el mismo lugar que hacía unos meses.

Aun así, sabiéndose ganador, decidió decir antes de poner fin en aquel lugar:

—Si en algo aprecias la vida de esa compañera tuya y del cabrón con el que te he visto besándote, más vale que comiences a andar hacia la salida ¡Y no voy a repetirlo puta!

A Érika no le quedó otro remedio que seguirle, viendo con temor que la persona que la arrastraba no tendría ninguna misericordia con ninguno de ellos y que, precisamente por eso, estaba dispuesta a lo que fuera con tal de proteger a Hugo.

Lo amaba tanto que nunca se podría perdonar que le pudiese llegar a suceder algo a manos de Eidan.

¡Aunque para eso tuviese que pagar incluso con su vida!

Nadie se percató de la cara descompuesta de una chica que era obligada a salir afuera, ni tampoco se percató del hombre que la acompañaba y que llevaba marcada la expresión del mismo diablo. Siguiendo cada uno con lo que estaba, ajenos a la realidad de lo que delante de sus narices estaba sucediendo.

Hugo se empezó a impacientarse después de que hubieran transcurrido los primeros quince minutos, sin dejar de mirar en la dirección que había tomado hacia los baños, pero sin conseguir ningún resultado. La aglomeración de gente era tanta que desde allí no veía lo que quería. Regañándose él mismo debido a la absurda necesidad de querer controlarla siempre. Como si realmente ella no le hubiese demostrado con creces lo mucho que había avanzado hasta conseguir ver a la Érika que debió ser un tiempo atrás. Relajando el semblante y cruzándose de brazos para seguir esperándola,

echando un vistazo alrededor.

¡Nada! ¡Ni rastro de ella!

Y se limitó a seguir esperando.

Los siguientes minutos llegaron a ser tan interminables que, aunque miraba el reloj cada nada, parecía como si el tiempo no quisiera avanzar, pareciendo querer advertirle de que algo no iba bien, a medida que empezaba a preocuparse de verdad.

“¿Por qué tardaba tanto?”

—¡A la mierda! —exclamó de pronto levantándose del taburete.

Se puso en pie y se encaminó hacia los baños. Entró en el interior, ajeno a las miradas de enfado de las chicas que se retocaban frente a los espejos, y pasó de todas ellas.

—¡Eh tú! —Lo encaró una acribillándolo con la mirada—. ¡Largo! ¿No ves que te has equivocado de baño?

—No. No me he equivocado —fue lo que respondió antes de alzar la voz—: Érika ¿estás bien?

Nada.

—¿Érika?

El inoportuno sonido de su móvil se escuchó a continuación, lo cogió, sin apartar la mirada de las puertas que estaban cerradas, y echó un vistazo rápido a la pantalla antes de volver al mismo sitio, viendo que se trataba de Brian.

¡Qué raro!

Lo descolgó y se lo llevó a la oreja.

—¿Qué pasa tío? ¿Cómo estás? —La respuesta que escuchó por su boca le hizo saber que algo no andaba bien.

—¿Se puede saber dónde se han metido Érika y Ester? No hago más que llamarlas y no me cogen el puto móvil.

—¿Cómo?

—Pues eso. Antes he hablado con Ester y al volver a llamarla, por más que lo intento, no me lo coge. Es cuando he llamado a mi hermana pero tampoco. Nada de nada.

—¿Cómo no te lo va a coger si lo lleva encima?

—Por eso te he llamado a ti, ¿dónde cojones estáis para que ninguna me lo coja?

Una intranquilidad absoluta se apoderó de Hugo al ver que casi simultáneamente se abrían las dos puertas del baño. Quedándose estupefacto porque de ninguna salía Érika.

—¿Pero qué coño...? —dejó la pregunta a medias con la necesidad imperiosa de salir en su busca y sin entender, muy bien, que tampoco se hubieran cruzado.

—¿Qué está pasando Hugo? —Se escuchó a través del teléfono que seguía pegado a su oreja mientras miraba con impaciencia hacia los lados sin conseguir ver a quien buscaba desesperadamente.

—No lo sé. Luego te llamo.

—Pero...

Hugo cortó la comunicación y se dirigió hacia el lugar en el que se encontraba Héctor besándose con la mujer morena. Apartándolo sin ningún miramiento y sin que le importara el cabreo de los dos.

—Tío ¿qué haces? ¿No ves que estoy ocupado?

—¿Has visto a Érika?

Héctor dejó a un lado el calentón que llevaba percatándose de la cara de su amigo. Estaba descompuesto sin imaginarse cuál podría ser la causa.

—¿Cómo que si la he visto? Estaba contigo...

—Ha ido al baño y no la he vuelto a ver. Pero lo raro es que como tardaba bastante he ido a buscarla y no estaba.

Héctor frunció el ceño preocupado y dejó a la chica con la que se acababa de enrollar en un segundo plano.

—Lo siento nena, otro día será.

—Si tú lo dices...

El móvil de Hugo volvió a sonar con insistencia, y al ver que nuevamente era Brian, el que llamaba, decidió apagarlo hasta que supiera qué decirle exactamente.

—¿Has mirado por todo el bar?

—Sí.

—¿Y en la calle?

—Todavía no.

—Vamos entonces.

En la calle tampoco estaba. No había rastro de ella por ninguna parte.

—¿Habéis discutido? —Quiso saber extrañado, buscando alguna excusa coherente— quizás haya ido a casa.

—Imposible, me lo hubiera dicho. Y no, no hemos discutido. Más bien

lo que teníamos pensado era marcharnos en cuanto saliera del baño para aprovechar la noche.

—Pues tío. No entiendo nada —se pasó la mano por el pelo nervioso y continuó—: vayamos a casa. Sí o sí, tiene que estar allí ¿no?

La mirada de desconfianza que se cruzaron habló por los dos.

Érika no tuvo ninguna opción a poder escaparse de su verdugo, viéndose literalmente arrastrada, cuesta abajo, hasta llegar al vehículo aparcado en la calle de Pepe. Comprendiendo el por qué había dado con ella. Viendo la revista que seguía abierta en el asiento del copiloto. Decidiendo permanecer callada porque se daba cuenta de que él jamás volvería a ser la persona que una vez fue y del que, en un espacio de su vida, fue tan importante. Observando a través de aquellos ojos enloquecidos, y llenos de ira, que no dudaría en hacer el daño que pudiese, y no solo a ella. Preguntándose aterrada dónde podría tener oculta a Ester.

Lo que ella todavía no sabía era que su inquietud muy pronto se iba a convertir en un terror absoluto. Eidan la amordazó y la ató, para después abrir impunemente el maletero.

—Vamos cariño —le dijo con ironía mientras a ella se le ponía la carne de gallina—, métete ahí dentro hasta que encuentre un lugar en el que podamos estar juntos de nuevo.

Los intentos de resistirse no le sirvieron de nada y fue empujada hacia el interior. El lugar en el que una negrura absoluta la estaba esperando. Palpando con las manos atadas, y con el corazón queriendo salirse por la boca, al descubrir que no estaba sola en aquel asfixiante y estrecho compartimento. No entendía quién podría ser el que...

“¡Oh no! ¡Por favor! ¡¡¡NOOOOOO...!!!”

Y de pronto acarició, como pudo, las manos de la que estaba convencida era su amiga, mientras que unas lágrimas de pena corrían por su asustada cara ante el pánico que la inundaba. Justo cuando se percataba de que su querida Ester no daba señales de vida. Preguntándose si cabía la posibilidad de que estuviera muerta.

Y al igual que ella hacia unos minutos se puso a rezar.

Hugo y Héctor, envueltos en un tenso silencio, recorrieron el camino de

vuelta a casa con las miradas cabizbajas. La preocupación que los envolvía, a causa del comportamiento tan sumamente extraño de Érika, hizo que no prestasen demasiada atención a lo que sucedió a continuación delante de sus propias narices. Viendo cómo, un coche de color azul oscuro, enfilaba la carretera a demasiada velocidad.

A ninguno de los dos se le podría haber pasado, nunca, por la cabeza, que en el interior del maletero de aquel vehículo pudieran estar las dos chicas con un futuro de lo más incierto...

¡Continuando andando sin hablar!

La primera habitación a la que fueron fue a la de Hugo, aunque los indicios de que allí no estaría se hicieron patentes. La cabaña permanecía a oscuras.

—¿Dónde se habrá metido? —dijo Hugo con cara de circunstancia porque allí no estaba.

—Sigamos buscando.

Decidieron ir al resto de habitaciones antes de entrar en la casa pero, evidentemente, los resultados fueron los mismos. ¡No había rastro de Érika por ninguna parte!

Al final, y como último recurso, subieron las escaleras hasta entrar en el chalet. No siendo que a pesar de la rareza hubiese ido hasta la nueva habitación que le asignaron, y en la que terminaron haciendo el amor sobre el suelo, con el propósito de dormir allí. Martirizándose por dentro a cada minuto que pasaba sin saber si estaría bien.

Pero el desencadenante encargado de ponerlo todo patas arriba, no tardó en aparecer, quedando totalmente perplejos porque Ester tampoco estaba donde debería, recordando que no la habían visto desde que se adelantara a tirar la basura.

—¡Joder! —exclamó Hugo confundido—. ¿Es que tampoco está Ester?

Héctor se limitó a mirarle igual de confundido y se dirigió a la habitación de Juan y María. Saltando todas las alarmas pero sin comprender nada de lo que estaba sucediendo.

Quince minutos después los cuatro permanecían arremolinados en torno a una taza de café, que Juan consideró que les vendría bien, permaneciendo

atentos a la explicación de Hugo, que les hizo partícipe de lo que estaba aconteciendo con la desaparición de las dos chicas, y que en resumidas cuentas se trabada de:

1º) Ester no se había presentado en el bar pero tampoco estaba en casa.

Y...

2º) Érika había ido al baño y en cuestión de minutos ¡zas! Era como si la tierra se la hubiera tragado.

Después de aportar los pocos datos de los que disponía el primero en hablar fue Juan.

—Hay que llamar a la policía —dijo alarmado—. No puede ser que hayan desaparecido sin más.

—¿Y si nos estamos precipitando? —intervino María mirándolos uno a uno llena de temor ante la evidencia de que no podía procesar que les hubiese sucedido algo malo, intentando ser coherente aunque muy bien sabía que aquel comportamiento por parte de las dos no era voluntario—. Puede que estén dando un paseo ¿no?

—¿Sin decir nada y con los móviles apagados? Imposible. Aquí está pasando algo que se nos queda grande a todos, y estoy de acuerdo en que llamemos a la policía. No podemos hacer otra cosa.

Hugo había permanecido callado y con actitud tensa en todo momento, inmerso en unos pensamientos que auguraban un desastre inminente. Y es que él, mejor que nadie, sabía que su niña jamás haría nada que le pudiera hacer daño. Despertando de la pesadilla que sobrevolaba sobre ellos con la intención de empezar a hacer algo útil.

—Yo llamaré a la policía. No hay tiempo que perder.

La determinación en cómo lo dijo les hizo creer que de momento estaba controlando la situación... pero lo que ellos no sabían era, que de no mantener la mente ocupada, se volvería loco.

“Su preciosa Érika lo era todo para él, por eso si por casualidad le sucedía cualquier cosa...”

Un nudo atravesó su garganta mientras intentaba parecer tranquilo. No se podía derrumbar. Ahora no. Tanto Érika como Ester lo necesitaban, y él estaría allí para ayudarlas de la manera que fuese.

¡Vaya que sí!

Sin decir ni una sola palabra se dirigió hasta el teléfono, lo descolgó, y marcó el número de emergencias, esperando a que alguien al otro lado descolgara para así empezar a hablar.

Lo que no tardó en ocurrir:
—Emergencias ¿en qué puedo ayudarle?

CAPÍTULO 27

Eran las doce y veintiocho minutos exactos de la noche, cuando una patrulla de la guardia civil aparcaba el todoterreno en la calle del chalet. Bajaron y uno de los agentes llamó.

En cuestión de segundos entraron al escuchar el clic de la cerradura. Adentrándose en el interior donde un hombre de unos cincuenta años les estaba esperando. Comenzando a subir las escaleras.

—Buenas noches agentes, acompáñenme por favor.

Estos le siguieron y entraron en el enorme salón. Allí analizaron las caras de preocupación de las cuatro personas que ocupaban el lugar.

—¿Y bien? ¿Cuál es el motivo de la llamada?

Hugo dio un paso adelante, para llevar el peso de la conversación, y empezó a relatar las extrañas ausencias bajo la atenta mirada de los presentes.

Una vez que terminó los sorprendidos fueron los dos uniformados, mirándose entre sí, llegando incluso a pensar si aquello no se trataría de una simple broma.

—¿Y nos han llamado porque dice que todavía no han venido? ¿Cómo puede ser si según dicen han pasado sólo tres horas desde que salieron de aquí juntos?

—Ya sé que suena raro pero es que... —se justificó Juan.

—No, no —negó uno de ellos alzando la mano un poco cabreado—. En el hipotético caso de que realmente les haya sucedido algo no podemos hacer nada. Hasta que no hayan pasado veinticuatro horas desde que las vieran por última vez no se puede iniciar una investigación, así que si nos disculpan seguiremos con nuestro trabajo. Ya verán como dentro de nada aparecen. Habrán ido a tomar algo con algún chico a algún pueblo cercano.

Hugo no se podía creer lo que estaba escuchando. Miró una última vez, al imbécil aquel que acababa de hablar, y saltó incontrolado:

—¿Qué estás insinuando?

Juan no tardó en actuar. Se levantó de un salto del sillón y se interpuso entre los dos hombres que se miraban pareciendo retarse. Calmándolo como fuera.

—Vamos muchacho, tranquilo. Solo se limitan a cumplir con su trabajo y...

—¿Y qué? —Levantó la voz— ¡Joder! Aquí está pasando algo muy extraño y ni siquiera parecen creernos.

Afortunadamente, y antes de que el cruce de palabras pudiese llegar a atentar en contra de la autoridad, se vieron de pronto interrumpidos por el sonido del telefonillo.

—¿Lo ven? —añadió el guardia civil en tono de burla, y por supuesto sin dejar de mirar a Hugo—, seguramente se hayan precipitado y se trate de ellas, ¿no creen?

Héctor dejó de escuchar a aquel imbécil, que le estaba crispando los nervios, y se dirigió corriendo a la cocina para contestar y salir de dudas. Pero las dudas se agrandaron en el instante que supo quién era la persona que estaba allí abajo.

—No os lo vais a creer... —decía regresando a la carrera— es Pepe y dice que tiene que hablar con nosotros. Al parecer cuando ha sacado el perro a pasear nuevamente ha visto algo extraño.

—¿Algo extraño? —preguntó el guardia civil—, ¿es que se han vuelto todos locos aquí?

El compañero guardia civil, el que había permanecido en silencio, de repente decidió intervenir. Viendo con atención las reacciones desmesuradas de preocupación a pesar del poco fundamento de lo que les habían dicho. Y no quiso precipitarse:

—Esperemos a ver qué es lo que tiene que decir. Después nos marcharemos y seguiremos con la ruta.

—Está bien —fue cuanto dijo cediendo.

Y justo ahí Pepe entró como una exhalación en el interior, dejándolos a todos (guardia civil incluida) perplejos por el estado de nerviosismo en el que llegaba acompañado de su perro Blacky. Un estado de nerviosismo que se había acrecentado en cuanto divisó el coche de la patrulla de la guardia civil allí aparcado. Teniendo la seguridad de que su sexto sentido no se había equivocado.

Hugo fue incapaz de seguir con aquella terrible incertidumbre. Dio un paso y se olvidó de lo demás.

—¿Qué es lo que pasa Pepe?

El hombre miró a los allí presentes, guardia civil incluida, y no tardó en enumerar lo que acababa de ver. Sospechando que no era nada bueno, diciéndoles que había escuchado una especie de forcejeo entre dos personas al lado del famoso coche del que ya había hablado con anterioridad. Ultimando

el relato para, a continuación, informarles de que finalmente había salido disparado a una velocidad tremenda dadas las circunstancias del lugar en el que se encontraban.

—¿Coche? ¿Qué coche? —Terminó preguntando uno de los agentes sin entender a qué demonios se estaba refiriendo.

Pero a Hugo la imagen de él se le vino a la cabeza como un fogonazo, recordando que lo había visto tal y como Pepe lo describía, sin que le resultase, a ninguno de los dos, sospechoso... hasta ahora. Y es que debido a los pocos detalles que conocían, todas, absolutamente todas las posibilidades eran válidas. Comenzando a sopesar qué podría significar aquello que Pepe les había venido a contar, y sobre todo si existía una mínima posibilidad de que hubiese una conexión entre sí después de los hechos tan raros que estaban aconteciendo.

Tales pensamientos quedaron apartados a un lado, de manera radical, ante la evidencia de que aquel vecino todavía no había terminado de contar lo que pretendía. Prestando atención a lo que dijo a continuación:

—No me preguntéis el por qué pero, nada más verle, según se alejaba, he bajado inmediatamente a echar un vistazo con el perro, y este se ha vuelto loco en cuanto ha salido, olisqueando el suelo con desesperación. Lo he dejado suelto sin entender qué le pasaba y ha ido directo a una mancha oscura que había sobre la calle.

—¿Una mancha oscura?

—Sí —dijo con una seguridad desbordante— y juraría por lo más sagrado que se trata de una mancha de sangre.

—Está bien, está bien —intervino el agente que menos había hablado con gesto incrédulo, levantando las manos para apaciguar los ánimos—, vayamos a echar un vistazo ya que estamos aquí.

Cuando quiso darse cuenta, y antes de que terminase de hablar, todos menos su compañero de trabajo ya salían por la puerta a la carrera.

—¿Creen que se trata de sangre? —preguntaba Juan en el lugar de los hechos.

—Tendríamos que pedir refuerzos y llamar a la científica para averiguarlo al cien por cien, y aunque sí lo parece puede que solo se trate de la sangre de algún animal. Sería lo normal.

—¿Y si en lugar de lo que dice fuese sangre de una de ellas? No me

puedo creer que sigan con esa pasividad cuando dos chicas jóvenes están en peligro.

—Lo siento pero eso no puede probarlo y hasta que no pasen 24 horas...

—¡Oh Dios! —exclamó Hugo al borde de perder los papeles—. ¿Pero es que no se dan cuenta que nunca se hubiesen ido a ningún sitio sin avisarnos? Sé que alguien las debe de tener retenidas en contra de su voluntad pero por más que lo intento no logro entender el por qué.

—No adelantará nada perdiendo los nervios, además, si tan convencidos están de que ese coche podría darles alguna respuesta del paradero de sus amigas, simplemente saldríamos de dudas si tuviesen la matrícula.

—¡Joder! ¿Cómo vamos a tener la matrícula? Aquí no acostumbramos a apuntar todas las que nos resulten desconocidas y eso ya deberían saberlo. Vaya ayuda que nos están prestando...

Juan supo que debería volver a interponerse ante Hugo y aquel hombre, o al final terminaría durmiendo en el calabazo. Un hecho que no debería agradecerle en absoluto cuando Érika y Ester seguían desaparecidas.

Y todo esto sin que se diesen cuenta de que Pepe había entrado en su casa sin decir nada. Apareciendo al poco tiempo detrás de ellos, escuchando cómo decía alterado:

—¡La tengo! ¡Yo la tengo!

Y allí estaba él, con un trozo de papel que tenía el número de la matrícula que querían, y que se acababa de convertir en una pista crucial para empezar a tirar del hilo de la telaraña tan bien orquestada por un fanático sin escrúpulos que no tenía nada que perder, y que se creía absolutamente vencedor.

—Démela. No tardaremos en saber quién es el propietario del vehículo.

Cogió el papel que Pepe le tendía y sacó la emisora del cinturón. Una vez que informó a la central del número que leyó, solo les faltó esperar la contestación. Fuese la que fuese. Echándoles un ojo a los que permanecían en absoluto silencio durante los escasos minutos, que para el resto se convirtieron en una agonía interminable, antes de que contestasen.

—Aquí central... —se escuchó de pronto a través de la emisora, ocasionando la férrea esperanza de que aquel número de matrícula les pudiese llevar hasta las dos chicas que tanto significaban para todos—. ¿Me oyen?

—Le oímos central.

—Ese número pertenece a un Ford Escort azul oscuro de cinco puertas... —y se calló durante unos segundos antes de continuar—: sí, aquí

está.

“¡Joder! ¡Que termine ya!

—El vehículo está a nombre de una persona desconocida que no sale en la base de datos. Espera, que me está llegando más información.

“¡Jesús! ¡Si no acaba ya a alguno le terminaría dando un ataque!

—Vale, aquí hay algo interesante. El nombre del propietario no pertenece a nadie. Es falso, así que le envío la foto. Es lo único que puedo hacer.

—Está bien.

El sonido del teléfono móvil sonó casi en el acto. Abrió el archivo que le acababa de enviar y mostró la foto a los que le rodeaban por si lo conocían. El primero en hablar fue Héctor.

—Ese es el tío que nos cruzamos anoche cuando salimos del bar detrás de vosotros.

—Sí —añadió Pepe—, ese es el hombre del coche.

—Pues siento decirles que esto no les servirá de mucho, —anunció el uniformado antes de cortar la emisión con la central—. Váyanse a casa y esperen a que vuelvan. Es lo único que pueden hacer.

—¿Pero y si existe la posibilidad de que ese hombre se las haya llevado?

—Esperaremos 24 horas, y en caso de que no hayan aparecido, abriremos una línea de investigación como ya les hemos informado. Buenas noches.

La escena de verles alejarse les pareció sub realista, mientras se hacían a la idea de lo terrible que les iba a resultar la espera hasta que volvieran a tener alguna noticia por pequeña que fuera.

—Vamos muchacho, volvamos a casa.

Hugo miró a Juan con una mirada perdida sin saber muy bien qué hacer. Haciéndose a la idea que su mundo se venía abajo, de manera estrepitosa, ante la perspectiva de que no podría vivir con la angustia que lo corroía por su ser solo de pensar que a su niña desvalida le pudiese haber sucedido algo malo.

—Venga Hugo... —insistió dándole una palmada de ánimo sobre el hombro— solo nos queda esperar y estar atentos a los móviles.

“¿A los móviles?”. Pensó con celeridad, acordándose de que lo había apagado después de no saber qué contestar a Brian.

Inmediatamente después, y sin saber cómo, una idea se le cruzó veloz como un rayo a través de su cabeza, pensando que no perdía nada por

intentarlo. ¿Quién sabía? Miró a los agentes, que subían en el todoterreno, y de pronto, y sin decir nada a los que tan bien lo conocían, echó a correr hacia ellos a toda velocidad mientras gritaba:

—¡Esperen! ¡Esperen!

—Menudo chiflado, ¿qué querrá ahora?

—No lo sé pero se le ve realmente desesperado.

—¡Buaf! Ya te digo yo que una de las chicas es su novia y que él es uno de esos celosos empedernidos que no aceptan el simple hecho de no saber dónde se encuentra las 24 horas del día... si no al tiempo.

—Sí pero en el caso de que sea así, ¿qué pasa con la otra chica?

—Pues es muy sencillo, simplemente habrá sido ella la que se la haya llevado para que se despeje ¿no crees? Éste está haciendo un mundo donde no lo hay.

—No sé.

—Ya me está empezando a hartar este gilipollas y como se deslice un poco más me lo llevo detenido, por listo.

—Anda calla y escuchemos lo que quiere —terminó de decir pulsando el botón que estaba en el lateral de la puerta para que la ventanilla empezase a bajar—, ¿qué pasa ahora?

No supieron cómo, pero la manera de decirles que quizás esa foto la debería ver el hermano de una de las chicas, los convenció. El ímpetu que puso, por si no lo tomaban en serio fue tal, que al final ambos cedieron. Tecleando el número que les daba para enviarle, vía whatsapp, la foto de aquel individuo mientras Hugo lo llamaba al mismo tiempo para informarle.

—¡Me cago en tu puta madre Hugo! —Fue lo primero que escuchó—. ¿Qué cojones está pasando ahí?

—¡Todavía no lo sé joder!

—Pero... está Érika bien, ¿verdad?

—Tampoco lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?! —gritó como un loco, tanto que Hugo tuvo que apartar el móvil de la oreja varios centímetros.

—Escucha Brian... no sé cómo decirte esto pero tanto Érika como Ester han desaparecido sin dejar rastro, y no sabemos dónde pueden estar.

—¿Qué cojones estás diciendo?!

—Ahora te va a llegar una foto —continuó explicando a pesar de lo difícil que le estaba resultando—. En cuanto la veas llámame por si por un casual te sonara de algo ¿vale?

—¿Una foto? —gritó todavía con más fuerza—. ¿Qué me importa una puta foto cuando dices que han desaparecido?

—¡¡Tú mírala y después me llamas!! —Se hizo oír, gritando a la vez, porque no atendía a razones.

Después colgó y... esperó.

Brian terminaba de ajustarse los protectores, sobre los zuecos, antes de entrar en el quirófano. Justo en ese instante su móvil le anunció que tenía un whatsApp.

—¿Todo bien Brian?

—Ni siquiera sé qué contestarte —decía a su compañero a la vez que abría el archivo que le acababa de llegar—. ¿Pero qué...?

—¿Qué pasa?

Brian lo miró durante un segundo y no pudo reaccionar. No comprendía nada de lo que estaba pasando, ¿por qué Hugo le enviaba una foto de Eidan?

—Móviles fuera —anunció el cirujano que ya estaba preparado.

—¿Qué?

—¿No me has oído Brian? Apaga el móvil y entremos, el paciente está listo.

—Tengo que hacer algo antes —logró decir volviendo en sí.

—Estás de broma, ¿no?

Pero Brian no estaba de broma, siendo incapaz de escuchar ni de ver a nadie más. Y es que lo único que Brian podía ver era la imagen del hijo de puta que casi acaba con la vida de su hermana.

La carne se le puso de gallina. Empezaba a entender lo que sucedía, porque si Hugo le acababa de mandar esa foto sería por algo, ¿no? Y echó a correr por el pasillo del hospital ante la mirada estupefacta de sus dos compañeros. Quedándose asombrados al tiempo que le veían con el móvil pegado a la oreja.

Hugo pulsó el botón del móvil y comenzó a escuchar los gritos de Brian.

—¿De dónde has sacado esa foto?

—De la policía, ¿por qué? ¿Acaso te suena?

—¿Que si me suena? —gritó atragantándose, creyendo que su hermana no le habría contado la historia tras lo mucho que le costó contárselo a ellos

después de un tiempo—, la foto que me has mandado es de un novio que tuvo Érika.

Hugo se quedó completamente petrificado al escuchar aquello. Implorando para que sus peores presagios no se vieran cumplidos. Armándose de toda la fuerza posible para hacer una simple pregunta que escocía, más allá del alma, ante la posibilidad de que fuera realmente cierto.

Soltó el aire y preguntó:

—¿Es Eidan?

Brian interrumpió la carrera por el pasillo, comprendiendo la magnitud de absolutamente todo.

—¿Lo sabes? —preguntó esta vez sin gritar, sabiendo lo mucho que ese hombre debía significar para su hermana tras confiarle su secreto.

—Ella me lo dijo —susurró con un nudo en la garganta que lo amenazaba y que casi no le dejaba hablar.

Algo que no tuvo que continuar haciendo porque escuchó a Brian decir:

—Hugo, haz lo que tengas que hacer pero por favor, encuéntrala antes de que vuelva a hacerla daño. ¡Te lo suplico! Yo cogeré el primer vuelo hacia Madrid, allí nos vemos.

El silencio, después de aquellas palabras, se apoderó de la línea. Sumiéndose cada cual en un pozo sin fondo.

—¿Hugo? —Se escuchó a Brian con una voz tremendamente preocupada.

—Estoy aquí.

—Que Dios nos ayude.

Y colgó.

Hugo dejó caer el móvil contra el suelo, sin saber lo que hacía, mientras intentaba procesar la información que acababa de escuchar. Se llevó las dos manos hasta la cabeza y la sujetó porque parecía querer estallarle. Seguidamente se apoyó sobre el todoterreno completamente perdido y aturdido. No podía hacer otra cosa que pensar en si ya sería demasiado tarde para las dos chicas que eran tan sumamente importantes en su vida.

¡No! ¡No!

—Hijo, ¿qué es lo que te ha dicho para que estés así?

Inmediatamente los dos guardias civiles volvieron a bajar del coche. Sabían que aquel asunto acababa de convertirse en un asunto de prioridad

absoluta.

CAPÍTULO 28

Las horas fueron pasando una a una entre el humor pésimo y la preocupación. Y aunque después de que la guardia civil supiera, que aquel caso en concreto debía de convertirse en prioridad absoluta, lo cierto era que habían transcurrido casi seis horas desde que les informaran de la orden emitida entre todos los cuerpos oficiales competentes para la busca y captura de aquel individuo, tras cotejar la información con Dublín. Pero por el momento no tenían ninguna información, ni buena ni mala, y precisamente eso los estaba matando. Permaneciendo en un silencio absorbente sin que ninguno quisiera marcharse a la cama, y sin que por supuesto se les ocurriera dejar a Hugo solo. Limitándose a seguir esperando el tiempo que hiciese falta haciendo piña.

El sonido del telefonillo, un tiempo después, les hizo sobresaltarse de mala manera, levantándose cada cual de donde estaban sentados, a medida que corrían a la cocina en busca de noticias prometedoras. Pensando en lo cierto que era el dicho de que la esperanza era lo último que se perdía.

María descolgó el telefonillo y preguntó con voz nerviosa:

—¿Quién es?

—Abre María, soy Brian.

—Pasa hijo, pasa, —y pulsó el botón para que entrase antes de contestar a los que la seguían mirando con ojos esperanzadores—. Es Brian, acaba de llegar.

Hugo dejó escapar un suspiro y fue a la puerta de entrada. La abrió, se cruzó de brazos y le esperó. La mirada de profunda preocupación que se intercambiaron les dio a entender que no hacía falta mucho más.

—Lo siento tío, —le dijo Hugo saludándolo con la mano— ojalá nos hubiésemos vuelto a ver en otras circunstancias.

—¿Sabéis algo más?

—No. No nos han vuelto a informar de nada. ¿Y tú? ¿Cómo has venido?

—Un colega me ha dejado su coche. El primer avión que salía de Lisboa era a las siete de la mañana.

—Venga pasa. Los demás están en el salón.

—Gracias Hugo.

Y Brian pasó a ser uno más en la difícil tarea de esperar cualquier tipo

de detalle acerca del paradero de su hermana y de Ester.

Eidan comenzaba a tener sueño después del día de emociones que llevaba, recordando con una sonrisa a la mujer que tenía retenida en el interior del maletero, y la cual era la encargada de darle ánimos ante el hecho de volver a tenerla junto a él. Soñando poder encontrar un lugar tranquilo y adecuado para volver a tenerla entre sus brazos como había imaginado infinidad de veces. Cerrando los ojos solamente un segundo antes de...

—¡Joder!

Pegó un volantazo después de volver en sí, viendo con horror que había estado a punto de salirse de la carretera al relajar sus músculos ante aquella maravillosa visión. Maldiciendo el estado de somnolencia en el que se encontraba, y divisando un panel indicativo que le informaba de que en la próxima salida había un hotel de carretera.

“Pararé a echar un vistazo y si no me convence siempre puedo echar una cabezadita en el coche”.

Siguió avanzando cinco kilómetros hasta ver la indicación del desvío, a continuación puso el intermitente derecho y se incorporó al carril que salía. Llegando a un área de descanso enorme y con un montón de servicios.

Una gasolinera, un restaurante, un área de recreo para el que prefiriera tranquilidad, y un hotel un tanto particular al ver lo que parecían habitaciones, tipo apartamento, repartidas por ahí a ras del suelo. Resultando justo lo que él quería para no llamar la atención de nadie y poder obrar a su antojo. El perfecto hotel para enamorados o para el que tuviese algo que ocultar, como era su caso.

Aparcó en el parking más alejado y supo que era el idóneo, y no solo por lo lejos que estaba, sino que sobre todo, y más importante, porque apenas permanecía iluminado por una farola de intensidad baja. Las otras dos farolas que estaban al lado tenían las bombillas rotas seguramente a causa de alguna gamberrada.

¡Perfecto! ¡Simplemente perfecto!

Apagó el motor del vehículo y quitó las luces. Después salió fuera y estiró las piernas agarrotadas a raíz de llevar más de cinco horas conduciendo sin parar. Miró hacia el edificio que parecía el principal y se dirigió a él con pasos tranquilos.

Un hombre gordo, con poco pelo, y algo desgarrado, dejó de mirar la

película que estaba viendo con desgana y alzó la mirada.

—Buenas noches.

—Buenas noches, necesitaría una habitación.

—Ah sí, no hay problema. Aquí mismo tengo una libre y...

—Me gustaría a poder ser una que esté al lado del parking, es que resulta que lo he aparcado en el que está al fondo y he dejado allí a mi madre. Ella es inválida ¿sabe? Por lo que le agradecería que no estuviese muy lejos del coche.

El recepcionista no dio importancia a lo que pedía, después de los años que llevaba allí trabajando, había escuchado casi de todo. Optando que lo mejor era satisfacer al cliente haciendo el menor número de preguntas.

Miró en la pantalla del ordenador el número de las que quedaban libres y simplemente comenzó con el procedimiento habitual.

—Pues ha tenido suerte, precisamente hay una libre solo que tiene cama de matrimonio.

—No me importa.

—Bien, entonces deme su DNI y ya está. Habremos terminado en menos de diez minutos.

—Muy bien.

Sacó de la cartera el DNI falso, que tan poco le costó conseguir, y lo dejó encima del mostrador.

—Tome, aquí lo tiene.

—Gracias.

El recepcionista lo cogió y comenzó a teclear con celeridad.

Al cabo de un tiempo relativamente corto volvía a salir con la llave de la habitación número 151 en la mano y con unas expectativas exorbitantes. Pensando y haciendo planes para que fuese una noche perfecta después de lo mucho que pensó en la mujer que a día de hoy debería ser su esposa.

Miró el reloj, este marcaba las cinco y veinte de la mañana. Si quería no levantar sospechas debería empezar a actuar ya, antes de que comenzase a amanecer por lo que se puso manos a la obra.

Lo primero que hizo fue dirigirse a las máquinas expendedoras donde, después de meter varias monedas, se hizo con un par de sándwich vegetales, dos coca colas, y dos bolsas de patatas fritas. Más tarde fue a echar un vistazo a la habitación, comprobando que era perfecta. Dejó lo que había comprado

encima de una mesa, y puso la radio casi a tope con la intención de silenciar cualquier ruido sospechoso una vez que la acomodara en la habitación.

Echó un último vistazo y sonrió.

¡Todo estaba perfecto!

Se dio la vuelta y salió de allí con una única idea en mente.

A Érika le dolían considerablemente las muñecas pero aquello no era nada en comparación a los calambres que le atravesaban las piernas, debido a la posición tan incómoda en la que estaba. Aparte de eso se encontraba cansada, aturdida, hambrienta, y lo que era peor ¡a completa merced del tipo sin escrúpulos en el que se había convertido Eidan! Arrastrando a la mujer que no tenía nada que ver, y que en todo aquel tiempo, interminable, seguía sin dar señales de vida.

El ritmo del corazón se volvió frenético y dejó cualquier pensamiento a un lado. Escuchando cómo la llave entraba en la cerradura del maletero. Y aunque había estado deseando salir de aquel agujero, ahora que llegaba el momento de hacerlo, no se veía con fuerzas. Sabiendo que mientras estuviese allí dentro al menos seguiría con vida, y por supuesto sabiendo que la hora de la verdad acababa de llegar.

El último pensamiento que tuvo, antes de que Eidan abriese la puerta del maletero, fue en la maravillosa noche que pasaron Hugo y ella en el refugio de montaña después de la tormenta. Cerró los ojos para retener aquellas maravillosas imágenes, y respiró el aire limpio que entraba con la incertidumbre de no saber qué se podría esperar del hombre que la miraba como si se tratase de un bocado apetecible.

—Vamos despierta. Hemos llegado.

Érika abrió los ojos y se removió inquieta para que no la ayudara. Dificultándole que pudiese cogerla, lo que terminó provocando que él se enrabietara más de lo que ya estaba.

—No seas estúpida y colabora —le dijo mirando a un lado y a otro para asegurarse que nadie lo viera—. Si aprecias algo tu vida ya deberías saber que no te conviene llevarme la contraria, y no me gustaría que terminases como esa amiga tuya. No todavía.

Las palabras tan duras y amargas actuaron como una droga capaz de amilantarla por completo, dejándola sin escapatoria y permitiendo que la cogiese del brazo, aunque para ello tuviera que tragarse las ganas de vomitar

nada más sentir cómo la tocaba. Odiándolo con una inadversión infinita.

—Eres una chica lista. Anda vamos.

La sacó y la dejó sobre el suelo, permitiéndole que se acoplara a la nueva situación y a que los músculos se le desentumecieran. Aprovechando para volver a cerrar el maletero porque no le importaba nada la mujer que volvía a dejar dentro.

Centrándose sola y únicamente en su Érika del alma ¡Lo único que de verdad tenía sentido para él!

—Mira cariño la habitación que te he encontrado para que descansemos, está bien ¿no crees? —dijo en cuanto cruzó la puerta, mostrándose amable y cariñoso pareciendo otro hombre.

Érika lo escuchó sin poder creerse, ni el tono, ni la manera de actuar. Pareciendo retroceder en el tiempo al escucharle tratarla con tanta normalidad. Como si realmente no hubiese sucedido nada ente ellos.

¿Acaso las drogas le hacían ver lo que no era? Sí, eso es lo que debía de ser. Comprendiendo que si jugaba bien sus cartas, solo así, podría tener una oportunidad para huir de allí e intentar ayudar a Ester, porque se negaba a creer que estaba muerta. Comenzando a interpretar el papel de su vida debido a la importancia de salir de la pesadilla en la que estaban inmersas.

Miró la habitación con calma y la boca se le hizo agua en el instante que vio los sándwich y las coca colas, entrando en el interior, con pasos decididos, y sin que se permitiera retroceder a la depresión de la que tanto le costó salir. Decidida a seguir adelante pasase lo que pasase.

La puerta se cerró a sus espaldas y, aun así, no delató su nerviosismo, dirigiéndose con pasos suaves hasta una silla. Se sentó y lo miró impasiblemente, afanada en que él viese que estaba tranquila y nada asustada.

¡Aunque la procesión fuese por dentro!

Eidan la escrutó con la mirada, sin prisa, y dijo:

—¿Tienes hambre?

Ella asintió.

—¿Me prometes que si te quito la mordaza no chillarás? —Y la examinó en profundidad por si trataba de engañarlo.

Ella volvió a asentir. Sosteniéndole la mirada en todo momento.

—Lo siento cariño pero solo te daré una oportunidad, al menor intento de lo que sea no vivirás lo suficiente para contarlo, te lo aseguro.

A medida que se acercaba ella no pudo evitar que los músculos se le tensaran, pero se mantuvo firme y no se movió mientras él aflojaba el nudo y le descubría la boca.

—¿Mejor?

—Sí, gracias.

—A partir de ahora dependerá de ti el cómo me comporte. Solo espero que sepas lo que haces.

Cogió uno de los sándwich y lo abrió, después hizo lo mismo con una de las coca colas. Echando un trago antes de preguntar:

—¿Qué es lo que prefieres primero? ¿Comer o beber?

—Beber por favor.

Eidan se dispuso a complacerla, le acercó la lata de refresco a los labios, y la observó con verdadero anhelo.

Cuando le pareció que era suficiente dijo:

—Anda come un poco. Estás demasiado flaca.

A ella no le costó nada dejarse llevar por las necesidades de su maltrecho cuerpo. Tampoco por la orden expresa de la persona que, ahora ya sabía, pertenecía a su pasado. Pudiendo comportarse como le dictaba la mente y olvidándose de todas y cada una de las penurias de los meses de atrás.

Aquel hecho en concreto hizo que la revelación de que su vida volviera a estar en manos de aquel capullo fuese asombrosa, sintiendo dentro de sí como la herida que parecía no querer cicatrizar nunca, la que no se veía, por fin estaba curada. Y ni siquiera el saber que muy posiblemente lo hubiese logrado, porque no sentía absolutamente nada por él, pudo llegar a sorprenderla ¡ya no! ahora su único objetivo era ayudar a Ester de la forma que fuese. Lo demás no importaba. Ni siquiera ella, dejando a Hugo apartado a un lado, como si no existiese, porque solamente pensar en él la hacía vulnerable de lo mucho que lo amaba. Sabiendo que podría hacerlo a medida que se percataba de lo verdaderamente fuerte que volvía a ser.

¡La Érika que una vez fue volvía en toda su esplenditud. Con fuerza... con coraje...!

Abrió la boca ante la cercanía del apetitoso sándwich y pegó un gran bocado. Llenándose la boca y masticando deprisa del hambre que tenía.

Bocado a bocado no tardó nada en zampárselo. Eidan le volvió a dar de beber. Todo esto sin que él le hubiese vuelto a hablar, aprovechando para fijarse en cada detalle por muy insignificante que fuera. Llenándose de fuerzas, una vez el estómago estuvo saciado, para lanzarse con sutileza e inteligencia

en busca de un punto débil. Tenía que, poco a poco, ganarse su confianza. Una fórmula primordial si quería conseguir su propósito.

Inspiró por la nariz y templó los ánimos antes de decir lo tranquila que pudo:

—¿Vas a dejarme atada toda la noche?

Eidan no dejó de mirarla con desconfianza. Pareciendo meterse dentro de su cabeza. Y se mantuvo en silencio por lo que Érika, valientemente, continuó aprovechando lo que parecía atormentarle.

—Si hubiese querido gritar ya lo habría hecho ¿no crees?

—No me fio de ti —la cortó serio.

Ella no se dejó amilanar ante la gravedad de lo que estaba sucediendo. Recobrando el sentido común debido a la importancia de cómo podría interpretar sus palabras.

—Haces muy bien en no fiarte de mí.

Eidan la miró sorprendido ante aquella confesión.

—Y no deberías hacerlo... —continuó— porque la verdad es que estoy tremendamente enfadada contigo por haberme traído aquí a la fuerza. Estas no son formas de solucionar las cosas entre nosotros y ya lo sabes, o deberías saberlo.

—¡Vamos Érika! En el caso de que me hubiese presentado ante ti para hablar no habrías dudado en llamar a la policía ¿Acaso crees que me voy a dejar engañar?

—Harías mal si lo hicieras pero no pretendo engañarte Eidan. Si me sueltas no voy a salir corriendo ¿y sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque me importa demasiado la chica que tienes en el maletero, y porque jamás la dejaría abandonada. Ni siquiera si me soltaras y me abrieras esa puerta para que me pudiera ir con total libertad.

—Tú y tus buenos sentimientos —susurró con pesar.

Érika no pudo morderse la lengua.

—Tú y tus malos hábitos. Los que se encargaron de dinamitar la historia de amor tan bonita que tuvimos.

El apretó los puños en un acto reflejo, de forma involuntaria debido a la realidad de aquellas duras palabras. Reflexionando con el poder que le otorgaba la mente despejada a causa de los pocos ratos que la droga le dejaba acordarse del hombre de éxito que una vez fue, y que casi ya estaba en el olvido.

—Sé que es tarde para ello —comenzó a decir con una pena infinita en los ojos, mirando avergonzado el objeto que la mantenía atada de manos—... pero me gustaría pedirte perdón por lo que fui capaz de hacerte a pesar de lo mucho que te quería. —Hizo una pausa, tras sentir un nudo en la garganta, a medida que sus ojos brillaban de la emoción. Siendo realmente consciente del daño provocado. Llegándose a ver como el monstruo en el que se acabó convirtiendo. Susurrando de repente—: y te quiero. ¡Joder Érika! No sabes cuánto te quiero.

Érika reconoció, en su manera de hablar, y en su manera de mirarla, que hablaba en serio. También reconoció que con el que hablaba era con el Eidan del que un día se enamoró. Y aquel hecho en particular empeoraba mucho las cosas, pues las emociones y sobre todo los recuerdos buenos, que eran bastantes, parecían querer llevarla hacia atrás. Hacia los maravillosos días que afloraban en su mente como si hubiesen sido ayer, dejándose simplemente llevar por lo que sus ojos querían transmitirle con una claridad abrumadora. Una claridad que la embaucó por incomprensible que pareciera.

—Si tanto dices que me quieres ¿cómo me puedes explicar esto? —Y a pesar de estar atada pudo llegar hasta el borde de la camiseta, consiguiendo alzársela para que viera la marca que le dejó. Rompiendo a llorar desconsoladamente.

La cara de horror de él lo dijo todo. Mirando la cicatriz de la zona de su costado, y retrocediendo un paso sin poder creerse lo que veía. Necesitando adaptarse a la amargura de imaginarse lo mucho que debería haber sufrido, y necesitando, sobre todo, tomarse una copa para calmar el torbellino de sentimientos que de pronto parecían querer ahogarle.

Entonces se movió inquieto por la reducida habitación hasta llegar al lugar en el que se encontraba el mini bar. Sacando con determinación las cuatro botellitas de whisky para a continuación echarlas todas en un vaso, sin que dejara de escuchar el llanto desgarrador que se le metía dentro de sus oídos como un taladro. Levantó el vaso, para tragarse el alcohol que necesitaba, y no pudo hacerlo escuchando:

—¡No! —Érika sabía que en cuanto probara un poco de aquel líquido él volvería a lo que se había convertido. Un precio que sería demasiado alto, dadas las circunstancias, por lo que terminó suplicando—: Por favor no lo hagas.

—Tengo que hacerlo, —le contestó con el ceño fruncido—. Necesito beber para tratar de olvidar lo que acabas de enseñarme. Ni siquiera tuve el

valor de quedarme una vez que te apuñalé, comportándome como el cobarde que soy.

—Pero si lo haces sabes que lo volverás a estropear todo y no puedo soportar volver a verte así, como el hombre cruel y despiadado en el que te conviertes a causa de las drogas o del alcohol —negoció con él llevándose la mano a la cara para secarse las lágrimas—. Si alguna vez fui importante en tu vida piénsalo al menos.

Las palabras lo hicieron recapacitar, dejó el vaso encima de la mesa, seguido de un profundo suspiro, para después acercarse a la silla en la que ella permanecía atada. Se agachó con pesar, quedándose en cuclillas, y se atrevió a apartarle la mano para ser él el encargado de limpiárselas, conteniendo la respiración al notar lo tensa que se llegó a poner en cuanto la tocó pero... ¿qué se esperaba?

—Schsss, estoy aquí cariño. Soy yo —susurró suavemente, alegrándose de que su querida Érika cerrase los ojos para tratar de dejarse llevar al mundo que les pertenecía. Sonriendo porque su cuerpo poco a poco dejaba de estar tenso y en estado de completa alerta.

Solo entonces aprovechó y se acercó, muy despacio, para no asustarla, consiguiendo llegar a su boca. Rozándola deliberadamente con la suya hasta asegurarse que no se apartaría. Un segundo después la besó con suavidad y maestría. Tal y como sabía que le gustaba, y sobre todo tal y como había hecho la infinidad de veces en las que tuvo que recurrir a esa estrategia cuando empezaron los problemas. Echando la mirada atrás para recordar.

Primero un día que no fue a recogerla después de que hubiesen quedado...

Otro día que terminaron convertidos en habituales, y que sin dar ninguna explicación nunca, acababa llegando a casa a las tantas...

Más tarde cuando la empezó a dejar en evidencia delante de otras personas por cualquier nimiedad que los hacía terminar discutiendo...

La lista era interminable, recordando que todo quedaba en el olvido en el instante en que decidía llevársela a la cama. La pasión que ambos sentían dejaba a un lado cualquier tipo de problema, por grave que fuera, hasta que ella terminó enterándose de sus adicciones. Reconociendo que fue el principio del fin. ¡Habiendo un antes y sobre todo un definitivo después!

Volvió a la realidad y lo hizo profundizando el beso que le estaba dando, sintiendo la dicha de tenerla como un tiempo atrás entre sus brazos, y por supuesto con la dicha de verla dispuesta a lo que él le ofrecía. Dejándose

llevar por el arrebató del deseo y de los recuerdos, haciéndose paso con la lengua hasta lograr entrelazarla con la suya al permitirle besarla, notando extasiado cómo abría la boca en busca de lo que parecía haber echado tanto en falta.

—No sabes lo mucho que te he echado de menos cariño, formamos tan buen equipo... —subió con las manos a la altura de su cuello y dejó que los dedos se perdieran entre sus cabellos. A continuación tiró de ellos y consiguió inclinar su cabeza hacia arriba para poder besar aquel cuello que lo volvía loco. Dejando la huella de los besos húmedos y cálidos esparcidos por su carne desnuda antes de volver a su boca. Deleitándose con un nuevo beso y estrechándola descaradamente contra el bulto duro y grande que la estaba esperando.

El sonido del teléfono interrumpió aquel momento íntimo, haciendo que Eidan abriera los ojos molesto, apartándose un poco de aquel cuerpo que lo excitaba hasta el límite. Las ganas de hacer el amor con ella eran tan grandes, que por un instante estuvo a punto de estropearlo todo.

Pero pensó:

¿Y si la persona que llamaba decidía ir a la habitación? Porque seguro que se trataba del recepcionista.

“¿Qué coño querría? ¡Cuando termine mataré a ese fulano!”.

—Lo siento cariño tengo que cogerlo.

Si en el momento en el que se dio la vuelta, hubiese podido llegar a ver el cambio obrado en la expresión que tenía la cara de Érika, se hubiese quedado muerto porque lo había engañado. Creyendo que realmente estaba disfrutando tanto como él, y sin percatarse de la verdadera repulsión que sentía hacia su persona. Llegando a pensar si no se había contagiado del monstruo que llevaba Eidan dentro ante las ganas de ser ella ahora la que, en el caso de tener un cuchillo, clavárselo hasta la empuñadura con el único fin de vengarse de todo. Absolutamente de todo.

¿Qué más daba si terminaba en la cárcel?

Nada le importaba. Ni siquiera el pequeño precio que tendría que llegar a pagar, siempre y cuando acabase de una vez por todas con aquel maltratador, cabrón, e hijo de puta...

CAPÍTULO 29

—Sí, no se preocupe. Ahora bajo el volumen.

Eidan colgó el teléfono, con un golpe seco, y fue hasta el cabecero de la cama. Donde se encontraban los botones de la radio.

—¡Putas gente! Por lo visto alguien se ha quejado del volumen de la música. —Giró la ruedecita y la apagó ahora que sabía que su adorada Érika solamente gritaría de placer, no para que alguien de fuera la escuchara, volviéndose con rapidez y mirándola con unos ojos que denotaban la lujuria que llevaba dentro—, ¿por dónde íbamos?

Antes de que pudiera acercarse demasiado Érika comenzó a elaborar el plan que llevaría a cabo. Diciendo como si nada:

—Estábamos en que podías soltarme. Me duelen las muñecas.

Pareció pensarlo un instante. Después la complació.

—Está bien. Tú ganas —y la soltó, viendo cómo se frotaba las muñecas enrojecidas. Queriendo pasar a la acción cuanto antes.

Pero al ir a abrazarla, con la intención de besarla, esta giró la cabeza. Actuando seguramente de forma apresurada, pero es que el tiempo corría y la integridad de Ester estaba en juego. Intentando mostrarse como la novia que una vez fue.

—Cariño... —continuó Érika volviendo la cara para mirarle, echándole los brazos por encima de sus hombros como si realmente le gustara tenerlo tan cerca— hay una cosa más que te quiero pedir antes de que me hagas el amor.

—¿Qué cosa?

—Quiero que traigas aquí a mi compañera de trabajo. Por favor.

—¿Qué? ¿Estás loca? —preguntó con la cara contrariada.

—Por favor, hazlo por mí —susurró con un mohín, bajando hasta sus labios para propinarle un beso como a él le gustaban— me lo debes después de recibirte como lo estoy haciendo ¿no crees?

Él se puso alerta pero aun así no la soltó. Incapaz de dejar de tocarla.

—¿Y cómo ibas a recibirme sino? Sigues loca por mí. A menos eso es lo que me dice tu forma de actuar. ¿Quién sabe? Quizás tengamos una última oportunidad ¿no crees?

“¡Ni muerta!”. Pensó sintiendo un escalofrío de solo pensarlo.

—Hay que ver qué curioso es el destino. Logro escaparme del país que

me vio nacer para esconderme aquí y al poco tiempo te presentas de la nada. Eso solo puede significar algo, y estoy convencido de que estamos hechos el uno para el otro. Ahora que te vuelvo a tener te prometo que te compensaré por el error que tuve aquel puto día. Te lo prometo.

—Entonces comienza por traer aquí a Ester cariño. Ella es importante —le dijo con paciencia, acariciándole la mejilla con su mano—. Demuéstrame que de verdad te preocupas por mí.

—¿Pero no ves que si te hago caso no tendremos la intimidad que queremos después de tanto tiempo?

—Claro que la tendremos —le cortó con énfasis—. Puedes dejarla en el cuarto de baño. Ella no se moverá si la dejas atada.

—¿No vas a pedirme que...?

—No. Solo quiero ver que se encuentra bien y después —se acercó insinuante con el propósito de provocarle y susurró—: y después soy toda tuya cariño.

Un fogonazo asaltó la mente turbada de Eidan, clarificando no solo lo que el cuerpo le empezaba a pedir, sino acordándose del rostro del hombre que la besaba y la abrazaba como si tuviera el derecho de hacerlo.

—¿Quién era el tipo ese que te besaba? —soltó derribando parte del muro que ella había logrado levantar en torno a lo que de verdad pensaba.

Por ese motivo tardó en contestarle más de lo que hubiese deseado. Apartando al hombre que llevaba dentro porque de no ser así no podría soportar dejarle que la siguiera tocando, y lo que era peor. Tocándole ella.

—No es nadie —mintió—, solo era un pasatiempo para averiguar si iba a poder soportar estar con otro hombre.

—No te entiendo.

“¡Claro que no me entiendes hijo de puta! ¿Cómo lo ibas a hacer?”.

—Después de lo que me hiciste no pude volver a salir a la calle en meses. De hecho este viaje es el que está haciendo que quiera seguir viviendo. Es duro enfrentarse al hecho de que la persona que crees que te quiere llegue a hacerte lo que tú me hiciste ¿sabes?

Un gesto interrogativo apareció en su cara acompañado de una pregunta decisiva:

—¿Y por qué entonces te muestras cariñosa conmigo? Porque realmente lo que percibo es que ese dolor que has pasado sigue ahí pero no te impide querer disfrutar juntos de lo que siempre se nos dio tan bien. Tu cuerpo habla por sí solo.

—No es fácil olvidar los cinco años que vivimos Eidan. Ni siquiera después de lo que pasó.

—Eres una mujer valiente cariño. Cualquiera otra no actuaría como tú lo haces. Por eso me enamoré de ti —le pasó la mano por la mejilla con ternura y continuó—: no sabes lo difícil que ha sido tener que huir y renunciar a ti. En más de una ocasión se me había pasado por la cabeza entregarme a la policía. Lo que fuera con tal de regresar a Dublín y poder pedirte que me visitases en la cárcel. El remordimiento llegó a ser tan grande... Por eso cuando te vi en ese reportaje de la revista supe que era mi oportunidad, ¿quién iba a creer que pudiésemos estar tan cerca? Es por eso que te digo que el destino ha querido que nos encontremos, y debe significar algo ¿no te parece?

“¡Claro que significa! Acabará contigo cueste lo que me cueste ¡lo juro!”

A Érika no le pasó por alto cómo él desviaba la mirada, por cuarta vez ya, hacia el vaso lleno de whisky.

Y eso solo podía significar que se le estaba acabando el tiempo antes de que echase mano del vaso o lo que sería peor. Que se drogara.

—Tenemos tiempo de sobra para hablar así que, ¿por qué no traes a Ester aquí?

—¿Y si te digo que no? —la probó.

—Pues entonces no esperes nada por las buenas de mí.

—Puedo forzarte.

—El Eidan que yo conozco nunca lo haría. Y ahora que sé que estoy con él no tengo miedo.

—Pero como ya sabes puedo cambiar de manera drástica — y volvió a mirar el vaso. Frenando el impulso de querer ir a por él pero sin saber cuánto tiempo podría seguir conteniéndose de lo que su implacable cuerpo le pedía con insistencia.

—Por favor ve a por ella ahora. Solo quiero saber si está bien.

Eidan pareció pensarlo.

—Vamos, por favor. Seamos adultos y arreglemos nuestras cosas entre nosotros. No tenemos que lastimar a ninguna otra parte ¿no crees?

—Si lo hago, ¿vendrás conmigo cuando nos vayamos de este sitio?

Esa pregunta tenía una fácil respuesta.

—Sí.

—Está bien. La traeré pero no te acercará a ella ¿de acuerdo?

Solo pudo asentir con la cabeza y, antes de que pudiera protestar, Eidan volvió a amordazarla y a atarla.

“Nunca se sabía, y aunque su querida novia jamás lo había traicionado, lo cierto era que eso fue antes de que en un arrebató de furia incontrolada terminara apuñalándola sin pestañear”.

Cuando la tuvo bien sujeta se dio la vuelta y se marchó.

A Érika no se le volvió a pasar por alto cómo volvía a mirar el vaso, pareciendo que vacilaba por un segundo, antes de coger la colcha que había sobre la cama y salir de la habitación en busca de Ester.

CAPÍTULO 30

Lo intentó con persistencia, con perseverancia, solo que el hecho de estar nuevamente atada no la dejaba moverse con la libertad que necesitaba. Fue por ese motivo que no le sirvió de nada levantarse con rapidez, al verle cruzar la puerta con lo que a su entender era el cuerpo de su compañera de trabajo. La llevaba en brazos envuelta en esa maldita colcha que la tapaba completamente. Haciéndole imposible averiguar si estaba bien.

Quiso hablar. Gritar. Pero nada. La mordaza que llevaba en la boca silenciaba cualquier ruido que quisiera hacer. Y se aproximó como pudo con tal de ver por lo menos su cara.

¡Nada!

Eidan se limitó a cruzar la estancia, con pasos largos, y se adentró en el cuarto de baño. Después cerró la puerta.

La inquietud y la desesperación se apoderaron de unos sentimientos turbulentos, acompañados por el énfasis de la terrible y conocida impotencia. Resultándole una de las pruebas más difíciles. Permaneciendo al margen de lo que él estuviera haciendo ahí dentro. Llegando incluso a faltarle el aire debido a una, ya casi olvidada, fuerte crisis de ansiedad.

“¡No! ¡No! Ahora no puedes desmayarte”, se exigió, infundiéndose un valor que de repente parecía querer abandonarla.

El ruido de la puerta hizo que volviera a su estado de alerta. Inspiró todo lo pausadamente que pudo, por la nariz, en lo que se convirtió en un modo desesperado de mantener la calma. Debía hacerlo o dejaría de engañarlo a raíz de saber, por experiencia propia, que o lograba tranquilizarse o con toda seguridad las intenciones de seguir engañándolo quedarían en eso. Simples intenciones después de lo lejos que había llegado, creyendo férreamente que la coraza que llevaba puesta, alrededor de su corazón y de su mente, le seguiría permitiendo actuar como si de verdad estuviese con el Eidan de siempre. Y aquello no podía quedar en vano.

¡No después de permitirle que la besara! ¡¡No después de ser ella misma la que lo hiciera!!

El estómago se le revolvió a medida que un estremecimiento, mezcla de horror y asco, sacudieron su cuerpo.

Afortunadamente para ella, aquella reacción, consiguió lo que ya creía

imposible. ¡Fuerza y tesón! Cambiando de forma drástica de aptitud justo cuando él volvía a cerrar la puerta tras de sí, buscándola con una mirada que lo decía todo... o casi todo. Porque a ella no se le pudo pasar por alto, esta vez, el brillo inusual que había en sus ojos acompañado, además, por la actitud nerviosa que lo empezaba a delatar. Comprendiendo el verdadero significado de lo que allí estaba pasando.

No quiso pensar en nada que no la convenía y avanzó hacia donde él se había quedado parado. Obligándose a permanecer con la mente en blanco o intentándolo al menos. Inclino la cara hacia arriba y lo miró.

—He cumplido mi parte del trato —dijo él— ¿estás tú dispuesta a hacer lo mismo?

Con un nudo que le oprimía la garganta terminó asintiendo.

—¿Pase lo que pase? —y a medida que hacía esa pregunta un sudor frío lo envolvió, recordándole lo que necesitaba con urgencia y no se trataba de sexo precisamente. Aún no.

Érika volvió a asentir con la cabeza. Su única forma de expresarse puesto que continuaba amordazada.

—Está bien —se dirigió a la puerta de entrada, echó la llave, y se la metió en el bolsillo del pantalón. Dejando muy claro que únicamente él tenía el poder de la situación.

Sin quererlo Érika volvió a estremecerse.

—Ahora sí te soltaré.

A veces, lo más sensato era actuar bajo el influjo de lo que la mente fría orquestaba en el interior, y en este caso en concreto Eidan tuvo la certeza de que era así. Acababa de actuar como debería hacerlo al volver a atarla antes de salir, y sobre todo al cerrar la puerta con llave sin que prestara atención a lo que el corazón le dictaba. Seguía un tanto reacio a lo bien que estaba marchando la situación entre ellos.

Unos segundos después volvía a estar desatada, pero le resultó extraño que tardara tanto en quitarle lo que le obstruía el poder hablar.

No tardó en entender el por qué.

—Ahora que he hecho lo que me has pedido con tanto fervor solo espero que no lo estropees pidiéndome que te deje verla, porque no lo haré, ¿lo has entendido?

Ella asintió y él se decidió.

—¿Mejor ahora?

—Sí —logró susurrar. Sabía lo que vendría a continuación. Implorando,

nerviosa, la posibilidad de que alguien pudiera ayudarla.

Y se quedó helada a continuación.

—¡Joder! Voy a necesitar un poco de cocaína si queremos echar un polvo cariño. Estaré listo pronto.

Aquellas palabras le dijeron que lo peor estaba por llegar. La pesadilla en la que estaba envuelta se convertía en un horror absoluto. Y ella no podía hacer nada.

Eidan sacó del pantalón un sobre plateado y lo colocó encima de la mesa. Una vez desenvuelto, con la ayuda de una tarjeta de crédito, empezó a alinearlos hasta conseguir hacer una raya, tardando más de la cuenta debido a que su mano temblaba demasiado. Antes de esnifarla alzó la cara, le dedicó una sonrisa, e inspiró profundamente.

Érika se obligó a sí misma a verlo aunque no quisiera. Contemplando como en cuestión de nada hacía lo mismo por el otro agujero de la nariz.

—¿Quieres? Tengo más y no veas lo que puedes llegar a flipar con esta mierda.

—No —negó con la cabeza—, yo no quiero.

—Tú misma.

Y antes de que a Érika le diese tiempo a saber lo que iba a hacer, le vio coger el vaso de whisky y se lo tragó.

Lo único que pudo pensar entonces fue en una plegaria.

“¡Que Dios me ayude!”.

CAPÍTULO 31

A Hugo nunca se le podrían haber pasado por la cabeza (antes de conocerla) dos cosas. La primera era que se hubiese terminado enamorando, perdidamente, de la mujer a la que tenía que camelarse por una absurda apuesta para simplemente ganarla, y la segunda que, a consecuencia de lo que estaba sucediendo, terminaría conociendo a los integrantes de su familia directa.

En primer lugar fue Brian, al que en un principio confundió con su novio, y ahora a quienes conocía era a su madre y a su hermana. Las cuales aterrizaron en el aeropuerto de Madrid a las ocho y cuarto de la mañana, terminando alojadas bajo la hospitalidad de Juan y María. Todo ello bajo una tensa y preocupante espera que parecía no encontrar fin. Ni siquiera podían encontrar las palabras que pudieran ejercer de bálsamo para apaciguar un poco el ánimo del ya caldeado ambiente.

Por ese motivo se pusieron en pie en cuanto escucharon el teléfono, rompiendo el tenso silencio, a la vez que se miraban con algo de esperanza. Hugo corrió y se apresuró a descolgarlo con la cara llena de arrugas de preocupación y de amargura.

—¿Quién es?

La persona que estaba en el otro lado de la línea telefónica no era otro que uno de los agentes de la guardia civil que acudieron a la llamada de emergencia. Informándoles de las nuevas novedades sobre el caso porque sí que las había ¡Algo prometedor a esas alturas!

Por lo visto, tras emitir la orden a los peajes de autopistas de carretera, con el fin de que cotejaran si un Ford Escort con la matrícula indicada había pasado por alguno de ellos, resultó que la búsqueda no solo acabó dando resultados, sino que además, y lo que era más importante, les hizo saber la dirección y la hora por donde había pasado. Aumentando el equipo de localización hacia la zona norte del país antes de que pudiera cruzar la frontera, entendiendo que ese debía de ser el propósito de aquel tipo.

Seguir huyendo hasta encontrarse en un país totalmente diferente.

La hora de localización que les transmitió el ordenador les hizo saber la hora exacta en que la cámara capturó la imagen de la matrícula. Las 4:40 de la mañana. Y eso quería decir que habían pasado casi cuatro horas desde que

pasó por ahí, lo que podría obrar a favor porque, con toda probabilidad, aquel perturbado tendría que haber parado a descansar.

La esperanza de aquel dato en concreto les hizo querer agarrarse a ella de modo desesperado.

Eidan se sentó en la silla algo atontado y con cara de despreocupación, disfrutando del placer que le daba la droga, nada más tomarla, y que lo hacía sentirse libre por completo.

Nada de remordimientos. Nada de echar la vista atrás. Y por supuesto nada de añoranzas. Nada de nada. Solo paz y tranquilidad. A lo que Érika, una chica lista, no tuvo el menor reparo de aprovechar en su favor.

—¿Eidan?

Este alzó la mirada.

—¿Sí?

—Necesito ir al baño.

—¿No puedes esperar? —preguntó con el gesto contrariado.

—No.

—Entonces ve pero te lo advierto, no tardes o entraré yo mismo a buscarte.

El cambio del hombre que procuraba ser atento y complaciente, para comenzar a convertirse en el monstruo que podía llegar a ser, era tan notorio que asustaba. Se dirigió a donde quería y lo hizo con pasos tranquilos para no levantar sospechas. Eso sí, el corazón parecía salirse por la boca.

La siguiente orden transmitida a los cuerpos de seguridad fue la de comenzar a inspeccionar todas y cada una de las áreas de servicio desde el mismo peaje. Redoblando los esfuerzos debido a la gravedad del caso que les ocupaba, comenzando con la búsqueda de inmediato.

¡No había tiempo que perder!

Cerró la puerta del baño y descubrió el bulto envuelto en la colcha. Estaba tumbado en la bañera. Ni siquiera había tenido la humanidad de destaparle el rostro para que pudiera respirar con un poco de normalidad. Pensando seriamente si no habría terminado asfixiándose.

Avanzó hacia ella, con el alma en vilo, y descubrió parte de su cuerpo, quedando momentáneamente petrificada al ver en el estado tan lamentable en el que se encontraba. Pálida, inconsciente, con un aspecto desolador, y con la nariz y la boca hinchada desfigurándole la cara. El aspecto tan horrible, y las muestras de no dar señales de vida, hicieron que necesitase cerciorarse de si realmente estaba viva. Acercó sus dedos temblorosos y muerta de miedo le tomó el pulso.

“Gracias Dios mío”. Se dijo aliviada.

Una vez que el pánico cesó actuó con rapidez y pasó a la acción. Fue hasta el lavabo, llenó un vaso, y regresó junto a ella. Obligándola a beber un poco de líquido. Seguidamente desenrolló la colcha y la puso detrás de su cabeza para que hiciese de almohada. La desató y volvió a darle de beber con el único fin de que no se deshidratara.

Cuando supo que de momento no podía hacer nada más por ella, se dirigió otra vez hacia el lavabo y, después de tirar de la cadena, para que Eidan realmente creyera que había terminado de hacer pis, abrió el grifo simulando que se estaba lavando las manos. Volvió a la bañera, presa de unos nervios cada vez más incontrolados, y comenzó a buscar en los bolsillos de su amiga hasta... ¡Bingo! Dar con el teléfono móvil.

Cualquier otra persona hubiese dado entonces por perdida aquella oportunidad que se le brindaba porque estaba apagado. Cualquier otra persona menos ella que, casualmente, y debido a la compenetración de ambas, sabía el número del pin tras haberlo introducido varias veces por petición suya.

Lo tecleó a una velocidad de vértigo y esperó a que estuviera operativo. El tiempo pareció eterno cuando en realidad solo se trataron de unos segundos.

Lo primero que hizo, una vez que estuvo listo, fue silenciarlo por si comenzaba a pitar anunciando mensajes no leídos. De seguido envió a Hugo un whatsApp ante la evidencia de que no podría hablar.

Tecleó:

**Eidan nos tiene retenidas y no sé dónde
ni hacia qué lugar nos quiere llevar.
Si no te vuelvo a ver gracias por volver a
hacerme sentir y no olvides que te quiero**

Pulsó el botón de enviar, con los ojos anegados en lágrimas, y dejó el

móvil en el mismo sitio en el que lo encontró. Seguidamente apagó el grifo y salió al infierno que sin duda la estaba esperando.

El sonido del móvil de Hugo, a casi setecientos kilómetros del lugar en el que se había enviado, informó del whatsApp entrante.

Los aglomerados que permanecían en el salón miraron hacia la mesa pequeña con una sola pregunta en mente. ¿Sabría alguna pista nueva la policía?

Hugo estiró la mano, lo cogió, lo desbloqueó, pulsó con el dedo índice la aplicación de whatsApp y... abrió los ojos como platos al ver que el mensaje que le acababa de llegar era de Ester.

—¡Es de Ester! —exclamó poniéndose en pie de un salto.

Todos lo siguieron con la mirada.

Pero cuando leyó el mensaje algo dentro de él pareció romperse debido a la carga emocional que este contenía. Se pasó la mano por el pelo y tuvo que controlarse para no ponerse a romper cosas y gritar. La impotencia que lo envolvía era tal que de no hacer algo acabaría volviéndose loco.

—¡Joder! ¡Joder! —repetía una y otra vez sin oír ni ver a nadie, preso de la amargura y la ira, acabando propinando un puñetazo a la pared que le reventó los nudillos.

¡Solo que Hugo era incapaz de sentir ningún dolor físico!

—¿Qué es lo que pasa Hugo? —La voz de Brian hizo que volviera a la realidad— ¿qué dice el mensaje?

No pudo contestar. Le pasó el teléfono, para que lo leyera él mismo, mientras se dejaba caer de forma brusca sobre el suelo, llevándose las manos a la cabeza en estado de completa derrota.

Juan y Héctor corrieron a acompañarle, haciéndole saber, con ese simple gesto, que no estaba solo. Pero lo cierto es que no había consuelo para el pobre hombre que no hacía más que torturarse a sí mismo pensando en si alguna vez volvería a ver a su niña desvalida.

CAPÍTULO 32

Érika tragó saliva con dificultad cuando se percató de la manera en la que la miraba. Encontrándose con un Eidan bien diferente al que había dejado tan solo diez minutos antes, y que en tan poco tiempo lo hacía parecer sumamente distinto y con una nueva determinación en su semblante sombrío.

—Acércate cariño, te estoy esperando —el tono en su voz ya no era igual.

Los pies de la muchacha, indefensa, no quisieron responderle. Quedándose quietos a medida que el miedo se metía dentro de cada poro de su piel.

Aquella actitud a él le molestó bastante, empezando a presuponer que no andaba muy desencaminado cuando creyó que todo marchaba demasiado bien entre ellos. Extrañándole el comportamiento cariñoso de ella.

—Te he dicho que te estoy esperando —añadió escrutándola con unos ojos que comenzaban a expresar ira sin levantarse de la silla—. ¿O es que de repente te has quedado sorda?

El pánico le atenazó los músculos. Ordenando, a su fuero más interno, a que no se dejase arrastrar a los recuerdos de aquel día. Resultaba de vital importancia que lograra convencer a su maltrecho corazón de que la situación no tenía por qué acabar como entonces... Solo que el subconsciente le hizo pasar una mala pasada, y es que ¿a quién quería engañar? Cabía la posibilidad de que lo acontecido en aquella maldita casa, que se suponía iban a compartir tras el matrimonio, no fuese nada en comparación con lo que le podría ocurrir aquí y ahora. ¿Qué hacer? ¿Habría algún modo de detenerle?

¡No! ¡La respuesta era un rotundo no! Despertando del trance en el que se encontraba en el instante que le escuchó decir:

—¡He dicho que te acerques! Todavía tenemos un asunto pendiente.

Paso a paso obedeció sin que dejara de pensar en cómo podría evitar lo que de seguir así terminaría sucediendo entre ellos, y ahora que sabía que él se tomaría la libertad de servirse lo que quisiera, no pudo evitar un estremecimiento de repulsión.

No. Nunca podría permitir que la volviese a hacer suya. ¡Nunca! Preferiría mil veces que terminara lo que empezó hace siete meses.

Entonces se paró.

—¿Qué estás haciendo? ¿Por qué te paras?

—No —negó como única respuesta.

—¿No? ¿Qué significa no exactamente?

Érika no lo dudó, siendo franca como hacía mucho que no lo era.

—Significa que jamás obtendrás nada de mi cuerpo de buena gana.

—Así que debo suponer que lo de antes ha sido un engaño para que trajera aquí a ésa, ¿no?

—¿Y qué esperabas? —dijo con valentía. Enfrentándose a él porque no podía permanecer callada.

—Esperaba a la Érika de siempre. Eso hubiese estado bien.

—Tú no mereces a esa mujer —escupió alzando la voz.

—Puede que tengas razón —contestó lleno de normalidad y de calma. Ambas cosas relacionadas con el poder que él tenía sobre ella.

¡La fuerza!

—Por supuesto que la tengo.

—Ay Érika, Érika, ¿qué voy a hacer contigo? —Y a medida que seguía hablando se levantó, volvió a subir el volumen de la radio, a tope, y comenzó a andar hacia ella, sonriendo con sorna—, lo fácil que hubiese sido seguirme la corriente pero nada. Tú misma me estás obligando a hacer lo que no quiero.

—Y una mierda —gritó quedando acorralada—. Tu cara habla por ti y me muestra el sádico que puedes llegar a ser. Estás disfrutando con esto y no entiendo el porqué.

—Ya te dije que la mierda que me he metido te hace flipar. No sé. Todavía puedo darte una oportunidad para que esto sea más llevadero para ti.

—¡Ni muerta!

—Maldita sea Érika no me provoques, no te conviene.

Érika chocó contra la pared. No tenía escapatoria. Y recordó a través del tiempo, y con absoluta certeza, que aquella escena ya la había sufrido con anterioridad. Siendo consciente de la cruda realidad al saber hasta dónde podía llegar y lo que era aún peor:

¿Se atrevería a hacerle un daño peor violándola?

La arrogancia y la maldad que vio le dijeron que sí. Y de ser cierto no podría soportarlo.

—Por fin te tengo donde quería.

Antes de que pudiese hacer nada se le echó encima, sujetándola de las muñecas queriendo apoderarse de su boca.

El asco que la invadió le dio fuerzas para propinarle un rodillazo en la

entrepierna, apartándose hacia el otro lado chillando.

—¡No me toques! ¡Me das asco!

Eidan se quedó agachado el tiempo suficiente hasta conseguir recobrase del golpe. Cuando lo hizo alzó la mirada, penetrándola con unos ojos de demonio, y se abalanzó nuevamente sobre ella, solo que esta vez con unas nuevas directrices.

Érika gritó todo lo fuerte que pudo antes de verse estampada contra la cama de un salvaje empujón.

—¡Putas! ¡Te lo advertí! —ella trató de rodar sobre la cama para huir pero él la sujetó de la cintura, apretando los dedos en torno a ella con fuerza, haciéndole saltar las lágrimas. Después le dio la vuelta y la dejó totalmente expuesta.

Pero no se rindió, continuó dando patadas al azar con el único fin de quitárselo de encima.

¡No lo consiguió!

—Basta ya ¡estate quieta!

Un tremendo golpe sobre su cara hizo que de inmediato la cabeza le empezara a dar vueltas, dándose cuenta que estaba perdida y aturdida, creyendo que le iba a estallar. Y aunque seguía empeñada en no darse por vencida, supo que él terminaría quitándole lo único que le quedaba. Orgullo y amor propio. Considerando, pese al aturdimiento, que sería el golpe más difícil de su vida si realmente la violaba.

Algo que Eidan quería hacer inmediatamente, resultándole una idea inmensamente provocadora además de placentera. Y así lo indicaba la erección enorme que se ocultaba tras sus pantalones.

Una a una las diferentes patrullas de las localidades cercanas al perímetro marcado fueron revisando las diferentes áreas de servicios, preguntando aquí y allá, mostrando la foto de Eidan, sin que por ahora les hubiese resultado de ninguna ayuda. Y quedaba tanto por hacer...

Pero el caso dio un giro radical, de ciento ochenta grados, cuando Hugo hizo una llamada a la policía a los pocos segundos de recibir el whatsApp de Ester, y fue aquella llamada la causante de que diera la luz suficiente para continuar con la infructuosa búsqueda. Contribuyendo a aportar un dato definitivo porque habían averiguado de dónde procedía la señal del repetidor encargado de transmitirla. Un repetidor que se encontraba en el área de

servicio en el que Eidan, con nombre falso, se había registrado esa misma noche.

La orden de la central, a raíz de ese dato esclarecedor, fue rotunda y clara, enviando a todas las patrullas que se encontraran en un radio inferior a treinta kilómetros, con el fin de atrapar a un hombre potencialmente peligroso que estaba en busca y captura.

Ester abrió los ojos lentamente sin que entendiera muy bien el por qué le costaba tanto hacerlo, despertando poco a poco de la inconsciencia, a medida que se percataba del dolor tan profundo que tenía en el cuerpo, y lo que era peor, creyendo tener clavadas miles de alfileres por toda la cara.

“¿Por qué?”, se preguntó aturdida, ajena a los motivos.

Después de un tiempo considerable, y después de que el dolor pareciera querer incrustarse hasta en el pelo, permaneció atenta. Creía haber escuchado gritos. Quedándose aturdida y desubicada mientras se planteaba si podría soportar aquel dolor atronador.

Los gritos y lo que le pareció un forcejeo continuaron en el cuarto de al lado dejándola sorprendida. Empeñándose en recordar porque no se acordaba de absolutamente nada. ¿Dónde estaba? ¿Por qué le dolía tanto la cara? Y lo que la impacientaba de sobremanera: ¿Quiénes eran los que se estaban peleando en la otra habitación?

Miró a su alrededor, arrugando el entrecejo, lo que le ocasionó más dolor todavía, y no entendió qué hacía metida en una bañera dentro de un baño desconocido.

¿Qué demonios significaba?

Un flash apareció de pronto en su mente porque reconoció la voz de Érika. Pero si realmente era ella ¿por qué...? La pregunta quedó a medias en el instante en el que un nuevo flash la sacudió, recordando de una vez, y de forma continuada, una especie de secuencias que acudían a su maltrecho ser como si se tratara de una película.

La salida del chalet para tirar la basura. La llamada que hizo a Brian. El coche que llamó la atención de Pepe... Y después la cruda realidad.

¡Sabiendo exactamente con la persona que se encontraba Érika a escasos metros de donde ella estaba! Sacando fuerzas para, de forma apresurada, levantarse para acudir en su ayuda. Pero era casi imposible. La debilidad y el agarrotamiento en sus piernas se lo hacían bien difícil, como si su cuerpo

entero no estuviese dispuesto a seguir las órdenes del cerebro, y que serían las únicas que conseguirían la difícil y ardua tarea de hacerla levantar de esa maldita bañera. Desesperándose infructuosamente.

Bastante después, y tras poner todo su empeño a cambio de olvidarse de sí misma, consiguió ponerse de pie al tiempo que hacía caso omiso a aquel devastador dolor que parecía querer llevarse la poca energía que le quedaba. Se llevó las manos a la cabeza, en un gesto desesperado de cómo le dolía, hasta llegar a su cara. El simple roce de las yemas de sus dedos le hizo ver las estrellas, entendiendo, ahora sí, el causante de sus males, y que por lo que oía, también de los de su amiga. Tomando una decisión.

Cuando después de los hechos recordara lo sucedido, aquella noche, se plantearía una y mil veces de dónde sacó la fuerza que le faltaba para hacer lo que hizo, comenzando a andar hacia la puerta con la férrea idea de ayudar a Erika.

Lágrimas de impotencia y de rabia empapaban su rostro tras sufrir indefensa el peso del cuerpo de Eidan. No podía resistirse. Ya se encargaba de que fuera así con sus noventa kilos de peso y sus casi dos metros de estatura. Pero si además, a ese hecho le añadimos el golpe que le acababa de dar, no había que ser muy listo para saber que la tenía completamente expuesta para lo que él quisiera hacerle.

Y aquello le gustaba ¡Vaya si le gustaba!

—La de veces que he soñado con esto. —Estiró una de las manos y se hizo con las suyas, apretándolas fuertemente hacia arriba para dejar el camino libre, levantándole la camiseta con la otra. A continuación hizo lo mismo con el sujetador, procurando, por todos los medios, no fijarse en la cicatriz que quedaba a la vista. No era el momento de sentirse culpable. Ya tendría tiempo cuando acabara de saciar el incontrolable apetito sexual que lo devoraba por entero. Recreándose en la vista que le ofrecían sus pechos perfectos y desnudos. —Sigues tan bella como te recordaba.

—Por favor Eidan no lo hagas, piensa lo que estás haciendo — lloriqueó, lo único de lo que era capaz a esas alturas.

La contestación de él fue dirigirse hacia la parte de abajo y, con un movimiento rápido, casi le arrancó el pantalón que llevaba. Actuando sin ningún tipo de escrúpulo ni remordimiento. Dejándola solamente con las bragas como prenda de vestir.

Y ahí Érika se dio por vencida... Pero cuando ya estaba todo perdido, cuando se temía lo peor, y cuando giró la cara porque aborrecía mirarlo, resulta que sucedió algo extraño. Escuchando lo que le pareció un golpe seco y que, a consecuencia de ello, quedó literalmente aplastada por aquellos noventa kilos sin entender el por qué había dejado de forzarla, tratando de apartarlo, a un lado, porque casi no podía respirar. Dando gracias porque apartase sus sucias manos de su cuerpo.

La buena suerte no duró mucho.

De improvisto él volvió a levantarse, lo que permitió a Érika agrandar su campo visual, y fue cuando comprendió lo que acababa de ocurrir. Ester estaba de pie, allí plantada en estado de shock, y con el objeto con el que lo acababa de golpear todavía en la mano.

Tenía la mirada perdida.

Eidan se llevó la mano a la cabeza y se tocó el chichón que le acababan de hacer, mostrándose todavía un poco aturdido a la vez que se volvía con el fin de saber quién se había atrevido a tocarlo.

Al ver a la menuda chica mostró una mueca burlona antes de que una furia iracunda lo traspasara, siendo interrumpido por el grito desesperado de Érika.

—¡Golpéalo otra vez Ester! —gritó—. Por el amor de Dios...
¡¡¡Reacciona!!!

¿Acaso no se daba cuenta que si no lo hacía perderían la oportunidad que se les brindaba?

La respuesta era que por supuesto Ester no se daba cuenta de ello. El estado de shock en el que se encontraba, después de recordarlo todo, y después de verle así, fueron motivos suficientes para que su mente quedara totalmente bloqueada. Quedándose paralizada y quieta sin que pudiera hacer otra cosa que mirar a su verdugo. Un verdugo que se aproximaba.

Lo siguiente que sintió fue cómo volaba, literalmente por los aires, hasta estamparse salvajemente contra la pared del fondo. El lugar en el que se escuchó, con total claridad, un crujido de huesos rotos debido a la inercia. Cayendo sobre el suelo completamente inerte y hecha un ovillo.

Érika gritó asustada pues se temió lo peor. Y sin tiempo que perder se levantó de la cama inmediatamente. Entonces, en un acto de desesperación y de rabia, se abalanzó sobre él porque lo que pretendía era acercarse para rematarla.

—¡No! ¡No! ¡Déjala! ¡Esto es entre tú y yo cabrón!

Muy posiblemente aquellas palabras fueron suficientes para salvarle la vida a su querida amiga. Acababa de volver a llamar su atención, consiguiendo que se olvidara de ella.

Aunque eso significase lo peor.

—¿Impaciente porque te folle cariño? —preguntó enarcando una ceja, centrando su atención en ella. Solo en ella deseando poder terminar lo que había quedado incompleto.

La primera patrulla llegó a los diez minutos, con la sirena apagada, para no levantar sospechas. Aparcaron y se dirigieron al edificio en el que se encontraba la recepción.

Allí fueron recibidos por el mismo hombre que seguía viendo otra película.

—Buenas noches.

—Buenas noches agentes ¿en qué puedo ayudarles?

Uno de ellos desplegó la foto que llevaban consigo y preguntó:

—¿Es posible que este hombre se haya alojado aquí? ¿Lo ha visto?

El recepcionista dudó unos instantes.

—Fíjese bien, es un hombre muy peligroso y la vida de dos jóvenes podría estar en peligro.

Aquello lo terminó de convencer.

—Llegó hace una hora aproximadamente pero entró solo, por lo visto dejó a su madre inválida en el coche y...

No pudo terminar de hablar. Uno de los agentes le interrumpió de forma brusca.

—¿En qué habitación está?

—En la 151.

—Necesitamos la llave —se pronunció con autoridad, después echó mano de la emisora y dijo—: a todas las unidades, el sujeto se encuentra en la salida 54. Está alojado en la habitación 151 del único hotel que hay. Vamos hacia allá.

El otro compañero cogió la llave que le ofrecía el recepcionista y salieron corriendo del edificio.

Antes de llegar a la habitación que buscaban, otras dos patrullas se adentraban en el área de servicio.

CAPÍTULO 33

Un estruendo en la puerta. Un hombre acorralado. Y lo más importante, una violación interrumpida a tiempo gracias a la intervención de Ester minutos antes y que, de no ser así, las fuerzas del orden no hubiesen podido detener. Todo ello seguido de un:

—¡Policía! ¡Manos arriba!

El hombre, al que iba dirigida la orden, hizo caso omiso pese a saber que todo terminaba allí y ahora. Tenerla debajo de su lascivo cuerpo, acompañado por el engaño al que había sido sometido cuando se mostró como la Érika de antes, le hizo querer cobrarse su venganza.

¿Y qué mejor venganza que invadir su intimidad aunque no pudiera hacerla suya del todo? Sí, esa sería la venganza que se cobraría, aprovechando la ocasión. Convencido que si no pudo salir en meses tras la agresión, ¿cómo le podría llegar a afectar que la penetrara aunque fuera una sola vez? La respuesta era obvia y, después de ver la cara de repulsión, y de asco, tuvo claro lo que quería.

Un policía presintió lo que quería hacer y le leyó el pensamiento...

Una carrera a contra reloj. Una exclamación acompañada de un golpe seco con la porra. Y una voz furiosa diciendo:

—¡Maldito hijo de puta! ¡Si te atreves a hacerlo eres hombre muerto!

Un dolor que lo sacudió por entero. Varios policías implacables sobre aquel desalmado ajustando las esposas. Dos más acercándose hasta la pobre muchacha tirada sobre el suelo... Y de repente un último hombre, que entraba en la habitación, y que miró a la mujer que permanecía en bragas, completamente inmóvil en la cama, y sin que tratara siquiera de taparse. Mirándole inexpresivamente, con la mirada perdida, tal cual animal asustado y herido.

¡Y entonces un sentimiento humano y un gesto comprensivo que nunca, nunca olvidaría!

Mario, que así se llamaba el último agente que entró, se dirigió a la cama, arrancó la sábana de arriba, de un tirón con la vena del cuello a punto de explotarle, y solo ahí dejó que su lado más humano brotara. Envolviéndola y tapando su desnudez con delicadeza hablando en tono suave:

—Tranquila, está en buenas manos.

Una mirada vacía que parecía querer ser agradecida. Un temblor en el labio. Y unas lágrimas amargas como la hiel.

—Me quedaré a tu lado hasta que estés algo más tranquila —le dijo Mario tuteándola en un empeño desesperado para que se sintiera acompañada y a salvo, después añadió—: ¿O prefieres que llame a una compañera?

Los pocos años de experiencia, que le fueron otorgados desde que se hizo policía, le hicieron saber que precisamente las víctimas de violación o de intento de violación lo último que querían era tener a un hombre cerca. Fuese quien fuese. Por ese motivo le ofreció su ayuda, y lo que hiciera falta, con tal de que se olvidara de aquel estado de cataclismo.

Pero en ese caso en concreto nada era lo que parecía.

Una mirada asustada. Una reacción inusual. Y unas ganas terribles de que no la dejara sola.

—No te preocupes. Me quedaré hasta que venga un familiar o te llevemos nosotros ¿vale? —le dijo ante la evidencia de lo que decían sus ojos asustados.

Un asentimiento de cabeza. Un dolor interno inimaginable. Y un sentimiento de duda.

No sabía si quería seguir adelante.

—¿Necesitas un hombro en el que llorar?

Érika no lo pensó y se echó a llorar sobre aquel hombro desconocido, agarrándose a aquella tabla de salvación que permaneció junto a ella en todo momento y que, sin él saberlo, le permitió que no retrocediera a la depresión de la que tanto le costó salir. Asombrándose porque no le resultara violento permanecer tan cerca de un hombre desconocido, después de que Eidan la hubiese intentado violar.

Y a medida que empezaba a ser consciente de lo acontecido, aquella terrorífica noche, los temblores la continuaron sacudiendo más y más fuerte hasta que no le quedó ni una lágrima por derramar.

El estoico policía aguantó, y no se movió de su lado, tal y como le había dicho que haría.

La ambulancia no tardó en llegar. Reconoció a la herida allí mismo, y debido a la gravedad de las heridas, la trasladaron urgentemente.

La segunda ambulancia tampoco tardó en llegar. Los enfermeros quisieron meterla en el interior pero ella no lo puso nada fácil, agarrándose a

la mano de Mario. La única persona que no quería soltar aun siendo un desconocido, necesitando cualquier cosa a la que sujetarse antes de permitir que los demonios del pasado la acorralasen de nuevo.

—Quieren ver cómo estás, yo te acompañaré a la ambulancia si es lo que quieres.

—Gracias —logró balbucear.

Solo acompañándola cedió, y el hecho de apretarse bien fuerte la sábana, con el propósito de que nadie viera su cuerpo, le hicieron creer que iba despertando del shock pos traumático al que salvajemente había sido sometida.

El joven policía se alegró. Y en ese momento recordó, emocionado, que en su profesión también había hechos que merecían la pena. Poder ayudar como lo estaba haciendo era sin duda uno de ellos.

Pasaron veinticinco minutos, el tiempo suficiente para que la dejaran abandonar el interior de la ambulancia, considerando que solamente tenía algunos rasguños. Nada importante. A menos en cuestión física, porque la psíquica era otro cantar. Aconsejándola a que acudiera a un psicólogo que lograra en parte quitarle ese peso que debía llevar encima. Por lo demás nada, no era necesaria una visita a ningún hospital.

—¿Todo bien?

En cuanto vio a Mario, que seguía esperándola, volvió a respirar con tranquilidad.

—Sí —susurró, mostrándole su agradecimiento ahora que su mente parecía querer despejarse— oye, quiero que sepas que te estaré eternamente agradecida por lo que estás haciendo por mí.

—Es mi trabajo. ¡Ah!, te he conseguido tu ropa. Deberás ponértela ya, antes de que te trasladen.

Lo miró confusa.

—¿Llevarme dónde?

—A Madrid. Se están ultimando los preparativos.

La cara le cambió, y aunque seguía en estado de trance, un nuevo brillo esperanzador inundó sus bonitos ojos.

—Mario no sé si puedes seguir ayudándome pero me gustaría pedirte un gran favor.

—Si está en mis manos dalo por hecho.

Lo miró nerviosa y le dijo:

—Necesito hacer una llamada.

—No estoy autorizado a acompañarte —y añadió tras ver su cara de desolación—: pero lo que sí puedo hacer, bajo mi cuenta y riesgo, es dejarte mi teléfono móvil ¿crees que te servirá?

Se lo entregó y finalmente fue él el que tuvo que marcar de lo que le temblaban sus dedos, una vez hecho se apartó para darle un poco de intimidad. Intuyendo, sin equivocarse, que la llamada iría a una persona importante, muy posiblemente su novio.

Efectivamente Hugo descolgó a la tercera señal.

—¿Sí? ¿Quién es? —su voz delataba la angustia que debía de estar pasando.

Y Érika, fue oírle, y no poder hablar, echándose a llorar por la emoción de poder escucharle.

Hugo se desesperó. Oía unos sollozos desde un móvil desconocido y alzó la voz terriblemente asustado.

—¿Quién eres?

Nada, solo sollozos acompañados por palabras ininteligibles. ¿Y si era el cabrón de Eidan que la había obligado a llamarle para darle la estocada final antes de matarla?

—¿Érika?! ¿Eres tú?! —preguntó preso de un desbordante torbellino de emociones. Miedo. Esperanza. Angustia...

—Sí —logró decir entre sollozos.

A continuación una pregunta cargada de temores:

—¿Estás... estás con él? ¿Estás bien amor mío?

Y después una confirmación alentadora:

—Se ha terminado Hugo... se acabó.

—¿Qué quieres decir? —dio la espalda a los que le miraban sin entender qué era lo que se había acabado.

¿Quizás se refería a que la iba a matar?

“¡Dios! ¡No lo permitas!”, pensaba escuchando nuevos sollozos que le dificultaban decir lo que quería.

—Hugo...

—Dime cariño, estoy aquí —y de repente un grito ensordecedor tras perder la poca paciencia que le quedaba. Estaba al límite—: ¡Dile a ese hijo de puta que se ponga!

—No, no... no lo entiendes.

—¿Entender qué mi vida? —preguntó preso de una agonía que lo consumía por entero.

—Lo han cogido Hugo —sollozó temblando antes de decir—: no podrá hacerme daño nunca más.

La confesión de lo que querían era una realidad, dando paso a una conversación íntima y privada, en la que no pararon de decirse lo mucho que se amaban mientras que a Hugo se le llenaban los ojos de lágrimas.

Lágrimas vertidas por primera vez a consecuencia de una mujer increíble que amaba como nunca antes amó a ninguna otra, queriendo tenerla, por encima de todo, allí en casa, junto a él y para siempre...

Desafortunadamente aquellos planes se verían desbaratados, sin mucha dilación, siendo todavía ajenos al desarrollo de los nuevos acontecimientos que estaban por venir tras la detención de Eidan. Unos acontecimientos que iban a acabar de la manera más desconcertante tanto para uno como para el otro.

No eran conscientes de lo que se les venía encima.

CAPÍTULO 34

Érika no dejó de mirar, a través del cristal del coche en el que la subieron, a Mario. El policía que se encargó de echarle una mano y sin el cual todo hubiese sido bastante diferente. Solo cuando dejó de verlo, echó la vista hacia adelante sintiendo cómo el estómago le daba un vuelco ante la necesidad de regresar a la que consideraba su casa. El lugar en el que sabía que Hugo la estaría esperando ansioso.

Un amago de sonrisa salió de su boca, soñando con el esperado encuentro y dejando a un lado lo demás. Echándose hacia atrás a la vez que cerraba los ojos. Pensando única y exclusivamente en el hombre que a día de hoy lo era todo en su vida, mientras que las lágrimas comenzaban a caer sobre sus mejillas sin que se molestara en secárselas siquiera.

Bastante tiempo después consiguió quedarse dormida.

En el mismo instante, pero a muchos kilómetros de distancia, Hugo se empezaba a enfadar bastante, aunque no daba muestras de ello, a raíz de que de repente todo cambiara. Viéndose relegado a un segundo plano tras considerar, la guardia civil, que a los que debería informar en primera persona no era a otra que a su familia directa. Siendo Brian el encargado de coger el relevo, y también siendo Brian el que se enterase de los propósitos hacia su hermana.

No le quedó otra alternativa que dar el visto bueno a lo que le dijeron, incapaz de procesar la envergadura de la situación, y preocupándose de cómo le podría afectar cuando se enterase. A continuación miró a Hugo y supo que tenía por delante la ardua tarea de entablar una conversación con él. Una conversación que sabía de antemano produciría un dolor real, sin que él pudiese hacer nada por ninguno de ellos, ante la urgencia que aquel caso había despertado en ambos países.

—Hugo tenemos que hablar —fue cuanto dijo.

Esas simples palabras le hicieron saber que no todo iba como se esperaba. Pero lo que él todavía no sabía era a lo que tendría que enfrentarse cuando Brian le soltase la bomba que le acababan de dar por teléfono.

Érika continuaba sumida en un sueño profundo en el que ni las pesadillas que sobrevolaban por su débil mente conseguían despertarla. El cansancio y agotamiento, tanto físico como psíquico, era de tal magnitud, que le permitió seguir descansando tumbada sobre el asiento del coche sin preocuparse de nada. Limitándose a que el camino de regreso se le hiciera, tan sumamente corto, que cuando treinta minutos después de que entraran en Madrid, y lograra despertar, le costara demasiado concentrarse en lo que sus ojos veían delante. Abriéndolos con perplejidad, arrugando el ceño, puesto que no comprendía la dirección a la que la estaban llevando, a la vez que veía carteles y más carteles del primer lugar que pisó en cuanto llegó a esa ciudad, exactamente veintiún días antes.

¡El aeropuerto!

Un sinfín de preguntas se arremolinaron sobre ella. Atormentándose hasta el extremo.

“¿Qué hacia allí? ¿Por qué se habían desviado del camino que los llevaría a la sierra?”

Y como si nada una pregunta que se coló de manera brusca dentro de su cabeza, y que hizo que se le paralizara el corazón por unos segundos:

“¿Por qué de repente notaba aquel sentimiento de miedo? Parecía un aviso diciéndole que tanto Hugo como ella se precipitaban hacia el abismo”.

¡¿Qué era lo que estaba sucediendo?!

—Hemos llegado.

Después de procesar lo que veía, sin obtener ningún resultado, decidió armarse de valor para hacer una pregunta que no sabía muy bien si estaba interesada en obtener la respuesta.

Teniendo que repetirla debido en un principio a lo bajo que habló.

—¿Por qué estamos aquí?

—Ha sido una orden directa. Su madre y sus hermanos la están esperando dentro.

“¿Mi madre y mis hermanos están aquí en Madrid?”, pensó aturdida, permaneciendo callada al entender, menos si cabe, por qué se encontraban en el aeropuerto y no en casa de María y de Juan.

—Acompáñenos por favor. —Le decía en esos momentos el hombre que acababa de abrir la puerta para que bajara, interrumpiendo sus pensamientos.

Y así fue cómo, sumida en un mar de dudas, se vio escoltada por aquellos dos policías hasta el interior del aeropuerto, notando que la presión que tenía sobre el pecho se iba agrandando porque, a pesar de las ganas que tenía de sentirse abrazada y protegida por su familia, el hecho de estar en ese lugar en concreto la confundía de tal manera, que la hacía sentir terriblemente vulnerable. Asociando por primera vez que le quedaban escasos días para cortar toda relación con aquel país maravilloso que tanto le había dado.

Antes de que fuese demasiado tarde y se dejara arrastrar por esos pensamientos nostálgicos, y antes de que se pusiera a llorar sin remedio por aquel hecho, se hizo ver a sí misma la oportunidad de saber lo mucho que iba a disfrutar en compañía de Hugo y del tiempo que les quedaba. Aferrándose a esa idea con ilusión después de que, con toda probabilidad, hubiera vuelto a nacer después de lo sucedido.

¡Una vez más no sabía lo equivocada que estaba!

Pasillo a pasillo la condujeron a un ala del aeropuerto, que estaba restringida a las personal normales excepto a los servicios oficiales, viendo cómo, la aglomeración de gente, iba disminuyendo hasta quedar ellos tres. En ningún momento pudo articular palabra en los quince minutos que duró el trayecto. Llegando a una puerta cerrada que sería su destino.

—Aquí termina nuestra misión señorita, buena suerte —dijo uno de ellos rompiendo el silencio a modo de despedida.

Los dos policías vestidos de paisano dieron media vuelta y se alejaron, echando mano de la emisora para informar que la acababan de dejar en el sitio indicado. Olvidándose de ella y centrándose en las nuevas órdenes que les daban desde la central, de aquella unidad específica, sin que les pareciera preocupar el hecho de que se quedara sola.

A la dubitativa chica entonces no le quedó otra alternativa que actuar. Respiró hondo y asió el pomo de la puerta envuelta en una soledad infinita, a medida que notaba su mano temblando descontroladamente. Encontrando las suficientes fuerzas para abrir la puerta, poco a poco, para empezar a despejar alguna de sus dudas cuando... todo quedó relegado en un segundo plano al ver a su madre.

Corrió hacia ella entre sollozos incontrolables y se dejó acunar rota de dolor por aquellos brazos que ofrecían un amor infinito. Justo lo que ella necesitaba con desesperación.

Brian y Alana no tardaron en unirse a ellas, en lo que fue un abrazo protector, con la decisión de hacerla ver que siempre estarían ahí.

Escuchándose de fondo el sentir de una familia que por fin podría pasar página a raíz de la detención del hijo de puta que estuvo a punto de llevarse, por dos veces, la vida de aquella pobre muchacha que no podía hacer otra cosa que llorar y llorar sobre los brazos de su madre y de sus hermanos, y que, debido a la emoción, todavía no le había permitido echar en falta a un hombre en concreto.

¡A su amado Hugo! Aferrándose a una familia que necesitaba como nunca antes lo sintió...

Lloró, lloró, y siguió llorando, y cuando se le terminaron las lágrimas consiguió apartarse lo suficiente con una idea en mente.

¡Ester!

—Brian —logró pronunciar con la voz ronca de la emoción y con la preocupación pintada sobre su rostro atormentado—, ¿sabes algo de Ester? Me he vuelto loca preguntando y nadie me ha dicho nada.

—Tranquila hermanita se va a poner bien, ahora mismo está siendo trasladada por petición de la familia desde el hospital donde está. Tiene varias fracturas pero nada que no se pueda curar con un poco de tiempo.

La información detallada la hizo tranquilizarse de manera inminente, declarando con precisión:

—En cuanto llegue quiero saberlo para ir a verla.

Los tres se miraron por primera vez con aire preocupado.

—Verás Érika... —Se adelantó su hermano con paciencia, midiendo mucho las palabras que iba a decir debido a la situación, antes de soltar—: eso no va a ser posible.

—¿Cómo que no va a ser posible? —y ahí fue cuando miró uno a uno con un interrogante en los ojos hasta percibir el enorme vacío que acababa de descubrir.

¿Dónde estaba Hugo?

Antes de que pudiera hacer, o decir nada, un hombre desconocido abrió la puerta detrás de ellos y dijo:

—Disculpen pero el avión está listo. Deben embarcar en menos de quince minutos.

Y tal y como apareció aquel hombre, dio media vuelta y se marchó, dejando a los presentes preocupados por cómo se tomaría lo que le tendrían que decir a continuación. Dejando que el silencio se apoderara de la situación.

Por un instante Érika pensó que estaba inmersa en un sueño de lo más extraño, en el que cada vez entendía menos qué era lo que sucedía a su alrededor.

Por ello dijo:

—¿Quiénes son los que tienen que embarcar en menos de quince minutos? — preguntó sorprendida escrutando sus caras.

A continuación el mundo volvió a abrirse ante sus pies en el instante en que escuchó a su hermana:

—Todos nosotros Érika. Tenemos que volver a casa de inmediato.

CAPÍTULO 35

La cara de perplejidad de Érika, tras escuchar aquella frase en concreto, fue reveladora.

“¿Qué acababa de decir su hermana?” Y se quedó con la mirada fija en su rostro incapaz de articular palabra alguna. Tampoco pudo pestañear. Dando rienda suelta a lo que su cabeza le decía a gritos:

“Si se marchaba, ¿qué pasaría con Hugo y con ella? ¿Acaso no les iban a dejar estar solos el fin de semana que con tanto esmero él había planeado?”

—Verás Érika —intervino esta vez la madre interponiéndose delante suya para que la viera. El dolor que percibió en la mirada de su hija la apenó en lo más hondo del corazón, pero aun así prosiguió, no tenían otra opción—, después de cómo se han desarrollado los acontecimientos, y después de ver la envergadura de la situación, hemos sido informados que con carácter urgente mañana se celebrará un juicio rápido en Dublín.

—Pero... —trató de protestar dubitativa.

—Cariño tenemos que hacerlo. A consecuencia de que consiguiera escapar la primera vez las autoridades creen que deben de dar un ejemplo y encarcelarlo lo antes posible, por eso el juicio se hará mañana y por eso tienes que estar allí. Tu testimonio de lo ocurrido es primordial cariño. Solo así podrás seguir con tu vida de siempre, ¿no es eso lo que tanto querías y por lo que tanto has luchado?

—Pero mamá ¿y si todavía no quiero volver? —preguntó aferrándose a una pequeña esperanza—. Me queda una semana para que termine el contrato y no...

—Lo siento hija —volvió a interrumpirla—, sí o sí tenemos que coger ese avión que nos está esperando. No podemos negarnos.

Brian miró el reloj nervioso, quedaban diez minutos antes de que se marcharan, y actuó como debía. Cediendo a la única petición que un Hugo desolado le pidió cuando le informó de la cruda realidad.

¡Y la única petición era tan simple como que lo dejaran despedirse de ella!

Se acercó a su hermana y le pasó la mano por la mejilla, mirándola con un amor infinito, para a continuación decir:

—Él está aquí. Ha venido a despedirse de ti.

Los ojos se le llenaron de lágrimas y un nudo se le formó en la garganta nada más escuchar la palabra despedida, sujetándose a Brian con desesperación y sufriendo como nunca antes.

—Os dejaremos solos lo que queda de tiempo ¿vale? —continuó antes de darle un beso en la frente, susurrando apenado—: lo siento hermanita.

Sacó a su madre y a su hermana de allí justo cuando Hugo abría la puerta para entrar... encontrándose con la mirada atormentada de su niña desvalida que le rompió el corazón. Corriendo a su encuentro con los brazos abiertos.

Mucho más tarde, cuando estuviera en el interior del avión, se reprocharía una y mil veces el poco control que tuvo sobre sí misma, desaprovechando unos minutos que no tenían, en llorar sobre su hombro.

¡Lo único que pudo hacer!

—Amor... amor... —le decía sintiendo su dolor sin dejar de abrazarla — ¿estás bien?

Su única respuesta fue agarrarse a él con más fuerza y de manera desesperada. Vencida por la situación.

—Mi vida, estas horas que he pasado sin saber de ti han sido horribles. Menos mal que no te ha sucedido nada porque si no... —y de pronto—: ¡oh nena! ¡Cuánto te voy a echar de menos!

No hubo tiempo para mucho más porque Brian, acompañado de dos hombres, entrando en el interior de la habitación.

—Tenemos que irnos.

Érika permaneció con la cabeza sobre el pecho de su chico, agarrada a sus fuertes hombros, sin querer escuchar nada. Solo lo que él le decía.

—Esto no va a ser lo mismo sin ti cariño. Te voy a echar de menos todos los días pero ahora es cuando tienes que ser fuerte ¿vale? —Y se apartó lo suficiente para poder ver su cara. Mirándola con un profundo dolor pero diciendo con gesto serio—: amor, prométeme que vas a seguir con tu vida en Dublín.

“¿Cómo le iba a prometer eso? ¡No! ¡No podía!”

—Por el amor de Dios Érika... ¡Prométemelo! —exclamó nervioso ante su silencio.

Brian tragó con dificultad, emocionado, porque comprendía lo que ese hombre estaba intentando. Y pensó que si alguna vez hubo alguna duda acerca de lo que verdaderamente sentía por su hermana, esta acababa de evaporarse con gran rapidez, entendiendo lo que verdaderamente significaba para él, y por

supuesto sabiendo lo mucho que la debía de querer.

Y mientras...

Hugo, al ver que lo rehuía no lo pensó, actuando como únicamente podía. Cogió su cara, con ambas manos para obligarla a sostenerle la mirada, y dijo:

—Si de verdad significo algo para ti tienes que hacerlo. Me lo debes — casi suplicó.

—Yo no sé si...

—Claro que lo sabes —alzó la voz desesperado—. No puedo vivir con la agonía de pensar que te volverás a quedar recluida en tu casa ¡No! ¡No puedo!

Los dos hombres que acompañaban a Brian dieron un paso hacia delante con la decisión de terminar con aquello. El tiempo había pasado.

—Por favor señorita acompañenos, es la hora.

Hugo los fulminó con los ojos a medida que tensaba cada uno de sus músculos, y es que si alguien se atrevía a tocarlo, antes de escuchar por boca de ella lo que quería escuchar, con toda seguridad que se lo tendrían que llevar detenido. ¡Vaya que sí!

—¿Érika?

La chica cerró los ojos, se mordió el labio con frustración, y los volvió a abrir mientras las lágrimas no paraban de caer. Pero al ver a los desconocidos acercarse supo que no tenía elección, declarando apesadumbrada:

—Te lo prometo.

Solo entonces Hugo levantó las manos en un gesto que habló por sí mismo, viendo como cada uno de los policías se situaba al lado de Érika y la agarraban por los brazos, instándola a que comenzara a andar.

—Un momento por favor —suplicó con la voz encogida, zafándose de ambos sin dejar de mirar a Hugo.

—Lo sentimos pero no podemos esperar más.

—Tan solo quiero besarlo una última vez. —Dio un paso hacia adelante y consiguió lo que quería, cerrando los ojos en un intento de llevarse consigo aquel recuerdo para siempre.

Antes de que se diera cuenta la apartaron y todo terminó bruscamente. A él lo tuvieron que sujetar a la fuerza, siendo Brian el encargado de cogerla de la mano y empezar a tirar de ella.

Lo último que pudo escuchar, a lo lejos, fue el grito desgarrador de

Hugo diciendo:

—Te quieroooo...

Después nada. Un silencio ensordecedor planeó sobre ella dejándola al borde del agotamiento. Sin verse con fuerzas para seguir andando. Como si no importara nada su vida y sintiendo cómo las piernas le empezaban a fallar. Afortunadamente Brian lo descubrió y no tardó en cogerla en brazos, preocupado, antes de que cayera sobre el suelo. Continuando por el pasillo haciendo lo humanamente posible para calmarla con frases cariñosas... solo que como muy bien veía no había consuelo para una pobre muchacha que lo único que necesitaba era que la dejaran tranquila.

¡Nada más!

Y maldijo a Eidan con todas sus fuerzas. Había conseguido, sin saberlo, volver a salirse con la suya destruyendo todavía más a una Érika completamente destrozada emocionalmente.

El avión con destino a Dublín despegó diez minutos después y en cuanto Brian consiguió sentarla en uno de los asientos, permaneciendo inerte y con la mirada perdida en todo momento.

Mientras Hugo apretaba la mandíbula con fuerza, viendo a través de la cristalera, como aquel puto avión se llevaba a la única mujer que amaba lejos del sitio en el que debería de estar.

¡Allí junto a él!

Solo cuando dejó de verlo dio media vuelta y se encontró de frente a un Héctor que, cómo no, siempre estaba cuando más lo necesitaba.

—¿Una copa amigo?

Hugo trató de sonreír sin mucho éxito.

—Mejor unas cuantas.

—Eso está hecho.

Antes de marcharse se fundieron en un sentido abrazo en el que, a pesar de la cercanía de su amigo, tuvo la certeza de que se acababa de quedar completamente solo además de perdido.

CAPÍTULO 36

¡Llovía cuando llegaron a Dublín!

Un cielo gris y encapotado fue el encargado de recibir el avión, procedente de Madrid, tras una hora y cuarto de vuelo en el que ni se movió ni habló. Limitándose ahora a seguir los dictámenes de su familia puesto que era incapaz de hacer nada por sí misma, notando que la agarraban para ayudarla a bajar hasta lograr cruzar el aeropuerto. Ni siquiera protestó, no tenía fuerzas ni para eso. Consiguiendo llegar a la salida. Allí alguno de ellos, no sabría decir quién, le puso encima una gabardina para protegerla del cambio de temperatura.

Pisó el asfalto de la calle y notó las gotas de lluvia cayendo sobre su persona, mojándola, terminando mezclándose con las lágrimas que corrían por su rostro.

La imagen de su apartamento, frío y solitario, le cruzó entonces por su cabeza. Supo que no podría quedarse allí. Reconociendo, por primera vez en su vida, el hecho de considerarse una extraña en aquel lugar que creía su hogar. Teniendo la seguridad que no cambiaría de pensamiento ni en casa de su madre. Como si ya no perteneciera a esa ciudad...

—Vamos hija, marchémonos a casa antes de que cojamos un resfriado.

Érika permaneció sin hablar y se dejó llevar hasta la parada de taxis. Una vez allí el corazón se le encogió. ¿El motivo? Acababa de recordar la imagen de Hugo, subido a su moto, veintiún días antes en un escenario diferente pero bien parecido.

Un amago de sonrisa logró salir de su rígida boca, creyendo ver su cara, de completa ira, después de que le rociara con aquel spray de autodefensa. Un spray que sin ningún tipo de duda fue el causante de que todo comenzase entre ellos...

—Venga sube. —Escuchó que le decían de fondo.

Sus pensamientos rápidamente quedaron truncados en el instante que comenzaron el trayecto. La diferencia con los parajes naturales que vio, por primera vez al llegar a España, ahora quedaban reducidos a simples edificios sombríos y a la incansable lluvia que parecía querer engullirla. Deseando con todas sus fuerzas que así fuera hasta recordar la promesa que había hecho. Y fue consciente de que, precisamente a él, no podría fallarle.

¡Por mucho que le costara llevarlo a cabo!

Fue pensar en eso y conseguir encontrar las fuerzas suficientes para afrontar lo que verdaderamente se le venía encima, y sin dilación.

¡El juicio!

Pudiendo señalar al único culpable de que ella se hubiese visto obligada a regresar diez días antes de tiempo, pero con el aliciente de que esta vez tenía la seguridad de que acabaría con él.

¡Algo que por supuesto la otra Érika no hubiese conseguido ni en sueños!

Llegaron a la zona residencial, en la que vivía su madre, y entraron en la casa de dos plantas en la que se habían criado los tres hermanos. Respiró hondo y el característico olor a madera vieja la reconfortó un poco, saludando a su cuñado, que los estaba esperando, viéndose literalmente engullida por sus sobrinos que se abalanzaron sobre ella sin piedad.

Y por primera vez en el transcurso de aquel horrible día, lleno de emociones, consiguió sonreír abiertamente y de verdad. Dejándose abrazar por los pequeños. Dejándose querer y repartiendo besos sobre aquellas cabecitas que tanto echó de menos.

—Bueno niños ya está bien. La tía está cansada y tenemos que dejarla descansar —les decía Alana mirando a su marido para solicitar ayuda.

Poco después, en cuanto los críos se hubieron marchado entre lloros y protestas, la casa se vio envuelta en un enorme silencio, quedándose ellos tres.

—¿Te apetece comer algo cariño?

—No mamá.

—¿Estás segura?

La miró largamente antes de contestar:

—Mamá voy a necesitar un tiempo hasta que vuelva a estar segura de algo, pero no te preocupes. Esta vez no voy a rendirme sin luchar. Me pondré bien.

—¿De verdad que te pondrás bien hija? ¿Me lo prometes?

Érika tardó bastante en decir:

—Lo siento mamá pero por ahora no puedo hacer más promesas si no sé si podré cumplirlas. Voy a mi cuarto.

Dio media vuelta y dejó a su madre sin entender lo que le acababa de decir hasta que Brian le contó lo sucedido en torno a la promesa que Hugo le exigió.

Entró en la que fue su habitación, y se detuvo apoyándose sobre la puerta cerrada. Miró lo que la rodeaba y se dio cuenta de que todo seguía exactamente igual que cuando era una niña.

El cabecero de la cama en blanco lacado dibujado de flores. La colcha en tonos morados. La última muñeca que le regaló su padre sentada sobre la cama. Un sintonizador lleno de cajones, ahora vacíos, en el que había varias fotos de diferentes épocas de su vida. Y en el centro de la pared, pintada de blanco, un enorme cuadro con la foto de Brian, Alana y ella cuando apenas si contaba con catorce años, sonriendo felices y entusiasmados. Llegando a no reconocerse, preguntándose:

¿Dónde se había quedado aquella chiquilla?

Sin poder seguir conteniéndose se refugió en su cama y, después de abrazar a su muñeca preferida, con fuerza, rompió a llorar hasta que el cansancio logró vencerla. Encontrando el consuelo del sueño pero sin soltar aquella muñeca antigua a la que se aferraba con desesperación.

Al cabo de un rato una madre preocupada subió a echar un vistazo. Abrió la puerta despacio y entró para verla, descubriendo el tono pálido de su piel y las ojeras surcando sus ojos. Con mucho sigilo sacó una manta del armario, y como si se tratase de un bebé, la arropó con ternura.

La sensación de que en cualquier momento su hija volvería a romperse como si fuera una frágil figurita de cristal, la atravesó por entero llenándola de desesperación, a continuación le dio un beso lleno de amor, y se marchó.

Eran las siete y media de la noche cuando, la notificación de los juzgados para que se presentara a declarar, a las nueve de la mañana del día siguiente, llegó a casa a manos de un funcionario especializado en esos casos. Érika firmó donde aquel hombre le indicó, y como si nada volvió a sentarse sobre el sofá. Actuando impassible. Dejando el papel de forma despreocupada sobre el primer sitio que encontró, y volviendo a fingir que prestaba atención a lo que echaban por la tele, cuando la realidad era bien distinta. Sumiéndose en un pozo sin fondo que le era de sobra conocido. Ni siquiera le importó el sonido del teléfono de casa sonando a lo lejos. Permaneciendo plantada sobre el sofá sin ganas de nada, y menos de levantarse a atender a quien fuera que estuviese llamando. ¡No le interesaba! A menos hasta que escuchó por boca de su madre:

—Hola María ¿qué tal todo por ahí?

Antes de que hubiese terminado de pronunciar aquella frase, de cortesía, Érika ya estaba allí, quitándole el teléfono de la mano sin pedir permiso. Se lo llevó a la oreja y comenzó a hablar atropelladamente con la sensatez de saber que por supuesto seguía sintiendo.

La conversación que mantuvo a continuación, con María, se desarrolló entre un vaivén de emociones con subidas y bajadas estrepitosas de todo tipo, en el que fue informada en primer lugar del estado de Ester, pasando a continuación a relatarle la pena de los niños cuando se enteraron de su marcha, para, en último lugar, preocuparse por cómo se encontraba después de todo lo sucedido, haciendo lo imposible por no referirse a Hugo y a su desaparición desde que esa mañana fuera visto por última vez en el aeropuerto en compañía de Héctor, pero por supuesto sin conseguirlo.

—María... —La voz le cambió, convirtiéndose en un susurro casi inaudible, creyendo no poder decir lo que sentía con desesperación.

—Dime hija —contestó al otro lado del teléfono, cambiando drásticamente la expresión de la cara al saber lo que vendría ahora.

No se equivocó.

—¿Cómo está?

Aunque lo intentó no le pudo mentir.

—La verdad es que no lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? —preguntó asustada— ¿cómo puede ser que no lo sepas?

—Mira Érika... —dudó momentáneamente antes de verse interrumpida con rapidez.

—Por lo que más quieras María, ¿estás ocultándome algo?

Y María no pudo más.

—¿Quieres la verdad?

—Por favor —suplicó sentándose sobre el suelo.

—Está bien niña, la verdad es que lleva desaparecido todo el día, pero para que te sirva de consuelo no está solo. Héctor está con él.

María no tardó en escuchar el llanto contenido de la pobre chica, que no pudo colgar, aun a sabiendas de que la conversación bien podría darse por finalizada. Siendo testigo de un dolor que iba en aumento.

Las pocas fuerzas, que le quedaban, una vez que procesó lo que acababan de decirle, las empleó para dejar el teléfono tirado en el suelo y volver a su habitación. Donde terminó encerrándose, dejando que la culpa y

los remordimientos acamparan a sus anchas sobre ella. Aceptando lo difícil que le iba a resultar conciliar el sueño debido a las múltiples dudas de si estaría bien, pero sin atreverse a llamarle ni a enviarle un simple whatsApp creyendo que era lo mejor.

Finalmente, igual que esa tarde, se abrazó a la muñeca, se hizo un ovillo sobre sí misma, y se dejó arrastrar por enésima vez hacia el pozo sin fondo que la amenazaba con devorarla por entero.

Resultó que aquella noche terminó convirtiéndose en una auténtica pesadilla en la que no pudo pegar ojo. Ni siquiera cuando se metió dentro de la cama de su madre con la intención de sentir unos brazos alrededor de ella, para no volverse loca.

Y llegó el día del juicio...

Érika se metió en la ducha a las siete de la mañana y dejó que el agua corriera sobre ella un buen rato, necesitaba despejarse después de no dormir nada en toda la noche, terminando aclarándose con un chorro de agua fría y sin el cual no lo hubiese conseguido.

Envolvió el cuerpo, una vez que cerró el grifo, en una toalla, y cogió otra para hacer lo mismo con su pelo. Después abrió la mampara y salió con la determinación de examinarse frente al espejo.

¡El aspecto que le ofreció fue horrible!

Tono de piel ceniciento. Ojeras que demacraban su rostro. Sin expresión ni vida en los ojos. Pequeñas arrugas en la comisura de la boca debido a lo tensa que llegaba a estar... El espejo le mostraba lo que a buen ser podría ser una mujer varios años mayor, con una rigidez absoluta y extrema. Una mujer que quería, con premura, dejar de luchar para dejarse arrastrar hasta el mueble en el que sabía que estarían las benditas pastillas que la dejarían tranquila de una vez. Reconociendo la debilidad de su cuerpo que a cada minuto que pasaba la pedía con más insistencia. Afortunadamente para todos, y gracias a la promesa que hizo, no pudo hacerlo. Apartando el macabro pensamiento con la certeza de que nunca podría hacer nada que a Hugo pudiera desilusionarle. Aunque no lo volviera a ver. Y es que como le dijo se lo debía, y precisamente ella no iba a traicionarle con la única petición que le hizo.

¡No! ¡Eso nunca!

Sin tiempo que perder echó mano de la bolsa de maquillaje de su madre y se empezó a maquillar con esmero. Tenía claro que se tragaría el dolor que llevaba dentro para poder mirar a Eidan como merecía, mostrándole la indiferencia que sentía hacia él. Ese sería su único objetivo. No se ocultaría detrás de un biombo, como le habían ofrecido, para no verlo, puesto que estaba preparada para declarar delante suya sin que le temblase nada.

¡El solito se lo había ganado!

Con destreza se puso una sombra de ojos en tono marrón suave, rímel en las pestañas, un poco de colorete (que le dio color a unas mejillas apagadas), y para terminar brillo en los labios.

El cambio en su cara fue asombroso.

Cuando terminó se secó el pelo con el secador y se lo recogió en una coleta alta. Después se echó crema hidratante en el cuerpo y se puso la ropa interior.

—Cariño el desayuno está listo.

—Voy mamá —gritó para hacerse oír. Cogió el pantalón negro de vestir, y la camisa blanca que Brian le había traído de su apartamento, y se vistió a toda prisa.

Cuando estuvo lista salió del baño y bajó las escaleras hasta la cocina. Allí la esperaban.

Su abogado permanecía de pie ante la escalinata de la puerta de los juzgados y, cuando eran las ocho y media, reparó en ella por primera vez. La saludó con rapidez y se la llevó para repasar la declaración antes de que comenzase el juicio.

Una Érika decidida lo siguió sin echar la vista atrás en ningún momento. Algo que a su familia no le pudo pasar por alto.

¡Descubriendo lo mucho que el viaje a España la había cambiado!

—Venga entremos.

Fueron conducidos a la sala y se acomodaron en los asientos delanteros, justo detrás del lugar en que se sentaría ella, y se limitaron a esperar.

A la hora indicada, y según lo previsto, todos estaban en sus sitios. Las declaraciones de uno y de otro se desarrollaron sin incidentes y con rapidez. Y para su sorpresa no tuvo que fingir, ya que realmente Eidan era agua pasada, y

por lo tanto estaba en disposición de zafarse de aquella parte de su vida para siempre. Había llegado el momento, desde que empezaran los problemas hacía más de un año, de conseguir la paz que necesitaba y que creyó que nunca tendría, sintiéndose orgullosa de sí misma.

¡Algo tan importante en esos momentos!

Los abrazos se sucedieron, con ímpetu, desde el instante en el que el juez les informó que daba por finalizado el caso Celebrándolo entusiasmados por dejar atrás aquella dura y difícil etapa envueltos en una realidad que les costaba creer. Olvidándose cada uno de ellos de lo que Érika sentía realmente, al echar en falta, más que nunca, a un hombre que terminó siéndolo todo para ella y, al que sin lugar a dudas le debía el logro de aquella victoria. Tragándose aquel dolor que la desgarraba por dentro debido a que no quería aguar la fiesta de nadie.

¡Ya tendría tiempo de llorar cuando estuviese sola!

—Esto hay que celebrarlo hermanita. Elige restaurante que antes de irme a Lisboa os invito a comer.

Y así, entre risas y muestras de afecto, se marcharon de aquel lugar con el propósito de empezar de cero.

Tampoco prestaron atención cuando Érika miró el reloj, sumida en la tristeza, mientras se centraba en no echarse a llorar porque, el que suponían un fin de semana idílico para ellos, acababa de comenzar separados por miles de kilómetros.

CAPÍTULO 37

Hugo se llevó las manos a la cabeza, para sujetarla, porque parecía querer estallarle. A continuación abrió los ojos y volvió a cerrarlos, inmerso en una resaca monumental. Ni siquiera podía acordarse del tiempo que hacía que no se cogía una moña como esa, permaneciendo tirado sobre la cama de cualquier manera.

El olor a café recién hecho, que Héctor servía en dos tazas, llenó de aroma el pequeño apartamento. Consiguiendo que empezara a espabilarse. Y es que, fue inspirar por la nariz, y tener que salir corriendo hasta el baño en lo que se convirtió en el primer síntoma de limpieza estomacal. Agarrándose a la taza del váter mientras echaba parte del alcohol ingerido.

—¡Joder Hugo! La que estás liando... —Héctor dejó la taza de café sobre el lavabo y, después de tirar de la cadena, lo ayudó a levantarse del suelo— anda métete en la ducha, apestas.

Sin poner ninguna objeción se dejó hacer, no estaba en condiciones de nada. Únicamente cuando estuvo desnudo, y bajo el grifo de la ducha, comenzó a sentirse un pelín mejor, logrando pensar lo estúpido que había sido al creer que el whisky lo reconfortaría, para terminar necesitando a su amigo Héctor hasta para ducharse. Resultando patético.

—Ahora toma un poco de café.

Hugo hizo una expresión de asco que no le sirvió de nada.

—¡Bebe! —le ordenó con autoridad, comprobando que le hacía caso.

El poco líquido que logró tragar lo retuvo en el estómago sin volver a vomitar. Un buen síntoma después de todo.

—Ahora sí estás en condiciones de descansar, anda métete en la cama y sigue durmiendo que tengo que marcharme.

Hugo así lo hizo. Se arrastró hasta la cama, desnudo, y cerró los ojos implorando porque le venciera el sueño para dejar de tener aquel martilleo ante dolor sobre las sienes.

Para cuando Héctor se hubo marchado él dormía a pierna suelta. Logrando hacerlo durante cinco horas consecutivas.

Despertó muerto de hambre y sin saber muy bien dónde se encontraba.

No se acordaba de nada.

Se incorporó despacio, sobre los codos, y se levantó para coger unos pantalones cortos. Estaba en su apartamento. Y trató de recordar por qué se encontraba con aquel mal cuerpo a la vez que se dirigía a la nevera, echando un vistazo y sacando multitud de alimentos.

La jarra del agua, pan de molde, jamón york, kétchup, un tomate y un trozo de cebolla... lo dejó sobre la encimera y comenzó a prepararse un sándwich gigante.

Al cabo de diez minutos permanecía sentado, sobre el sofá, engullendo aquel sándwich como si no hubiese comido nunca, para terminar bebiendo dos litros de agua con el único fin de calmar la sed que parecía no tener fin. Consiguiendo, una vez que terminó, ser capaz de centrarse en lo que debería preocuparle porque, lo que era seguro, es que tenía que haber un motivo para que un viernes estuviese allí y no en el trabajo. Rememorando, de pronto, lo que había ocurrido desde la angustiada desaparición, hasta la despedida entre ambos en el aeropuerto. Entendiendo el porqué de la necesidad de dejarse llevar por el whisky.

“Pero un momento... ¿qué hora era?”

Al averiguarlo un pesar lo inundó de principio a fin. El juicio debería de haberse celebrado y él ni siquiera había podido llamarla para desearle suerte, profiriendo en un juramento lastimero, llegando a preguntarse qué tipo de hombre era para a la primera de cambio salir a emborracharse como si tuviese veinte años y fuera un inconsciente.

—¡Mierda!

Se apresuró a levantarse del sofá y, de forma desesperada, comenzó a buscar el móvil debido a la necesidad de saber de su querida Érika. Necesitaba escuchar su voz.

¡Aunque fuese a través del puto teléfono!

Dos minutos más tarde, y nervioso como un niño, buscó el contacto y pulsó el botón. Después esperó.

Una voz que no esperaba contestó al otro lado:

—Hola Hugo —le dijo Brian aprovechando que su hermana acababa de ir al baño. Cogiéndolo sin permiso al ver quién era, levantándose apurado hasta lograr salir del restaurante con la idea de entablar una conversación sin ser visto por la dueña.

—Hola Brian —contestó un poco tenso y desilusionado. La voz masculina lo acababa de desconcertar bastante. ¿Por qué era él el encargado

de contestar? No lo entendía—, ¿cómo va todo por ahí?

—Mejor de lo esperado. Lo ha machacado en la declaración.

—Son buenas noticias.

—Las mejores. Lo estamos celebrando con una comida familiar.

—Estupendo, me alegro por todos vosotros, esto... ¿me la puedes pasar? Quiero hablar con ella.

“¿Qué coño estaba haciendo? Porque lo que parecía era que estaba pidiendo permiso”.

El silencio que se hizo a continuación le hizo creer que se había cortado la comunicación.

—¿Brian? ¿Estás ahí?

—Sí, sí.

Hugo entendió menos si cabe lo que estaba ocurriendo, e intuyó que lo que le iba a decir no le iba a gustar. Acordándose de la conversación que tuvieron cuando le explicó que tenían que marcharse ese mismo día de Madrid.

¡No se equivocó!

—Verás Hugo —empezó a decir mirando a través del cristal por si su hermana volvía—, creo que lo mejor es que no se ponga.

—¿Cómo dices? —preguntó alzando un poco la voz sin creerse lo que acababa de escuchar— ¿desde cuándo te han dado vela a ti en este entierro?

Un nuevo silencio y de repente:

—Mira tío, tengo que reconocer que la Érika que ha vuelto a casa se parece mucho a la de siempre, también tengo que reconocer que todo es gracias a ti pero, ¿sabes qué?

—Olvídalo, no quiero saberlo, lo único que quiero es hablar con ella y no escucharte a ti decir gilipolleces.

—Pues me oirás Hugo, esto que voy a decirte es importante y...

—¿Importante dices? —Y volvió a levantar la voz—, ¿y para quién de vosotros es importante? Porque lo que no me voy a creer es que estoy hablando contigo porque Érika lo ha decidido así ¿a qué no?

—Mira no lo hagas más difícil de lo que ya es. Solo quiero decirte que si de verdad la quieres no alargues esto, como muy bien sabes no tenéis ningún futuro juntos, y cuanto antes se lo hagas ver antes comenzará a reponerse. No quiero que se haga unas ilusiones equivocadas y la distancia es el olvido.

—No me jodas Brian, ¿sabes lo que estás diciendo?

—¡Joder! Pues claro que lo sé. Os he visto juntos y sé lo importante que

eres para ella.

—Entonces, ¡¿qué cojones haces interponiéndote entre nosotros?! ¡Esto no es de tu incumbencia!

—Te equivocas Hugo —susurró bajando el tono—. Tú no fuiste el que estuvo aquí esos interminables meses en los que no quería vivir. No sabes nada.

—No, el que no sabe nada eres tú. Ella me lo contó.

—¿Y a pesar de saberlo no consigues ver que esto no le traerá más que sufrimiento? Déjala en paz, lo va a pasar mal pero es el momento justo para empezar de cero ¿acaso no lo ves? Si hasta está dispuesta a buscar trabajo el lunes.

El cabreo que Hugo sentía se agrandaba a pasos agigantados, deseando tenerlo de frente para sin dudarlo partirle la puta boca por segunda vez, ¡vaya si se lo estaba ganando!

—No vas a impedir que hable con ella.

—No lo pretendo.

—Pero entonces, ¿qué es lo que pretendes realmente?

—Que hagas que vea la realidad.

—Y según tú ¿cuál es?

—Pues tan simple como que fue bonito mientras duró y ya está. Se acabó. Cada uno por su lado.

—Estás mal de la cabeza si supones que voy a hacerlo. La quiero demasiado para acabar con ella a la primera de cambio.

—¿Y quién ha dicho que tenga que ser así? Llámala alguna vez, ve espaciándolas y después nada. Es sencillo pero no fácil, lo sé.

Respiró en profundidad y continuó:

—Sabes tan bien como yo que es lo mejor ¿y sabes por qué? Porque los dos la queremos demasiado.

Hugo captó lo que pretendía decirle y se quedó callado. Procesando lo que Brian le acababa de decir.

—Adiós Hugo.

Y colgó.

En contra de todo pronóstico Hugo supo que aquel tipo tenía razón, y aunque dolía exageradamente, comprendió que la dejaría marchar para que pudiera reanudar su vida allí en Dublín. Era lo menos que podía hacer, aunque para llevarlo a cabo tuviese que matar sus propias ilusiones.

—¡Joder! —exclamó furioso. Dio una patada a la mesa y tiró la bandeja

al suelo llenándolo todo de migas.

La sensación de ahogo entre aquellas cuatro paredes, por la conversación mantenida, le hizo tomar una decisión. Se acercó hasta el mueble y cogió los papeles del hotel de Valencia, el lugar en el que, se suponía, iban a alojarse el fin de semana. Se los metió en el interior del bolsillo, después preparó una bolsa con lo imprescindible, y finalmente cogió las llaves y el casco de la moto.

No tardó en escucharse el estruendo de la moto con un Hugo subido al asiento. La terrible necesidad de alejarse de todo y de todos era apremiante. Apretando el puño del acelerador, hasta el borde de la locura, y sin que le pareciera importar la posibilidad de estrellarse.

¿Qué más daba si lo único que quería no lo podía tener?

A considerable distancia de allí, una Érika indecisa volvía a sentarse con su familia. Al reparar en el móvil encima de la mesa, la angustia se apoderó de ella, cogiéndolo un poco temblorosa y guardándolo en el interior del bolso.

Brian no dijo absolutamente nada, contribuyendo a que siguiera extrañándose por la ausencia de una simple llamada o de un simple mensaje de Hugo. Reconcomiéndose por dentro, comenzando a pensar si no se habría olvidado de ella.

CAPÍTULO 38

El sábado amaneció en Gandía (Valencia), con un día espectacular. El cielo se vislumbraba desde cualquier rincón sin una sola nube y con un maravilloso color azul hipnotizador, acompañando a la multitud de personas que estaban de vacaciones en busca de aquel paraje, de sol y de playa, que tanto gustaba. Viéndose desde primera hora de la mañana el trasiego de gente que, sin importarle la hora, se apresuraba a coger un sitio privilegiado, clavando la sombrilla en primera línea de playa. Lo que fuera con el hecho de conseguirlo.

A doscientos metros, desde donde se encontraba in situ un abuelo cogiendo sitio, se alzaba el hotel de ocho plantas en el que estaba alojado Hugo. Un hotel de tres estrellas normalito pero con unas vistas al mar de fábula y que, en plena temporada de verano, y como no podía ser de otra forma, estaba lleno a rebosar. Un hecho que no le reconfortó al verse rodeado de un sinfín de hombres, mujeres, y niños, porque sentía, en primera persona, lo solo que estaba desde que llegara la tarde anterior. Decidiendo quedarse en la habitación, la mayor parte del tiempo, dedicándose a mirar y escuchar el mar sentado en la terraza. Absorto en sí mismo.

Solamente cuando supo que conseguiría dormir, de lo cansado que estaba, se metió en la cama dejando, eso sí, la puerta de la terraza abierta para seguir escuchando el ruido cautivador de las olas que no tenían fin, consiguiendo templar sus nervios y apaciguando unos pensamientos que cada vez lo volvían más y más nostálgico. El esperado sueño lo terminó venciendo de puro agotamiento.

Se despertó escuchando el mismo ruido. Abrió los ojos, poco a poco debido a la claridad que entraba en la habitación, y logró situarse. Entonces se incorporó rápidamente y echó un vistazo al teléfono móvil con impaciencia. Esperando cualquier tipo de...

¡Nada! ¡Ningún mensaje!

Con la desilusión reflejada en la cara se dejó caer sobre la cama y supo que no iba a ser un buen día. Echando la vista atrás, debido a la necesidad de imaginarla dentro de su cabeza, resultándole casi imposible contenerse para

hacer esa llamada que debería haber hecho el mismo día que se marchó. Ósea el jueves.

En cambio allí estaba, dos días después, y como si la cosa no fuese con él.

¿Qué coño pensaría él si estuviese en el lugar de Érika? La respuesta era bien sencilla. Debía de creerse utilizada y sobre todo olvidada, eso es lo que debería de estar pensando en su país.

—¡Me cago en la hostia! —Terminó blasfemando con impotencia.

¿Era eso lo que verdaderamente quería? ¿Estaba dispuesto a pasar por el hijo de puta número uno con tal de que fuese capaz de reiniciar su vida?

Las respuestas a esas preguntas seguían siendo fáciles. ¡Desde luego que estaba dispuesto! Haría cualquier cosa por el bien de ella, aunque supusiera quedar como un auténtico cabrón. Lo que no llegaba a comprender, todavía, era cuánto sufrimiento tendría que albergar hasta que fuera él el que consiguiera reconducir su vida. Intuyendo que una parte de su alma se había ido a Dublín con ella.

Dejó a un lado cualquier pensamiento, que no tuviera que ver con el lugar en el que se encontraba, y se levantó de la cama con la férrea idea de aprovechar el día, comenzando por darse una buena ducha. Una vez que estuvo listo bajó a desayunar. Cogió una bandeja y comprobó que volvía a estar muerto de hambre, llenando el plato de bollos variados, para terminar sirviéndose café de termo, y dos zumos de naranja. Seguidamente pasó de largo y se sentó en una mesa apartada, comiéndose hasta el último bocado envuelto en una tranquilidad absorbente, sin prestar atención a las dos chicas que murmuraban entre sí y que no dejaban de mirarlo desde el instante en que hizo su aparición en el comedor.

Solo cuando estuvo satisfecho se levantó, se puso la toalla que había bajado en el cuello, y se marchó.

Cinco minutos después estaba disfrutando del primer baño de la temporada, como si no tuviese ninguna preocupación.

El resto del día se dedicó en exclusiva a descansar y a aprovechar cada instante como le viniera en gana.

Comió una típica paella valenciana, en una terraza del paseo marítimo, acompañada de un buen vino, de postre se pidió unos profiteroles, y para terminar un café solo con hielo y licor de hierbas. Contribuyendo a que al menos su estómago se diera un verdadero festín. Estar solo le estaba beneficiando para hacerse a la idea de cómo se replantearía la vida de ahora

en adelante, y la evidencia le decía que la anterior no le llenaría como lo había hecho hasta ahora.

Y supo lo que quería. Esperaría lo que quedaba de semana, terminaría su trabajo en el campamento de verano, y después se apuntaría a una academia para retomar la preparación a la oposición de bombero que dejó atrás.

Aunque pareciera mentira una nueva ilusión lo invadió, a medida que pagaba la cuenta antes de volver a zambullirse en el mar durante un tiempo considerable. Volviendo al hotel de mejor humor y relajado.

Las dos chicas del desayuno, que estaban sentadas tomando unos mojitos, volvieron a reparar en él al entrar, mirándolo descaradamente en una clara invitación a que se acercara y se uniera a ellas.

Hugo volvió a pasar de largo como si nada y con una sola idea.

¡Echarse un ratito de siesta!

Pero antes de hacerlo no pudo evitar volver a mirar la pantalla del teléfono móvil.

¡Nada! ¡Seguía sin noticias de ella!

Y sin molestarse en quitarse el bañador, se tumbó sobre la cama de cualquier manera.

Érika ayudó a su madre a recoger la cocina invadida por un pésimo humor. La cena había resultado interminable. Una cena en la que tanto Alana como su madre hicieron lo imposible por sobreactuar para que pareciese que todo iba de maravilla. Logrando que al final terminara exhausta y con una sensación de ahogo tremenda.

—Mamá.

—¿Sí cariño? —preguntó con una sonrisa cálida, metiendo en el interior del cajetín la pastilla del lavavajillas.

—Mañana me vuelvo a mi apartamento.

—¿Cómo? —y se giró asustada mirándola con preocupación.

—No te preocupes —se apresuró a decir—, esta vez no va a ser como la anterior.

—Pero ¿es que aquí no estás bien?

—Claro que estoy bien mamá —mintió—, pero sé que cuanto más tarde en irme peor será para todos.

—¿Estás segura?

—Sí. Lo estoy —contestó avanzando hasta ella para abrazarla—. El

lunes hablaré con mi antigua jefa y veré si hay opción a volver, si no ya encontraré algo.

—Pero...

—He de hacerlo yo sola mamá. Lo necesito.

—No sé hija. Hace dos días no querías ni pasarte por allí y ahora dices que te mudarás mañana, ¿y si te estás precipitando?

—Entonces lo asumiré, pero voy a hacer lo imposible por agarrarme a algo seguro, y a día de hoy tengo claro que no quiero volver a lo de antes. Con lo demás ya aprenderé a ir sobrellevándolo como buenamente pueda — terminó diciendo sin hacer falta añadir a lo que se estaba refiriendo.

Ahí Aine se sintió una traidora hacia su hija porque era conocedora de lo sucedido entre Brian y Hugo en la conversación que tuvieron el día del juicio, aun así no se atrevió a decir nada. Creyendo que era lo mejor.

—Está bien hija. Ya verás cómo el tiempo pone cada cosa en su sitio.

Érika no pudo evitar que se le llenasen los ojos de lágrimas, y volvió a refugiarse en su habitación para que nadie viese el dolor que la consumía por entero.

Y al igual que Hugo miró por enésima vez el móvil con idénticos resultados.

¡Nada de nada! Haciéndose a la idea de lo mucho que le costaba creer que aún no hubiera dado señales de vida preocupándose por ella.

¡Y aquello la estaba matando!

Una noche más, y como también se estaba convirtiendo en habitual, no logró pegar ojos. Hartándose de llorar en silencio, a la vez que imploraba para que la llamara de una maldita vez. A cada segundo que pasaba más lo necesitaba.

Cuando, horas después, logró el ansiado descanso, ya estaba amaneciendo.

Hugo regresó a Madrid el domingo por la tarde. Se incorporó al trabajo a la hora acordada y no habló con nadie de Érika.

Ni siquiera con María.

En cambio Érika se trasladó a su apartamento en cuanto despertó, cogió las pocas pertenencias que tenía en casa de su madre, y no dejó ni a una ni a

otra que la acompañaran.

Cómo no, fue abrir la puerta y ver que seguía lloviendo sobre la ciudad, sin descanso, desde que aterrizara casi tres días antes. Contribuyendo a que su ánimo se viese arrastrado hasta el pozo sin fondo.

CAPÍTULO 39

Y pasó el lunes... después el martes... también el miércoles... y la dinámica del campamento no le dejaba mucho tiempo, afortunadamente, para pensar. La baja de Ester, y la marcha de Érika, los engulló por igual en lo que se acabó convirtiendo en una carrera a contra reloj. Dejándoles al borde del agotamiento hasta llegar a ansiar que llegara el bendito sábado. Día en que acabaría dando paso a nuevos monitores.

Y también pasó el jueves... y casi el viernes...

El viernes por la noche, día en el que se celebró la fiesta de despedida, se sentó con María, Juan, y Héctor después de recoger para tomar el café en compañía, tratando de aparentar normalidad. No tardó mucho en retirarse a la cabaña verde, sabiendo lo que allí le esperaba. Un martirio absoluto porque no podía quitársela de la cabeza, acordándose de ella a cada instante, porque llevaba la penitencia sobre sus hombros como buenamente podía. Echándola de menos hasta la extenuación.

Cerró la puerta y puso el aire acondicionado, después se quitó la ropa. El calor era asfixiante. Solo cuando la habitación empezó a estar fresca se dejó caer sobre la cama y alargó el brazo para coger el libro de intriga que le habían recomendado.

Comenzó a leer el capítulo cinco, el capítulo en el que se quedó la noche anterior, y ocho páginas fueron suficientes para darse cuenta que no estaba prestando atención a lo que estaba leyendo. Es más, ni siquiera sabría decir cómo se llamaba el protagonista, y lo que era peor, ¿de qué iba el libro?

Lo cerró violentamente, en un arrebato de enfado, y lo dejó donde estaba.

¿Qué sentido tenía lo que estaba haciendo?

Se levantó ofuscado de la cama y se internó dentro del baño con el propósito de pasar otra noche en vela. Sabía que vería pasar las horas del despertador, se estaba convirtiendo en normal. Y aquello lo empezaba a odiar con todas sus fuerzas.

Tardó cinco minutos en ducharse, consiguiendo templar los nervios antes de volver a meterse en la cama. Una vez acostado cerró los ojos, envuelto en un bendito estado de somnolencia, y se dejó vencer por el cansancio acumulado de los días pasados.

El pitido de su teléfono móvil, anunciando un whatsApp entrante diez minutos después, consiguió dar al traste con el sueño. Despertándolo con un humor de perros mientras soltaba por la boca un sinfín de improperios. Quien fuera el que mandaba el mensaje había conseguido alterarlo, subiéndole el ritmo de los latidos del corazón, descontrolándolo. Igual que le terminara sucediendo en el transcurso de la semana cuando, cada vez que le entraba un whatsApp, terminaba con cara de póker tras comprobar, que cualquiera de ellos, eran de todos menos de la persona que ansiaba.

“¿Por qué esta vez iba a ser diferente?”. Se preguntaba anhelando poder calmarse.

Encendió la luz de la mesita y lo cogió. Antes de abrirlo tomó la decisión de, una vez que lo viera, desconectarse de internet para que lo dejaran tranquilo y pudiera descansar. Pulsó el botón de la aplicación y esperó a saber quién era el gracioso que lo acababa de despertar.

¿Quizás Héctor?

El teléfono se le resbaló de las manos, y cayó sobre la cama, al leer el nombre de la persona que lo acababa de enviar.

¡Por fin!

Y aunque las ganas y la curiosidad lo podían, tardó un poco en decidirse a leerlo, pulsando el nombre de Érika para a continuación pinchar sobre la foto del perfil, queriendo alargar el tiempo un poquito más.

La expresión triste de sus ojos no le pudo pasar desapercibida, ni siquiera se esforzaba en sonreír para ocultarlo, como parecía estar haciendo, cuando se hizo la foto. Aun así ¡estaba guapísima!

Bajó la mirada a su estado pero este estaba en blanco, decidiendo volver atrás y leer lo que fuera que había escrito.

Hola Hugo. Si te digo que no entiendo la ausencia de saber de ti no miento. El juicio por si lo quieres saber salió bien. Ahora me estoy dedicando a seguir con mi vida tal y como te prometí. Solo espero que puedas alegrarte por ello.

Y eso era todo, ni siquiera una despedida, ¿qué se esperaba?

Apretó fuerte la mandíbula, en un estado de tensión absoluta, y lo leyó otra vez... y otra... y otra hasta empezar a sacar conclusiones.

Conclusión N° 1: ESTABA DEFRAUDADA.

Conclusión N° 2: ESTABA DESILUSIONADA.

Conclusión N° 3: ESTABA ENFADADA.

Y quiso ponerse en su piel para lograr entenderla.

Sentirse defraudada debía de ser poco después de que vivieran con tanta intensidad la historia de amor que los terminó envolviendo por igual.

Sentirse desilusionada también sería poco después de ni llamarla para interesarse por el juicio, porque lo que estaba claro era que Brian no se lo había dicho, haciendo hincapié en lo poco que debía de importarle.

Y por último lo de sentirse enfadada era algo que se palpaba con gran claridad, volviendo a leer la parte en la que era informado de que efectivamente estaba llevando a cabo la promesa que le hizo, metiendo la puñalada final de si se podría alegrar por ese motivo.

En aquel preciso instante supo que se había equivocado y que nunca debería haber hecho caso a Brian. No podía afrontar el remordimiento ni el pesar al saber que le había fallado a su amor.

¿Y ahora qué? ¿Cómo podía decir que la amaba cuando la había dejado abandonada a su suerte? ¿Qué tipo de hombre era?

La realidad le decía que el único responsable había sido él al aceptar lo que Brian le insinuó, pensando que era lo mejor. Rindiéndose sin haber tenido las suficientes agallas para entablar una conversación del tipo que fuera. Aunque esta hubiese dado pie a lo que sería evidente e inevitable, era prácticamente imposible mantener una relación a distancia.

El terrible error que acabó cometiendo, y que ahora se evidenciaba a través del enfado de ella en cada línea escrita, sí que constituía un verdadero problema.

¿Sería capaz de perdonarlo después de considerar, sin ninguna delicadeza, que aquella relación era cosa de dos y no solo de él?

En vaya lío estaba metido, y no podía soportar que no lo perdonara. Tampoco estaba dispuesto a limitarse a pasar por su vida como un cabrón del pasado y nada más.

“¡No! ¡La historia de amor tan bonita no lo merecía!”, pensaba con la férrea idea de actuar de una vez.

Fue lo que hizo.

Buscó en contactos el nombre de Érika y pulsó el botón de llamada. La espera hasta que llegó el primer tono, se le hizo eterna, comenzando a temblar como si fuese un niño en su primer día de cole.

¿Y si no se lo cogía?

Tres tonos después, alguien, desde la distancia, pulsaba el botón de aceptar llamada.

—¿Hugo? ¿De verdad eres tú?

Una Érika triste, indecisa, y solitaria, contestó con un hilo de voz tembloroso que a Hugo le remordió la conciencia, sintiéndose como el hijo de puta que era. Recordando, por el tono de su voz, a la chica muerta de miedo de aquella noche en las fiestas cuando se le acercaron los dos desconocidos.

La cruda realidad se hizo paso de pronto, a medida que se hacía a la idea de que muy posiblemente el que no se lo perdonaría nunca sería él mismo.

¡Teniéndolo de sobra merecido!

—Hola Érika —contestó con tristeza después de escuchar su tono lastimero y su angustia—. Soy yo.

El detalle de no llamarla amor, como hacía siempre, no pasó inadvertido a ninguno de los dos, y aquel detalle hizo que se abriera aún más la distancia que los separaba. Lo que ella aprovechó para cubrirse con una coraza ante la evidencia de que el hombre que creyó conocer no era como lo terminó idealizando. Conteniendo las lágrimas que amenazaban su integridad psíquica, armándose de valor, con el convencimiento de poder llevar a cabo aquella conversación manteniendo la dignidad.

Esa era su prioridad, no estaba dispuesta a dar lástima delante de aquel hombre que parecía un extraño, así que a continuación cambió el tono de forma drástica, siendo consecuente de la incómoda situación.

Logrando decir:

—No hacía falta que me llamasas Hugo. Si llego a saber en el compromiso que te he puesto no te hubiese mandado el whatsApp.

“¿¿Qué?! ¿¿Cómo podía llegar a pensar que la había llamado por compromiso?!”

—Yo nunca haría algo así —contestó Hugo a la defensiva.

—¿Ah no? —y debido a sus palabras quiso hacer daño intencionadamente, diciendo—: no trates de quedar bien, no hace falta, y después de estos días interminables me ha quedado bien clara tu actitud.

Hugo abrió los ojos con perplejidad y se quedó sin palabras. Era evidente que no podía creerse lo que acababa de oír por boca de ella.

Lo que todavía no sabía era que ni mucho menos había terminado, añadiendo:

—Fue bonito mientras duró, ¿verdad?

Cada nueva palabra dolía como una puñalada.

—De todas formas debo darte las gracias, sin ti nunca hubiese sido capaz de seguir adelante y ya ves, ¿te he dicho que tengo trabajo?

—No —negó todavía perplejo.

—Los que me conocen de verdad siguen sin creérselo pero es cierto. Vuelvo a tener la independencia que tuve antes de lo de Eidan.

“¿Cómo que todos los que la conocían de verdad? ¿Pero es que también eso le iba a negar?”

¡¡Darlo por sentado era el colmo!!

Y la poca paciencia, que a esas alturas le quedaba, estaba en plena ebullición y a punto de explotar.

—Érika...

—No, de veras que no hace falta que digas nada. Tu silencio lo ha hecho por ti durante esta semana, y si lo que te pasa es que estás algo preocupado ya te digo aquí y ahora que estoy bien.

“¿Algo preocupado? ¿Cómo podía pensar que solamente estaba algo preocupado?”

—Érika...

—¡Ah! y no pienses que todos se han desentendido de mí como lo has hecho tú —añadió antes de darle la estocada final—. Hablo con María a diario y de forma regular con Ester, ya ves, ellos sí que se han preocupado por cómo me podría haber afectado volver a casa —le dijo como si nada sabiendo que estaba siendo demasiado dura. Solo que si no quería echarlo todo a perder tendría que seguir por ese camino. No había ninguna otra alternativa.

Y como el límite para seguir soportando encararse a él, se estaba acabando, decidió cortar la conversación antes de que fuese demasiado tarde.

—Bueno Hugo tengo que dejarte, he quedado mañana con un antiguo compañero de universidad y quiero acostarme temprano.

“¡Joder! ¿Por qué acabo de decir esto?”

—Bueno pues eso... adiós.

Y colgó.

—¿Pero qué cojones...? —un grito enfadado salió de la boca de Hugo

en cuanto se dio cuenta de lo que acababa de hacer—. No me lo puedo creer ¡¡Me ha colgado!!

Dos segundos después la volvía a llamar, con un enfado monumental, que no hizo más que agrandarse porque no se lo cogió.

—¡Hostia puta! ¿Será cabezona? Pues no sabe con quién está tratando...

Cogió unos pantalones cortos y se los puso a toda prisa, después salió al exterior con la expresión de un hombre atormentado, pero sobre todo cabreado, con la determinación de saber lo que quería. Y no pararía hasta conseguirlo.

María, Juan, y Héctor se callaron al verle llegar y lo miraron intrigados.

—¿Ocurre algo?

—¡Claro que ocurre! ¿Pues no va y me cuelga? —hablaba más para sí mismo que para ellos, los cuales le escucharon con atención al saber que se refería a Érika—. Y no solo eso sino que encima ahora no me coge el puto teléfono.

—¿Y qué esperabas después de estar toda la semana sin llamarla?

Hugo recordó lo que le había dicho acerca de que hablaba con María. Se acercó a ella y con ojos lastimeros preguntó:

—¿Es verdad todo lo que me ha dicho? ¿Es cierto? ¿De verdad piensa que no me importa en absoluto?

—Lo siento pero ahí no me voy a meter Hugo. Vosotros sabréis lo que hacéis.

—Está bien pero tengo que hablar con ella como sea, y solo podré hacerlo con tu ayuda.

—¿Con mi ayuda? —preguntó sin entender.

—Sí María —y se dispuso a desplegar su encanto diciendo—: Por favor, te suplico que me dejes tu móvil. Solo así podré hacerlo.

La indecisión en María le hizo ver que tenía una oportunidad.

—Por favor...

María dudó. Sabía que no debería sucumbir a sus deseos pero no pudo decirle que no.

—Espero que no se enfade mucho conmigo. —A continuación lo cogió de encima de la mesa y se lo dio.

Antes de que se marchara corriendo, hasta la intimidad de su habitación, le dio un sonoro beso a modo de agradecimiento.

Como muy bien supuso, Érika contestó de inmediato debido al convencimiento de que se trataba de su querida María.

—Hola María —la saludó dejando escapar sus emociones, dejando a Hugo desubicado tras escuchar su tono triste—. ¿Sabes? el muy capullo acaba de llamarme y...

No pudo continuar hablando, echándose a llorar, sin que se le pudiera pasar por la cabeza que precisamente el capullo a quien se refería la estaba escuchando.

Y Hugo no pudo seguir traicionándola. Sería injusto que la dejara seguir hablando. Así que susurró lleno de pena escuchando sus sollozos:

—Soy yo.

Érika se quiso morir.

—Eres un cabrón —consiguió decir a través de un susurro entrecortado, decidida a colgar nuevamente.

Hugo se lo imaginó, y preso de una angustia que lo ahogaba, suplicó:

—Por lo que más quieras amor no me cuelgues.

Al escuchar cómo la llamaba creyó que su alma entera se resquebrajaba.

—¿Ahora si me llamas amor? Ya es tarde. Demasiado tarde.

Los sollozos eran, tan evidentes, que si lo sumaba a lo que acababa de decirle no había que ser muy listo para saber que lo que ella deseaba era que la dejara tranquila. Solo eso.

Pero Hugo no podía hacerlo.

—Cariño quiero saber si estás bien, y si me cuelgas no pararé hasta que vuelvas a cogerlo. No me voy a rendir.

—¿Rendirte dices? Eso ya lo has hecho ¿No te das cuenta de que esto no me hace ningún bien? Déjame en paz.

—No puedo.

—¿Por qué Hugo? ¿Por qué ahora que me estaba haciendo a la idea de que solo fui un rollo de verano?

Hugo saltó exaltado:

—¡No vuelvas a decir eso!

—¿Ah no? —Y siguió llorando—. ¿Y por qué no?

—Porque aunque no te lo creas, y como ya te dije aquella noche en el refugio, eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

Un suspiro entrecortado se escuchó con claridad y después...

—No me mientas más. No quiero volver a saber de ti.

Estaba tan afectada que sin dudar lo volvió a colgar. A continuación lo

apagó.

Un Hugo desesperado se pasó la mano por el pelo y terminó estampando el móvil contra el suelo.

Esa noche tomó una decisión.

CAPÍTULO 40

El avión al que se subió Brian el sábado, con destino a Dublín, despegó a la hora indicada. Y tuvo presente que si todo hubiese marchado como debería, en esos mismos instantes estaría en el mismo lugar pero con un destino bien diferente. Acordándose de los planes ideados para volver a España y volver a encontrarse con Ester. Ahora en cambio, y después de lo sucedido, debía cerrar filas para estar junto a su hermana. La evidencia le decía que lo volvía a necesitar. Eso sí, sin poder evitar sentirse culpable y no solo por no ir a verla sino que además, y cada vez con más insistencia, se culpabilizaba por si se habría equivocado al decirle a Hugo que se olvidara de Érika.

¿Quién era él para interferir entre ellos?

Esperaba que realmente fuera lo mejor para su hermana, y esperaba que nunca llegara a enterarse porque, de ser así, se cabrearía con él muchísimo.

Miró las nubes a través de la ventanilla y después cerró los ojos. Quería dormirse para dejar de pensar.

La despedida de los niños, ese año, se convirtió para Hugo en un verdadero reto. Abrazó en último lugar a Noelia, Miguel, y Judith sin poder evitar emocionarse. Recordando, que si no hubiese sido por ellas dos, nunca habría pasado junto a Érika aquella maravillosa noche en la cabaña.

El maravilloso lugar en el que empezó su relación.

—Os voy a echar de menos chicos.

—Y nosotros a ti Hugo.

Al ver a sus padres rápidamente se olvidaron de él y corrieron hacia ellos, mientras Hugo no dejaba de mirarlos con una sonrisa en la cara.

—¿Estás bien?

Hugo se giró.

—He tenido épocas mejores —respondió con una sonrisa forzada.

María se cogió a su brazo.

—¿Cuándo empiezas la academia?

—El lunes.

Un silencio y:

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer? —preguntó preocupada.

—Sí. Lo estoy.

—Va a ser duro muchacho —quiso avisarle—, puede que si dejas las cosas como están sea lo mejor para los dos.

—Lo sé pero después de pensarlo bien necesito hacerlo María. No quiero ser un cobarde y, aunque posiblemente me esté equivocando, voy a dar la cara. Se lo debo.

—Buena suerte hijo.

Hugo la abrazó con cariño y se fue a la cabaña verde en busca de sus cosas. A continuación se despidió de Juan y de Héctor, y se marchó con la moto en dirección al hospital, donde Ester seguía ingresada. Alegrándose de la rápida mejoría y de la noticia de que en unos días le darían el alta para que terminara de recuperarse en casa.

¡Desde luego que una gran noticia después de por lo que tuvo que pasar! Consiguiendo que le levantara un poco el ánimo, antes de volver a coger la moto y dirigirse hacia el lugar donde la vio por primera vez, siendo engullido por la melancolía, los recuerdos, y por una sensación de culpa que lo atormentaba con una profundidad devastadora...

Brian cerró el paraguas y esperó a que llegara el ascensor. Una vez dentro pulsó el número de la planta, a la que iba, y dejó escapar el aire pesadamente. ¿Cómo se la encontraría? La noticia que le dio su madre la noche anterior, con respecto a que se iba a mudar a su antiguo apartamento, hizo que de pronto saltasen todas las alarmas, adentrándose en un territorio demasiado conocido, a esas alturas, creyendo que la intención de Érika sería la de volver a recluirse allí como hizo la última vez y con las mismas intenciones... pero que al saber, también por boca de su madre, que ni mucho menos esta vez quería volver a lo de antes, en un principio le sorprendió. Recordando que ese mismo lunes comenzaba a trabajar en el colegio de siempre. Confirmando que las cosas sí que habían cambiado. Alegrándose porque posiblemente hizo lo correcto cuando terminó interponiéndose entre ellos, a medida que era consecuente del gran peso que se quitaba de encima.

Salió del ascensor, un tanto relajado, y avanzó hasta el umbral de la puerta número cinco. Llamó al timbre y esperó a que le abriera.

Una Érika ojerosa y desaliñada abrió, dando al traste a cualquier pensamiento positivo de un plumazo.

—Hola preciosa.

Dio un paso y la estrechó entre los brazos, percibiendo la contención de ella para no echarse a llorar.

¿Habría sucedido algo que no sabían?

Tiró de su mano y la condujo dentro. Dejó que se sentara en el sillón y él se quedó a su lado.

—¿Cómo estás?

La respuesta fue un encogimiento de hombros.

—Érika ¿por qué no vuelves a casa con mamá? No creo que estar aquí sola te beneficie.

—Esta es mi casa.

—Sí pero...

—Estaré bien. —Quiso tranquilizarlo sin mucha convicción—. Necesito un poco de tiempo, nada más.

—¿Estás segura? Acabo de ver a mamá y me ha dicho que estabas mejor, pero ahora que te tengo delante...

—De veras Brian lo estaré. Es solo que...

Y se derrumbó. No pudo evitarlo. Echándose a llorar a medida que se tapaba la cara con las manos.

Al momento estuvo arropada por los brazos de su hermano.

—¿Qué es lo que pasa? ¿Es por lo de Eidan?

—Ojalá fuera eso —susurró desesperada.

Brian cerró los ojos con pesar.

—Lo olvidarás y encontrarás al hombre de tu vida, estoy convencido de ello.

“¿Al hombre de su vida? ¿Es que nadie se daba cuenta de que ese hombre ya existía, por mucho daño que le hubiese hecho con su silencio esa semana?”

Érika lloró con más fuerza.

—Schsss. Tranquila cariño. Estoy aquí.

Lloró y lloró sin consuelo, consiguiendo tranquilizarse bastante tiempo después.

—Toma, te sentará bien —le dijo volviendo de la cocina donde acababa de prepararle una tila.

—Gracias.

Se quedó acurrucada en el sillón, con la manta encima, y sin tener ganas de absolutamente nada, mientras que Brian decidió animarla poniendo todo el

empeño, cambiando de manera radical la conversación, y empezando a enumerarle las anécdotas divertidas desde que se vieran por última vez el domingo pasado. Ni una sola de ellas logró arrancarle un amago de sonrisa. El sufrimiento que llevaba dentro se hacía evidente en cada gesto y en cada palabra.

¡Y aquello lo estaba matando!

Quince minutos después llegaba Alana con una bandeja de magdalenas, en una mano, y un litro de chocolate recién comprado, en la pastelería de la esquina, en la otra. Haciendo verdaderos malabares para que nada se le cayera, entrando directamente a la cocina.

—¿Cómo te va en tu vuelta a la normalidad?

Érika dejó la taza de tila y se acurrucó un poco más contra la manta.

—Poco a poco.

—Bueno tú no te preocupes que en cuanto reanudes la vuelta al trabajo no vas a disponer de casi tiempo para recordar lo que no debes —comenzó a decir trajinando aquí y allá. Consiguiendo poner el delicioso desayuno sobre la mesa.

El reconfortante y delicioso aroma a chocolate, recién hecho, llenó toda la estancia.

—Lo que tienes que empezar a hacer —continuó después de pegar un bocado a una de las magdalenas, sentándose en una silla frente a ella antes seguir diciendo—: es salir de marcha y así divertirme como hacías antes de lo del cabrón de Eidan. Eso es lo que tienes que hacer si de verdad quieres empezar de cero. Además, yo soy la candidata perfecta para acompañarte al principio. Últimamente me muero de aburrimiento.

—¿Y qué pasa con mi querido cuñado? —preguntó divertido Brian.

—Alguien se tiene que quedar con los niños y yo tengo que hacer el esfuerzo por mi hermana —dijo como si tal cosa.

—Desde luego vaya morro que tienes.

Ambos se rieron de buena gana hasta que repararon en que ella seguía sentada y con la cara inexpresiva. Como si no los estuviera escuchando.

—Érika ¿de verdad estás bien?

Por segunda vez, y como única respuesta, esta se limitó a encogerse de hombros. Soportando el delicado instante, como buenamente podían, sin que ninguno de los dos consiguiera que se distrajera un poco, ni que por supuesto comiera algo de aquel succulento desayuno. Dejando los ánimos de ambos por los suelos.

Al rato también apareció Aine, y aunque aquella triste muchacha sentía el cariño de todos ellos, no era suficiente, faltándole el que más dolía por su ausencia y la distancia cuando lo necesitaba de modo desesperado.

“¿Cómo iba a lograr olvidarle?”, pensaba sumida en pensamientos demasiados oscuros.

La idea que le rondaba por la cabeza, de dejarse llevar por la paz que le darían las pastillas, pudo con ella después de la conversación que mantuvieron por teléfono. Dando al traste con la promesa que ahora sabía que no podría cumplir. Tomando la decisión de que en cuanto se quedara sola comenzaría a tomarlas.

Sí. Por supuesto que lo haría porque de no ser así no encontraría las fuerzas necesarias para seguir con su vida, aunque fuese a base de estar anestesiada.

—¡Joder Érika! ¿Es que ni siquiera te estás molestando en escucharnos?

—¿Qué? —consiguió preguntar, volviendo de su mundo.

—¡No me lo puedo creer! —Se quejó enfadada Alana, levantando la voz—. ¿Pero es que eres tan egoísta como para no ver lo que intentamos? Deja de pensar de una maldita vez en el hombre que dejaste en Madrid. Aquí hay a montones y cualquiera en tu lugar lograría ver que el verdadero problema que tenías era Eidan, y este gracias a Dios sí que ha desaparecido para siempre.

Ni su madre ni su hermano dijeron nada a tan duras palabras, esperando cualquier tipo de reacción por parte de ella.

Pero ella siguió con la expresión del rostro abatida y la mirada baja sin decir absolutamente nada. Y entonces supieron que la Érika de siempre se había vuelto a ir. Siendo incapaz de escuchar el timbre que ahora sonaba a lo lejos.

“¿Quién sería?”, se preguntaron los tres a la par.

—Yo abro. —Contestó Alana con un enfado monumental.

Y se dirigió a la puerta, arrastrando los pies, en un gesto de derrota después de ser consciente de la cruda realidad.

No miró a través de la mirilla, limitándose a abrirla, directamente, con una rabia contenida alzando los ojos hasta que...

¡¡Se quedara con la boca abierta e inmóvil al ver a la persona que acababa de hacer su aparición!!

Desde luego que no era para menos, puesto que la persona que esperaba

a ser invitada, para pasar, no era otra que...

¡¡¡Hugo!!!

—Hola. ¿Está Érika? Tengo que hablar con ella —fue lo que dijo con la determinación dibujada en su cara.

Alana abrió la puerta y se hizo a un lado sin poder articular, por primera vez en su vida, ni una palabra de la impresión que se acababa de llevar.

CAPITULO 41

Hugo pasó decidido y dejó la mochila que llevaba sobre el suelo, todo ello sin que dejara de buscar, en ningún momento, a la chica que había conseguido que se subiera a un avión sin pensarlo. Detectando las miradas de Brian y de Aine, que pasaban de la incredulidad al enfado, en cuestión de segundos. Taladrándolo con la intención de hacerle saber que no era bien recibido, y que por supuesto se encontraba en tierra hostil. Cerrando filas en torno a una Érika que seguía cabizbaja y que no era consciente de la situación. No todavía. Sopesando la influencia que podría tener aquella sorprendente visita, temiendo unas consecuencias impredecibles.

¡Justo lo que menos necesitaban en esos delicados instantes!

A Hugo le dio igual. Continuó recorriendo la pequeña estancia, completamente ajeno a lo que no le interesaba, hasta dar con la presencia de su niña desvalida tumbada sobre el sofá, en actitud encogida, y con una expresión en la cara que hablaba por sí sola.

La sensación conocida de querer protegerla, se apoderó entonces de un chico desbordado por la mirada perdida y sin vida de la mujer que lo significaba todo en su vida. Avanzando con pasos decididos, además de con el rostro contraído, debido a la tensión y a la culpa. Entonces habló con suavidad a medida que se acercaba.

—Érika, he venido a verte.

Un vuelco le dio el corazón al creer escucharle.

“¿Estaba soñando o acababa de oír la voz de Hugo?”, se preguntaba con el ceño arrugado y levantando la mirada un poco perdida.

Y abrió los ojos como platos, cruzándose sus miradas, viendo que efectivamente se dirigía hacia ella. Permaneciendo incrédula y sin todavía creerse que él estuviese allí. Logrando regresar del abismo en el que se encontraba.

Se incorporó sobre el asiento sobresaltada, aún en estado de aturdimiento, y continuó mirándolo. Dando por sentado que lo que veía era demasiado real.

¡¡¡Él estaba en su salón!!!

La sorpresa inicial dio lugar, con una rapidez increíble, a recordar cada día, cada hora, cada minuto, y cada segundo que tuvo que sufrir debido a la

ausencia de un mísero mensaje de texto. Volviendo a la realidad mientras una pregunta le vino a la mente.

¿Por qué se había tomado la libertad de venir a su casa sin haber sido invitado? ¿Acaso no le había dejado lo suficientemente claro que la dejara tranquila?

La confusión, acompañada del dolor, fueron los causantes de que pudiera reaccionar antes de que llegara a ella y pudiera tocarla. Levantándose a toda prisa y echando a correr, ante la mirada desconsolada de él, consiguiendo adentrarse en el interior del cuarto de baño. Echando el pestillo con el propósito de no querer verlo aunque tuviese que luchar, frenéticamente, contra su propio cuerpo que pedía lo contrario. Dejando a un Hugo desconcertado y dolido, mientras que Érika permanecía con la suficiente sangre fría para no olvidarse de que aquel hombre no era como creyó en un principio, y que por lo tanto no debería de estar allí.

¿Por qué entonces parecía querer hacerlo a toda costa?

Se sentó sobre la taza del váter, porque sus piernas comenzaron a temblar, descontroladamente, a la vez que él no tardó en alzar la voz para hacerse oír.

—Érika. Érika por favor. Tengo que hablar contigo.

“¿Hablar de qué? ¿Qué parte de la conversación que habían tenido no había entendido?”

Brian, debido a la sorpresa inicial, tardó un poco en saber qué hacer. Algo que le resultó fácil en cuanto vio la actitud tan clara de su hermana. Así que no lo dudó. Se levantó y se interpuso entre la puerta del baño y él. Encarándose para poner las cosas en su sitio.

—¿Me puedes decir qué coño haces aquí? No eres bien recibido.

Hugo lo taladró con la mirada advirtiéndole.

—¿Ah no? No me digas.

—Déjala tranquila. No quiere verte ¿acaso no lo ves?

Hugo terminó ignorándolo y llegó a la puerta tras la que se había escondido. Levantó la mano y la golpeó con los nudillos, de una manera un poco brusca, empezando a perder los nervios. Pensando que si alguien creía que se marcharía después de haber llegado hasta allí, sin haber hablado con ella, es que debía de estar loco.

—Ábreme por favor. Necesito hablar contigo —la voz era desesperada y de auténtica súplica.

—¡Joder Hugo! —intervino nuevamente Brian empujándolo para que se

alejara—. Márchate y déjanos en paz.

—¡Tú no te metas! —exclamó con un grito apuntándole con el dedo amenazador—. No consentiré que vuelvas a hacerlo, y te guste o no hablaré con ella. De ninguna manera voy a volver a equivocarme.

Los gritos llegaban a los oídos de la chica indecisa que ahora no entendía de lo que hablaba.

“¿A qué se estaba refiriendo exactamente?”

—¿Equivocarme dices? Eso es lo que acabas de hacer al presentarte aquí. Te vuelvo a repetir que no eres bien recibido ¿No te ha quedado claro con su reacción? Acéptalo, tú no eres nada en su vida.

—¿Quién te crees para hacer esa afirmación? No tienes ni idea de lo que estás diciendo, y si he venido hasta aquí ha sido para aclarar las cosas, y no para darte a ti ningún tipo de explicación así que no te metas. No lo vuelvas a hacer —le repitió lleno de una furia a punto de explotar.

Érika se limpió las lágrimas, que caían sobre sus mejillas, y supo que de no salir terminarían a puñetazos.

¡Algo que no podía consentir!

Tampoco podía quedarse allí aislada cuando los dos hombres más importantes de su vida parecían empeñados en terminar así. Además, sabía que tendría que dar la cara y, también sabía, después de escucharles, que los dos le estaban ocultando algo.

Aquel motivo fue suficiente para cabrearse. ¿Quién se creían para hacerlo?

Los dos hombres dejaron de enfrentarse entre sí, dejando la tensión a un lado, en el momento que escucharon cómo el pestillo se abría. Mirando la puerta que empezaba a abrirse poco a poco, mientras Brian hacía lo imposible para que el otro se apartara.

—Si no quieres no tienes por qué hablarle, deja esto en mis manos —se precipitó a decir.

Hugo no abrió la boca, prefiriendo quedarse donde estaba a la espera de lo que ella tuviese que decir. Conteniendo las ganas de poder abrazarla, haciendo un esfuerzo de contención ateniéndose a que no era el momento. Sin que por supuesto se le pudiera pasar por alto el hecho de que los parecía estar escrutando con la mirada, haciéndoles saber que no entendía una parte de lo que habían hablado.

¡Y eso la cabreaba muchísimo ante el atrevimiento de ocultárselo!

Respiró hondo y los miró una última vez antes de preguntar:

—¿Qué es eso de lo que estabais hablando?

Hugo se quedó callado para darle a él la oportunidad de explicarse.

Pero Brian no lo hizo. Sabía que su intervención aquel día traería consecuencias y se quedó en silencio, apartando la mirada de su hermana.

Por supuesto ella se dio cuenta.

—¿Brian? —le preguntó directamente.

—Verás Érika... —titubeó acorralado—, pensé que lo mejor para ti era que no lo supieras y yo...

—¿Qué tratas de decirme?

—¡Joder! Es que no sé cómo te lo vas a tomar, y esto se podría terminar si este se marchara a su putito país.

Hugo ni se molestó ante sus palabras, sabía que no se había equivocado. Érika no sabía nada de la conversación entre ellos el día que terminó el juicio. Y tuvo la esperanza de que lo mirara, con otros ojos, cuando se enterase de todo.

—¿Vas a decírmelo o no Brian?

Este dejó escapar el aire ruidosamente y terminó confesando:

—Él te llamó cuando terminó el juicio.

—¿¡Qué?! —dijo demasiado alto y con un cabreo hacia su hermano monumental. Empezando a atar cabos—. Un momento, ¿y tú por qué lo sabes?

—Porque fue él el que me contestó.

Y dio un paso al frente para acercarse.

—¿Qué?

Érika sintió que sus piernas empezaban a flaquear otra vez. La habían engañado y no entendía el por qué su hermano le ocultó aquella información que lo hubiese cambiado todo.

“Y ella que incluso llegó a pensar que solo fue una más... que equivocada estuvo”.

Un escalofrío la sacudió debido a la envergadura de la situación, a medida que giraba la cabeza hacia su hermana y su madre. Haciéndoles una única pregunta:

—¿Vosotras lo sabíais?

El silencio que se hizo a continuación habló por las dos, no era necesario que contestaran.

Érika se quiso morir.

—¿Mamá? —preguntó volviendo a echarse a llorar.

—Pensamos que era lo mejor, —se defendió como pudo— lo sentimos

cariño.

—No me puedo creer que me hayáis visto sufriendo y que ninguno de los tres os dignaseis a decirme que sí que se preocupó por mí. ¿Sabéis lo que habéis hecho?

—Érika piensa por un momento que...

—¡Basta! ¿Quiénes os creéis para hacer lo que habéis hecho?

Y cuando Hugo creyó que tendría una oportunidad, para ser escuchado, todo, absolutamente todo y de repente, se le volvió también en su contra.

—¿Qué es lo que te dijo Brian ese día? —quiso saber preguntándole directamente.

—Me dijo que me olvidara de ti. Me dijo que sería lo mejor. Y también me dijo que solo así lograrías empezar de cero.

—Y fue lo que hiciste —susurró con la cara desolada—, olvidarte de mí.

La respuesta de Érika le hizo saber, de forma inmediata, que no le iba a resultar fácil convencerla para hablar con ella.

—¡No!

Hugo alargó los brazos y avanzó un poco, quedándose helado al ver cómo ella daba un paso hacia atrás, sin que quisiera que la tocara.

La mirada que Érika les echó a continuación les transmitió el dolor que la sacudía. Aun así, preso de un remordimiento absoluto, quiso decir para que le creyera:

—Yo nunca podría olvidarme de ti amor.

¡Ahí acabó todo! Fue escucharle llamarla así, cuando no puedo soportarlo durante más tiempo. Entonces anduvo hasta la puerta de la entrada y la abrió con un solo deseo.

—Quiero que os marchéis todos de mi casa.

—Pero... —intentaron protestar, poniéndose de acuerdo de una vez.

¡Por supuesto que no les sirvió de nada!

—¡He dicho que fuera! —dijo a voz en grito con la determinación de quedarse sola.

Uno a uno, y sin tener nada que hacer, fueron saliendo con el pesar de saber que no obraron como debían de haberlo hecho. Allí estaban las consecuencias. Preocupándose en extremo por una Érika perdida y decepcionada, a la que dejaron sola sin quererlo.

—¡Joder! ¿Qué hemos hecho?

A continuación se escuchó el portazo de la puerta al cerrarse.

“¿Y ahora qué?”, se preguntaba emocionalmente una mujer destrozada, dejándose caer sobre el suelo sin consuelo. Comenzando a llorar a medida que sentía que el corazón se le rompía en mil pedazos debido a la traición de quienes más quería.

Pasados unos agónicos minutos, y con el convencimiento de saber lo que hacer, se dirigió hasta el cajón en el que guardaba las pastillas antidepresivas. Llevándose una amarga sorpresa.

—Me cago en la puta, no es posible.

El cajón estaba vacío, comprendiendo que uno de ellos debería haberse llevado la caja, ante la duda de si recurriría a ellas.

¿Pero es que no la iban a dejar tranquila?

Con todas sus fuerzas, y con un cabreo de mil demonios, lo terminó cerrando en medio de un estado de locura tremenda, envuelta en una crisis de ansiedad solo de pensar que sin receta médica ninguna farmacia le vendería otra caja. Lo que significaba que tendría que esperar hasta el lunes para acudir a su médico.

¿Es que también se iban a meter en si se tenía que medicar o no?

Dejó a un lado lo que se le pasaba por la cabeza y se concentró en respirar con normalidad. Costándole bastante hacerlo pero consiguiéndolo después de todo. Solo cuando estuvo tranquila se volvió a sentar mirando hacia ningún lugar en concreto.

El pitido del móvil, que estaba sobre la mesa, hizo que aquel esfuerzo fuera en vano.

¿Qué querrían ahora?

Por supuesto que no tardó nada en abrir el mensaje de texto a pesar de estar decidida a ignorarlo.

El mensaje era de Hugo y decía así:

Me vuelvo a Madrid mañana. Si estoy aquí es porque pensé que teníamos una conversación pendiente pero no te preocupes. Si así lo prefieres dejaremos las cosas como están. Tú eres la que sigue mandando. Por si lo quieres saber estoy alojado en el hotel Lynamms. Habitación 392.

Érika se desesperó al leer el mensaje y volvió a repetirse la misma

pregunta:

“¿Y ahora qué?”

Y es que no tenía la menor idea de lo que se suponía debería hacer. Entonces cogió uno de los cojines, se lo llevó hasta la cara, y gritó con todas sus fuerzas. Silenciando el ruido histérico que salía por su boca maldiciendo a todo y a todos.

¡¡Verdaderamente no podía más!!

CAPÍTULO 42

Hugo miraba hacia ninguna parte, a través de la ventana de la habitación número 392, y ni siquiera tenía la menor idea del tiempo que llevaba allí de pie, en la misma posición. Tampoco las veces que había ido hasta el mini bar cada vez que el vaso volvía a quedar vacío. Y como siguiera así pronto acabaría con las existencias. Se había bebido, sin percatarse de ello, cinco botellitas de whisky, otras cinco de ron, y con esa era la cuarta de ginebra... aunque ¿qué más daba? No le importaba la mezcla que estaba haciendo, y continuó con la ingrata tarea de limitarse a mirar cómo la lluvia caía sobre el asfalto.

Volvió a llevarse el vaso a la boca y se tragó el contenido. A él nunca le había gustado la ginebra pero, allí estaba, actuando sin sentido y sin que notase el ardor en la garganta, dejándose llevar por la bendita irrealidad que le ofrecía el alcohol ingerido. Consiguiendo un pequeño consuelo tras sentirse destrozado y desbordado por los acontecimientos de esa misma mañana.

Giró sobre sus pasos y se tambaleó durante un momento. Menuda borrachera tenía encima. Pero en lugar de irse a la cama, abrió nuevamente el mini bar y se sirvió la botella que quedaba. Después volvió con dificultad al mismo sitio, y observó la ciudad desconocida en la que no paraba de llover.

El vaso no tardó en quedar nuevamente vacío.

Unas horas antes:

Tras salir de casa de Érika, después de que los echase a los cuatro, aceptó la invitación de Brian a que tomasen un café en el bar de la esquina. Dirigiéndose ambos con el rostro preocupado una vez que Aine y Alana decidieran marcharse a casa.

Al final el café, y debido a las circunstancias, dio paso a algo más fuerte. Comenzando a beber incluso antes de comer, mientras mantenían una conversación tranquila en la que Brian le explicaba el por qué creyó que lo mejor era que no le hablase de aquella llamada que le hizo, para terminar pidiéndole perdón por no haberlo hecho, y es que, queriendo proteger a su hermana, a toda costa, lo que terminó haciendo fue justo lo contrario.

Cargando sobre sus hombros con la culpa y lo que era todavía peor. Recordando con una enorme claridad la mirada que le dedicó en exclusiva al sentirse traicionada por quien nunca hubiese creído posible. Carcomiéndose por dentro.

Hugo aceptó sus disculpas y se centró en escucharle, sin que en ningún momento pudiera apartar de sus pensamientos a su indefensa niña, la cual, a pesar de ser ahora cuando más lo necesitaba, lo apartaba a un lado al creer lo fácil que le había resultado seguir las indicaciones de Brian, olvidándose de ella.

“¡Joder! ¿Es que está ciega para no ver lo que me importa? El que haya venido hasta aquí lo demuestra con creces ¿no?”.

Una hora y media después, y tras varias copas, Brian se ofreció en primer lugar a pagar la cuenta, y en segundo lugar a que le acompañase a casa de su madre para pasar el tiempo que estuviera en la ciudad, allí con ellos, y no en la soledad absoluta que le proporcionaría una habitación cualquiera de hotel. Se lo debía, era lo menos que podía hacer. Pero Hugo declinó la oferta de manera educada. No quería rodearse de nadie. En cambio lo que necesitaba era quedarse solo aun cuando esa decisión lo llevase a la desesperación y a los remordimientos constantes. Pensando a cada minuto y a cada segundo cómo se encontraría, y lo que era peor, si ella sola podría afrontar la posibilidad de enfrentarse a cualquier tipo de crisis que pudiera tener. Y aquellos pensamientos lo hacían sufrir como nunca antes en su puta vida, sin contar cuando Eidan se la llevó.

Se despidió de Brian, sin rencor, y se dispuso a regresar al hotel que contrató a través de internet. Tampoco le pareció importar el hecho de no llevar a mano un paraguas tan necesario en aquella zona.

Cuando llegó a su destino, cuarenta minutos después, lo hizo completamente empapado.

¡Ni siquiera lo notó!

Subió en el ascensor, ajeno a las miradas de los demás ocupantes, y se internó en el interior de la solitaria y vacía habitación.

Se duchó, se puso ropa seca, y llamó a recepción para que le subieran un sándwich y una botella de agua. Las escasas posibilidades de que ella apareciera (después de enviarle el mensaje cuando todavía estaba en la cafetería), eran pocas o inexistentes solo que, si existía una mínima posibilidad, para que eso ocurriera, él estaría allí, esperándola...

Terminó de comer, encendió la tele aun cuando no entendía nada de lo

que decían, y se tumbó en la cama aventurando que iba a ser una tarde muy larga.

¡No se equivocó! Quedándose dormido después de que su mente quedase bloqueada por la angustia de saber que había hecho el viaje para nada.

Dormitó inquieto durante casi una hora hasta verse sacudido por una pesadilla que le despertó. Una pesadilla en la que aparecía Érika, cogida de la mano de otro hombre que no tenía cara, diciéndole adiós. Incorporándose sobresaltado y envuelto en un sudor frío aterrador.

Fue entonces cuando empezó a saquear el mini bar con el firme propósito de únicamente poder olvidar...

Érika lloró, gritó, pataleó, y consiguió enfrentarse al pánico provocado por las contadas ocasiones que perdió el control de la situación, en las que, además, se dio cuenta de que ya no eran un problema. Agradeciendo a quien fuera que se hubiese llevado las pastillas, porque efectivamente no las necesitaba. Volviendo al partícipe de que fuera posible.

¡El cabrón que le bastó un “olvídate de ella” para hacerlo sin importarle!

—¡Capullo! ¡Capullo! —gritó tirando uno de los cojines al suelo con rabia.

Volvió a coger el teléfono y volvió a leer el mensaje.

¡Un mensaje que por supuesto ya se sabía de memoria!

—¡Capullo! —repitió tirando el móvil contra el suelo con rabia.

Alana, sin decir nada a su madre, se dirigió cuando empezaba a anochecer a la casa de su hermana para interesarse por su estado, después de dejar bien claro que no les iba a perdonar así como así. La muestra de ello era que ni una sola vez les cogió a ninguno el teléfono, y aquel hecho les llegó a preocupar hasta la extenuación, siendo ahora ella la que no podía con la culpa tras haberse llevado la caja de pastillas. Intuyendo que no solo estaba en juego su integridad psíquica.

¿Y si se le ocurría hacer una locura? ¿Cómo pudo ser tan insensata de llevarse aquella caja creyendo que era lo mejor para ella? ¿Es que no había aprendido la lección?

El último tramo hasta llegar al apartamento, en cuanto bajó del taxi, lo hizo en una carrera a contra reloj. Subiendo los peldaños de las escaleras de dos en dos puesto que ni siquiera quiso perder ningún segundo en esperar el ascensor. No había tiempo que perder.

Llamó a la puerta y no escuchó nada. Se asustó. Metió la llave que tenía, dentro de la cerradura, y giró la muñeca para abrir rápidamente.

—¡Mierda!

La cadena estaba echada por dentro así que no consiguió entrar. Comenzando a gritar asustada:

—Érika, Érika ¿estás bien?

Nada.

—Érika —gritó con más fuerza sin ver a la vecina que acababa de salir debido a tanto estruendo— por el amor de Dios ¡ábreme!

Érika apagó el grifo de la ducha. “¿Había escuchado el timbre de la puerta?”

Efectivamente el timbre volvió a sonar y la evidencia le decía que era alguno de sus hermanos. Alegrándose de haber echado la cadena.

Y volvió a abrir el grifo como si nada.

—¿Pero qué demonios...?

Cerró el grifo, cogió la toalla, y de repente escuchó los gritos de Alana sumados a otros que no sabía de quiénes podrían ser. A continuación también escuchó un golpe sobre la puerta.

—Esto es de locos ¿es que pretenden echar la puerta abajo?

Fue hasta el salón y se encontró con una escena irreal, viendo, con sus propios ojos, cómo la puerta era forzada hasta abrirla, estampándose contra la pared, mientras que Alana y tres vecinos caían sobre el suelo debido a la inercia empleada después de empujar con todas sus fuerzas.

Érika se tapó bien y permaneció con los brazos cruzados echando chispas por los ojos.

¡Aquello era el colmo!

Abrió la boca para comenzar a soltar improperios pero no pudo hacerlo, quedándose helada al ver la cara de su hermana. La cual lloraba como si fuese una niña pequeña, observando cómo se levantaba del suelo para correr a su lado. Abrazándola desesperada.

Los tres vecinos dieron media vuelta, puesto que estaba bien, y se fueron a sus casas.

—Lo siento, lo siento, lo siento —era lo único que Alana podía decir

agarrándose tan fuerte a su hermana que le hacía daño.

—Shsss. Estoy bien. Tranquila —le decía con palabras suaves para tranquilizarla.

—Nunca me hubiese perdonado si te hubiese sucedido algo. Nunca.

Ahí Érika supo el por qué Alana se había derrumbado como lo había hecho. Un escalofrío la sacudió.

—Jamás os haría eso.

Alana se sorbió la nariz y la miró.

—Lo siento. Fui yo la que se llevó esto —y sacó las pastillas del bolsillo—. Yo creí...

—Schsss —y la volvió a abrazar con un amor infinito diciéndole completamente convencida—: ya no las necesitaré nunca más.

Alana se rompió ante tal revelación, y se dejó consolar por una mujer fuerte que volvía a ser capaz de tirar del carro desde que todo empezara, afrontando el hecho de que la mujer más fuerte de la familia (la que podía con todo ante la adversidad) era ahora la que se venía abajo después de tantos meses de preocupaciones y de sufrimientos. Cambiando el rol y alegrándose de poder hacerlo.

Un tiempo después, cuando su hermana se recuperó, continuó con el control de la situación. Entonces tiró la caja de los antidepresivos a la basura, llamó a un cerrajero de urgencias para que le arreglara la puerta, y después fue hasta el armario de su habitación para sacar algo de ropa.

Alana la siguió.

—¿Puedo preguntarte a dónde vas?

—Por supuesto que puedes —le contestó con una sensación de paz desbordante.

—¿Y?

Érika terminó de ponerse el jersey y se abrochó los vaqueros. Después cogió las botas de agua.

—Hay un chico que se ha molestado en venir hasta aquí en avión simplemente para poder hablar conmigo, y es lo que voy a hacer. Se lo debo y ahora lo sé.

—¿Estás segura?

—Nunca lo estuve tanto —se puso las botas y cogió la gabardina y el paraguas—. Además, ese hombre más que nadie se merece que me despida de él. La Érika que ahora ves es gracias a su paciencia y a su perseverancia.

—Lo sé.

—Ningún hombre antes me ha querido como lo ha hecho Hugo. Ni siquiera Eidan en nuestros mejores momentos, y eso también lo he comprendido.

Se acercó a la cama, donde estaba sentada, y la miró detenidamente. Después la abrazó.

—Gracias Alana, sin vosotros tampoco lo habría conseguido. Soy una chica afortunada y aunque tardé también lo he comprendido. Estoy lista para seguir con mi vida.

—¡Oh Érika! Cuanto te quiero.

—Espera a que venga el cerrajero ¿vale?

Le dio un beso en la mejilla y se marchó.

Érika cogió un taxi quince minutos más tarde.

CAPÍTULO 43

Se bajó del taxi en Oconell Street, una de las calles principales de la ciudad, y cruzó la acera antes de adentrarse en el hotel de tres estrellas llamado Lynams. Una vez en el interior, y después de echar un vistazo rápido, se dirigió a los ascensores situados en el lado izquierdo del mostrador de recepción. Pulsó el botón, y esperó echa un manojo de nervios ahora que se acercaba el momento de volver a verse a solas. Aquella semana se había convertido en una auténtica pesadilla. Tanto que llegó a creer que tan solo fue una más.

Los malditos nervios se alojaron de manera implacable dentro de su cuerpo, y consiguieron que los latidos del corazón se le aceleraran mientras el ascensor subía. E inevitablemente comenzó a dudar.

En cuestión de segundos llegó a la tercera planta. Salió del ascensor y empezó a andar para localizar el número que estaba buscando. Una vez que lo encontró se quedó parada frente a la puerta.

Cerró los ojos durante unos instantes y trató de tranquilizarse. También trató de infundirse ánimos, puesto que sabía el propósito de su visita. Decirle adiós al hombre de su vida sería duro, pero era lo menos que podía hacer después de llegar a plantarse allí. Así que levantó la mano y golpeó la puerta con los nudillos, algo indecisa y de forma tímida. Después esperó.

Un Hugo desaliñado, despeinado, y con una barba incipiente de un par de días, abrió la puerta. Apoyándose en el marco de la puerta, para no caerse, mientras la miraba con una expresión mezcla entre incredulidad y alegría.

—¡Has venido! —exclamó emocionado. Pero al intentar acercarse casi se cayó. Volviendo a apoyarse pero sin dejar de mirarla.

—¿Puedo pasar?

—Siempre —afirmó observándola.

La habitación era como se esperaba. Pequeña y práctica en un hotel económico en pleno centro.

Dejó el bolso sobre la única silla que había, y reparó en las botellas del mini bar, vacías, esparcidas por cualquier lado. La cama estaba deshecha y la tele encendida.

Hugo cerró la puerta a sus espaldas, y en ese instante no pudo evitar recordar aquella primera vez cuando la llevó a su apartamento, sin saber si le

sería posible quedarse a solas con él. ¡Cómo había cambiado todo!

—Me alegra saber que no tengo que avisarte al cerrar la puerta —no pudo evitar decirle a consecuencia de aquel recuerdo.

Érika sonrió y se dio la vuelta para mirarlo.

—Solo tú has hecho que sea posible.

Hugo la miró detenidamente y empezó a acercarse. El cambio de humor de ella era evidente, y ni siquiera el alcohol puso algún impedimento para que pudiera pensar con algo de normalidad.

—¿Ya no estás enfadada?

—Lo sigo estando pero, algo que ha hecho Alana me ha hecho pensar que quizás no todo sea como yo imagino.

Dio un traspié, antes de llegar junto a ella, y al sentir cómo intentaba ayudarlo cerró los ojos.

—¡Oh Dios! —exclamó atormentado con la voz baja y un sinfín de arrugas alojadas sobre la frente. No estaba en condiciones de recibirla como solo ella se merecía, añadiendo desolado—: Estoy borracho.

La manera avergonzada de dirigirse a ella, pasó por querer explicarse, y sobre todo pasó por querer pedir perdón. Torturándose por terminar así ante la mínima posibilidad de que ella, como era el caso, apareciese sin avisar.

¿Es que se había vuelto loco? ¿Para qué había viajado hasta allí si ni siquiera iba a poder mantener ninguna conversación?

La escena resultaba patética y él, cuando se despertara al día siguiente, no podría perdonárselo nunca.

—Ven, siéntate en la cama antes de que te caigas —le dijo con calma.

Él obedeció a la primera, dándose cuenta de que ella lo miraba con ternura.

—¿Podrás perdonarme por haberlo estropeado todo?

Érika se agachó a su altura y empezó a desatarle las zapatillas deportivas que llevaba. Cuando terminó alzó la mirada y se encontró con unos ojos tristes y melancólicos, envolviéndola de una forma abrumadora, hasta el punto de desear borrarla al precio que fuera. Y aunque la intención de los dos era hablar por última vez, con el objetivo claro de despedirse, lo que sí era cierto es que el amor que se procesaban seguía y seguiría estando presente durante mucho tiempo. Y ella le demostraría que estaba con él. Dispuesta a tenderle la mano porque ahora era él el que la necesitaba.

La reacción de Érika entonces fue la de abrazarle con todo el amor que le tenía, susurrándole:

—Tú no has estropeado nada, nunca podrías hacerlo.

—Sí, sí que lo he hecho —respondió abrazándola a su vez, envolviéndola entre unos brazos que la habían echado terriblemente de menos. Tanto que, ahora que la volvía a tener así de cerca, no pudo evitar emocionarse añadiendo cabreado—: ¡mírame!

Ella se apartó un poco y lo hizo.

—Ya lo hago Hugo.

—¿Cómo puedes no estar enfadada conmigo? Ni me acuerdo de lo que he bebido y yo...

—Eso ahora no importa. —En ningún momento desde que dejaran de abrazarse dejaron de tocarse. La necesidad de hacerse sentir, uno sobre el otro, a través de unas simples caricias, era tan necesario como seguir respirando.

—Claro que importa, esta es nuestra última noche para estar juntos y ahora que te tengo aquí nunca podré perdonármelo. Nunca.

—No seas tan duro contigo —le contestó con suavidad antes de volver a la tarea de quitarle las zapatillas. Cuando lo consiguió le empujó con tacto y le hizo tumbarse sobre la cama.

A esas alturas, y después de la mezcla que llevaba dentro, mantener los ojos abiertos le estaba costando una barbaridad.

—¡Érika! —exclamó de pronto, incorporándose de la cama con dificultad, para seguidamente dejarse vencer por el olvido.

—Tranquilo. —Se quitó las botas de agua y le acompañó, sentándose sobre el colchón, porque adivinaba el origen de su tortura. Y con un tono tranquilo le dijo—: Estoy aquí. Contigo.

Aquella respuesta consiguió apaciguarlo un poco, aun así, antes de dejar que el sueño lo envolviera, logró preguntar:

—¿Te quedarás? —La cara de auténtica indefensión hizo que a la chica se le hiciese un nudo en la garganta, escuchando a continuación—: por favor, no me dejes solo ¡te necesito!

—No me voy a marchar —se tumbó a su lado para demostrárselo, y solo así consiguió que se quedara tranquilo.

Ahora fue ella la que echó la vista atrás y recordó que el miedo a quedarse sola le era de sobra conocido. Viniéndole las imágenes de lo segura que se sintió cuando, en las fiestas de aquel pueblo tan maravilloso, que le acabó marcando la vida, la dejara sola creyendo que estaba jugando con él, para en cambio ser el primero a quien viera en el instante que consiguió

volver en sí entre aquella gente desconocida.

¿Cómo iba ella a fallarle ahora? Eso nunca.

Cinco minutos después escuchó su respiración relajada. Se había quedado dormido, eso sí, ni el ansiado sueño, ni la borrachera que llevaba encima, fueron suficientes para dejar de abrazarla en ningún instante. Reteniéndola entre unos brazos fuertes, con la expresión atormentada sobre el rostro, en un férreo deseo de no dejarla marchar.

A Érika no le costó dejarse envolver por aquella seguridad que la invadía cada vez que estaban juntos, y minutos después, también consiguió quedarse dormida. Eso sí, no sin antes tener claro lo que iba a hacer a la mañana siguiente.

Se despertó con un dolor de cabeza brutal acompañado por el malestar del estómago. Abrió los ojos y también se encontró con una sensación de fatalidad absoluta.

“¿Por qué?”, se preguntó.

Pero no tenía la menor idea, tratando de recordarlo.

¡No pudo hacerlo! Y debido a ello, no le importó el calvario que le iba a suponer el dolor que parecía querer taladrarle las sienes, incorporándose no sin antes tomarse su tiempo. Mirando confundido la habitación pequeña que tenía frente a sus ojos.

¿Dónde cojones estaba?

La sensación de que no le iba a gustar nada, cuando lograra recordarlo, lo sumió en un estado apático y distante, echando a un lado la colcha y extrañándose porque estaba vestido.

“Pues sí que tengo que haber bebido para no acordarme de nada”, pensó abatido rondándole que algo iba mal. Muy mal.

Sorprendido advirtió que, encima de la mesita había un vaso de agua y una tableta de pastillas. No se lo pensó. Sacó dos del blíster y se las llevó a la boca con el convencimiento de que serían para el dolor de cabeza, y no se molestó en leer la parte de atrás.

“¿Las habría dejado él en previsión de lo que le esperaba cuando despertara?”

Supuso que sí, echando mano del vaso de agua para llevárselo a la boca, tragándolas y dejando el vaso en el mismo sitio. Centrándose en echar un barrido sobre la habitación desconocida hasta que dio con unos papeles que

había encima de la mesa. Se acercó con pasos interrogantes y vio que se trataba de un billete de avión con destino Dublín—Madrid.

—¡Me cago en la hostia! —terminó exclamando fuera de control. Acordándose de lo ocurrido.

Y se dejó caer sobre la silla.

Instantáneamente, en un acto reflejo, volvió la vista hacia la cama, encontrándose con la desagradable sorpresa del porqué, antes de levantarse, y de forma inconsciente, había alargado el brazo en busca de alguien. Entendiendo que se trataba de Érika.

—¡Joder! —gritó furioso consigo mismo. El dolor de afrontar que se había marchado era desgarrador. Obviando cualquier malestar a consecuencia de la resaca.

¿Cómo era posible que después de hacer lo que hizo terminara emborrachándose? La idea de que Érika finalmente encontrara las fuerzas para ir a verlo, después de sentirse olvidada y como una de tantas, lo atormentó hasta el límite de la coherencia. Poniéndose en su lugar, entendiendo que debía de odiarle por recibirla completamente borracho sin poder tenerse ni en pie.

¿Es que se podía llegar a caer tan bajo?

Soltó un tropel de improperios y corrió para coger el móvil. Tenía que llamarla. El avión de regreso a Madrid salía en tres horas y haría lo que estuviese en sus manos para pedirla perdón, también para verla una última vez y despedirse como debía. Cara a cara. Pero supo que no quería saber nada de él en cuanto escuchó la voz del contestador automático.

—¡No! ¡No! —terminó gritando, golpeando la mesa con el puño dándose por vencido.

Y así fue cómo, envuelto en unos remordimientos terribles, supo que si no quería perder ese avión debía empezar a recoger sus escasas pertenencias. Se dirigió a la mochila y, después de coger ropa limpia, se internó en el cuarto de baño para ducharse con una cara que hablaba por sí sola.

En ningún momento pudo llegar a pensar, ni en sus mejores sueños, que el hecho de que Érika no contestase a su llamada, y que por lo tanto saltara el buzón de voz, no era por otro motivo que porque en el lugar en el que se encontraba no había cobertura.

Y aquel lugar no era otro que el ascensor del hotel en el que estaba alojado. Subiendo con el firme propósito de contarle las novedades que ella

misma se había atrevido a hacer. Olvidándose de que, muy posiblemente, él pudiera sentirse molesto, para terminar actuando como le dictaba el corazón. No podía consentir que se despidieran así. De la peor manera posible.

Sacó la tarjeta de la habitación, que se había guardado en el bolso cuando salió, y la metió en la ranura correspondiente. Al ver la luz de color verde la sacó y tiró del tirador hacia abajo. A continuación entró.

La sensación de haber llegado tarde la inundó completamente, pero escuchó ruido procedente de la ducha y pudo respirar tranquila.

¡Él seguía allí!

Aquella sensación de pesar rápidamente se transformó en un deseo irrefrenable de querer desnudarse, allí mismo, y meterse en la ducha con él. Solo de pensarlo los pelos de la nuca se le erizaron y los pezones despertaron de aquel letargo impuesto a la fuerza, conteniendo a su cuerpo entero para no dejarse llevar simplemente. Algo que resultaría tan fácil...

Pero no lo hizo. Cogió el mando de la tele y la encendió con el fin de entretenerse con lo que fuera. Se sentó en la silla e hizo lo posible para no imaginarse el cuerpo tan bien definido de Hugo desnudo bajo la ducha.

¡Obviamente no lo consiguió!

CAPÍTULO 44

Terminó de darse una ducha rápida y consiguió despejar su mente castigada, centrándose únicamente en darse prisa para no perder el puto avión que no tardaría en estar listo para llevarlo de vuelta a su país de origen.

Cogió una de las toallas grandes cuando estuvo listo y se secó con fuerza, pretendiendo castigarse a sí mismo. Después se vistió y llenó el lavabo con agua caliente para quitarse aquella barba incipiente que le empezaba a molestar.

Quince minutos después estaba listo. Abrió la puerta del baño y el volumen de la tele se internó dentro de sus oídos.

“¿No había apagado la tele antes de que fuera a ducharse? Aseguraría que sí pero entonces, ¿quién la podría haber encendido?”

La persona que lo había hecho estaba sentada como si nada esperándole, haciendo que, un Hugo sorprendido, cambiase el semblante de la cara envolviendo la lúgrume habitación con una espectacular sonrisa que a Érika la sobresaltó de inmediato. Conteniendo, esta vez, las ganas de correr hacia unos brazos que estaba segura estarían deseando que lo hiciera.

Pero la idea de que ese sería el último día en el que se verían, le hacían ver que muy posiblemente lo mejor para ambos sería mantener una distancia prudencial con el objetivo de que se les hiciera un poco más llevadero, la ardua tarea de decirse adiós cuando llegara el inevitable momento. Decidiendo quedarse donde estaba aun cuando le resultó casi imposible.

Hugo se recreó mirándola. Estaba guapísima y, como ya le pasara a ella, luchó contra su fuero interno para no lanzarse sobre su chica para cogerla en brazos y tumbarla sobre la cama. Muriéndose de ganas de hacerlo.

—Buenos días —le dijo ésta haciendo que volviera de unos pensamientos lujuriosos, después de que las pastillas comenzasen a hacer efecto.

—Vaya si lo son, —y dudó antes de llamarla amor como siempre hacía. Aunque las ganas de decírselo eran bastantes—, cuando me he despertado y no te he visto pensé que te habías escabullido en mitad de la noche.

—¿Y te sorprende que no lo haya hecho?

—Sí —afirmó con sinceridad, cruzándose de brazos y apoyándose sobre el marco de la puerta.

El aspecto sexy que ofrecía con aquellos vaqueros desgastados, y con aquella camiseta que se ceñía en torno a su pecho y a sus hombros musculosos, hizo que a Érika se le secase la boca, bajando la mirada a medida que no pudo evitar ruborizarse.

—¿Y sabes por qué me sorprende? —continuó sin que le pasara inadvertida su posición.

—¿Por qué? —logro decir volviendo a sus ojos.

—Porque después de recibirte borracho creí que te habías marchado para siempre sin que quisieras volver a tener noticias mías.

—Pues te equivocaste.

—Afortunadamente.

—Hugo.

—¿Sí?

—Hay algo que tengo que decirte.

—Yo también.

—Vale —rió—, tú primero.

—Está bien, —dejó de apoyarse y se acercó a ella, diciendo con una voz seria—: Quisiera que ya que esta noche no hemos podido hablar, gracias a mi inmadurez, me gustaría que por lo menos quisieras acompañarme hasta el aeropuerto. Tengo que estar allí dentro de media hora y...

—Hugo —lo interrumpió con la duda de si habría hecho lo correcto.

—¿Sí?

Una mirada. Un silencio. Y de repente seis palabras atropelladas.

—No vas a coger ese avión.

—¿Cómo dices? —preguntó sin entender, esperando más de la cuenta debido a su silencio. Parecía haberse quedado muda—. ¿Érika? —terminó preguntando para apremiarla.

La respuesta de ella lo dejó más sorprendido si cabe.

—¿Me prometes que no te vas a enfadar?

—¿Y cómo me voy a enfadar contigo después de que sigas aquí? Nunca. —Y volvió a tragarse el llamarla como ansiaba con verdadera desesperación a esas alturas.

—Vale. Siéntate por favor.

Este lo hizo sobre la cama.

—¿Y bien?

—Me he tomado la libertad de cambiarte el billete.

—¿De cambiarme qué? —Aquella noticia sonaba bien. Muy, muy bien.

—Tengo algún contacto en el aeropuerto y sin coste adicional han logrado cambiarlo para mañana a primera hora.

Hugo se limitó a mirarla encantado ante lo que aquel día extra significaba para los dos. Amándola hasta que llegaba a doler.

—El fin de semana que no nos dejaron disfrutar, después de lo mucho que nos lo merecíamos, —continuó nerviosa al ser observada de esa manera— ... está al alcance de nuestras manos aquí en mi ciudad, y aunque solo sea un día me encantaría servirte de guía para que conozcas partes de mis costumbres, ¿qué te parece? ¡Ah! Y acuérdate que me acabas de prometer que no te ibas a enfadar conmigo.

Hugo se acababa de quedar mudo ante aquel fantástico plan, aunque ya se encargaría él de añadir varios matices, permaneciendo en silencio, lo que Érika interpretó como algo malo.

—Si no quieres lo entenderé —añadió con un gran esfuerzo para no echarse a llorar.

—¿Si no quiero qué?

Le costó bastante decir:

—Quedarte un día en mi única compañía. Es lo que me gustaría ofrecerte pero ya veo que...

—Sí —la interrumpió con cara de bobalicón, dando gracias a que Héctor no pudiera verlo.

—¿Sí qué?

—Acepto —y alargó las manos hasta coger las suyas—, nada en estos momentos hay que quiera hacer aparte de lo que me estás ofreciendo. Gracias.

—¿Qué te parece entonces si empezamos con un buen desayuno? Hay mucho que quiero enseñarte y no hay tiempo que perder —se levantó entusiasmada y tiró de una de sus manos.

A Hugo no le quedó otro remedio que levantarse y seguirla, cuando lo que verdaderamente deseaba, fervientemente además, era quedarse encerrado con su amor en esa habitación el resto del día, y por supuesto toda la noche, pensando desde que pusiera el primer pie, fuera de la habitación, la forma inmediata para volver a ella y con el único fin de hacer el amor una y otra vez.

Cuando salieron a la calle había dejado de llover.

Entraron en una de las abarrotadas cafeterías de O'Connell Street cogidos de la mano, entre risas, hasta conseguir una mesa libre. Esperando un rato puesto que el que hubiese amanecido sin que cayera una sola gota de lluvia, con un cielo sin nubes, y con un sol radiante, había hecho que la gente quisiera salir de sus casas para aprovechar ese domingo soleado, llenando de bullicio y de alegría cada rincón.

El camarero no tardó en llevarles dos cafés con leche y un par de croissants a la plancha a la mesa en la que estaban sentados, uno frente al otro, permaneciendo cogidos de la mano. Necesitaban ese contacto para aprovechar el tiempo. También para recuperarlo después de la semana que les había sido arrebatada a la fuerza.

—¡Hmmm! Me muero de hambre —reconoció Érika untando generosamente su croissant de mantequilla y mermelada de arándanos, después de que llevase varias horas sin llevarse nada a la boca por falta de apetito.

—Anda come —la terminó regañando cariñosamente—, no te creas que no me he dado cuenta que debes de haber perdido por lo menos un par de kilos desde la última vez que te vi.

—¡Guau! Qué observador —se burló de él.

—Con lo que te afecte a ti en particular siempre —contestó serio—. Ya deberías saberlo. —Y pegó un bocado intencionado a su bollo sin apartar los ojos de los suyos, en un claro gesto provocador, en el que le dijo lo que verdaderamente le gustaría llevarse a la boca. Comenzando a mostrar sus artes de seducción con un único y placentero deseo. Poseerla por entero.

Érika se atragantó y cogió la taza para beber un trago de café.

—No lo hagas.

—¿Que no haga qué? —le preguntó con cara inocente siendo ahora él el que se burlara de ella.

—Mirarme como lo acabas de hacer Hugo, ¿acaso pretendes matarme?

—Nunca —añadió con un brillo sospechoso en aquellos ojos traviosos—. Al menos no hasta que haya acabado contigo.

El contenido explícito y oculto de aquellas palabras, consiguieron que Érika se estremeciera de placer. E hizo lo humanamente posible porque no se le notase el grado de aturdimiento en el que se encontraba. Aceptando el hecho de que terminarían haciendo el amor en la cama como colofón a la despedida del día siguiente.

¡Cómo no! volvió a atragantarse, ocultando su cara ruborizada. Algo que a Hugo no le pasó desapercibido, analizándola en profundidad, disfrutando de

la tensión sexual que había entre ellos.

—¡Joder! —terminó por exclamar, mirando la erección que tenía a través de los vaqueros.

—¿Qué pasa?

Volvió a mirarla solo que esta vez la atravesó, diciendo como si nada:

—Me acabo de empalmar y como sigas mirándome con esa cara de niña avergonzada terminaré arrastrándote por la cafetería hasta que te folle contra la pared del baño.

La imagen morbosa de ellos dos en esa actitud, que acababa de decir, acudió a la mente de una Érika que sencillamente había dejado de respirar solo de pensarlo. Agarrándose a ambos lados de la mesa, observando cómo él seguía desayunando tan tranquilo después de lo que acababa de decir.

¿Cómo era posible?

—Sigue comiendo. Estás muy flaca.

Volvió a la realidad y siguió respirando con el rubor extendiéndose por las mejillas. Cerró el croissant y se lo llevó a la boca dando un gran mordisco.

—Buena chica. —Terminó el café y a continuación la siguió observando.

—¿Vas a estar así todo el día? —habló con la boca llena.

—¿Así cómo?

Bebió un poco de café para tragar y continuó:

—Provocándome.

Él soltó una carcajada antes de contestar:

—Por supuesto que lo voy a seguir haciendo, y no pararé hasta conseguir lo que quiero.

La exclamación de Érika al verle meter el brazo, debajo hasta lograr llegar a la cara interior de sus muslos, se escuchó demasiado alto.

—¡Por Dios Hugo! ¡Estamos en un sitio público!

—Eso es algo que me pone a cien nena, todavía hay muchas cosas que desconoces de mí. —Y tan pronto como empezó a acariciarla se apartó.

El vacío que quedó en aquella parte de su cuerpo fue extremadamente doloroso, tanto que no pudo terminarse el desayuno. Se acababa de quedar sin apetito, comprendiendo que él estaba jugando deliberadamente con su cuerpo. ¡Aceptando el hecho de que le gustaba bastante que lo hiciera!

Eso sí, si pensaba que se iba a olvidar de lo que ella le ofreció, iba listo. El día era muy largo y haría cuanto estuviese en sus manos para llevar a cabo su cometido. Y si quería jugar ella también sabía hacerlo.

—Yo también tengo muchas cosas que quiero enseñarte.

—¿Ah sí? —preguntó con voz provocativa.

—Por supuesto, y empezaremos por conseguir una cámara de fotos desechable. Quiero tener este recuerdo para siempre. —Y al ver la cara decepcionada añadió—: Qué... ¿dispuesto a subirte a un bus turístico? Tenemos mucho que ver.

—Si tú lo dices.

—Voy a pagar la cuenta. Estás en mi terreno y por lo tanto yo pago —contraatacó volviendo a la carga—, y por supuesto yo mando.

Hugo echó un bufido y se quedó cruzado de brazos, viéndola alejarse. En ningún instante dejó de admirar el fabuloso trasero embutido en los vaqueros ajustados, que se contoneaba exageradamente, en un claro gesto provocador. Se movió inquieto sobre la silla para acomodar la dureza entre los pantalones, y le echó una mirada de depredador que asustaba, dejándole bien claro que aquel juego no había hecho más que comenzar, y que únicamente podría terminar cuando la hiciera sucumbir a sus encantos.

Érika volvió a apartar la mirada, ruborizándose de nuevo, y pagó la cuenta.

—¿Listo?

—Para ti siempre... amor —confesó levantándose de la silla para acercarse. Aquel cuerpo lo tenía descontrolado.

Y Érika abrió los ojos, sorprendiéndose una vez más, en cuanto notó la erección de él sobre su ombligo. Otra vez se olvidó de respirar, sintiéndose nuevamente en casa, porque la acababa de llamar como siempre hacía.

—¿Verdad que eres consecuente de lo listo que estoy nena? —le dijo.

Y con la misma rapidez la volvió a soltar para, en último lugar, cogerla de la mano y tirar de ella. Saliendo a la calle.

Por unos deliciosos segundos ella deseó, con fervor, que la terminara llevando hasta el interior del baño para así...

“¡Por todos los santos! En el caso de que continúe así seré yo la que lo termine arrastrando!”, pensó acalorada, admitiendo la verdad absoluta de que estaba perdiendo en el juego contra él. Deseando un nuevo asalto en el que, con toda probabilidad, se dejaría arrastrar por el deseo que su cuerpo empezaba a solicitar de manera clamorosa.

Un segundo después volvía a respirar y comenzaron a andar.

Sacaron los tickets después de entrar en una tienda de regalos y comprar la máquina de usar y tirar, esperando en el lugar exacto que el vendedor de tickets le indicó.

No tardaron en subirse en el primer bus, que llegó, a la parte descapotable de arriba. Compartiendo dos asientos pegados mientras que ella aprovechaba para poner la cabeza sobre su pecho. El olor de su colonia era el aroma más embriagador que existía. Al momento empezaron a moverse y sobre sus mejillas sintió el aire fresco de la mañana. Cerró los ojos y se envolvió en la maravillosa sensación de verse acompañada por el hombre que a día de hoy seguía siendo una pieza imprescindible en su vida.

¿Para qué molestarse en pensar que todo acabaría a la mañana siguiente? No, nada de eso. No desaprovecharían la oportunidad que finalmente se les brindaba, pudiendo mostrarse tal y como eran sin que nadie les molestara. Solo ellos dos, sin interferencias y por supuesto sin que nada ni nadie pudiese separarlos.

—¿En qué piensas? —quiso saber ante la expresión relajada de su cara.

—En lo bien que estoy así. —Dijo apretujándose un poquito más contra él, abrazándolo de la cintura—, y en el bien que me has hecho desde que te conocí.

—¿Vas a ponerte nostálgica ahora?

Dejó de acurrucarse y lo miró.

—No. Es mi manera de agradecértelo Hugo. Sin ti no hubiese conseguido ser la que era. Sin ti no hubiese conseguido acabar con Eidan. Y sin ti no hubiese podido seguir con mi vida. Ahora sé que estoy preparada.

—¿Algún pero? —bromeó besando la punta de su nariz.

—Sí. Uno.

—¡Oh, oh! por la cara que acabas de poner creo que no me va a gustar lo que vas a decir, ¿me equivoco?

—No lo sé.

—Venga, suéltalo nena.

Con alguna que otra arruga sobre el ceño confesó:

—Me dolió, me duele, y me dolerá el resto de mi vida que aceptaras tan fácilmente olvidarte de mí, ¿cómo pudiste hacerlo?

Las lágrimas acudieron a sus ojos, algo que a Hugo le hizo enfadarse, nuevamente, consigo mismo. Odiándose por ser el causante de aquellas lágrimas que escocían demasiado.

—¿Sabes qué amor? Lo hice porque pensé que sería lo mejor para ti,

como me dijo Brian, pero quiero que sepas que de haberme imaginado cuánto estabas sufriendo habría actuado de forma diferente. —Pasó las yemas de los dedos por su cara y limpió las lágrimas con suavidad, lleno de culpa—. ¿Podrás perdonarme?

—Ya lo he hecho... —y añadió—: amor.

Ambos se fundieron en un cálido abrazo.

—Me gusta cómo suena —rió divertido Hugo—, hasta podría acostumbrarme.

Bajó a su boca y la besó suavemente, después permanecieron atentos a lo que el guía iba diciendo en español, agarrados en todo el trayecto.

Se hicieron fotos en el ayuntamiento, en el castillo, en el Trinity College, en la cárcel de Kilmainham, en el casino Marino, y en el Custom House. Y aunque a Hugo aquella ciudad le estaba resultando una auténtica sorpresa, la verdad era que a medida que pasaba el tiempo, y a pesar de estar disfrutando de cuanto veía, se le empezaba a agotar la paciencia. Deseaba llevarla a cualquier parte en el que pudieran tener un poco de intimidad para tenerla como necesitaba, solo que Érika seguía teniendo otros planes bien distintos. Tal y como le anunció en la última parada.

—Es la hora de hacer una visita obligada.

—¿Otra? —Se quejaba volviendo a coger su mano—, y yo que pensaba que podríamos regresar al hotel...

—¿Y perderte lo que es la señal de identidad de Dublín? Eso nunca. Nadie que viene se puede marchar sin haber visto antes el Guinness Storehouse. —Al ver la cara de resignación le dijo con una sonrisa—: ¿Qué? ¿Te hace una pinta de cerveza?

—Qué remedio —resopló.

—Anda vamos que te va a gustar.

La visita al museo de la cerveza Guinness también quedó immortalizada en la cámara de fotos, terminando sentados en el espectacular bar panorámico comiendo un filete con patatas y, cómo no, bebiendo varias pintas de cerveza. Todo ello ante las impresionantes vistas de buena parte de la ciudad. Ayudando a que fuera único e inolvidable.

—¿Nos tomamos la penúltima como decís en España?

—Solo si después volvemos a mi habitación.

Érika lo hizo sufrir un poco más.

—¿Y qué pasa con la antigua destilería de Jameson? También te gustará.

—¿Y si lo dejamos para otro año? Tengo otros planes y a decir verdad estoy saturado de visitas.

—¿Ah sí? ¿Acaso lo que pretendes decirme es que te estoy aburriendo?

—A decir verdad lo que pretendo decirte es que me encantaría que me mostrases otro tipo de lugares. Solo así podría seguir con tu ruta turística particular.

—¿A qué tipo de lugares te refieres exactamente? —le preguntó entrando en su juego, viendo cómo sus ojos parecían devorarla. Volviendo al juego de la seducción como ya sucediera esa mañana en la cafetería.

—Más que decírtelos lo que me gustaría sería mostrártelos.

La distancia entre ellos se borró de un plumazo porque de repente, la mano de él, volvía a ocultarse bajo la mesa hasta dar nuevamente con la cara interior de sus muslos. Y volvió a necesitar centrarse en respirar, sobre todo ante aquellos ojos tan explícitos, mientras abría los ojos sorprendida por la poca vergüenza de aquella mano que seguía subiendo y subiendo.

Érika miró hacia un lado y hacia el otro en busca de evidencias de que alguien de alrededor, o alguno de los camareros, estuviera dándose cuenta de la situación. No las hubo, tragando con dificultad a la vez que terminaba de sucumbir a lo que él quisiera.

¡Estaba en sus manos!

—¿No te parece que añadiendo un pequeño aliciente el día puede convertirse en perfecto? —Tras aquella sensual insinuación, y como ya hiciera antes, la dejó de tocar.

No se lo podía creer, observándole coger su guinness, para llevársela a la boca.

¿Cómo podía conseguir ponerla a cien y él de pronto actuar como si tal cosa?

—¿Te refieres al aliciente de otra cerveza? —le preguntó algo cabreada porque parecía estar en estado normal.

—No exactamente.

—¿Sigues jugando conmigo?

—No lo puedo evitar —sonrió con ganas, dejando la jarra encima de la mesa añadiendo—: en cuanto quieras que deje de hacerlo dímelo. Acuérdate que eres tú la que manda.

“¡Madre mía! Por supuesto que quiero dejar de jugar”, pensó, recordando las palabras que se referían a lo que quiso hacerle en el baño.

La mirada de auténtico canalla, que le dedicó en exclusiva, le hizo saber que no tenía escapatoria. Olvidándose de la Érika razonable para convertirse en una Érika provocadora y a la que de pronto le dio todo igual.

—¿Y si te digo que quiero que me enseñes ese aliciente?

Hugo se levantó de la silla de un salto, sin hacerse de rogar, y se inclinó encima de la mesa hasta llegar casi a su boca. Y mirándola con un deseo irracional le susurró:

—Es un honor poder hacerlo —la abrió y la rozó deliberadamente con su cálida y húmeda lengua esperando una respuesta que por supuesto no tardó en llegar, notando extasiado cómo abría la suya para recibirlo, antes de perderse el uno en la boca del otro de una manera escandalosamente adictiva y urgente, en el que sobre todo ella, perdió la noción del lugar en el que se encontraban... Por ese motivo se quedó a cuadros cuando él dejó de besarla para volver a sentarse tan tranquilo.

—¿Estás bien? Te veo un poco acalorada.

—Eres un cabrón ¿lo sabías?

—No eres la primera que me lo dice así que me lo tomaré como un cumplido.

Érika cogió la servilleta y se la tiró a la cara enfadada.

—¿Qué he hecho para que te pongas así? —preguntó con una cara de niño bueno que a ella la exasperó después de dejarla como lo había hecho.

—¡Joder Hugo! ¿Y tú me preguntas que qué es lo que has hecho? Ya deberías saber por experiencia propia que no me gusta que me pongas a mil para después dejarme con las ganas.

“Aquello se ponía interesante”.

—Pero si solo te he dado un beso...

—¡Buf! ¿A eso lo llamas sólo un beso? —preguntó, seguidamente levantó la mano apresurada para llamar al camarero.

Hugo volvió a reírse.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

—No sé. Me lo parece a mí, ¿o tienes prisa?

Lo fulminó con la mirada.

—Porque lo que parece es que después de llevarlo insinuando toda la mañana ahora eres tú la que parece querer ir al hotel.

Hizo una pausa y después:

—¿Me equivoco?

“Ya casi la tenía donde quería”.

—Vete a la mierda. Eres un listo —le dijo levantándose con un cabreo de un par de narices.

—¿A dónde vas?

—Al baño.

—Bien, te esperaré aquí.

Le echó una última mirada con cara de pocos amigos y se marchó. El enfado que llevaba consigo era tal, que no la hizo percatarse de que un Hugo depravado, y sin vergüenza, iba tras sus pasos con el convencimiento de terminar lo que tan gustosamente habían empezado.

¡Era la hora de la recompensa y era la hora de entrar en acción!

CAPÍTULO 45

Una acalorada y furiosa Érika, abrió la puerta que daba a los baños con la intención de humedecerse con agua fría la cara y la nuca. Experimentando en sus propias carnes el deseo que el cabrón de Hugo había despertado para a continuación tener las santas narices de dejarla así. En un estado apático y lamentable.

¿Cómo le podía llegar a resultar así de fácil jugar tan deliberadamente con su cuerpo?

—¡Joder!

Fue a cerrar la puerta cuando de pronto notó cómo alguien, desde el otro lado, hacía fuerza para que no lo hiciera. Molestándole el hecho de que ese alguien siguiera empujando sin que le pareciera importar que le estuviera dando a ella.

“Esto es el colmo”.

Y con el cabreo que llevaba encima, queriendo importunar a la mujer que seguía empujando a toda costa (porque tenía clarísimo que se trataba de una mujer), dejó de cerrarla, cruzándose de brazos y mirando con una cara de enfado monumental a quien fuese la que se encontraba en el otro lado.

La puerta empezó a abrirse y Érika dijo antes de tiempo:

—¿Acaso no ves que está ocupado? —dijo en español y con un humor de perros.

Lo que ella nunca se esperó fue la contestación que iba a tener lugar a continuación. Escuchando:

—¿Ah sí? ¿Prefieres entonces que me vaya?

La cara de sorpresa no se hizo esperar.

—¿Qué haces?

—Lo que debería haber hecho esta mañana —dijo como si tal cosa, echando el cerrojo.

A Érika se le olvidó, otra vez, respirar.

—Ven aquí, por fin te tengo.

Alargó el brazo y tiró de ella. Pegándola deliberadamente contra su cuerpo.

—Vuelvo a estar empalmado ¿lo notas? —No la dejó contestar, antes de que pudiera hacerlo ya se había apoderado de su boca.

Por supuesto que a una excitada Érika no se le pasó por la cabeza, en ningún momento, llegar a protestar. Fundiéndose en aquel beso como si fuese el último, deseando con fervor entregarse a él en aquel baño público que nunca podría olvidar. Dejándose llevar por el delicioso sentir de aquellas manos y de aquella boca que la volvían loca, siendo ajena al lugar en el que se encontraban. Resultándole escandalosamente excitante lo que estaban a punto de hacer.

—Estás loco —conseguía decir ávida de las manos expertas, las cuales se perdían para alcanzar el botón de sus pantalones vaqueros—, esto es una indecencia.

—Y precisamente por eso te gusta ¿me equivoco? —preguntó sin cortarse un ápice, bajándole los pantalones.

Un grito de sorpresa surgió de la boca de Érika puesto que de pronto fue alzada como si nada. Después Hugo se dio la vuelta hasta dejarla con la espalda apoyada contra la pared del baño, mientras no dejaba de besarla.

—¡Joder Érika! Llevo todo el día queriendo hacer esto.

—¿Y si nos pillan? —logró decir a medida que con demasiada prisa era ella la que ahora le desabrochaba el botón de los vaqueros a él.

—Me daré prisa para que eso no ocurra. Saca del bolsillo de atrás un condón.

—Esto sí que es premeditación ¿no?

—Por supuesto, vamos nena pónmelo.

A nadie, en el fabuloso bar panorámico, se le hubiese podido pasar por la cabeza lo que justo ahora estaba sucediendo en el interior del baño de señoras. El lugar en el que, un Hugo, cegado por la pasión, cargaba contra aquel cuerpo de forma desesperada. Anhelando retenerla dentro de sí para siempre. Robándole hasta el último aliento y gemido en un férreo intento de guardárselo para cuando ya no la tuviera. Solo entonces se entregó a ella dejando que la ansiada recompensa estallara. Reafirmando lo que ambos ya sabían.

—¡Oh mi dulce niña! Si realmente supieras lo mucho que te amo... —confesó enamorado, abrazándola con fuerza antes de salir de su interior.

—Lo sé cariño. —Le respondió, acurrucándose contra él sin querer apartarse. Prolongando en el tiempo aquel momento único. Plenos y unidos en un solo ser.

Por supuesto que ninguno quiso pensar en lo que inevitablemente sucedería a la mañana siguiente.

El sonido inoportuno de alguien llamando a la puerta fue, finalmente, el causante de terminar con aquella unión. Mirándose fijamente y haciendo lo imposible por silenciar las risas debido a la situación tan dispar en la que estaban envueltos.

—Está ocupado. Ya salimos —dijo en perfecto inglés alzando la voz.

—Nos han pillado —gruñó porque no la quería bajar.

Tuvo que hacerlo. La dejó que cogiera los pantalones y se divirtió de lo rápido que se los puso.

—Qué vergüenza. No volveré a pisar este lugar en la vida.

—Anda vamos.

La cogió de la mano, quitó el cerrojo, y abrió la puerta.

La cara de incredulidad de la mujer, que estaba esperando, hizo que la reacción de Érika fuese la de bajar la mirada ruborizada. En cambio la reacción de Hugo fue bien distinta, mostrándole a la desconocida, una espectacular sonrisa, para terminar guiñándole un ojo antes de tirar de la mano de su acompañante. Logrando sacarla de allí. Divirtiéndose de lo lindo y alegrándose de que su dolorido cuerpo hubiese recibido lo que llevaba implorando a gritos.

Los rayos del sol de aquel fantástico día los engulló nada más salir del Guinness Storehouse, la miró y se dio cuenta de lo avergonzada que parecía estar.

—¿Estás bien?

—¿Tú que crees? casi me muerdo de la vergüenza al ver a esa mujer y a aquel camarero mirándonos salir del baño.

—¿Y por qué? Piensa que lo que hemos hecho es darles envidia, ¿has visto sus caras?

—Por favor no me lo recuerdes.

—¿Y por qué no? —La atrajo hacia sí y le dio un beso suave sobre los labios—. Ha estado escandalosamente bien y tu cuerpo bien se ha encargado de decírmelo.

—¡Calla! —exclamó riendo con ganas.

—Te ha gustado tanto como aquella vez que me colé en tu ventana, ¿te acuerdas? Así que deja de hacerte la mojigata y acepta que eres tan depravada como yo. Disfrutas con el morbo de saber que pueden pillarte, y para que lo sepas, eso es algo que me vuelve loco.

—Eres un degenerado ¿lo sabías?

—La diferencia es que yo lo digo —la provocó volviendo a besarla—

bueno... ¿Qué es lo que haremos ahora? Porque como me dejes a mí puedo seguir mostrándote algún que otro aliciente más. Se me ocurre cada cosa...

—¡Basta! —Y le apartó de un manotazo la mano sobre su trasero—. ¿Sigues provocándome?

—Ya lo deberías saber. Siempre.

Érika soltó un bufido divertido y se volvió a coger a su mano.

—Eres incansable.

—No sabes cuánto, —volvió a provocarla con una mirada que la hizo comprender que desde luego que todavía no había acabado con ella.

¡Ni mucho menos!

Y a Érika se le secó la boca de nuevo embriagada por cada una de sus palabras y cada uno de sus gestos.

—¿Te hace un paseo por Temple Bar? —Consiguió decir cuando se recuperó.

—¿Qué es eso?

—Un barrio antiguo y bohemio que tampoco nadie se puede perder cuando viene. Te gustará.

—Hecho.

Al ver una heladería, y antes de comenzar a pasear, entraron en ella. Poco tiempo después salían con sendos cucuruchos de chocolate compartiendo una charla distendida. Continuando empeñados en disfrutar de cada uno de los minutos que seguían teniendo al alcance de sus manos.

Pasearon por Grafton Street, una calle peatonal del barrio antiguo y cuya seña de identidad eran las calles estrechas y adoquinadas, siguiendo inmortalizando cada nuevo lugar con nuevas fotografías en el empeño de una chica de tener, aquel recuerdo imborrable, también plasmado sobre el papel.

Uno de los últimos monumentos en el que se fotografiaron fue ante la estatua de Molly Malone, parando en otra cafetería que daba al río Liffy, para tomarse un pequeño descanso, pidiendo dos capuchinos con extra de nata. Cuando quisieron darse cuenta la tarde se les había echado encima, percatándose de que eran casi las siete. Pagaron la cuenta y otra vez se cogieron de la mano.

—Creo que ya va siendo hora de que regresemos. No tardará en anochecer.

A Hugo no le pudo pasar por alto el tono melancólico que empleó.

Abrazándola con fuerza.

—Jamás podré olvidar este día amor. Y todo gracias a ti.

Érika notó que los ojos se le humedecían.

—Nada de ponerse tristes, sigo empeñado en seguir sintiendo contigo — susurró empleando bien las palabras, diciendo lo que ella le dijo cuando empezaban a sentir algo mutuo en España— y nadie nos lo va a estropear, ¿estás de acuerdo?

Érika asintió, llenándose de fuerzas para contener el llanto.

—Claro que estoy de acuerdo Hugo. Disfrutaré a tu lado hasta el último segundo que nos quede de estar juntos.

—¿Aunque te lleve a lugares prohibidos? —bromeó consiguiendo hacerla sonreír.

—Por supuesto. Anda vamos. Crucemos el Half Penny Bridge.

—¿Y eso qué es?

—El puente peatonal que cruza el río Liffy y que nos llevará de Temple Bar hasta el barrio más formal de O'Connell Street.

—Donde está mi hotel ¿no?

—Exacto.

Caminaron en silencio hasta llegar al puente, viendo a varias parejas de enamorados poner en el muro un candado y tirar la llave al río.

—Me supongo que lo que hacen es una prueba de amor ¿no?

—Sí. Es un puente romántico que te hace soñar.

—Tengo una idea —dijo de pronto y tiró de ella comenzando a cruzarlo.

—¿Qué idea?

—Nada de candados. Nuestra situación es algo especial, —se metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó dos monedas de euro—, ¿qué te parece si pedimos un deseo?

Y le ofreció una de las monedas.

—Vale. Me parece bien.

Los dos pensaron un deseo y lanzaron la moneda. Ninguno dijo al otro lo que había pedido.

—¿Lista?

—Sí.

Se dieron un abrazo y continuaron andando.

Cuando llegaron a las puertas del hotel ya empezaba a anochecer.

—¿Dónde te apetece que cenemos? No conozco muchos sitios por aquí —bromeó Hugo.

—Hay en la esquina una pizzería estupenda, ¿o quieres algo más formal?

—Mientras estés tú lo que prefieras. Es nuestra última cena antes de que me vaya así que, ¿qué prefiera la señorita?

“Que te quedes”, pensó con un nudo en la garganta y sin atreverse a decirlo en voz alta.

—¿Una cena romántica? —Fue lo que terminó preguntando.

—¿Con velas y buen vino?

Érika asintió.

—Sí. Eso mismo.

—Vale pero con una condición. —La miró fijamente antes de susurrarle cerca de la cara—: Yo invito.

A ella le pareció bien.

—Cerca de aquí hay un barco sobre el río que es ideal para lo que buscamos, solo hay un pero.

—¿Cómo de grande? —quiso saber.

—Es demasiado caro.

—¿A ti te gusta?

—Me encanta. —Ni siquiera se le pudo pasar por la cabeza que en un par de ocasiones había cenado allí con Eidan. Deseando compartir una mesa de dos ante la luz de las velas y la música lenta acorde a la situación.

—Entonces cenaremos ahí, ¿qué mejor forma de gastar el dinero?

—Es tan fácil quererte...

—Vamos. Me muero de hambre.

CAPÍTULO 46

El barco-restaurant resultó una auténtica revelación, acompañando a que la inusual pareja continuara sumida en una nube. Parecía que cada detalle estaba orquestado para que pareciese un cuento. Disfrutando sin mirar hacia atrás, y por supuesto sin mirar lo que inevitablemente a la mañana siguiente les estaría esperando.

El metre les acompañó hasta una mesa para dos con vistas al río, y retiró la silla de la joven para que se sentara, después los dejó para que miraran con tranquilidad la carta.

—¿Te gusta? Este es uno de mis restaurantes preferidos.

—Vaya si me gusta. Es como si estuviésemos en una película.

Todo estaba cuidado al detalle. La mantelería y servilletas hechas a mano de hilo, cubertería de plata, vajilla exquisita, luz tenue ambientada por las velas sobre cada mesa, y la música en directo de un violinista que hacía las delicias de los oídos de los presentes.

“Sin lugar a dudas este debe ser el sitio perfecto para pedir matrimonio a la mujer de tu vida”, pensó un Hugo triste ante la evidencia de que a pesar de estar hechos el uno para el otro cada uno debía tomar caminos separados.

—¿Dejas que pida yo?

—¿Qué? —preguntó volviendo en sí alarmado por lo que acababa de pensar acerca de pedir matrimonio, ¿qué le pasaba para que a alguien como él se le hubiese pasado esa disparatada idea por la mente? ¡Qué locura! Porque precisamente su caso en concreto no creía ni en las relaciones duraderas ni por supuesto en el matrimonio.

—Decía que si me dejás pedir por los dos.

—Vale —se limitó a decir borrando lo de antes.

Érika miró la carta y pidió unas almejas en salsa y una tabla de patés de entrantes, de bebida una botella de vino blanco, que les recomendó el metre, y de plato principal besugo al horno.

La cena se alargó en el tiempo, degustando el buen vino además de la comida de primera que les sirvieron, y, antes de que se percataran, estaban completamente solos. La gente de allí cenaba prontísimo por costumbre.

Facilitándoles una intimidad entre un paraje único y romántico.

Hablaron de los planes de futuro que tenía cada uno, hablaron de Ester, de Héctor, de Juan y de María, y cómo no hablaron de que el próximo verano, cuando ella tuviese vacaciones, podría hacerles una visita. Resultándoles, a medida que seguía pasando el tiempo, más y más difícil no pensar en la inminente despedida, pero siendo lo suficientemente precavidos para que ninguno dijera nada que pudiera hacer entender al otro que una posible relación a distancia pudiese llegar a funcionarles. Sabían que lo que empezó a miles de kilómetros, tal como acordaron, tendría un final. Un final que se dejaba vislumbrar con insistencia, ocasionando que a cualquiera de los dos les comenzase a resultar difícil hacerse a la idea de que el día extra había acabado, pero aferrándose de forma desesperada a querer que la noche cerrada se alargase en el tiempo de una manera infinita...

Uno de los camareros se acercó y se llevó los platos una vez que terminaron con el delicioso besugo, seguidamente apareció con un carrito que dejó entre las dos sillas. Antes de marcharse volvió a servirles un poco de vino.

—¿Qué es eso? —preguntó curioso. Las bandejas que había sobre el carrito estaban perfectamente tapadas.

—Ahora lo verás.

Una a una las fue destapando descubriendo el tesoro que ocultaban:

Brochetas de frutas naturales con un cuenco lleno de chocolate líquido... cuatro clases de tartas diferentes acompañadas por bolas de helado... profiteroles con nata... flan... arroz con leche... y en un platito una diversidad de bombones con una pinta que a Hugo se le hizo la boca agua. Consiguiendo hacer hueco y llenándose un cuenco con un poco de cada dulce exquisito.

—Esto sí que es un buen postre.

—¿En serio te vas a comer todo eso?

—Por supuesto —reía metiendo la cuchara en el trozo de tarta de queso que se acababa de servir—. Esta cena me va a costar un ojo de la cara y así reviente pienso probarlo todo.

—Aún estás a tiempo de dejarme pagar la mitad.

—Ni muerto. —Se metió la cuchara en la boca con un trozo grande de la tarta y dijo—: ¿qué clase de caballero crees que soy?

Le costó bastante pero consiguió su objetivo, probando cada uno de los riquísimos postres sin poder decantarse por uno en concreto. A continuación el carrito fue retirado y fue sustituido por otro con un servicio de café, servido en

un juego de plata. En la parte de abajo varias botellas de alcohol y algunas con licores de frutas.

Al ver aquel despliegue no pudo evitar decir:

—Quizás no sea tan mala la idea de pagar a medias —bromeó sirviendo el café— ¿cuánto azúcar quieres?

—Un terrón por favor —pidió, añadiendo—: ya es tarde, mi ofrecimiento acaba de caducar.

—Bueno en ese caso me quedaré fregando cacharros —bromeó mirando la selección de botellas—, ¿te apetece una copa?

—Un licor mejor —lo miró divertida y le dijo—: solo espero que no tengas que probar también todas esas botellas.

—Por esta vez pasaré. No quiero terminar como anoche.

—Menos mal porque eso sí que no te lo perdonaría.

—¿Ah no?

—No. Tenemos la noche por delante y francamente... —susurró en voz baja— quiero aprovecharla entera.

—Vaya, vaya ¿pensando en posibles alicientes?

Y sin decir nada más se levantó de la silla hasta conseguir lo que quería. Besarla para después decir:

—Es una pena que no pueda escabullirme detrás de ti al baño. Esto de que estemos solos es un incordio y se notaría a la primera.

El camarero abrió los ojos como platos al ver la forma en la que se besaban.

—Bueno, ya que no podemos tentar a la suerte y terminar en comisaría, ¿qué te parece si bailamos? —La música que hábilmente tocaba el violinista llenó el espacio reconociendo la canción de la banda sonora de Titanic.

—¿Aquí? ¿Estás loco?

—¿Y quién nos lo va a impedir? —extendió la mano tal cual galán y preguntó—: ¿serías tan amable de concederme este baile?

Érika tiró la servilleta encantada, se levantó y se dejó llevar por aquel hombre.

El metre y el camarero vieron la escena y no se les ocurrió importunarles en ningún momento. Y mientras el violinista los miraba, sonreía haciéndose cómplice de una pareja de enamorados que bailaban al compás de la música con un amor que los desbordaba.

Nadie, de saberlo, se hubiese llegado a creer que todo entre ellos iba a terminar de manera definitiva en unas horas...

Bailaron la canción y escucharon los aplausos de los camareros, después volvieron a sentarse y Hugo pidió la cuenta.

Ni siquiera cuando vio la factura se arrepintió de la velada que habían pasado, y eso que el importe ascendió a un tercio de lo que acababa de ganar como monitor del campamento de verano.

Sacó la tarjeta de crédito y la dejó encima de la factura para que le cobrasen.

Cuando salieron a la calle un viento suave los envolvió, regresando hasta el hotel sin dejar de abrazarse y sin intercambiar ni una sola palabra. Disfrutando simplemente del hecho de poder seguir juntos, adhiriéndose a que siguiese siendo así lo que quedaba de noche.

Llegaron a su destino, dieron las buenas noches al recepcionista, y subieron a la habitación.

Aquella noche acabó convirtiéndose en una noche realmente inolvidable en la que, a pesar del destino al que se abocaban, pusieron cuanto había que poner con tal de seguir disfrutando de la maravillosa recompensa que ese día les había terminado ofreciendo, dando las gracias a que Hugo hubiese tenido la valentía de recorrerse un montón de kilómetros con la idea clara de despedirse como ambos se merecían. Recodando entre risas, que si no hubiese sido por la absurda apuesta que los dos amigos tenían entre sí, nunca se hubiese fijado en ella y por lo tanto no sabría lo que significaba enamorarse.

Fue una noche en la que tuvieron tiempo para todo. Sexo, risas, lágrimas, más sexo. Pretendían exprimir cada décima de segundo hasta el límite. Solo que indudablemente, y como no podía ser de otra manera, el terrible amanecer llegó engullendo los cuerpos desnudos de ambos, iluminando la habitación con un sol que volvía a ser radiante.

A pesar del calor que le ofrecía el cuerpo desnudo de Hugo, y a pesar de que en la habitación la temperatura era agradable, Érika sintió que un frío helado la invadía desde la punta del pelo hasta la punta de los dedos del pie. Y como muy bien supo, aquel frío iba a tardar un buen tiempo en desaparecer.

CAPÍTULO 47

Se dieron una ducha rápida, que obró milagros en sus cansados cuerpos tras permanecer la noche despiertos, espabilándolos para poder continuar con la difícil tarea que les estaba esperando.

Hugo salió de la ducha y se dispuso a meter sus escasas pertenencias dentro de la mochila que llevó consigo, dejando a Érika secándose el pelo, mientras se hacía a la idea que le quedaban escasos minutos para continuar juntos. Y aquel hecho dolía exageradamente.

—Estoy lista —dijo una Érika triste saliendo del baño.

Hugo dejó la mochila encima de la cama y abrió los brazos, viéndola avanzar para dejarse envolver por aquel abrazo conmovedor.

—Amor, me gustaría pedirte algo.

—¿Sí? —preguntó con un nudo en la garganta.

—Nada de lágrimas por favor.

—Lo intentaré. —Se apartó un poco y lo miró, añadiendo—: Pero no sé si podré cumplirlo.

—Con eso me vale. —Le dio un beso en la punta de la nariz y terminó de recoger sus cosas.

—Hugo voy un momento abajo —dijo de pronto.

—¿Por qué? Ya casi he terminado.

—Tengo que hacer algo.

Se acercó para besarlo en lo que sería, el último beso, dado en el interior de aquella habitación en la que con tanto énfasis se habían amado.

—Te espero en la cafetería ¿vale?

Hugo se limitó a asentir. ¿Qué estaría tramando?

Cinco minutos después, él también lo hacía, mirando por última vez el interior de la habitación.

Cuando bajó vio a Érika sentada en una de las mesas esperándole. Desayunaron sin casi intercambiar palabras, coincidiendo en pedir café sólo puesto que el cansancio acumulado, durante la noche, comenzaba a hacer verdaderos estragos. Limitándose a desayunar por obligación, porque ninguno de los dos tenía apetito. Eso sí, sin dejar de cogerse de la mano por encima de la mesa en ningún momento.

Una vez que terminaron, Hugo pagó la factura de su estancia en

recepción, después se echó la mochila a la espalda y preguntó:

—¿Nos vamos?

—Espera.

Incomprensiblemente entonces vio cómo Érika se giraba para poder hablar con el recepcionista. También vio que este último le entregaba un sobre que Érika no tardó en meterse dentro del bolso.

—Ahora sí, vámonos.

—¿No me vas a decir qué es eso que te has guardado en el bolso?

—No. Es una sorpresa.

Hugo no pudo evitar reírse. Cogió su mano y salieron en busca de un taxi.

No tardaron en subirse a uno, dieron las indicaciones de que les llevase hasta el aeropuerto y el coche empezó a andar.

Durante el trayecto Érika permaneció con la cabeza contra su hombro envuelta en un protector abrazo, mientras hacía lo humanamente posible por no echarse a llorar. Consiguiéndolo con verdadero esfuerzo, aferrándose a la idea de que no deseaba que se marchara.

Tragándose las palabras que querían acudir a su boca, silenciándolas, porque no tenía ningún derecho a decirlas. Recordando, una vez más, que sabían perfectamente que aquella historia tuvo un principio y tendría un final.

¡No podía ser de otra manera!

Llegaron a su destino, pagó el taxi y se bajaron.

Los escasos metros que anduvieron, hasta entrar en el interior del edificio, lo hicieron con el corazón encogido y con la sensación de estar equivocándose, siendo ahora Hugo el que no se atrevía a decir lo que se le pasaba por la cabeza en esos angustiosos instantes.

“¿Y si realmente el amor que se procesaban era capaz de mantener aquella relación en la distancia?”

Pero no encontró las fuerzas necesarias para decirlas. Tragándose las como ya le pasara a ella, dirigiéndose a la terminal en la que el avión con destino a Madrid le estaba esperando.

Por fortuna ese día trabajaba la persona que conocía y, sin ningún impedimento, la dejó pasar a la zona de despegue, llevándose la sorpresa de que Brian estaba allí para despedirse del hombre que le había demostrado, con creces, lo mucho que le interesaba su hermana. Y eso para él era motivo suficiente para estar donde creía que debía.

—¿Qué pasa pareja? —empezó preguntando de manera distendida,

dándole la mano—, por vuestras ojeras parece que no habéis desaprovechado la noche, ¿me equivoco?

—Pues de hecho no —rió Hugo.

—Bueno tío, solo he venido para desearte suerte y para darte las gracias otra vez.

—Gracias, es un detalle por tu parte haber venido.

—Tengo pensado ir más adelante a ver a Ester, cuando lo haga te llamaré para tomarnos algo, ¿te parece?

—Dalo por hecho.

Brian miró el reloj y supo que el tiempo que les quedaba les pertenecía a ellos, diciendo:

—No os quiero robar más tiempo, si algún día necesitas algo ya sabes mi teléfono.

—Gracias tío.

Volvieron a darse la mano hasta que uno de los dos, no se sabía quién, tiró con fuerza, fundiéndose en un abrazo amistoso.

—Buen viaje.

—Adiós.

—Hermanita te espero en el parking, ¿vale?

—Vale.

Dicho lo cual se marchó y los dejó solos.

—¿Nos sentamos?

—Vale.

Y así lo hicieron, esperando la llamada que en cualquier momento sonaría a través de los altavoces, en la que les informaría que los pasajeros con destino Madrid tendrían que embarcar.

Efectivamente tres minutos después se escuchaba aquel mensaje, haciendo que una Érika sobresaltada se terminara incorporando de un salto.

—Bueno amor —susurró Hugo—, ha llegado la hora.

Los escasos pasajeros que esperaban, para coger ese avión en concreto, empezaron a embarcar.

—¡Ah! Se me olvidaba —le dijo Érika echando mano del sobre que le dio el recepcionista—, esto es para ti.

Hugo quiso abrirlo pero la chica no se lo permitió.

—¡No!

—¿Qué pasa?

Érika respondió con dificultad e hizo un intento de que la voz no se le

quebrara.

—Ábrelo cuando estés en el avión ¿vale?

—Como tú quieras mi vida. —Le acopló un mechón de pelo detrás de la oreja y le hizo una petición—, ¿me das un beso de despedida?

Tragó otra vez con dificultad.

—Por supuesto que te daré un beso de despedida... o los que tú me pidas.

—Anda ven aquí.

La cogió entre sus brazos y se dieron un beso que se prolongó a lo largo del tiempo agotando los segundos que les quedaban.

¡La hora había llegado!

—Gracias por todo Érika. Jamás podré olvidarte

—Ni yo a ti.

Al final y por mucho que lo intentó no pudo evitar echarse a llorar. Derramando unas lágrimas de pena que dolían como nunca antes las sintió.

—¿Estarás bien? —se preocupó.

—Sí. No te preocupes porque gracias a ti no volveré a las andadas. Ahora sí puedo prometértelo del todo.

—Eso espero —susurró, y para quitarle tensión a la situación bromeó —: si quieres puedes enviarme una postal de vez en cuando de los sitios que no te dio tiempo a enseñarme.

“O mejor puedes volver pronto para que pueda hacerlo”, pensó sin decirlo en voz alta.

—Tengo que irme, es la hora.

Érika se abrazó a él, desesperada, y lo besó una última vez antes de dejarlo ir. Viendo cómo, el amor de su vida, empezaba a alejarse con la cara llena de pena.

A continuación un roce de los dedos y se acabó. Hugo se giró y le dio a la azafata el billete, empezando a dar pasos cortos en dirección a la puerta que, esta vez sí, los separaría para siempre.

Inevitablemente se giró una vez más. Tragándose el nudo que tenía en la garganta para que a su amada no le resultase tan difícil.

Dio igual porque ella lloraba y lloraba sin que él pudiera hacer nada ya.

Y en aquellas décimas de segundos, se volvió a preguntar si no se estarían equivocando, escuchando decir a la azafata en perfecto español:

—Por favor tiene que subir.

—Sí, sí —dijo distraído girando la cabeza una última vez.

La miró con todo el amor que le tenía y se perdió a través de aquella puerta.

Sin ninguna duda el trayecto que lo llevó hasta el interior del avión se acabó convirtiendo en un infierno lleno de un vaivén de emociones, también en una frustración desbordante en la que, a pesar de los pocos metros, en más de una ocasión estuvo a punto de dar media vuelta y echar a correr para volver a encontrarse con ella y consolarla como él sabía.

¡No lo hizo!

Subió al avión, se sentó en su asiento y cerró los ojos, todavía indeciso.

La plataforma a continuación fue quitada y se cerraron las puertas. Aunque lo quisiera ya no había marcha atrás, y él seguía convencido de que, posiblemente, se estaba equivocando.

Se acordó del sobre que le había dado y lo sacó de la mochila.

Los ojos se le humedecieron. Allí estaban las copias de todas las fotos que se hicieron el día anterior, empezando por la que primero había puesto, y que no era otra que la que se hicieron en el Ginner's Sotrehouse. Recordando, con un amago de sonrisa, lo que terminó sucediendo en el interior de aquel baño público.

En el mismo lugar, y también a la misma hora, una Érika inconsolable permanecía sentada en el mismo asiento, viendo la misma foto.

Mucho tiempo después sintió a alguien familiar acercándose a ella, después de estar esperando en el parking más de una hora y media, y la ayudó a levantarse con paciencia entendiendo su dolor.

—Vamos Érika, marchémonos de aquí —le dijo susurrando con palabras tranquilizadoras.

Ella levantó la mirada, vio a su hermano, y obedeció, dejándose llevar por él sin que pudiera dejar de llorar, pero siendo capaz de alegrarse por las experiencias vividas con aquel hombre tan maravilloso y que tanto se había preocupado por ella.

CAPÍTULO 48

Brian conducía cuando su teléfono móvil empezó a sonar. No le hizo caso. No era el momento oportuno. Ahora su única preocupación era llevar a su hermana a casa y preocuparse porque estuviera bien. En ese orden. Por eso cuando volvió a sonar, una y otra vez, decidió silenciarlo. El número que aparecía en la pantalla no le era conocido y por lo tanto no debía de ser importante.

¿Por qué aquella insistencia?

Se centró en la carretera y se preocupó en exceso por la mujer que iba en el asiento del copiloto.

Su pobre hermanita no paraba de llorar.

Volvió a marcar el móvil de Brian y este volvió a sonar con insistencia, pero sin dar ninguna señal de que se lo fuera a coger.

Nada, y el de Érika estaba apagado.

“Mierda, ¿es que no le iba a coger el puto teléfono?”, se dijo un hombre impaciente. Un hombre que necesitaba contactar, con alguno de los dos, ante la delicada situación en la que se encontraba.

Casi treinta minutos después Brian aparcó el coche y la ayudó a bajar.

Subieron a su apartamento y la dejó sentada en el sofá. Parecía ausente y supo que tendría que quedarse junto a ella. Lo necesitaba y él estaría allí para lo que ella quisiera.

Fue a la cocina y le hizo una tila, seguro que le hacía bien, se la llevó y solo entonces cogió el móvil para llamar a su madre. Al hacerlo se extrañó.

Tenía cinco llamadas perdidas y un whatsApp del mismo número.

¡Qué raro! Y lleno de curiosidad se decidió a mirarlo. Abrió el mensaje y lo leyó.

¡¡¡Su sorpresa fue mayúscula!!!

—Érika tienes que acompañarme a un sitio —dijo de pronto exaltado.

Érika ni le prestó atención.

—¿Me oyes? Acompáñame.

—Brian de verdad, no hace falta que insistas. Esta vez no ve voy a quedar encerrada aquí, pero compréndeme, quiero estar sola durante unas horas.

Cogió el mando a distancia y puso la tele. Las noticias de mediodía acababan de empezar. Unas noticias a las que ella no les prestó atención, en cambio Brian sí.

“Menudo cabrón”, y soltó una carcajada.

Érika lo miró enfadada.

—¿Qué te hace tanta gracia? No estoy para risas precisamente.

Brian se acercó y la cogió de la mano, obligándola a ponerse en pie.

—¿Qué haces? De verdad Brian, estoy empezando a perder la paciencia. Solamente quiero llorar tranquila, ¿no me ves?

—Pues llora de camino —le dijo tan tranquilo.

“Pero bueno, ¿acaso su hermano se había vuelto insensible?”

—Me estás empezando a cabrear.

—Muy bien —contestó Brian con aire despreocupado—, te prometo que te dejaré llorar el día entero después de que me hayas acompañado a un sitio.

—Bufffff —bufó Érika sin creerse el comportamiento nada adecuado de su hermano—, en estos momentos te odio, y te lo digo de verdad.

—Me parece bien, vamos.

Érika lo fulminó con la mirada, aunque no le sirvió de nada, puesto que Brian empezó a tirar de su brazo como si la vida le fuese en ello.

¿Por qué de repente parecía tener tanta prisa?

Cuando quiso darse cuenta, él abrió la puerta y la arrastró fuera.

¡Definitivamente su hermano se había vuelto loco!

Aparcó nuevamente y esta vez no hizo falta que la ayudara a bajar. El cabreo que tenía encima era de los grandes.

Se bajó y dio un tremendo portazo.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó furiosa.

—Ahora lo verás, ven, entremos.

“¿Cómooooo? ¿Para qué iban a entrar allí?”

La curiosidad entonces se apoderó de una chica que, a esas alturas, no entendía nada de lo que pasaba a su alrededor.

—Brian, ¿puedes explicarme por favor por qué tenemos que entrar ahí? De verdad que no lo entiendo y mi cabreo ha aumentado de grados.

—Calla y vamos.

La agarró para que no se soltara y entraron en la comisaría.

Una vez dentro la dejó en la sala de espera y fue él el que entró a hablar con uno de los policías. Érika ni se inmutó, pasando del tema, porque iba a matar a su hermano. Y para pasar el tiempo miró la televisión. Las noticias estaban acabando.

—¿Pero qué...?

Érika abrió los ojos como platos porque no se creía lo que estaba viendo en la pantalla. O mejor dicho a quién veía.

“No, no puede ser” se decía a sí misma, incrédula, reconociendo a la persona que salía en la tele.

¡A Hugo!

¿Qué diablos hacía esposado y escoltado por dos policías irlandeses?

¡¡¡Un momento!!!

Y empezó a analizar la realidad de la situación. Escuchando la noticia de que un ciudadano español había sido detenido tras ocasionar disturbios en el interior de un avión hasta conseguir su propósito.

¡Que no despegara y que le dejaran bajarse! Algo que hizo con las esposas puestas.

—Hermanita.

Érika se volvió. Las lágrimas caían descontroladas aportando un brillo especial en sus ojos, pero esta vez no eran lágrimas de sufrimiento.

¡Todo lo contrario!

—Aquí hay alguien que quiere verte.

Brian se apartó a un lado y dijo:

—Os espero en el coche.

Y así fue cómo, Hugo y ella, se reencontraron en aquella comisaría. ¿Quién lo hubiera dicho unas horas antes?

—¿Qué es lo que has hecho Hugo? —le preguntó corriendo hacia los brazos que ya la estaban esperando.

—Lo que debería haber hecho antes de subirme a ese avión.

—¿Y es...?

—Lo que tanto tú como yo queremos.

—¿Y es...? —volvió a repetir feliz de la vida.

Hugo se rió, le apartó un mechón de pelo que le caía sobre los ojos, y susurró emocionado sobre sus labios:

—¿Dónde quieres que empecemos? ¿En tu país o en el mío?

Érika solo pudo responder:

—Bésame Hugo. Bésame y no me sueltes nunca.

—No pienso hacerlo amor. No pienso hacerlo.

EPÍLOGO

Dos meses después...

Las puertas del aeropuerto se abrieron y Érika salió a la calle. El sol que la recibió le alegró el alma. Cogió el asa de su maleta y comenzó a andar mientras analizaba lo que veía a su alrededor. La sensación de estar en casa la envolvió. Y recordó lo que acordaron, dos meses antes, en el maravilloso viaje en el que se terminaron reencontrando gracias a Hugo. Ese día decidieron lo que querían hacer. Comenzar una vida juntos. Y ese día, también, decidieron cómo lo querían hacer. Es por ello que Hugo viajó a España inmediatamente, decidiendo que ella se quedaría para empezar a arreglar todo lo que conllevaba el traslado. La obviedad del lugar en el que querían empezar estaba a la vista... E inmediatamente después miró hacia la parada de taxis.

El corazón se le detuvo. Allí estaba él, subido a su moto, exactamente igual que el primer día en el que se conocieron.

Las lágrimas se agolparon en sus bonitos ojos y se dejó llevar por lo que sentía en esos instantes. ¿Y qué es lo que sentía? Pues la urgencia desesperada de estar entre sus brazos “YA”. Qué largos se le habían hecho esos dos meses separada del hombre de su vida. ¡Qué largos!

Se olvidó de la maleta y corrió a su encuentro. Su querido Hugo ya la estaba esperando con los brazos abiertos.

—Hola mi amor, no sabes cuánto te he echado de menos.

Hugo la abrazó, con un amor infinito, y después se alejó un poco para mirarla.

—¿Tanto como para no recurrir a tu famoso spray esta vez

—Tonto.

Ambos rieron por la ocurrencia.

—Mucho más.

—¡Bufffff! Menos mal —bromeó encantado—. Anda ven aquí.

Se dieron un beso de película, de esos que a todas las románticonas nos encanta, y le preguntó:

—¿Lista?

—Ahora sí, vámonos.

La mesa estaba lista, los invitados debidamente sentados, y los anfitriones felices por celebrar una de esas reuniones que tanto les gustaba. La ocasión, esta vez, bien lo merecía. La nostalgia y los recuerdos estaban a flor de piel.

El ruido de una moto, a lo lejos, les sacó una sonrisa a los presentes.

—Ahí están —anunció María feliz.

La puerta se abrió y la moto se adentró en el interior del chalet. Hugo aparcó en el mismo sitio de siempre y esperó a que su novia bajara. Después lo hizo él.

—¿Vamos?

—Vamos —contestó encantada de la vida.

La cogió de la mano y comenzaron a andar. Subieron las escaleras y giraron a la derecha. Todo estaba exactamente igual.

—Hola chicos, por fin habéis llegado. ¡Qué ganas teníamos de verte Érika!

La que habló fue María, la cual se levantó y corrió para abrazarla.

Primero María, a continuación Héctor y seguidamente Juan. Uno a uno la saludó con una felicidad desbordante. Habían pasado dos meses desde que se vieran por última vez. Y ni que decir tiene que estaban deseando volver a hacerlo.

El corazón se le encogió cuando vio a la persona que estaba sentada en el columpio.

¡Su querida Ester!

—Lo siento pero yo no puedo levantarme a darte un abrazo —dijo con lágrimas en los ojos.

Érika corrió a su encuentro y la abrazó con cuidado. Por nada del mundo se perdonaría hacerle daño.

—¿Qué haces aquí? —la regañó preocupada, también con lágrimas en los ojos—. Esta tarde iba a ir a verte.

—Necesitaba esto amiga.

Ese día era el primero que Ester se decidió a salir de casa. La ocasión bien lo merecía, y ella estaba harta de no poder ni moverse. ¿Y qué mejor cura que salir para ver a su amiga del alma? Seguía teniendo el brazo y la pierna escayolados y todavía, tras las semanas pasadas, se apreciaban las

magulladuras que poco a poco iban borrándose.

—¿Estás bien?

—Ahora que te veo sí. De la que nos libramos ¿eh?

—Te debo la vida Ester.

—Y yo a ti Érika.

Una María emocionada decidió intervenir.

—Bueno qué, ¿os apetece comer paella?

En cuestión de segundos todos disfrutaban de la comida entre risas y recuerdos. Unos recuerdos que les quedarían grabados para siempre.

—¿Estás segura de que quieres empezar una vida aquí? —le preguntó Héctor entre risas.

—Segurísima —respondió, mirando a su novio con un brillo especial en los ojos.

—¿Os dais cuenta de que si no hubieseis tenido esa absurda apuesta esto no habría ocurrido? —preguntaba Ester emocionada—. La noche que me enteré casi me da algo, y mira tú por donde lo que tanto daño hizo ha conseguido sentar la cabeza hueca de mi amigo.

Las risas se escucharon a varios metros.

—¿Y habéis pensado que de tocarme a mí podría ser yo el que estuviera ahora al lado de Érika? —bromeó Héctor.

—Ni lo sueñes. Ella no se hubiese fijado en ti jamás. ¿Verdad amor?

—Pues lo cierto es que no sé lo que podría haber sucedido en el caso de que la apuesta le hubiese tocado a Héctor... pero lo que sí sé es con quién quiero compartir mi vida, y ese eres tú Hugo. Estos dos meses han sido eternos, y por fin tengo la recompensa al alcance de mi mano.

—Ohhhhhh —se escuchó en general—. Qué bonito.

—Pues qué queréis que os diga —añadió Héctor bromeando—. Después de escucharte, Érika, empiezo a estar hasta celoso.

Pero la pareja en ese momento no se percató de nada. Estaba a otras cosas, y es que después de lo que su preciosa novia acababa de confesar, Hugo solo pudo actuar de una manera. Se acercó y la besó con un amor infinito.

En cambio la respuesta de los demás vino dada por nuevas risas. Unas risas que siguieron a lo largo de la tarde evidenciando la felicidad de cada uno de ellos, mientras reconocían una gran verdad.

Érika por fin estaba en casa y allí se quedaría para siempre.

Aquí termina esta historia de amor tan bonita. Espero que os haya gustado. A mí particularmente me cuesta muchísimo despedirme de ellos pero tiene que ser así. Hasta siempre mis queridos personajes. Nunca os voy a olvidar.

FIN

OTROS TÍTULOS

BILOGÍA

TE QUIERO EN MI VIDA.

***TE QUIERO EN MI VIDA AYER, HOY Y
SIEMPRE.***

BILOGÍA

EL PASADO SIEMPRE VUELVE.

LA VENGANZA, el regreso de Karen.

LA APUESTA.